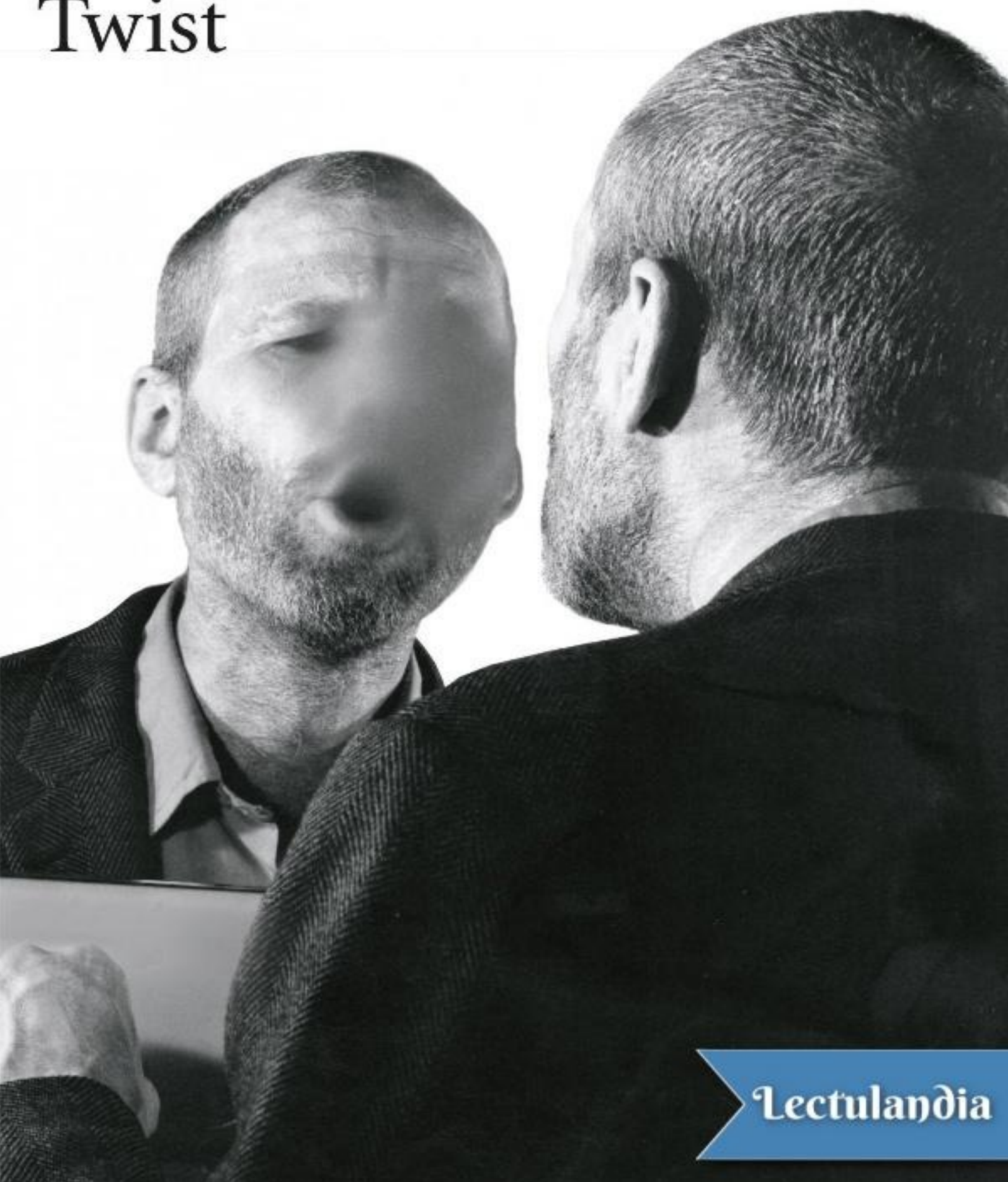




Harkaitz Cano

Twist



Lectulandia

Twist tiene como punto de partida la desaparición y el asesinato de dos militantes de un grupo armado. Un tercer militante y amigo de ambos, se siente responsable de su muerte porque fue él quien les delató. Durante más de veinte años se alimenta de las sombras de sus amigos, como si fuera su responsabilidad vivir sus vidas por ellos. Una historia trepidante que habla de la culpa, del amor, de la traición, pero que es, sobre todo, un canto a la amistad.

Lectulandia

Harkaitz Cano

Twist

ePub r1.0

Titivillus 12.10.17

Título original: *Twist*
Harkaitz Cano, 2013
Traductor: Gerardo Markuleta

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAMBALACHE, 1983

AFUERA es de noche, la ocasión lo merece.

En las entrañas de la tierra siempre es de noche, es la hora de los topos en los dominios del topo. A quien vive bajo tierra, ¿ha de importarle la luz del día? No demasiado. Hace tiempo que eres uno con la tierra, y al principio te ha parecido que lo mejor que podías hacer era no moverte en absoluto. ¿Acaso no son la misma cosa tus entrañas y las de la tierra? Uña y carne. Una voz telúrica te dice: abandona tus huesos para siempre, qué demonios. ¿Acaso no son los huesos palillos de tamborilero, flautas para los flautistas? ¿Tanto cariño le has tomado a ese par de húmeros y tibias que ya apenas servirían para golpear un timbal? ¿Cómo vas a estar mejor que tumbado? Miles de insomnes estarían de acuerdo: las mejores horas son las que uno pasa dormido. Pero estarse tantos años quieto no puede ser bueno. Quisieras poner a bailar esos miembros entumecidos, hacer que espabilen un poco las puntas de tus dedos. «¡Si solo pudiera liberar los huesos de mis dedos, y volverlos a unir con un chasquido!». Tienes la sensación de que, en lugar de mejillas, llevas yeso del que usan los dentistas para hacer moldes; además te cuesta trabajo abrir los ojos, «no era muy hábil el tipo que me embalsamó», un polvo blanco más seco que la tierra se ha apoderado de una parte de tu cerebro: desmemoria, magnesio, cal.

¿Cuánto tiempo necesita un cuerpo para corromperse? ¿Seis, ocho, diez años? Según los antropólogos forenses, depende del grado de humedad. ¿Hacemos la prueba? Mata un gato y déjalo al fresco en la ventana, ya verás.

No puedes recordar nada. Tienes la mente totalmente en blanco, como si te hubieran hecho tabla rasa. Pero el lavado de cerebro no ha sido tan completo. Hay una pequeña luz al final del túnel; toma entre tus dedos ese hilo de luz semejante al de una cerilla, y tira de la madeja poco a poco, con mucho tiento, no se te vaya a deshacer ese hilillo inaprensible. En realidad, algo sí que recuerdas: eres capaz de unir palabras y construir frases. Eres sintaxis. Pura gramática. Un montón de palabras sin identidad. Pronto recobrarás también la memoria. No sufres más que una amnesia algo profunda, quizá recibieras un golpe, quién sabe; tienes que desperezarte, ahuyentar la resaca tormentosa de quien se acaba de despertar, la severa resaca tras una borrachera de tequila; de tequila o de cualquiera que fuese el veneno destilado que bebierais hace veintitantos años. No, ya te has dado cuenta: lo tuyo no será tan fácil como levantarse del prado, sacudirse las briznas de hierba de los pantalones y reanudar la marcha silbando.

Te va a costar un triunfo salir al exterior.

Y afuera, ¿qué? ¿Tienes a alguien que te espere? Matas de espliego, pinos menudos, brezo por todas partes, hijuelos de higuera que aún no han crecido lo suficiente para dar fruto, árboles a los que un sol abrasador ha obligado a encorvarse en busca de amparo, recogidos sobre sí, árboles agazapados para darse sombra a sí

mismos, y que parecen arrepentidos de haber nacido; retamas, zarzas sin moras, muchas zarzas, algún eucalipto en todo caso, abetos. Aparte de eso, el desierto. Cerca del mar, el olor de la tierra es más penetrante. Hace un calor sofocante, y en tu boca ansiosa pesa más el anhelo de agua dulce que la promesa del agua salada que trae esa brisa de gaviotas. Carreteras comarcales llenas de parches de galipote. El perfume de hierbas como el hinojo o la salvia al borde de la carretera, anís y arena. Ahí están también las agujas del romero, prestas a pinchar a quien acerque los dedos. Aunque no viene del mar, el viento sopla arremolinado, no la tramontana sino el viento sur, levantando isobaras de polvareda que toman vuelo y se estancan. Observa el insomnio de las lagartijas, cómo permanecen quietas sobre las rocas como imanes de nevera: «Arriba las manos, esto es un atraco». No es tan distinto de un desierto mexicano. Solo que aquí no hace tanto bochorno, claro. Y los cactus no son tan llamativos, sino pequeños y dispersos.

¿México? ¿Tequila? ¿A qué viene tanta alusión al otro lado del océano, güerito? ¡No mames, güey! ¡Si tú nunca has estado en México! Quizá se trate de alguna señal de tráfico de la memoria. Este narrador se busca a sí mismo: busco alguna pista que me aclare si he de hablarte de tú o de usted. Te hice tantas perrerías. No siempre me porté bien contigo, lo reconozco, podrías odiarme si estuvieras vivo. Estate atento, lector, incluso a los rastros en apariencia más incoherentes. Los cascotes de alguna botella rota, por ejemplo, el vago olor a madera quemada de la víspera, algún campamento de *boy scouts* de hace mucho al arrullo de una vieja guitarra *hippy*, canciones de fraternidad, «por qué perder las esperanzas de volverse a ver, por qué perder las esperanzas de volverse a ver», gente que celebra futuros encuentros imposibles, duran tan poco y se extinguen tan deprisa esas amistades de verano, eternas durante dos semanas. Sigue, sigue adelante: hierbas altas de color verdoso, raras plantas de menta de hoja brillante, olor a alcohol o brea, no tan característico como el de la gasolina, no tan profundamente nauseabundo. El del mar contaminado es más soportable que el olor a gasoil que impregna el aire de la carretera. El viento vuelve a levantar polvo, nadie aparece. Vaya, vaya... pero si llevabas puesta una camiseta del Mundial de Fútbol de México. ¡Así que era eso! Nunca has estado allí, pero llevabas puesta una camiseta del Mundial de México cuando te conducían atado con esposas, arrastrando los zapatos con los pies atados (¿otra vez atado? Sí: dos, tres, cuatro veces atado y bien atado, demasiado, de tal forma que veinte años después aún te dolieran los tobillos, de manera que si contaras a alguien lo que te ha pasado también él se sintiera con los tobillos atados). Cuando te arrastraron por estas zarzas, quizá pensaste en las ventajas del peyote. «Si estuviera en una montaña rusa, o en un viaje lisérgico, ¡si todo esto no fuera más que un sueño!». No, no lo creo... No parece que estuvieras vivo cuando te trajeron aquí. ¿O tal vez sí? ¿Te pegaron aquí mismo el tiro de gracia? ¿Te trajeron aquí muerto, cuerpo sin vida, párpados caídos? En tal caso, ¿no tuvieron necesidad de esposas quienes te trajeron? Pongamos que sí, supongamos que sucedió de esa manera: que te trajeron hasta aquí sin esposas,

porque las esposas, sus números de serie, incluso pasados veinte años, pueden ser una pista para dar con los culpables. O quizá te trajeron vivo, pero con los ojos vendados, la boca tapada, las muñecas ligadas con jirones de sábana. Tus verdugos eran gente cruel e inteligente. A partir de cierto grado, es indispensable ser inteligente para dar otra vuelta de tuerca a la crueldad; nos guste o no, así son las cosas, bien lo sabe el Diablo.

¿Se oye el rumor del mar desde aquí? No. El mar está bastante cerca, pero no lo suficiente; hoy el Mediterráneo es un contenedor silencioso que promete mucho y no da nada. Y no os engañéis: para los muertos, el mar no es más que una invención.

Algunas zarzas y un claro. Y más zarzas, sin otra razón de ser que fastidiarnos y poner a prueba nuestra paciencia. Hay arena en los claros, lo cual produce la ilusión de que es posible caminar descalzo por ellos, aunque luego aparecen las piedras, la gravilla y lo que no es gravilla, rocas diminutas y otras no tan diminutas. El punto exacto en que deciden apartarse del sendero. Estas zarzas no son como las de la vertiente cantábrica: están más dispersas, sin hojas frescas, con todos sus verdes cubiertos de un blanco mate similar al envés de las hojas de menta, *ahí, ahí y ahí*, matorrales secos erguidos como varas o fustas, cercados levantados a base de apilar piedras planas; los hombres llegan con paso seguro, el deseo de terminar cuanto antes la tarea les ayuda a contener su nerviosismo. Quizá uno de ellos ya conociera el lugar. Quizá hubiera hecho antes algún trabajo sucio aquí. ¿Qué clase de trabajo sucio? Imposible saberlo. Solo o en compañía de otros. Solo o en compañía del barro. ¿Estamos lejos de la carretera? ¿A un kilómetro? ¿A kilómetro y medio? ¿Solo a kilómetro y medio? Tampoco hace falta alejarse tanto, basta apartarse tres pasos de la carretera, y ya se coloca uno lejos de los recorridos acostumbrados y los hábitos de la gente. Generalmente dos pasos son suficientes para alejarse de los caminos trillados y frecuentados. Basta un paso para caer por el borde del precipicio.

Porque es de noche. La ocasión merece que sea de noche. La carretera no es de las principales. «Ese hijo de puta ni siquiera merece que lo escondamos bien», piensa alguien. «Perro descarriado, tendríamos que dejarlo colgando de una farola, como escarmiento para quien se dé por aludido, merece que lo dejemos reventado en la carretera como una rata, es lo que hicieron con Trota, hacerlo reventar en una cuneta; que también a él se lo encuentren con las moscas rondándole la boca unos turistas ingleses que han parado a vomitar».

Pero la cuestión no es lo que te mereces.

Esto no tiene nada que ver con lo que tú mereces, sino con *lo que ellos quieren ocultar*. Una coartada oportuna y sólida, mantener la propia piel a resguardo y sobre seguro, lo mismo ahora que dentro de veinte años, las manos y el expediente immaculados. Estar seguros mientras prescriben la ley, el castigo y la memoria. *Se nos fue la mano*. Se les fue la mano, y aún no la han recobrado. La mano. ¿Dónde?

Aquí.

Puede que te trajeran hasta aquí en coche, quizá te trajeron a hombros, amarga

paradoja, aquellas almas mezquinas avanzando mientras te llevaban a hombros, tralará. ¿Cómo era aquella canción de lucha? «Si tu hermano cae, échatelo al hombro, y sigue adelante, tralará». Pero ¿quién es el mezquino, y de quién es la mezquindad? Quizá los comprendieras, deberías comprenderlos, ser capaz de ponerte en su pellejo. Si estuvieras en su lugar serías igual que ellos, igual que ellos y su circunstancia. «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Suele olvidarse siempre la segunda parte de la frase del conocido filósofo, vaya usted a saber por qué. Pero ya nadie se pone en el pellejo de nadie, ¿verdad? Bastante trabajo nos cuesta soportar nuestra propia piel para que se nos ocurra meternos en la de otro. La diferencia es que tú ahora estás en tus huesos, y no en tu propio pellejo.

De golpe se abre el maletero del coche. O quizá se trata de una furgoneta. Una furgoneta de los ochenta, una Ebro de suspensión insuficiente y —debido a las gomas gastadas— limpiaparabrisas deficientes y chirriantes que provocan dentera. El vehículo se tambalea allí donde se unen el polvo y la arena. El cadáver del maletero se mueve, a la luz de una linterna se ve una cabeza inerte con una profunda herida en la ceja. Enseguida te cubren con una manta pardusca, una segunda piel.

—Sí, me doy perfecta cuenta. Por el momento me resisto a la tentación y te hablo de tú, no sé por qué, me sale así con los muertos.

Los muertos son muchos, y siempre agradecen un poco de entretenimiento.

Aquí. Estamos en la década de los ochenta. En el Estado español, de cada diez personas en edad de trabajar, dos están en el paro, siempre según datos oficiales; el tenista sueco Björn Borg se retira este año, Martina Navratilova gana Flushing Meadows; en la base Vostock de la Antártida se alcanzan los 89,2 °C bajo cero, la temperatura más baja registrada nunca en la Tierra; se cumplen seis años desde la muerte de Elvis Presley, he ahí otro hombre que debería despertar algún día; en el Hospital de Bellvitge de Barcelona se lleva a cabo el primer trasplante de hígado del Estado, no todo es escabechina cuando abre la carne el escalpelo; el 8 de marzo, coincidiendo con el día de la mujer, Ronald Reagan declara que la Unión Soviética es «el imperio del mal»; el primero de septiembre cazas soviéticos derriban un avión comercial surcoreano, debido a un lamentable error, provocando lamentablemente 269 muertos lamentables. Es el año de la muerte de Tennessee Williams, «Deseo» es el nombre de un barrio de Nueva Orleans. Hay también quien ha corregido las malas acciones de sus antepasados, tarde, es cierto, pero algo es algo —no perdáis la esperanza, brujos coetáneos que empezáis ya a arder bajo la nueva inquisición, ¡resistid!—; hoy es 9 de mayo, y Juan Pablo II, el papa que allá donde va se postra y besa el suelo, el mismo que el sicario turco Mehmet Ali Agca estuvo a punto de matar por encargo de los servicios secretos búlgaros y de la KGB hace dos años, ha retirado la condena contra Galileo, las cosas de *palazzo*, ya se sabe, piano piano, pero al fin *lontano*. Como hace tiempo que te espero, nunca estoy sola, podría ser una frase de Galileo, pero es también el título del libro publicado este año por Arantxa Urretabizkaia; Margaret Thatcher gana las elecciones en Gran Bretaña y, ay, las gana

de calle; han pasado seis años desde la última vez que guillotinaron a alguien, solamente dos desde que el Elíseo abolió la guillotina (*la mort de la mort*), aunque el sesenta y dos por ciento de los franceses estuviera en contra, aunque al sesenta y uno por ciento de los franceses le pareciera mal la liberación de cinco mil presos con la que Mitterrand celebró su victoria, aunque y a pesar de que, por tanto y por lo demás, porque los políticos aún son líderes y el carisma puede más que las encuestas.

Este año, 1983, sale a la calle el exitoso *Thriller*, de Michael Jackson; ve la luz el disco de Imanol *Iratze okre geldiak* (Helechos ocre e inmóviles); Anjel Lertxundi publica *Hamaseigarreanean aidanez* (Parece que a la de dieciséis), Madonna canta *Holiday* ya con el ombligo al aire; el actor Christopher Reeve filma la tercera parte de *Superman*: esta vez se volverá malvado, y luego, por supuesto, tornará a ser bueno otra vez; hace un año que Felipe González llegó a presidente con el lema «Por el cambio», y la única palabra que pronunciaba en el *spot* de televisión era «Adelante»; hace ya tres años que guerrilleros argentinos asesinaron a Somoza, dictador de Nicaragua en el exilio, sucedió en la avenida Francisco Franco, en Asunción (Paraguay): el cuerpo quedó calcinado, pero el motor del Mercedes siguió en marcha, «de un coche alemán, puedes fiarte».

La RDA no es ninguna broma ni un parque temático, faltan seis años para que caiga el muro de Berlín, solo uno para que los disciplinados y hormonados atletas rumanos ganen un porrón de medallas en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, y otro tanto para que conozcamos a Carl Lewis, «El Hijo del Viento». El negocio de las franquicias, y los guardias de seguridad que llegarán con ellas, aún no se ha generalizado; a los guardas jurado solo los conocemos en los furgones blindados, inspiran un cierto *glamour* de *film noir*, y no la lástima mileurista de veinticinco años después. Los niños únicamente conocen las *pizzas* por las películas; las fotocopias son casi un lujo cósmico, no es tan fácil copiar las cosas y multiplicarlas, no es tan fácil, no es fácil para nada, todavía se usan las multicopistas, la toxina de la tinta es más intensa; escribimos a máquina, y cuando lo hacemos colocamos bajo el folio una hoja de papel-carbón, para conservar en papel cebolla copias de calco de los documentos más importantes, benditas hojas de calco; aunque ya lo haya escrito, aún no hemos leído a Borges que los espejos y la cópula son abominables, o a Benedetti que lo grave no es el pecado original, sino las fotocopias; predominan las ventanas de madera, todavía no se conocen el PVC y el doble acristalamiento, el titanio es ciencia ficción, en el ánimo popular la aleación con más prestigio es aún el aluminio, en los hornos de las fundiciones se utiliza el amianto como si fuera bizcocho; para marcar un número de teléfono se ha de meter el dedo en el disco, el computador más sofisticado que hay en la mayoría de las casas es una calculadora que extrae la raíz cuadrada; *marketing* es una palabra demasiado moderna, los escaparates no son más que oscuros almacenes soviéticos donde se apila el género, hay que pasar al otro lado de la *muga* para ver un escaparate de verdad, una vitrina elegante y luminosa, decorada con gusto, a las galerías Lafayette y otras similares (no te olvides del

pasaporte); en el país vasco-francés, en *el otro lado*, los supermercados parecen joyerías a nuestros ojos, porque Europa aún rezuma hiel, entre fronteras y alambradas. Porque el contrabando aún es algo más que un grito de rebeldía contra los bandos, aún es un oficio vivo, y conlleva riesgo de cárcel.

Los hombres que te han traído a este lugar cercano al Mediterráneo y a los cotos de caza privados no han tenido que sufrir la demanda, la necesidad y la obligación de las academias de inglés para alcanzar su puesto de trabajo. Por no saber, ni saben aún qué significan las palabras *X marks the spot*, en nuestro país —¿nuestro?— no se subtítulan las películas, en su lugar contamos con un magnífico ejército de tachadores —les llaman *dobladores*—, ejército que borra con voz de feriante las palabras de cualquiera; a los policías educados en el lenguaje de la leña en grises academias les costaría imaginarse los coloridos escaparates y las gigantescas galerías comerciales de las afueras de los años noventa; aquí el ancho de vía es diferente, y aunque está muy extendida la creencia, es falso que ello se deba a la decisión del caudillo; le favorece, no obstante. ¿Por qué? Para que en caso de guerra no lleguen hasta el meollo de su pequeña dictadura desde más allá de la frontera francesa trenes extranjeros llenos de armas extranjeras, y conservas extranjeras con etiqueta extranjera e ideas extranjeras y yogures Danone extranjeros de esos supermercados iluminados que parecen más bien joyerías. Esos hombres apresurados que levantan arena con sus botas son obedientes servidores de una institución caduca en un país caduco, mosqueteros de un Estado que en dos años ingresará en la OTAN, que en tres años entrará en la Comunidad Económica Europea; ellos querían ser espadachines, pero les tocó nacer demasiado tarde, una pena, *quel dommage!*; trabajan en el turno de noche, doce horas, a veces se les va la mano, es comprensible —tendrían que atarse un sedal en torno al pulgar para recuperarla, para volver a pescar esa mano que se les escapa—. Vienen de una dictadura y de sus reglas. Quien dice reglas dice también entrañas. Ahí lo van a enterrar. En el agujero. *Ahí, ahí y ahí*. Solo ellos saben dónde. En las entrañas de la tierra.

—Tienen un aspecto lamentable, no podemos dejarlos así: que desaparezcan.

—Cuanto menos gente lo sepa, mejor.

Si las paredes oyen, las zarzas tienen ojos. Tres pueden guardar un secreto, si dos de ellos están muertos. Pero no nos desviemos. ¿Dónde nos habíamos quedado?

Aquí. *X marks the spot*. Han empezado a cavar como quien busca un tesoro. No, miento: han empezado a cavar como quienes saben que *no* encontrarán ningún tesoro. Son dos, o quizá tres. Visten de calle —*de paisano*— y no es fácil distinguir al oficial al cargo. Pero el que parece serlo no hace más que dar órdenes. Hacen lo que hacen sin pensar demasiado en lo que hacen. Mecánicamente, pero con el agravante del escalofrío que puede darte tener a un muerto mirándote al cogote. Es miedo. Es prisa. Es desasosiego. La mirada del cadáver en la nuca. Aunque el muerto esté bien muerto, aunque lo cubra una manta pardusca a modo de piel, aunque no se vean sus ojos. Aunque no te vean los ojos. No hay luna, gracias a Dios. La noche es tranquila,

se oyen grillos y chicharras cuando el sonido de las palas se interrumpe y dejan de cavar esa tierra neutra y cuarteada, cubierta de polvo y de sequedad. Son adanes armados: al parecer Adán fue el primero que trabajó la tierra en su jardín, por eso se dice que, si una pala puede considerarse un arma, Adán fue tal vez el primer hombre armado. A saber, que de jardinero a enterrador no hay apenas diferencia: ambos sucesores de Adán, ambos seres armados. Cuando al hombre obediente se le empieza a humedecer la espalda por el sudor, cava que te cava, calcula el centro de algo cada vez que la punta metálica agujerea la tierra, rogando y con el mazo dando: «que al menos no aparezca una piedra justo aquí, por lo que más quieras». Pero ¿a quién ruega? A la noche, sigue rogando a la noche y a los seres nocturnos.

Ha refrescado, el trozo de noche que consiguen alumbrar con su aliento es minúsculo.

El vaho va y viene velozmente de sus bocas. Blanco en la noche. Difuso en lo oscuro. Humo de fuego recién apagado.

Es una noche estrellada, pero ellos no están para estrellas.

El primer trabajo es cavar el hoyo. Un hoyo adecuado. Que pueda *adecuarse*. En el que quepas tendido mientras duermes. O con las rodillas encogidas, tampoco hace falta exagerar. Además, a todos nos encoge un poco el atardecer, todos medimos un centímetro menos por la noche, al acostarnos. Aprovechemos esa humildad que nos aporta la noche para hacer la tumba más pequeña, para cavar menos. Y es de noche, la ocasión merece que sea de noche. Un rápido cálculo, «más nos vale no quedarnos cortos, seguid cavando». Ahora los obedientes servidores sienten la carga del trabajo inútil: «Este hijo de puta nos está haciendo sudar más que la gorda Mariluz». Meretriz conocida de todos, al parecer, la tal Mariluz. Y el más joven de los hombres obedientes, apellidado Hernández, aunque no la conoce, ríe con insolencia, para que los demás no lo tomen por maricón. El heredero de Adán empieza por soltar unas carcajadas insolentes para que no crean que es maricón, y nunca sabe qué crimen terminará cometiendo. Y ahí se le acaba a Hernández su vocación de jardinero, si es que alguna vez la tuvo el hombre armado.

Los fantasmas, ¿prefieren el viento sur? ¿Son más sosegados los fantasmas mediterráneos? Dicen que en Europa del Norte los fantasmas son estridentes, espantosos, que sus gritos son más desafinados a causa del frío. A los fantasmas nórdicos, irlandeses, estonios, alemanes, es fácil imaginárselos atacándote cuchillo en mano sin previa explicación. Los espectros mediterráneos, en cambio, no son tan téticos, es imposible tomárselos demasiado en serio; incluso cuando te matan, lo hacen de una forma chapucera; don Juan Tenorio y otros semejantes son cómicos, bufos, a veces su misma comicidad los vuelve más temibles; nos jugaríamos el cuello a que en lugar del cuchillo prefieren usar la pandereta; los fantasmas mediterráneos son como para irse a tomar unos vinos con ellos. Fantasmas devotos de Frascuelo y de María. ¿Hay en la literatura española algún fantasma serio y realmente temible? ¿Y en el País Vasco? ¿Cuáles son? ¿Cómo son los fantasmas vascos?

¿Aquí?

—La fosa está lista, jefe.

—Seguid cavando.

Siglo veinte. ¿Cómo? ¿Halógena? ¿Qué es eso? La luz de las ventanas es azul o amarillenta, si se funde la bombilla se cambia y punto. Cuántas casas sin ascensor. O cuántas casas con su ascensor de una sola puerta. Y los temores de nuestra madre cada vez que lo tomábamos: que no nos acercáramos demasiado, nos decía, que a alguien del portal contiguo tuvieron que amputarle un brazo porque se lo pilló la puerta del ascensor en marcha. Uno se queda sin mano, se le escapa y ya no hay forma de traerla de vuelta. ¿Calle peatonal? ¿Qué es eso? Siglo veinte. Fue él quien nos atrapó a nosotros, igual que una trampa para ratones atrapa a un roedor. Con vida y de lleno. Y del mismo modo que el ratón ve pasar el tiempo en su ratonera, así vemos nosotros pasar el siglo veintiuno, mientras el cepo nos mantiene clavados al veinte. Y va para largo.

Cambalache, siglo veinte.

—Seguid cavando.

—¿Pero no es suficiente ya?

—¡Que sigáis cavando, hostia! ¡Como para que quepan dos!

¿Acaso te han traído envuelto en una manta marrón? Tiene un color pardo, de eso no hay duda. Coagulada tu sangre hace ya tiempo, no mana de ti ni una gota, si no es del líquido que rezuma de la cicatriz cuajada y sólida. Igual que a la figura de san Jenaro en Nápoles, otro santo o fantasma mediterráneo; también a él le vienen lágrimas de sangre a los ojos de vez en cuando, así lo afirman al menos los devotos católicos napolitanos que creen en milagros. Pero de tu cuerpo no mana ninguna lágrima carmesí. No te queda ni una gota de vida. Ya no estás ahí. Ahí, no. Y tampoco *ahí*, ni *ahí*, ni *ahí*. Tu familia, sin embargo, querría saber dónde estás. *X marks the spot*. Pasarán muchos años antes de que lo sepa, y tus familiares envejecerán mientras en cada arruga de la cara se les va cincelandando esa angustia, esa incertidumbre. El olor a hinojo y brezo y espliego permanecerá, los turistas y las carreteras principales quedarán más cerca, y serán más amplias las calzadas, las conurbaciones, las rotondas. Lo que antes eran capilares ahora son venas anchas fáciles de pinchar: según dicen, las carreteras son un modo de comunicar los órganos entre sí, algo que en los ochenta no había... En los ochenta el rabo del toro y el hígado del toro y el estómago del toro y el corazón del toro y los ojos del toro y los intestinos del toro solo estaban comunicados por medio de capilares zigzagueantes, mala circulación; cada órgano, cada población funcionaba por su cuenta; *doscaballos* de dos colores —negro y granate—, y *seiscientos* —blancos—, y *minis* —del color de las botellas de sidra— y *dyaneseis*. En los programas de radio de los ochenta el locutor matinal saludaba de forma diferente: «Día soleado en toda la piel de toro, queridos oyentes». Lo de «queridas» vino después: por aquel entonces, *querida* era la mujer a la que el burgués adúltero le ponía un piso.

Cambalache, siglo veinte.

Al cabo de los años, la noche seguirá siendo noche, pero no ya tan oscura, en los noventa se distinguirán aquí y allá las luces fluorescentes de pabellones industriales con distintos grados de sofisticación; jueces y forenses democráticos vendrán con la cara recién lavada a sacarte de la fosa con hábil técnica y profesionalidad suntuosa, con tabaco rubio en el bolsillo en lugar de negro, o quizá ni eso, solo la tiranía de los parches de nicotina. «Sabemos cómo hacerlo, no estorbéis y dejad que los profesionales hagan su trabajo». Saben cómo meterte en el ojo un dedo envuelto en látex. Es posible incluso que algunos de ellos sean los mismos fantasmas que vinieron a enterrarte en su día, volver, volver, y las nieves del tiempo blanquearon mi sien (a las tuyas no les hace falta blanqueo, llenas de cal como están). Pero no adelantemos demasiado la rueda del tiempo, oh, qué será, qué será, aún faltan años para eso, ninguno de nosotros es un narrador tan ampuloso como para presumir de omnisciencia, de ser el dueño absoluto de esa rueda.

Por el momento el sida es algo nuevo en Europa, en Estados Unidos se habla tímidamente de ello, y este año la comisión del Parlamento europeo formula por primera vez una vaga petición para que se investigue. Al agacharse, uno de los hombres obedientes se pincha en un dedo con una rama de romero, nunca se ha hecho un análisis. Estamos en el siglo veinte, clavados en la trampa, con nuestros ojos de ratón vigilantes; vivimos en la década de los ochenta, quién no ha perdido algún amigo por culpa de la heroína; quizá dentro de unos pocos años el virus del sida atrape al hombre obediente, en su noche libre, después de echar un triste polvo en un club de carretera de Miranda de Ebro, con una prostituta heroinómana nacida en Chueca —quién sabe, ¿quizá Mariluz?, ¡ay mi candela!—; morirá a los dieciocho meses, de forma fulminante, a la velocidad de la luz, con las muñecas como estrechas zarpas de pollo famélico, «para una vez que la meto en caliente, me voy a poner yo el gorro en la polla». No quisiéramos estar en su pellejo. Tampoco él querría estarlo si conociera a fondo cada recoveco de su piel, pero a veces ponerse una segunda piel en la polla es bueno para la supervivencia, así como es beneficioso también proteger nuestro cuerpo con un pellejo prestado para no caer en brazos de la locura.

¿Quién querría estar en su propia piel si se conociera a sí mismo hasta la reversibilidad, hasta el último resquicio?

Pero eso solo puede saberlo y hacerlo un narrador omnisciente, ¿y quién se pone en la piel de ese resabiado? Bastante tiene cada uno con lo que tiene. Tampoco conviene saberlo todo.

Vargas y Hernández abren la puerta del coche, la furgoneta, el vehículo, y desdoblan la manta sin pensar siquiera que esa gran frazada que despliegan podría muy bien ser la piel de toro, queridos oyentes. Bueno, bonito, barato, *paisa*. Los inmigrantes aún son pocos en España, los magrebíes y subsaharianos prefieren Francia; en realidad, en euskera todavía no se ha inventado el neologismo *etorkin* para designar a esos pocos inmigrantes que venden relojes y bisutería; creemos que

son una minoría, que son exóticos, somos tan ingenuos, está tan lejos Camerún, y tan lejos el ansia de contar lo vivido a tiempo real. Aunque en las inundaciones del 83, debido al desbordamiento de los ríos, muchos partos se adelantan, la verdadera oleada, la oleada africana, está aún por llegar: nadie ha oído todavía las palabras «patera» o «cayuco». El enemigo está en casa, y en verano quienes venden melones en las cunetas son aún los gitanos. Los marroquíes cruzan la piel de toro en interminables caravanas durante las vacaciones estivales, deteniéndose en Hispania Una Grande y Libre lo justo para orinar, y de puntillas, sin mayor relación con la dura superficie de Castilla que la que tienen con el asfalto los neumáticos gastados de sus viejos Citroën, Peugeot y Renault, que soportan el montón de trastos torpemente apilados sobre la baca. «¿Quiénes son esos, madre?»; «Marroquíes»; «¿Adónde van?»; «A casa»; «¿Qué llevan los moros encima del coche?»; «Televisores, alfombras, radios, muebles, mantas».

—No, la manta también tiene que desaparecer. No hay que dejar ni rastro. Ni el más mínimo rastro.

Cuando arrojan tu cadáver a la fosa, tus huesos crujen, toman tierra, polvo, arena.

Es entonces cuando llega el segundo vehículo. El conductor es menos hábil: sin preocuparse de sortear las zarzas, pasa directamente sobre ellas hacia el agujero que alumbran los faros del primer vehículo. Las luces del coche bañan una rústica piscina llena de raíces, un pequeño orificio terroso. Una piscina vacía empapada de luz amarilla derramada de forma cónica. Una tumba, bastante regular para lo que cabía esperar, teniendo en cuenta que cavar de noche es más complicado. No es tan tosco el trapezoide. «Estupendo, estupendo. Habéis hecho un buen trabajo, muchachos».

—¡Como para que entren dos!

Pero aquí llega la primera sorpresa, igual que esa *femme fatale* que ha de aparecer forzosamente en el minuto doce de las películas americanas, igualito a esa rubia que exige el guión o la falta de talento del guionista.

En el segundo vehículo traen a otro. Lo sientes como si estuvieras en su propio pellejo. Era tu amigo. Íntimo, fraternal.

Viene de rodillas, con los ojos cegados con trapos. El primer tiro no ha sido suficiente. El segundo lo contaremos rápidamente, es demasiado doloroso. Lo damos por contado, y punto.

Os enterrarán juntos, ambos ya sin carne y sin dolor. Pronto vuestros cuerpos solo serán huesos cifrados. De vuestros cadáveres indescifrables no llega mensaje alguno. No podéis decir, por ejemplo: «Ha sido un detalle por vuestra parte cavar tan hondo, aunque ese afán por llegar a la profundidad del asunto se deba al más puro egoísmo; todo un detalle enterrar conmigo a mi compañero, abrazados los dos hueso con hueso, siempre íntimos, siempre fraternales, mil gracias, nunca os podremos pagar, saldar, liquidar esta deuda. Esto que nos habéis hecho tampoco podréis pagarlo, saldarlo, liquidarlo: pongamos por caso un domingo por la tarde, en el momento menos esperado, los gritos radiofónicos del carrusel deportivo os traerán a la mente otros

gritos. Nosotros estamos en paz. La familia —la vuestra y la nuestra— tendrá que pelearse con los fantasmas». Traerán en barco docenas de psicoanalistas argentinos, cambalache, siglo veinte, vibrante, bárbaro, que tendrán que luchar con los silencios y los fantasmas. Vuestros hijos tendrán que luchar con los silencios y los fantasmas. Que le den por saco al porvenir, allá se las componga la gente del futuro, que te vaya bonito y que te partan en dos los tobillos. *Break a leg*, aprenderán los policías modernos en las academias de inglés. Home English. Mucha mierda, sí, así dicen los actores, mucha mierda. ¿Qué nos dejáis? «¿Que qué os dejamos? Os dejamos en herencia nuestros fantasmas. ¿Acaso os parece poco, ingratos?». Podéis fingir que no pasa nada, podéis cambiar de barrio, de vecinos, de pareja, de guardián afectivo, de soporte sentimental, de ciudad incluso, pero cuando menos lo esperéis se os aparecerán los viejos fantasmas en los nuevos silencios.

«Lo tenías merecido, tú mismo te buscaste ese destino».

«Jódete y vive con eso».

«Vive con eso aquí».

«Aquí y ahora».

Pero el trabajo no ha concluido. *Ahí, ahí y ahí*. No sabemos de quién ha sido la idea de la cal viva. Vargas, Hernández, se llaman por el apellido, por mucho que el teniente coronel se lo tenga expresamente prohibido. No deja huella, dicen que es muy limpia, la cal lo quema todo. Ni los perros podrían encontrarlos.

Ni siquiera los perros.

Luego, que el polvo y los años hagan lo que es preciso. Un folio en blanco.

«¿Aún no sabes, Soto, en qué te vas a convertir? ¿Quieres que te lo diga? No creo que te guste oírlo. ¿Así y todo? ¿De verdad quieres que te lo diga? Está bien, Soto. Tú lo has querido. Al principio te convertirás, como todos los mártires, en adrenalina para el pueblo. Y luego te convertirás, como todos los mártires, en anestesia para el pueblo. Mencionar el formol sería demasiado cruel, aparte de que dentro de pocos años será la misma palabra "pueblo" la que pongan en formol. ¿Que por qué lo digo? Porque la palabra "pueblo" perderá su sentido, querido amigo, *cher ami, my friend*. La tratarán como a un feo tubérculo, sí, no te extrañes, no me mires así... Pero no voy a contarte demasiadas noticias de golpe, ¿no? Mejor lo dejo... *Pueblo*, por ahora usaré ese término, para que te vayas acostumbrando. Digo que, como todos los mártires, al principio te convertirás en adrenalina del pueblo, y que luego te convertirás en anestesia para ese feo tubérculo llamado pueblo. En primer lugar adrenalina, símbolo contra la sinrazón, porque serás el hilo conductor de muchos arrebatos. Porque las bodas traen bodas; y los entierros, entierros. Más tarde, anestesia, porque demasiada gente, durante demasiados años, buscará en tu piel la razón de otras muchas cosas. Adrenalina y anestesia, puede que ambas a un tiempo. Cuando esté falta de fuerzas, la gente introducirá la cabeza en vuestra tumba

desconocida, y se dará un chapuzón de envilecimiento y de energía en esa laguna, en esa piscina vuestra; "sí, claro, no está bien esto que han hecho nuestros muchachos, pero mira lo que hicieron con Soto y Zeberio... ¿Acaso lo has olvidado? ¿Acaso no los querías? El pueblo no va a olvidar, el pueblo no va a perdonar"».

Se cierra de golpe la primera puerta, luego la del copiloto. De golpe. Antes de entrar a los coches, apagan las linternas. El segundo auto, y los hombres obedientes que lleva dentro, tanto por su forma de actuar como de moverse, no son más que la sombra del primer coche. Todo lo que hacemos lo ha hecho antes algún otro. Allí donde vayas a estar, ya estuvo otro antes.

Los hombres obedientes van en silencio dentro de los coches. Con las ventanas cerradas, ajenos al sonido de grillos y chicharras. Alguien se empieza a poner nervioso, el silencio es una rata que roe la conciencia.

—¡Que alguien ponga la radio! ¡Esto parece un funeral!

O bien: «¿Alguien quiere un cigarro?». En la época no hay ningún reparo en fumar dentro del coche. Cambalache, siglo veinte. Esa ratonera. Ninguno de ellos fuma, pero no están en disposición de rechazar el cigarrillo que les ofrecen, teniendo en cuenta que se trata de Vargas, Hernández, y otros tantos, hombres obedientes que vienen de enterrar a dos muertos. Tres luciérnagas y el humo, las ventanillas del coche cerradas. Cada cual embebido en sus pensamientos. Todos con ganas de lavarse las manos. Las ocurrencias freudianas saltan de los temas trascendentales a la cotidianidad: son humanos, claro que son humanos, demasiado humanos, han dejado atrás la muerte, y a uno de los policías el cuerpo le pide una copa de Anís del Mono y jabón Lagarto (lagarto, lagarto); a otro le recuerda la cantidad de días que lleva sin follar («sin meterla en caliente»); y al tercero le trae a la mente la fiebre del niño y las escasas posibilidades de que su mujer lo aguarde despierta, la duda de si se enfadaría con él si la despertara y la tomara por detrás, para volver a sentirse en su piel, follársela sin desvestirla, apartándole la ropa interior, y sintiendo la fricción del algodón en la polla. Las manos, ¿se las lavarán en la comisaría, o cada uno en su casa? ¿Se las lavarán todos dos veces? ¿Por turnos? ¿Se llevarán los dedos a la nariz antes de mojárselos bajo el grifo? ¿Sabrán que hay que cantar *Cumpleaños feliz* tres veces mientras te lavas para que todas las bacterias desaparezcan?

«Una mano lava otra mano; dos manos lavan la cara».

«Los uniformes de diario no se llevan a casa, se lavan en el cuartel, ¿no conoce las reglas?».

Pero llevan ropa de calle. *De paisano*.

El primer auto se aleja. El segundo se aleja también. Supongamos lo siguiente: uno de los hombres obedientes, doce años más tarde, de vacaciones en Nerja, en una casa encalada. El sol incendia la cal, y el hombre obediente queda cegado por un instante, mientras el impulso reconfortante del trago de brandy, que parece plomo

derretido, le dice, nunca tan consolador como uno quisiera:

—Hiciste lo que tenías que hacer.

La fachada encalada le dirá:

—Hiciste lo que tenías que hacer.

El torturador pronto tendrá preocupaciones domésticas de otra índole: su hijo en paro, la diabetes de su mujer, un tumor, otras maneras de mirar a la muerte, otro prisma.

«¡Descansen... armas!».

«Obediencia debida. No es gente: es gentuza; diligencia, ejecución, un trabajo como cualquier otro, combatir limpiamente la escoria».

«Sí, mi comandante».

«¡Firmes!».

«Tienen un aspecto lamentable, no podemos dejarlos así: que desaparezcan».

Aquí, ahora.

Nadie quiere ya este tesoro enterrado. Incluso a quien lo enterró le costaría encontrarlo. Las lluvias y el polvo de más de veinte años han cambiado de sitio hasta las zarzas, *allez hop!* El hinojo, el espliego y el romero sí, siguen ahí. El brezo y la savia pegajosa de los pinos. Las plantas son sabias, más sabias que los humanos; sí, al menos, más pacientes. No es cosa difícil, en realidad. Alguna rama caída, imitando las traviesas de un ferrocarril anárquico en una estación abandonada. Es lo primero que ves. Ramas secas que te parecen la calavera de algún animal sobre un círculo de piedras. Tu cráneo. Lo primero que distingues cuando te quitas el polvo de los ojos son unos fémures y unas caderas cubiertas de cal. Has tenido que esforzarte al máximo para asumir que no pertenecen a una ternera. Te ha costado incorporarte, no es fácil ponerse de pie sin talones: los huesos no están en su sitio, y el viento te silba por entre los huecos. Como este blanco no parece el propio de los huesos, decides ordenarlos en el suelo antes de marchar, y limpiarlos uno a uno a base de soplidos, soplando la cal, soplando a las hormigas que te hacen cosquillas en los brazos. Has reconocido un fémur, pero no eres muy bueno en anatomía; y aunque has colocado las tibias, te da la impresión de que te falta alguna costilla... ¿Acaso hay un niño en Nerja que usa la costilla que te falta para aporrear su tambor de juguete, porrompompón? Una costilla de menos, qué se le va a hacer. No es un gran impedimento: apartas una de las que te sobran en el otro lado, y restableces el equilibrio, la simetría que, por otro lado, tampoco es tan importante. Se te acerca un perro. Te mira fijamente, babeando. Le lanzas la costilla sobrante: la agarra con gusto y la entierra en algún escondite. Sonríes por primera vez.

A pesar de esas carencias, te parece que los pulmones podrán resistir dentro de la caja torácica, sin caer al suelo. Haces crujir tus dedos hasta producir un denteroso chasquido —«empezamos bien: no he hecho más que desperezarme y ya se ha

cumplido mi primer capricho»—, y los colocas todos en su sitio. Comienzas a caminar, escultor de ti mismo, arrastrando los pies, intentando imprimir a tu cuerpo la apariencia que tuvo en otro tiempo.

Los huesecillos de tus manos estaban en buen estado, no ha sido preciso recomponer el puzle, has tenido suerte. Tomas la calavera entre tus manos. Pesa menos de lo que creías. «Cráneo sin ojos, ¿acaso te me pareces en algo? Aquí algo huele a podrido: tranquilo, el cielo proveerá». Nos quedan muy lejos los fantasmas de Dinamarca, los quesos con agujeros de Dinamarca; ah, no, esos eran suizos. Quesos neutrales con sus neutrales agujeros.

¿Estás ahí?

¿Estás lejos?

¿Estás en los huesos?

No es lo mismo estar en los huesos que estar en los *puros* huesos.

Tú vuelves a estar en tus huesos. En tu piel. «Si al menos tuviera a mano un peine», no has podido evitar un pensamiento absurdo, frívolo.

Quizá porque estás buscando el peine, inconscientemente miras a la fosa y ¿qué es lo que ves?, peine, ninguno; un espejo roto, un cráneo que no es el tuyo quemado por la cal, una mandíbula que parece desencajada, una dentadura negruzca, un montón de huesos fuera de lugar; al contrario que tú, dormidos y sin vida. Lo palpas, le acaricias la mandíbula, en busca de un mensaje, una textura, un temblor: el braille de san Vito.

—¿No te vienes conmigo, Zeberio? ¡Te necesito a mi lado! ¡Levántate y anda!

Lo agarras de los hombros, deseando despertarlo de su largo sueño, pero su clavícula se te rompe en dos pedazos cuando lo zarandeas, frágil osamenta de un zorzal. Cuando intentas unir las articulaciones, en cada mano se te deshace una manzana de yeso. Soplas al polvo. Has comprendido. Él no se viene. Se ha rendido. No tiene ganas de vivir, de vengarse, de reír. Ni siquiera intentas hacerle cambiar de opinión. También merecen respeto los muertos que quieren seguir estándolo. Muertos y dormidos.

Suspiras. La vida es un trabajo solitario. La muerte también, según parece.

Dejas atrás a tu amigo y caminas hacia la variante, echando de menos algo más que una costilla. De vez en cuando vuelves la vista atrás. Querrías que tu amigo se viniera contigo, pero el hecho es que no te sigue.

Zeberio se ha quedado para siempre en la fosa: callado, discreto, loco, hermano.

Es de noche, la ocasión merece que sea de noche. Dejas a un lado la señal «Valle de la Escombrera 10 km» y te colocas junto a otra que reza «La Aparecida 4 km»; más que colocarte, te plantas allí, con pocas esperanzas de que pare alguien que no tema a los autoestopistas. Quién sabe, quizá una familia alemana, un grupo de jóvenes *hippies* en una furgoneta Volkswagen llena hasta los topes, al volante una mujer amante del hachís, de larga cabellera y pechos pequeños y hermosos. ¿No dicen que pedir es gratis? ¿Habrá sobrevivido algún *hippy* después de tanto tiempo?

A estas alturas ya deberíamos de estar en Europa, con todos nuestros derechos y deberes, ¿no? Un escalofrío te recorre la columna: ¿y si volvieras a encontrarte a aquella gente de otro tiempo, Hernández, Vargas, aquellos adanes armados sin vocación de jardinero? No, hay cosas que solo suceden una vez en la vida, una vez en la muerte. No son tan torcidos los renglones del Diablo. Sería mala suerte volver a tropezar con aquella gente obediente después de más de veinte años... No, no crees que vayan a volver por aquí. El asesino no suele volver al lugar del crimen. Tampoco al lugar donde lo asistió inesperadamente un coraje que luego perdió. Quizá porque le parece inconcebible el solo hecho de haber poseído tal coraje alguna vez.

¿No es hermoso estar vivo?

Pero tú no estás vivo exactamente: estás muerto y despierto. No es lo mismo. Ansías ver las cosas que han cambiado, quieres contemplar el mundo tal como es ahora, diferente. Quieres reencontrarte con tus amigos, ahora envejecidos. Reírte a costa de sus contradicciones. Es hermoso estar vivo, claro que lo es, aunque no sea más que por ver cómo todo ha cambiado y se ha ido al carajo, es hermoso volver a la vida. ¿Por qué no habrían de tener los muertos ese privilegio? No es justo. Ciertamente, esto no tiene nada que ver con lo que tú mereces... Eres un poco ingenuo para tratarse de un espíritu que llega del más allá. Y un poco de ingenuidad no está mal del todo, ni siquiera en el caso de los espíritus. Se cura con el tiempo.

Consigues desembarazarte del último resto de cinta aislante. Tienes sed. Besarías cualquier cosa, algún metal frío, te conformarías aunque no fuese plata de ley, alguna tela, con tal de asegurarte de que tus labios siguen en su sitio.

Sientes humedad en la boca. «Bien. Soy yo, esta es mi dentadura torcida».

A lo lejos se ven las luces de una gasolinera de la compañía Shell, contigua a un hostel: Hostel Europa. «Malo —piensas—, el nombre de los negocios siempre alude a aquello que les falta: Pensión Edén, Ultramarinos Paraíso... ¿Hostel Europa? *Excusatio non petita*... Así pues, no estamos en Europa, se trata de una cuestión puramente nominal. A Europa quizá se la hayan cargado esos dobladores con voz de feriante». Decepcionante, sobre todo para los humanistas europeos, si no estuvieran todos muertos. Puestos a elegir, mejor que el hostel, prefieres la gasolinera. Sales de una concha y te diriges a otra. Shell. De hueco a hueco y tiro porque me toca. Por el camino vas dejando un rastro que parece de tiza, pero que en realidad es de cal viva. Vas marcando tu territorio con cal, como hacen los lobos con su orina. Las líneas del terreno de juego y sus límites. Un campo de fútbol improvisado en la playa. Con cal viva. Antes, solo la cal era viva. Ahora tú también lo estás. Otra vez vivo. O poco más o menos. Muerto pero despierto.

Tienes, roja, una herida en la ceja. Te llevas una gota de sangre a los labios. Te sonríes. Se ha obrado el milagro: el napolitano san Jenaro se ha echado a llorar. El aroma del romero forma tibias virutas en tus orificios nasales. Vuelves a estar en tu ser, si bien no te atreves a comprobar si tienes pulso, y prefieres refugiarte en ti mismo y aguzar el oído, intentando distinguir el rumor de alguna ola.

No se distingue.

Quizá un kilómetro o dos más allá, quién sabe. Valle de la Escombrera. La Aparecida. Olas. Ondas. Ondas expansivas. Demasiado pronto para desistir, no has hecho más que empezar.

Sin peine, entonces. Tampoco hay rastro de tus gruesas gafas. Y, sin embargo, puedes ver con nitidez. Mejor que nunca. Al tiempo que te sorprendes, decides, cada vez más animado, atusarte el cabello con la mano, mientras consideras que la cortesía y la coquetería no son, ni mucho menos, los rasgos más insignificantes de los vivos. Una ausencia intermitente difumina la presencia de tu cuerpo, y no estás seguro de si lo que tus dedos han acariciado son tus antiguos mechones de pelo, o no se trata más que del cálido aire de Cartagena.

No cabe duda, vuelves a estar en tu piel. Y eso nadie va a negártelo: así como la noche merece ser noche, igual que el mar se merece su cobertor azul, tú bien mereces tu pellejo.

PRIMERAS DIFUMINACIONES

A Idoia Erro le han gastado muchas bromas a cuenta de su Mini verde, algo que siempre le ha sido útil para ejercitar sus reflejos: «Tu coche es de color guardia civil»; «Ríete, pero a mí en los controles no me paran»; «Si es igual que una caja de After Eighth»; «No me gustan los hombres mentolados». Sabe cómo defenderse cuando la conversación torna en partida de ping-pong, de lo contrario no habría llegado tan rápidamente a jefa de la sección de cultura en *Egin*. Ese es, precisamente, el periódico que lleva Diego Lazkano doblado en el regazo. «Reagan relanza la ofensiva propagandística contra la URSS», puede leerse, aunque la fotografía de portada se la lleva la nutrida asamblea contra la destrucción de la industria de la comarca, celebrada frente a la iglesia de Rentería.

—¿Nervioso?

—Un poco.

Hace ya tres meses que dejaron de salir y a Diego, quizá por esa engañosa atracción intacta —y en suspensión— que mantienen en ocasiones los amantes perdidos, Idoia le parece más bella que nunca. Lleva el pelo a lo *garçon*, pero no como lo hacen esas mujeres que quieren desembarazarse de la tiranía de gobernar sus greñas, como simple reivindicación de un pragmatismo liberador, sino de una forma más sofisticada: un mechón ondulado hacia arriba, bien corto pero con mucho estilo, un trabajo de poda selectiva con tijera. Diego recuerda cómo, cuando Idoia se le sentaba en el regazo, él la agarraba del pelo y tiraba un poco de su cabeza para ladearla y besarla en el cuello. Aunque ahora lo lleva cortito, aún tiene pelo suficiente para tirar de él de aquella forma. Sucumbe ante esa fantasía pasajera de los ex amantes: ¿Cómo controlar una pasión intermitente que pretende quebrar un pasado fijado y prensado por la razón? «Apártate de ese camino, Diego», se dice. Pero le resulta imposible. Y lo cierto es que si, para besarla, Diego tiraba del pelo a Idoia, era porque ella ya lo había hecho antes con él. Ha de reconocerlo. Es Idoia quien le ha enseñado todo lo que sabe sobre el género femenino y, una vez terminada la lección, lo ha dejado solo para que ponga a prueba su sabiduría con el resto de las mujeres. Dado que Idoia no deseaba una relación estable, Diego tenía la dolorosa sensación de que lo habían arrojado, no ya de la cama, sino por la borda. Además, Idoia es dos años mayor que él, algo que se antoja absurdamente una brecha insalvable cuando tienes diecinueve recién cumplidos. No siempre le pasa, pero al estar con ella revive el dolor de la ruptura. Pensar que ya no tendrá ocasión de acostarse con aquella Idoia con el pelo a lo *garçon* le produce una tristeza, más que de enamorado, de coleccionista sentimental.

—¿A qué hora es la función?

—A las ocho en euskera y a las diez en castellano.

—¡Qué me dices! ¿Dos funciones en un día? Estáis locos, Diego.

«¡Qué me dices!», le encanta su manera de hablar, dentro y fuera de la cama. En la época en que empezó a acostarse con Idoia le resultó chocante la contenida violencia del sexo: cómo la chica se rendía a su propia excitación, se entregaba completamente —entregarse, ¿pero a quién?— y se dejaba ir mientras le asía salvajemente la cabellera; y cómo también él se atrevió por primera vez a tirarle con cierta firmeza de la melena y a contemplar su cuello; porque, digan lo que digan, en la cama no todo son caricias y dulzura, no todo tiene que ser tierno, aunque es preciso vigilar con tiento cada paso que se aleja de la ternura. Nunca antes le ha visto los pendientes que lleva en esos lóbulos pequeños que dan ganas de morder. Azuzado por la fantasía del alfiler de aquellos pendientes, Diego siente la punzada de los celos en un lugar indeterminado entre los pulmones y el estómago. «Y los pendientes que yo le regalé, ¿es que ya no se los pone?».

Diego se obliga a recordar el odioso trato que ambos hicieron —«podemos ser amigos, ¿no?»— y, para apartar de sí aquella flaqueza que lo acecha, introduce una cinta en el radiocasete. Como si el silencio del coche tuviera alguna culpa. Idoia carraspea mientras la parte no grabada de la cinta emite un sucio chisporroteo.

—Tu reportaje sobre Dario Fo...

—¿Sí?

—... no saldrá la semana que viene, tenemos falta de espacio y habría que cortarlo demasiado. ¿Te parece bien?

—No tengo ninguna prisa.

Prisa, ninguna. Difícilmente podría tenerla. En aquella relación, Diego Lazkano siempre había sido, no ya «Toro Sentado», sino «El que Espera»: las reuniones se eternizaban, surgían cambios de última hora, imprevistos en la rotativa. Así era el trabajo de una redactora jefe de cultura. Más responsabilidad, más horas de trabajo y una subida de sueldo simbólica. En cualquier caso, Lazkano reconoce, casi con alegría, que esperar a alguien que amas forma parte de la relación, convencido de que aquella ausencia previa que aseguraba la presencia venidera era una forma de remarcar los momentos en que iban a estar juntos, de hacerlos brillar y darles lustre. En el amor, y no solo en el amor, hay que aprender a gozar incluso del previo a los preliminares. Quizá la vida no sea, en sí, más que eso: una acumulación de previos que no conducen a ninguna parte. Una acumulación de *previos de previos*. Por mucho que rasquemos, nunca conseguimos arañar lo suficiente.

Lazkano reconoce enseguida la voz de Silvio Rodríguez, aunque la canción no le suena.

—¿Silvio?

Idoia asiente. Luego cambia de marcha y se queda callada, mirando hacia fuera por la ventanilla; no está incómoda, pero es consciente del momento de incomodidad que puede estar a punto de llegar. ¿Cómo llamar al momento en que, sin sentirte incómodo, prevés la incomodidad? Aún quedan muchas palabras por inventar.

«¿Te molesta mi amor?», pregunta Silvio. Pero la cinta no es de Silvio Rodríguez,

sino una miscelánea de canciones de amor confeccionada expresamente por alguien. El salto es demasiado brusco: la siguiente es *No One Like You*, de Scorpions.

—Son canciones escogidas —se adelanta Idoia.

«Canciones escogidas», claro. Escogidas por quién, mejor no preguntarlo. Se las ha grabado, sin duda, el mismo que le ha regalado aquellos pendientes. Aunque Idoia es una apasionada de las artes plásticas, la música nunca ha sido su fuerte. Lazkano siente que aquel ser anónimo le sigue lanzando dardos en un lugar indeterminado entre el estómago y los pulmones; no puede evitar una mirada furtiva hacia la guantera. En la carátula de la cinta naranja marca Agfa —la única que hay entre los mapas de carretera— descubre una torpe caligrafía que le es desconocida, caligrafía masculina, sin duda alguna. Lazkano se siente desamparado: «En un tiempo las cintas se las grababa yo». También él, precisamente, acaba de comprar el LP *Blackout* de Scorpions, y la última vez que lo ha escuchado se le ha pasado por la cabeza que la canción *No One Like You* resultaría del gusto de Idoia. Pero ahora es demasiado tarde: ha sido reemplazado. Se le han adelantado, no solo como amante, sino también como proveedor de música. A Diego —los caminos de la mente son inescrutables— le parece que lo segundo le resulta tan doloroso, o más, que lo primero.

—Buena suerte...

Le dice «Buena suerte», pero lo que escucha Lazkano en realidad es aquella otra frase: «Podemos ser amigos, ¿no?».

—¿No vienes a la función?

—He de volver al trabajo, quizá el fin de semana...

—Llámame, y dejaré entradas a tu nombre.

Después de decirlo, Diego se humilla y añade: «Dos entradas».

Idoia asiente con el mentón y Diego cierra la puerta del Mini en la alameda del Boulevard, enfrente del semáforo de la cafetería Barandiarán. Se siente como si le hubieran absorbido todas sus fuerzas con un secante. Sin ánimo siquiera para pedir algún estimulante en la cafetería, pasa frente al Pequeño Casino y se dirige al Teatro Principal. Gloria le riñe:

—¿Se puede saber dónde te has metido? No, ni me lo digas: prefiero no saberlo... Vais a terminar todos en la cárcel... Solo faltas tú por vestirte...

Ana Etxarri, la protagonista, inmersa en sus ejercicios de voz, se dirige a Lazkano imitando mímicamente a un pato, con los dedos picudos en la boca, «no hagas caso de la bocazas, es noche de estreno y está nerviosa». Esta noche se ocupará de las luces Kepa Zeberio.

Xabier Soto también está allí, visiblemente excitado. Es la primera vez que se representa un libreto suyo.

—Ya estaba empezando a pensar si no tendríamos que reemplazarte, primo...

«No, más sustitutos no, por favor. En esta obra tengo un papel pequeño, pero solo yo puedo interpretarlo».

No tienen ningún sustituto, por supuesto. Cuando uno de los actores enferma,

algún otro de la compañía hace su papel. Del de Diego Lazkano, en concreto, podría ocuparse cualquiera, dado que no tiene más que tres o cuatro frases.

De que lo de su padre es serio, se da cuenta cuando tiene que ir a buscarlo a la oficina de Correos. Le llama llorando, «me he confundido de sitio, Diego», y a Diego le cuesta entender las palabras de su padre, por qué no puede, después de haberse confundido de sitio, cambiar de itinerario y volver a casa por su cuenta; incluso la razón de la llamada se le hace difícil de comprender —su padre nunca le telefonea—, «me he confundido de sitio», «ven a buscarme, estoy en Correos»; y se le pasa por la cabeza si no habrá sufrido algún percance que le da apuro confesar por teléfono.

Llueve a mares, así que al viejo, en lugar de en la calle, se lo encuentra cerca del guarda jurado. Desde lejos, el perfil de su padre le parece ajado y decaído.

El guardia le *entrega* a su padre, como si permaneciera bajo custodia.

—¿Es su padre? Creo que se ha desorientado.

Lazkano asiente y padre e hijo se alejan de bracete bajo la lluvia: «Desorientado, qué sabrás tú de eso, ni que un guarda jurado fuera la persona más orientada del mundo», se dice Diego.

—¿Qué ha pasado, padre?

Su padre le enseña los libros: tienen la pegatina de la biblioteca y han pasado por muchas manos. Son *best sellers* para pasar el rato; Lazkano no tiene ánimo para memorizar ninguno de los títulos, hace muchos años que no atiende al capricho de los lectores, le deprime ver la basura que lee la gente.

—Quería devolverlos en la biblioteca. Hoy era el último día, ¿entiendes? El préstamo de estos libros no se puede alargar más.

Habla como si fuera un asunto de vida o muerte, con apuro y sin proporción, ni que aquel *último día* fuera el del juicio final. Y, además, esa costumbre de acudir a la biblioteca... no sería, por cierto, por problemas de dinero. En su padre hay aún demasiadas cosas que no entiende, y hace tiempo que renunció a entenderlas.

—¿Y por qué no los has devuelto? ¿Quieres que vayamos ahora los dos?

Si acaso pensaba que el aspecto del viejo no podía derrumbarse más, Diego se equivocaba. Esa mirada de perro apaleado le ha hecho perder tres pulgadas de altura. Persona o cosa, algo está jibarizando a su padre. Con los ojos llenos de lágrimas, sin fuerza para avergonzarse siquiera, le dice:

—Me he confundido de sitio, Diego. Me he puesto a la cola en Correos, he esperado hasta llegar al mostrador y se me ha metido en la cabeza que tenía que facturar estos libros.

Ya se han alejado unos veinte pasos de la oficina postal, sin espacio suficiente para los dos bajo un solo paraguas, ambos ofrecen sendos brazos a la tromba de agua que está cayendo, más cerca de la verja trasera de la catedral del Buen Pastor que de la oficina postal. El edificio principal de Correos de San Sebastián y el que alberga la biblioteca Koldo Mitxelena tienen el mismo aspecto exterior. El espejismo de la

simetría. Cualquiera puede confundirse.

—Te has despistado, eso es todo. Dejamos los libros, y se acabó.

—No lo entiendes, Diego: estaba *convencido* de que los libros eran paquetes postales. He estado media hora esperando a que llegara mi turno... El empleado de Correos me ha mirado desconcertado. ¿Sabes qué quiere decir eso?

Lazkano siempre ha oído —y es algo que le hace sentirse culpable— que, en caso de enfermedad mental, la familia suele darse cuenta antes que el mismo enfermo; y no solo eso: al parecer, incluso cuando se percataban de algo, los enfermos tendían por lo general a obviar los primeros síntomas del mal y a quitarles importancia, y solían ser las personas de su entorno las que se preocupaban y apremiaban a los enfermos a acudir al médico. No era algo habitual que el propio enfermo detectara su enfermedad, porque la enfermedad mental casi siempre comporta el autoengaño. No ha sido así en el caso de Gabriel Lazkano, y a Diego le parece una clara muestra del poco caso que le hacen en casa, mientras intenta sopesar, bastante asustado, cuánto y de qué manera influirá en su padre vivir de forma consciente aquella enfermedad. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que las sinapsis neuronales habían empezado a rebelarse? Si le hubieran detectado antes la enfermedad, ¿habría tenido más opciones de retrasar su degeneración con ayuda de medicamentos? No había forma de saberlo. Durante tres o cuatro semanas, Lazkano anula todos sus compromisos —está presentando su último libro, que al parecer lleva camino de superar el éxito de los anteriores—, y con la ayuda de su madre y su hermana se dedica a llevar a su padre de prueba en prueba, de hospital en hospital.

Las primeras opiniones coinciden en que los análisis no revelan nada fuera de la normalidad. Con mucha cautela, eso sí: «El cerebro aún es para nosotros un gran desconocido». Tras aquellos iniciales mensajes positivos, llega la llamada de su madre.

Ella no le llama llorando, sino más bien después de haber llorado. Es inútil que intente ocultárselo. El trabajo de Lazkano consiste en observar la condición humana, los instintos, pulsiones y anhelos humanos, y en elaborar una ficción coherente basándose en todo ello; los detalles son su vida, es la única habilidad de la que puede sentirse orgulloso. Por eso se da cuenta al instante del malestar de su madre.

—Tu padre ha empezado a decir cosas raras.

Antes de lo que esperaban, y mientras todos los escáneres y resonancias siguen sin mostrar nada concluyente, entran sin previo aviso en la fase de la desinhibición. A ratos está bien, y a ratos se pone a decir lo primero que se le pasa por la cabeza. O quizá no es exactamente así, porque, más que soltar lo primero que se le ocurre, lo que hace es decir precisamente aquellas cosas que llevaba mucho tiempo guardadas en la recámara; extraños juicios, revelaciones y reproches que parecen demasiado bien elegidos, cosas que sucedieron hace tiempo y ocultó a la familia, cosas de las que no siempre se adivina si son reales o imaginadas.

—¿Cuándo va a venir Ángeles?

—¿Ángeles?

—Puede que no te lo dijera... ¿Te acuerdas de aquella vez que fui a Ámsterdam? Allí conocí al amor de mi vida: vive en Ibiza, tendría que ir a visitarla, hace tanto tiempo. En Ibiza ahora tendrán un tiempo de maravilla, y no este calabobos.

Cuando Josune, la hermana de Diego, le pide que deje de decir tonterías, Gabriel Lazkano saca de su cartera la foto de una joven y, como quien echa un órdago en el mus, arroja el retrato sobre la mesa.

Diego intenta recordar el viaje de trabajo de su padre a Ámsterdam. Hace al menos quince años de eso: cursó un seminario en Holanda en torno al control natural de plagas y a métodos «sostenibles» de eliminación de insectos. Por aquella época hubo una palabra que, divertido, usaba sin parar: *ecoveneno*.

—Tú no estás enfermo... Lo que pasa es que te estás volviendo loco.

Soto está enojado con Gloria. Le parece que la directora es blanda, que no se compromete lo suficiente. «Tanto arte y tanto cuento...; están pasando cosas muy graves ahí fuera, primo, y Gloria les da la espalda». En muy contadas ocasiones asiste con ellos a las protestas. Y si por la época hay algo que no escasea, son manifestaciones: no fue con ellos a la marcha contra la central nuclear de Lemóniz, y tampoco a la concentración de Bilbao en favor de los médicos abortistas condenados a seis años de cárcel. «Vive en su jodida torre de Babel, burguesa hija de burgueses», alecciona a Lazkano un soliviantado Soto. «O peor aún: una mera aristócrata; porque un burgués, aunque sea mal, algo hace». Hoy la directora ha vuelto a echarles en cara que vayan a «esas reuniones». «Vosotros veréis si vais o no, pero a los ensayos más os vale llegar puntuales, ¿me habéis oído?». «¿Quién se cree que es, primo? ¿Nuestra madre? ¿La señorita María Pilar?».

«Vais a acabar mal».

«No esperéis que vaya yo a sacaros de la cárcel».

«Como para pagar abogados estamos...».

Todo eso les ha soltado, y Soto está de mal genio. Coge el libreto y se lo echa a la cara, al tiempo que le espeta que, si no va a respetarlo, no cuente con él.

—¿Te vienes, primo?

Pero Lazkano sabe que no es más que una rabieta. Zeberio recoge del suelo el libreto desparramado. Lazkano vuelve a colocar en orden las escenas, todas las páginas, una por una, a pesar de que Soto no las tiene numeradas.

Aunque en la representación no tiene más que unas pocas frases, Diego Lazkano se sabe casi toda la obra de memoria.

Al poco tiempo de que a Gabriel se le suelte la lengua, el matrimonio empieza a dormir en camas separadas. Y por fin llega el diagnóstico. La confirmación de sus sospechas llega de la mano de Santos Herguera, viejo amigo de la familia. Es, desde hace ya algún tiempo, jefe de la Unidad de la Memoria en un hospital de Dallas, y

aprovechan su veraneo en San Sebastián para realizar la que, en otras circunstancias, hubiese sido su primera consulta.

Lo de menos es ponerle una etiqueta. Se trata de algún tipo de demencia, no específicamente alzhéimer. Les muestra los diagramas en colores de su cerebro, sofisticados tests que no comprenden en absoluto.

—¿Y hasta ahora no os han dicho nada de nada? No me lo puedo creer.

Que en pleno siglo XXI tengan que venir los médicos *americanos* a aclararnos las cosas no tiene perdón a juicio de Diego. No hay milagro que detenga el desastre: ejercicio físico y mental, controles estrictos, pastillas de todos los colores; la familia va a tener que vigilarlo muy de cerca para que se las tome todas.

—Cuidad de vuestro padre, pero de vez en cuando dejad de cuidarlo para cuidar de vosotros mismos.

No por ello deja el viejo Lazkano de hablar de Ibiza, ni de llamar de vez en cuando a su mujer con el nombre de aquella supuesta Ángeles. Algo siempre trufado de peticiones de fantasías sexuales que a su hijo le resulta tan desagradable oír en boca de su padre, «¿cuándo volverás a dejar que me corra en tus pechos, Angelines?», frases que, tras el escándalo inicial, la familia más cercana acoge y procesa casi con normalidad, y que llevan a Diego a conocer en profundidad las inclinaciones de su padre; un escritor, si de verdad lo es, debe aprender a extraer alguna enseñanza incluso de las situaciones más adversas. Y Diego está seguro de su vocación, aunque no siempre lo haya estado, a pesar de que para afianzar esa vocación y seguir adelante haya tenido que clausurar de un portazo varias estancias de su mente.

No: tampoco su vida ha sido fácil.

A veces, el padre de Diego abraza con pasión a su mujer, pero no es a ella a quien quiere abrazar realmente, sino a su recuerdo de aquella tal Ángeles. No comprende por qué ella rechaza sus besos. Solo cuando está dormido le da su mujer un beso de mariposa. Solo entonces le parece su marido de antes, su Gabriel.

Diego y su hermana intentan hallar algún rastro de la tal Ángeles. Algún número de teléfono, su nombre y apellidos completos. Rogándoles discreción, muestran la fotografía de la mujer a los amigos y compañeros más íntimos de su padre. Pero nadie tiene noticia de ella. Escondió muy bien su secreto, al parecer.

Después de muchos altibajos, al cabo de seis meses le cambia el humor. «Estoy enfermo, ¿no?», pregunta de repente, y luego se pasa horas sin decir nada, con la mirada perdida.

Cuando ya se niega a comer y a ir al baño, lo ingresan. Al mes escaso, cuando parece que las rutinas establecidas por la estricta disciplina hospitalaria han logrado equilibrar un poco su situación, Gabriel Lazkano desaparece.

Deja una nota, más que sorprendente para haber sido escrita por un enfermo en su estado: «Begoña, Josune, Diego, os quiero, pero ahora tengo que vivir mi vida». Los nombres de su mujer y sus hijos, sin atisbo de la sombra de Ángeles, impecablemente

escritos, en mayúsculas. Los neurólogos y los psiquiatras no llegan a una conclusión clara. «Es extraño», dicen, y Diego empieza a cansarse de lo escaso del registro lingüístico: «extraño» no es en absoluto una palabra demasiado científica.

Ni la familia ni la policía vuelven a saber nada de Gabriel Lazkano.

Sería cruel decirlo, pero pensarlo es humano: aunque durante varias semanas, entre suspiros desalentados y noches sin sueño, siguen esperando una llamada de teléfono que no llega, la desaparición del padre tiene también el reverso inconfesable de la tranquilidad.

Han pasado muchos años desde que desaparecieron Soto y Zeberio: curiosamente, Lazkano no relaciona al principio la desaparición de su padre con la de sus dos amigos de entonces. Ni se le ocurre pensar que, aunque de un modo muy diferente, su padre, igual que Soto y Zeberio, es también un «desaparecido». Desaparecido, desaparecido, desaparecido... la desaparición es el eje de su vida, un remolino que tira de él hacia no se sabe dónde.

Durante los dos primeros años posteriores a su desaparición, Diego y Josune visitan la morgue varias veces, por turnos. A los ocho años llega la declaración legal de su muerte, y un reposo sostenido: un descanso precario y sin nombre, matizado, que les vibra en el pecho.

Lazkano sigue escribiendo, Josune, dando clases de danza. Su madre recoge sus fragmentos y rehace el puzle de sí misma, esforzándose en poner, donde faltan piezas, imaginación y olvido.

—¿Pero tú te crees que esto lo hacen en todos los teatros del mundo, Gloria? ¡Esto solo pasa aquí, porque este país es anormal! ¿A las ocho una representación en euskera, y a las diez, con los mismos actores, la misma obra en castellano? Es pura esquizofrenia... Desperdiciamos nuestro talento, Gloria, así no podemos hacerlo bien... ¡Es imposible!

Soto está alterado. La obra ha dejado indiferente al público y culpa de la pobre acogida a la necesidad de trabajar en dos lenguas simultáneamente.

—O lo hacemos así, o no resulta rentable.

—Vamos, Gloria...

—¿Quieres que disolvamos la compañía? ¿Que funcionemos como *amateurs*? ¿Que actuemos solo en frontones y colegios?

—Como si no actuáramos en frontones y colegios...

—Esas Vulpes de las que tanto hablas... ¿no tocan en sitios aún más cutres?

—¡Pero es que son punkis!

—Entonces nosotros también...

—¿Tú? ¿La condesa descalza, punk?

—Lo siento, pero así están las cosas.

La discusión no es nueva, pero vuelve a surgir después de la representación de las diez, en la que Lazkano, inadvertidamente, ha soltado una frase en euskera en plena

actuación en castellano. Lazkano está completamente abatido, aunque Gloria y los demás intentan quitar importancia al desliz:

—El público ni se ha enterado, Diego: ten en cuenta que solo vienen a verlo una vez, la vanguardia acostumbra a mezclar lenguas, seguro que han encontrado una justificación para esa frase en euskera...

Soto no pierde la ocasión:

—¿Vanguardia? ¿Qué pretendes, Gloria? ¿Insultarme?

Es inútil tratar de animar a Diego. Hoy Lazkano quiere estar solo, y no sale con los demás a celebrarlo. Por si fuera poco, sigue sin noticias de Idoia: el fin de semana no apareció a ver la obra, y la última vez que la ha llamado no le han puesto con ella porque estaba «reunida».

A la mañana siguiente de su lapsus, compra el diario y ojea el contenido de las páginas de cultura, impulsado por la curiosidad de saber el motivo del nuevo retraso en la publicación de su colaboración sobre Dario Fo. Impaciente, abre el periódico y, en su lugar, se encuentra con un reportaje a toda página: «Silvio Rodríguez, la pluma y la trova». Bueno, parece que poco a poco las piezas encajan. Estruja el diario hasta dejarlo completamente arrugado y lo arroja a la primera papelería que encuentra cerca del quiosco. Nada más hacerlo, Lazkano se arrepiente de su niñería y vuelve a comprar el periódico en otro quiosco. Lleva semanas sin aparecer por la universidad, pero no pasa nada. Que le den a la Sociología. Aún falta mucho para los exámenes. Vuelve a abrir el diario por las páginas de cultura y comprueba el nombre de su sustituto en la firma del artículo sobre Silvio Rodríguez: Mikel Remiro. El artículo le parece bastante flojo, pueril y repleto de adjetivos hasta la náusea. Silvio Rodríguez, Scorpions... el tal Remiro quizá sepa algo de música, pero como escritor es penoso. Diego intenta afrontar la verdad: Idoia lo ha dejado por un escritor de medio pelo; quién sabe si esa segunda relación solapada no ha tenido algo que ver con el hecho de que lo despachara a él tan ricamente. No, Idoia no ha jugado limpio. Mientras el trágico suicida hormonal que habita en él baraja distintas formas de poner fin a su vida —veneno, haraquiri, salto mortal—, suena el teléfono. Es Ana, la protagonista de la obra. Le llama para preguntarle qué tal está y de paso ver si pueden quedar a tomar un café.

La gran Ana Etxarri, la más bella y risueña del grupo. Una de esas mujeres a las que los hombres dejan de prestar atención porque les parecen inalcanzables. Claro que pueden quedar a tomar un café. En realidad, necesita más que nada ese café, si quiere reunir fuerzas para seguir con la obra de teatro. La semana que viene tienen contratadas seis representaciones en Bilbao y, mientras reflexiona sobre los diferentes métodos de suicidarse, mil veces toma la decisión, y mil veces la pospone, de pedir a Gloria que lo sustituya.

Es tan distinta de Diego. Una mujer de vocación muy clara, que desde que se matriculó en la escuela de teatro no tiene otra cosa en la cabeza. Se apunta a todos los cursos que se organizan: mimo, talleres de voz, guión, Stanislavski, katakali, danzas

orientales, esgrima... Si entre ellos hay alguien que pueda convertirse en un gran intérprete, todos están de acuerdo, esa es Ana Etxarri. Por algo la ha elegido Gloria para el papel protagonista.

—¿Te acuerdas del curso que nos dio Roulant?

Lazkano acompaña su respuesta con gestos amanerados. No era difícil imitar a aquel profesor Roulant que se acercó desde Lyon para darles un cursillo intensivo:

—«La lección fundamental, *c'est ça*: se trata de componer un dibujo con el gesto, e introducir luego las palabras en ese dibujo. A partir de ese momento, movimiento y texto irán de la mano. Basta con recordar el gesto para acordarse de las palabras». Pero yo no soy capaz.

—Hay que esforzarse.

—Esforzarse es duro.

—En eso no te falta razón.

Lazkano se ha esforzado, pero no lo ha conseguido. Se siente cada vez más incómodo sobre el escenario, así que aquel es el último trabajo que hará para la compañía de Gloria. Ha decidido abandonar esa vocación y consagrarse a sus estudios. Además, tal como a Diego le gusta decir desde que ha empezado a despertarse al lado de Ana, dos actores son demasiados en una sola casa.

Diego Lazkano es feliz. Gracias a Ana. Gracias a sus verdes ojos acharolados. A esa cabellera oscura, cortada en forma de hoz. A los libros que se regalan, porque los dos desean leer. Cada vez que Ana ensaya una nueva obra, es él quien le da la réplica, y luego asiste con gran satisfacción al estreno, ya sin tensiones, para ver cómo la mujer de su vida, en todo su esplendor, se come el escenario. Del mismo modo que cuando se hablan, cada vez que se tocan se esfuerzan para que sea diferente: se acarician el rostro, por ejemplo, después de pelar una naranja con las manos. No importa que sus dedos estén fríos entre los muslos del otro, y luego en su nariz, fríos y con olor a naranja. Es cuanto Diego necesita.

Forman una pareja de esas que dan envidia cuando las ves por la calle, van tan afinados entre sí, incluso sonrían de la misma forma: es casi una pareja de hermanos bien avenidos, deberían disimular su felicidad para no dar asco a los envidiosos viandantes. Se han contagiado no solo los gestos sino también las razones del otro para ser feliz; se les han multiplicado por dos, incluso: ahora las razones les pertenecen a ambos, cuando antes eran de uno solo. Memorable, el día en que colocan, por orden alfabético, las colecciones de discos de ambos en una misma estantería. «Un vínculo más firme que el matrimonio», se dicen, tras disponer flanco con flanco los discos de Patti Labelle y Mikel Laboa, de Echo & The Bunnymen y de Errobi.

«¿Esfera privada, algo íntimo, que sea solo mío? Claro que lo tengo», piensa Diego. Su estrecha amistad con Soto y Zeberio es algo que disfruta la pareja, pero la militancia política, las reuniones y charlas que celebran en casa de ellos, los gritos y carreras de las manifestaciones, eso es algo que atañe solo a Diego. También Ana

tiene su esfera privada. ¿Cuál? Diego no lo sabe. Le pertenece únicamente a ella. Es algo a lo que no presta demasiada atención, prefiere aferrarse a esa forma compartida que tienen de manifestar su felicidad.

Cuando empiezan a vivir juntos compiten por ver quién friega primero los platos, quién hace primero la cama. El juego consiste en sorprender a la pareja, y ver su sonrisa cuando se da cuenta de que el trabajo que se disponía a hacer ya lo ha hecho el otro; y luego, hacen el amor. Deshaciendo la cama que acaban de hacer.

Estar loco de amor, lavarse los dientes antes de comer. Y después, en lugar de comer, ponerse a hacer el amor lamiéndose todos y cada uno de los dedos.

Preparan café, y se ensucian las uñas con los posos. Quién sabe en qué recovecos de sus cuerpos dejarán después esos dedos el aroma del café.

—¿Dónde has estado?

—En casa de Soto y Zeberio...

—¿Conspirando?

—Escuchando música...

Lo tiene todo: amigos, amor. El amor de los amigos y la amistad de su amada.

Al atardecer, el aroma del café ha desplazado ya el émbolo de la naranja, pero ahí en el fondo sigue, como un bajo continuo, la cáscara de naranja, una dulce estridencia que se contrapone al amargor excitante de la cafeína.

Para que siempre sea distinto, Diego muerde a Ana en el cuello tal como Idoia le enseñó; cae el cinturón de la chica, sus botones nacarados chocan contra el suelo, unas uñas acarician unos labios, un dedo penetra en el surco; quisieran perfumarse, agacharse, olerse, besarse, sorberse. La punta de los dedos de Ana toca antes de lo esperado la erección de Diego, la chica no esperaba encontrársela tan cerca del cinturón. Lo acaricia primero con los dedos y luego con las uñas. Sonríen: siempre distinto, hasta que se les acaba el día, hasta que se les acaben todos los días habidos y por haber, dando la espalda a la evidencia de que los días terminarán, indefectiblemente, dándole la espalda a esa evidencia y haciéndole el amor, a la espalda y a la evidencia.

El entusiasmo por el grupo de teatro empieza a languidecer lentamente. La televisión engulle a muchos de los candidatos a actor: algunos eligen ser presentadores de informativos, otros hacen cursos de doblaje y deciden explotar su voz; inteligente decisión, quizá, ya que la voz es el último bastión que deteriora la vejez. Un actor sabe que es preciso poseer un gran talento para envejecer en el mundo del espectáculo. No todos somos Orson Welles.

O bien eso, o bien ganar unos kilos y convertirse en director. Pasar de ser una pieza de ajedrez a ser un jugador. Ese es el camino que desde el principio elige Gloria. Mientras estudia Bellas Artes en Bilbao, sigue produciendo obstinadamente obras de bajo presupuesto, siempre con su manía de no asistir a los estrenos, una especie de superstición: mientras dura el estreno se cobija en la coctelería del

Boulevard, tomando gin-tonics, fingiendo ante el camarero y ante sí misma que no está nerviosa, prendiendo un cigarro tras otro con la colilla del anterior, hasta que el reloj le avisa de que la obra del Principal debe de estar a punto de terminar. Entonces paga la cuenta y vuelve al teatro. Le gusta salir de allí a escondidas, y regresar de la misma manera; en los ensayos está siempre muy encima de los actores, así que luego se permite esa pequeña deserción. La primera vez le salió bien, y desde entonces repite el ritual: al volver al teatro a hurtadillas, con la obra en las últimas, le gusta respirar la tensión del patio de butacas, percibir las carcajadas o el silencio al atravesar el *foyer*.

Entonces pregunta a sus compañeros: «¿Cómo va?», si bien es una pregunta inútil, porque a esas alturas Gloria sabe perfectamente cómo está yendo todo, en el ambiente y en los rostros de los actores se respira ya el fracaso o el éxito, si han logrado o no emocionar al público, si los espectadores se han reído en los momentos en que debían reír, si han contenido la respiración cuando se suponía que tenían que hacerlo. Luego vienen los aplausos, la invitación a subir al escenario de mano de los intérpretes, los ramos de flores, las carantoñas, los besos, muchas gracias, el mérito es todo suyo, de los actores, muchas gracias, gracias de corazón, yo también les quiero.

«Los actores son unos niños mimados, Lazkano: de vez en cuando hay que cepillar a los caballos». *Cepillar a los caballos*, afortunada expresión.

Y al domador de caballos, ¿quién lo peina, Gloria? Lazkano se queda de piedra cuando Gloria les anuncia que dejará el mundo del teatro en cuanto termine Bellas Artes. Soto y Lazkano se la encuentran cabizbaja, en tanto que Zeberio se ha quedado recogiendo las luces.

—No soy tan fuerte como pensaba, para este trabajo hace falta mucho coraje... No sirvo para esto...

Ha sido algo que ha oído por casualidad en el bar Paco Bueno lo que ha acabado por minar la moral de Gloria. Ha exagerado hasta la tragedia un trivial comentario de taberna. Ni siquiera llega a ser un comentario. En realidad, no son más que dos palabras.

—Tampoco habrá sido tan malo...

—«¿Qué te ha parecido la obra?», le ha preguntado. «Sin más», ha contestado el otro. ¿*Sin más*?

Lazkano no puede creerlo. Gloria la orgullosa, la que desprecia por igual buenas y malas críticas con un «no han entendido una mierda, estos no tienen ni idea de quién es David Mamet»; Gloria, la inquebrantable, tan segura de sí misma y de cada paso que da, ¿a punto de rendirse por semejante tontería?

—No creo que sea para tanto.

—Es lo peor que pueden decirte sobre un trabajo que has hecho, Lazkano.

—Uno: ignoras quién hablaba, ni lo que sabe sobre teatro. Dos: ¿acaso no pertenecemos a la escuela de Handke? El público nos importa un bledo.

—No vas a convencerme, Soto... voy a dejarlo.

—Tienes que aguantar —tercia Diego, tímidamente—. Mañana lo verás todo de otra manera.

Pero no sucede así. La de la víspera ha sido la última obra dirigida por Gloria. De la noche a la mañana, deja la dirección y se aleja del ambiente de las salas de teatro para sumergirse en el de los artistas plásticos. Renuncia y se traslada a vivir a Barcelona.

En cualquier caso, a aquellos amigos íntimos, Soto y Zeberio, ¿no habían sido la muerte y la culpa las que los elevaron a esa categoría? ¿No eran acaso, y cada vez más, no ya los mejores amigos de su vida, sino los mejores amigos *de su muerte*, los mejores amigos *de su futura muerte*, que lo esperaban pacientemente al otro lado? A la tortura y desaparición de sus dos mejores amigos se unía ahora la ignorancia del paradero de su propio padre. Sucede cuando en su memoria la desaparición de Soto y Zeberio había empezado a difuminarse un poco —tan solo un poco—, y la responsabilidad que Lazkano siente por los desaparecidos, no solo no disminuye, sino que se refuerza y se redobra. La ausencia de su padre hace que Soto y Zeberio vuelvan a aparecer ante Lazkano, que vuelvan a emerger en su memoria, que su falta recobre vigencia en el día a día. Sus perfiles se le aparecen nítidos y renovados, como si hubiera estado repasando fotos que hace tiempo no veía. «Somos tres, y ahora todos hemos desaparecido; para los dos primeros no hay esperanza, puede que para el tercero sí la haya».

Pero también para el tercero, para el viejo Gabriel Lazkano, las esperanzas son cada vez más escasas. Si no aparece durante la segunda semana, así lo atestiguan las estadísticas —y las estadísticas son la cortesía de la policía—, es improbable que aparezca con vida. Al principio se dice a sí mismo «tres desaparecidos», y luego «tres muertos». Entonces comienza la obsesión de las viudas de los pescadores, la declaración provisional de ausencia legal, el insoportable desasosiego que se siente cuando el mar no devuelve los cuerpos de los marineros. Necesita el cuerpo. Que al menos uno de ellos sea un cadáver presencial, que sus huesos confirmen el final de la historia. El cuerpo significa que el muerto reposa en algún lugar, en un sitio concreto, que allí termina su historia, y que tal emplazamiento ayuda a ponerle fin. El sitio ofrece *descanso* no solo al muerto, sino también a su familia y a sus amigos.

Sin paradero no hay descanso, o al menos resulta más difícil que lo haya. Los cementerios acotan la muerte, sin camposanto la muerte puede estar en cualquier lado, y a los familiares les es hurtada la tierra bajo sus pies. Multiplíquese eso por tres.

—El fregadero está atascado, hijo. ¿Puedes venir?

La llamada de su madre no se corresponde con sus peticiones habituales, parece más bien un SOS semejante a aquel «me he confundido de sitio, Diego». En cuanto llega a casa, Lazkano confirma sus sospechas.

Dándole duro al desatascador, consigue librar tras un gran esfuerzo la cañería. La

causante del atasco es una larga mata de pelo blanco. Observa a su madre para comprobar que el pelo es suyo. Está sin peinar, se ha cortado el mechón esa misma mañana. Las tijeras siguen aún sobre la mesa.

—¿Qué has hecho, madre?

—Me sentía muy sola. Quería que vinieras.

Lazkano empieza a darse cuenta de lo que puede llegar a ser la desesperación: no tener fuerzas siquiera para disimularlo. Cortarte el pelo, atascar con tu propio mechón el fregadero y luego llamar a tu hijo para que venga a verte.

«¿No será que los desaparecidos provocan un cierto afán por desaparecer también en los que no desaparecieron?», se dice Lazkano. Debido al golpe recibido, desaparecen de sus esquemas, horarios y comportamientos habituales. No es solo que no tengan fuerzas para recuperar su vida anterior a la desaparición de la persona que querían, sino también que el hecho de desaparecer un poco ellos mismos, de cambiar un poco su conducta y su estado de ánimo, les hace sentirse más cerca de quienes ya no están: «Antes de que desaparecieras, vivía feliz, ahora he de vivir triste; antes de que desaparecieras, los domingos cenaba fuera, ahora he de cenar en casa; antes de que desaparecieras, pasábamos las vacaciones en la montaña, ahora tendría que pasarlas en la costa». Un comportamiento inconsciente y absurdo, que nos aparta de las antiguas rutinas, como si abandonarlas, alejarnos de nuestros lugares de costumbre y aparecer en otro lado, nos pudiese devolver parcialmente al desaparecido.

Hace tiempo que Lazkano no se sentía tan patético. Con los guantes de fregar de color rosa puestos y el mechón marchito de su madre en la mano, sin la menor idea de qué hacer con él: si echarlo a la basura, por el agujero del váter o devolvérselo a su madre. Los mechones se usan para el mal de ojo, como ofrenda para el ser amado. ¿Pero qué hacer con un mechón blanco de tu propia madre?

Así es, quizá la madre de Diego no lo supiera, pero también ella había decidido desaparecer; para ello, en lugar de arrojarla toda ella al río, había resuelto echarse poco a poco por el fregadero; empezando por lo más fácil, un mechón de cabello.

«Allí abajo nos reuniremos, en las alcantarillas, en el mar, en el fondo del pozo».

Diego Lazkano recuerda la primera vez que oyó el acrónimo AK-47. La primera vez que oyó las siglas FMLN. La primera vez que oyó las palabras «célula durmiente» o «célula embrionaria». Fue todo el mismo día, en compañía de Zeberio y de Soto, mientras este último quitaba el disco de Víctor Jara y ponía el de The Doors en el tocadiscos. «No me tortures con esa música», le soltó Zeberio. Porque a Zeberio le gustaba Víctor Jara, le gustaban los cantantes a los que se les entendía lo que decían. Ninguno que cantara en inglés, por tanto. Ningún yanqui, por supuesto. «No me tortures con esa música», aún se le eriza el vello al recordarlo, lo recuerda como si hubiera sucedido esa misma mañana, cuando han pasado ya más de veinticinco años. Se acuerda como si hubiera sido esta mañana de lo bien que lo pasó aquella

tarde, de aquella conversación entre Soto y Zeberio mientras Soto soplaba a la aguja del tocadiscos para quitarle el polvo acumulado, después de que hubiera aleccionado a los otros dos sobre la estafa de Rumasa y sobre la guerra entre Irán e Irak; tres amigos que aún no habían pasado a la clandestinidad, en una misma casa, sin miedo, con un futuro tan abierto como el horizonte. Soto y Zeberio, dramaturgo e iluminador respectivamente, eran, lo mismo que Idoia, mayores que Diego. Y él solía permanecer casi siempre en silencio, los admiraba incondicionalmente, con una pasión tan reprimida como entregada.

El diario hablaba del Frente de Liberación Nacional «Farabundo Martí», de los guerrilleros del FMLN, campesinos, alumnos, e incluso obispos, que estaban *desapareciendo* en El Salvador. No era el único sitio. Ahí estaba también Guatemala. Chile. Uruguay. Y otros tantos lugares.

—Abandonan los cuerpos en las cunetas. Mira esta: la cabeza de un campesino aparece en el patio del colegio donde estudian sus hijos.

—Terrible.

—Los del FMLN tampoco son hermanas de la caridad: utilizan AK-47, se financian por medio de asesinatos y secuestros; pero su violencia es un juego de niños si la comparas con la milicia de los ultraderechistas de El Salvador.

—Y ya sabes quién instruye esa milicia, ¿no, Soto?

—Sí, lo sé, no empieces otra vez con eso: los americanos, quién si no. Helicópteros Bell, rifles M-16... Todo eso ya lo sé, pero si crees que voy a quitar The Doors y volver a poner a Víctor Jara por ese motivo, lo tienes crudo.

Diego Lazkano sigue leyendo el diario: 75 000 muertos tan solo en El Salvador, medio San Sebastián, piensa, y le parece que lo del País Vasco es una nadería; por suerte, nunca sufrirán ni harán sufrir un baño de sangre semejante al del pequeño país latinoamericano. 75 000 muertos, un millón de refugiados, un millón más sin hogar. Son cifras descomunales, y son las pequeñas cifras las que hacen del suyo un asunto menor. Todo es una cuestión de escala, de perspectiva y de números, así lo afirma Soto y es algo en lo que Zeberio no le lleva la contraria; en esa casa el uso de la violencia se mide con parámetros diversos, no se cuestiona, todo entra dentro de la lógica de una dinámica de guerra, cualquier militante o dirigente acepta cierto nivel de crueldad, no se piensa en consecuencias particulares, sino en símbolos: lo que se «liquida» son símbolos, y jamás se deja la cabeza cortada de nadie en el patio del colegio donde estudian sus hijos. Diego Lazkano ha pensado así durante años, si bien su visión en torno a la violencia ha ido cambiando; pero siempre ha creído que en la mente de los dirigentes de ETA, que él imagina ocultos en granjas de pueblos labriegos de Francia, están muy presentes la crueldad y las cifras comparativas de El Salvador; su mayor error quizá haya sido asumir que podía existir algo así como «un número de muertos soportable»; se les incrustó en la mente una selva de Latinoamérica, y se perdieron en ella, llegando a pensar incluso que aquella selva era la suya. Y no lo era. Por mucho que las elucubraciones mentales de todos sean a

menudo boscosas y selváticas.

Diego Lazkano recuerda la primera vez que oyó la expresión «célula durmiente», y cómo aquellas palabras le resultaban casi agradables y atractivas, porque creía en el potencial revolucionario de aquella gente que dormía escondida en algún lugar, porque no podía imaginar que una célula durmiente pudiera hacer nada malo; y, de hecho, no podía, salvo que dejara de ser «durmiente», y entonces podía hacer cualquier cosa, para bien o para mal. Pero mientras la célula seguía dormida, cuántos sueños. Así lo veía Lazkano, tan ingenuo y tan joven aún. Ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de las pesadillas del durmiente, cuando el responsable del grupo apareció en su casa.

Era pelirrojo, con el rostro lleno de pecas. Entonces le pareció muy viejo, pero no debía de tener más de cuarenta.

El imberbe Lazkano, por el contrario, le debió de parecer demasiado joven al Pelirrojo, y lo reservó junto a Zeberio con intención de formar una célula durmiente, al tiempo que insinuaba tener «otros quehaceres» para Soto. Así pues, la pareja que la muerte iba a unir por siempre podía haber sido la formada por Lazkano y Zeberio, o quizá en ese caso habrían sido Zeberio y Lazkano, en el orden inverso. Sin embargo, cuando antes de salir de casa el Pelirrojo entregó las llaves del coche a Lazkano, las cosas cambiaron para siempre.

—Yo... no tengo carné de conducir.

Diego estaba avergonzado. El Pelirrojo lo miró estupefacto, y luego se giró hacia Soto y Zeberio, con una mirada dubitativa que parecía decir: «¿Qué clase de gente me traéis? ¿No podíais haberme avisado? Así no vamos a ninguna parte. Con gente que no sabe llevar un coche, ¿qué comando, qué célula durmiente y qué hostias vamos a montar?».

Finalmente, el Pelirrojo se compadeció del joven Lazkano y, sorteando su cabeza, arrojó las llaves a Soto.

—Entonces ocúpate tú, Soto.

—Tú, ven conmigo... También nos hacen falta legales.

Lazkano no tiene nombre: el Pelirrojo lo llama *Tú*.

Recuerda aquellas escaleras como si las hubiera bajado la víspera: cómo descendió los peldaños de uno en uno, aquellos salientes un poco arqueados hacia la izquierda, tras el dirigente de pelo rojo, sintiéndose un inútil, un inválido por su incapacidad para conducir. ¿Acaso no lo llevaba siempre Idoia en su Mini a todas partes? Y ahora ni eso, porque Ana no tenía permiso de conducir.

Y ahí desciende la escalera Diego junto al Pelirrojo, con una selva de El Salvador incrustada en su mente, «también nos hacen falta legales», ignorante de que lo que deja atrás es una muerte segura, sin sospechar que saber hacer las cosas correctamente no siempre te conduce a la salvación, y que a veces lo que puede salvarte es la ignorancia; sin sospechar que los dioses no lo han abandonado en absoluto, sino que lo han elegido, mientras se pregunta cuál será el cometido que le

ha sido asignado.

En su momento Lazkano no comprende la deserción de Gloria, lo que la lleva a Barcelona y al mundo de las artes plásticas, probablemente porque en aquella época aún no había publicado nada; pero ahora que también él se ha convertido en un novelista de cierto éxito comprende a la perfección sus motivos: «sin más» es lo peor que pueden llegar a decir respecto a tu trabajo, cierto, porque no deja al autor ningún resquicio para defenderse.

Algunos de quienes participaron junto a Diego y Gloria en el grupo de teatro prueban suerte en el cine. Durante aquel breve resurgimiento no se hacen muchas buenas películas, pero sí más que en los años venideros. No se produce el renacimiento esperado. No es más que una primavera aislada, promesa de un verano que no llegaría, con todas las crueldades y decepciones de las falsas primaveras. Incluso Ana, aquel amor diferente al que no conoce ningún lado oscuro, contra todo pronóstico deja el teatro y saca plaza de funcionaria en la Biblioteca Municipal de San Sebastián. Sara Fernández es la única que sigue adelante y consigue triunfar, e incluso veinte años más tarde sigue siendo respetada y admirada en teatros de Bilbao, Madrid y Barcelona. La llamaron de Madrid, allá se fue y, a tiempo, supo volver, no como otros con el rabo entre las piernas, sino antes de ser engullida y arrinconada por el casoso mundillo local. Cuando en sus giras pasa por Barcelona, Sara nunca se olvida de telefonar a Gloria; en esta ocasión, después de tantos años, y dado que también tiene de visita a Diego, los tres se han reunido en torno a una mesa de Sa Cantina.

—¿Y qué fue de nuestra gran esperanza blanca?

—¿*La bella* Inés? Hace tiempo que dejó el teatro. Desde *La ratonera* no ha vuelto a levantar cabeza. He oído que trabaja en un peaje de la autopista.

—No está mal, sale de una ratonera para meterse en otra.

—No seas malo, Lazkano —dice Gloria, compadeciéndose de la amiga ausente.

Sara no ha perdido un ápice de su vitalidad. Lleva una dieta estricta y sigue sin probar el alcohol. La botella de Chablis se la beben entera Diego y Gloria.

—Tendríamos que hacer algo juntos.

—Completamente de acuerdo, Sara. De momento, cenar. ¿Pescado o carne, Lazkano?

—No, Gloria, en serio: adaptar una novela de Lazkano, dirigida por ti...

—Te olvidas de un par de pequeños detalles: yo ya no soy directora, y Diego odia el teatro.

—No entiendo, Gloria, con toda la gente que tienes que conocer en Barcelona, cómo no vas al teatro más a menudo.

—No he pisado una sala en los últimos veinticinco años.

—No te creo.

—Puedes creerlo...

—Dime la verdad, Sara: ¿no tienes la sensación de haberlo visto ya todo?

—No, Diego, para nada...

—Entonces es que eres especial... Yo creía que los actores y directores de teatro no asistían a las obras de sus colegas de no tener la completa seguridad de que aquello que van a ver es muchísimo peor que lo que ellos tienen en cartel en ese momento. Entonces sí que van. Para un artista, estar informado es más prescindible que confortar su propio ego.

—Eso es miserable, Diego. ¿Así es como funcionáis los novelistas?

—Poco más o menos, sí.

—Iba a dejaros un par de entradas este fin de semana.

—No te lo tomes a mal, Sara: te quiero mucho, pero no voy a ir.

—¿Tú tampoco, Lazkano?

—El teatro y yo, la verdad... Le cogí manía. Lo paso mal: por el público, por los actores... Y sobre todo por mí mismo, para qué engañarnos. El simple hecho de tener que hacer levantarse a quienes comparten tu fila de butacas, lejos de ningún sentimiento fraternal, me hace sentirme miembro pasivo de un colectivo al que no pertenezco. Hace mucho que no voy ni al teatro ni a ninguna manifestación, por razones parecidas.

—Pues para mí aún no hay nada que lo iguale... Incluso como espectadora: cuando las luces se apagan y oigo que alguien se dispone a entrar a oscuras al escenario, cómo cruje el entablado... cuando no sé qué debo esperar, si antes de que empiece la obra oigo pasos en la tarima, se me pone la carne de gallina. Ni que decir tiene, si quien camina soy yo: es igual que dirigirse a oscuras hacia el precipicio.

—Afortunada tú, que nunca te has despeñado.

—Te equivocas: me he despeñado más de una vez. Eso es lo mejor. El riesgo de despeñarte, y la certeza de que tendrás ocasión de volver a hacerlo.

Lazkano está convencido de que aquellos meses en que empezó a militar y se fue a vivir con Ana, hasta que Soto y Zeberio desaparecieron, fueron los mejores de su vida. Pero quizá está sobrevalorando la amistad. La verdad sobre los amigos es muy otra. Muy otra, y más cruda. La amistad caduca. Así como existe una palabra para designar a las novias del pasado, las *ex pretéritas* tachadas de la lista, ¿por qué no ha de existir una palabra para nombrar a quien en cierta época fue nuestro amigo y ya no lo es? ¿Acaso no hay *ex amigos*? ¿Quien ya no es tu amigo pasa sin remedio a ser tu enemigo? No necesariamente. Lo contrario de la amistad no es la enemistad, sino la indiferencia, la dejadez, la inercia, la desgana. Las principales razones por las que se pierde un amigo no son la traición o la divergencia ideológica sobrevenida, sino la inevitable erosión difuminadora de la vida. Los amigos se utilizan mutuamente porque es demasiado duro soportar en soledad la inseguridad y las mutaciones de la adolescencia; porque es complicado montar solo un grupo de música, y alguien tiene que hacerse cargo del bajo y la batería que nadie desea tocar; porque necesitamos el

amparo de alguien; porque los pisos de estudiantes son demasiado caros, y los padres están más tranquilos sabiendo que sus hijos viven acompañados; aunque de una manera calculada las olvidamos, siempre hay detrás motivaciones prácticas, de forma que, poco a poco, van surgiendo vínculos que en apariencia nunca se romperán; porque, tanto en la borrachera como en el deporte, la soledad es demasiado triste cuando tienes veinte años, y porque el gusto compartido por la cerveza y por algunos grupos musicales es suficiente afinidad para pasarse una y mil noches charlando; «estás asustado, tu vida va en ello»: entonces, una canción, una frase era suficiente: «pero alguien debe tirar del gatillo». Luego surgen las parejas, tan anheladas durante una época y que ahora resultan ser elementos extraños infiltrados entre los amigos, metralla orgánica que cambia la relación de fuerzas en la pandilla, «Cuando se aprende a llorar por algo, también se aprende a defenderlo», y de ahí en adelante, quién sabe cuándo ni por qué, todo se va difuminando: de reunirnos dos veces por semana, pasamos a vernos una vez cada dos, hasta que estar juntos resulta plúmbeo y aburrido, y se empiezan a sustituir los encuentros por llamadas de teléfono, a reservar las cosas que no se pueden decir vía telefónica para cuando nos veamos cara a cara, a espaciar cada vez más los días en que nos reunimos —porque cuando al fin lo hacemos no acertamos a hablar más que de un puñado de tópicos superficiales—. Empezamos a tener noticia unos de otros por referencias indirectas de otros *amigos*, a no saber nada de los demás con excepción de puntuales invitaciones de boda, bautizos de rigor y enfermedades de los padres. A fingir la alegría. A vernos en los funerales. A no sentir pena, y a simularla. Cada vez es más lo que dejamos de contar a los amigos, cada vez más lo que ellos dejan de contarnos. Va también a más nuestra mezquina tendencia a juzgarlos teniendo en cuenta solo algunos cabos sueltos de sus vidas. Rellenamos las elipsis con suposiciones equivocadas, justificando o censurando las actitudes de nuestros amigos, casi siempre erróneamente, cada vez más lejos de su verdad, y también de la nuestra: porque situarse cada vez más cerca de la propia mezquindad no es forma de acercarse a verdad alguna. Pertenecemos a un mismo pellejo, sí, pero ahora ya no queremos compartirlo.

Uno se convierte en director de la empresa que constituye su propia vida doméstica y eso absorbe la mayor parte del tiempo; a menudo ves que los padres, ignorando la esencia de la paternidad, adiestran a sus hijos para el futuro, sostienen conversaciones incomprensibles como si estuvieran haciendo negocios con ellos, con el temor de que un día esos niños, esos monstruos, esos ángeles, esos salvadores y destructores, tengan nuestra vida en sus manos. Y sin embargo los sobreprotegen, apostándolo todo a aquellas pequeñas flechas dirigidas hacia el futuro; y eso no deja lugar para los amigos, no hay tiempo, y cuando lo hay es limitado y el encuentro breve, de puro compromiso, «tengo un cuarto de hora», un café que hay que beberse de un solo trago.

Es posible y, más que posible, muy probable, que quienes un día fueron amigos se conviertan en conocidos, que en cierto momento empecemos a sentir como ajenas sus

actitudes y sus frases, a dejar de entender sus ocurrencias, a no distinguir cuándo una broma es la tapadera de un dolor íntimo que demanda auxilio. Sí, suele pasar. Los amigos se vuelven conocidos y, si se les da el tiempo suficiente, los conocidos se vuelven desconocidos, dejas de tener en tus manos su fe y su tiempo. Entonces no tienes más remedio que aceptar la dolorosa evidencia: en realidad, quizá nunca hayáis sido *tan amigos* después de todo. La cerveza y algunos grupos de música os mantenían unidos, «este juego ha terminado mucho antes de empezar».

De vez en cuando pueden surgir nuevos amigos, generalmente relacionados con tu trabajo, la mayoría ligados a nuevas preocupaciones e intereses, a menudo derivados de la familia; pero ha desaparecido ese sentimiento eterno de los pactos de sangre de otro tiempo: la promesa de lealtad configurada a base de pedazos arrancados al cuerpo de barro del prójimo, la promesa forjada implícitamente a base de risas compartidas, sanas y sin rivalidad. Y no hay nadie a quien culpar: el único culpable eres tú mismo.

Por qué no admitir que la amistad es similar a las despistadas relaciones amorosas entre adolescentes: una acumulación de fuerzas que parece que nunca se vaya a agotar, un vínculo magnético que parece que nunca se romperá, cuando en realidad se trata de algo en sí mismo circunstancial y perecedero. Hay excepciones, claro. Bares con encanto que envejecen al mismo tiempo que su clientela. Aquellos amigos que, contra todo pronóstico, y sin tener que reunirse todas las semanas, consiguen mantener esa complicidad década tras década, bien porque son demasiado generosos o demasiado inconscientes; o, si no, unos auténticos artistas que, con aquel trozo de arcilla arrancado al prójimo tiempo atrás, aciertan a crear formas maravillosas, a fin de aportar un poco de ternura, consiguiendo arrancarle una sonrisa. Hay también quienes comparten una enfermedad o una afección grave con la misma pasión que quienes abrazan a la misma amante; los hay que, cuando no están de acuerdo, mantienen acaloradas discusiones; hay amistades que se parecen a las relaciones de pareja, o que son mejores que las relaciones de pareja; o, más aún, que se parecen a las relaciones entre amantes y son mejores que las relaciones entre amantes —o que, al menos, cuando se ocultan algo mutuamente, no lo hacen por malicia o por cálculo.

Pueden compartirse tantas cosas con un amigo: un vicio, una debilidad, un dolor, un secreto. Existen también relaciones como la que Lazkano tiene con Gloria, que valen su peso en oro; da igual cuánto tiempo hayan pasado sin hablar, siempre es como si hubieran hablado la víspera, nunca falta un cabo suelto para empezar, un hilo del que tirar. Pero son excepciones, y es muy posible que mucha gente pase por esta vida sin conocer una sola amistad de esa índole. Lazkano debería estar satisfecho, por tanto. Pero tal vez se equivoca de plano al pensar que, si Soto y Zeberio hubieran seguido con vida, su relación con ellos habría sido igual de estimulante que la que mantiene con Gloria. Es imposible competir con los amigos muertos, son invencibles, así que los idealizas de una manera irracional. Es más probable que también Soto y Zeberio, más pronto que tarde, se hubieran convertido en *conocidos*, y luego en

desconocidos, en ex amigos, borrados por la implacable erosión de la vida. Como pasar de ser un desconocido a ser un conocido, y de ser un conocido a ser un amigo, pero haciendo el camino inverso, difuminándose.

Puede imaginarse a Zeberio, por ejemplo, como padre de tres o cuatro chavales, comprobando por el resquicio de la puerta si los niños duermen, recogiendo y limpiando las deportivas sucias de los adolescentes, yendo con ellos de pesca, enseñándoles a colocar el cebo en el anzuelo, a construir una radio con imperdibles, hojas de afeitar y un poco de alambre adosados a un trozo de madera. Puede imaginarse a Soto como presidente del PEN Club Vasco, dando conferencias sin descanso en favor de los derechos de los periodistas y escritores del Kurdistán, de aquí para allá, un ave libre y nómada sin ataduras, llegando siempre el primero allá donde más flagrante es la injusticia. Cada uno de ellos tendría su vida, se encontrarían solo muy de vez en cuando, no había más que ver a sus viejos amigos, Sara Fernández, *La bella Inés* y otros tantos... Quizá tampoco Soto y Lazkano tuvieran noticia uno del otro más que por la prensa: «hombre, el incansable Soto ha escrito otra obra de teatro»; «mira, Lazkano acaba de publicar otra de sus infumables novelas en las que desgrana sus obsesiones de siempre». Se convertirían uno para el otro en mensajes *spam*.

«Pero ¿qué es *spam*, Diego? Explícanoslo. No tenemos ni idea».

Habría que explicar tantas cosas a Soto y a Zeberio si se les ocurriera resucitar.

¿Por qué? ¿Por qué demonios tenían que ser así las cosas? Al serles hurtadas sus vidas a Soto y a Zeberio, se la absorbían y se la arrancaban a Lazkano. ¿O sucedió más bien al revés?

Si no los hubieran asesinado, ambos habrían desaparecido igualmente de su vida: esta hipotética desaparición para la que no hubo ocasión es un hecho que, aunque a duras penas, Diego acaba aceptando al final de sus noches en blanco. Pero los mataron, y eso los dejó anclados viviendo en su cabeza, no en ningún limbo sino en su mente. En el limbo de su mente. Y de allí no podía sacarlos.

Se acuerda de cómo se ruborizó Zeberio, hasta el último pelo de su barba, el día que le presentó a Inés, cómo se le encendió y se le alegró la mirada. Zeberio no era muy dado a mostrar sus sentimientos, y cuando Lazkano se retiró a la cocina a preparar café para los tres, Kepa se quedó solo con la chica, un tanto desconcertado. Se acercó enseguida a la cocina con una excusa: «Lazkano, esa chica es actriz, ¿no?»; Diego le dijo que sí, bromeando, sorprendentemente audaz para ser él: «¿Nunca le has puesto las luces?». Pero Zeberio no estaba para bromas: «¿Qué hace aquí?»; quería conocer a Soto y por eso la había traído a casa.

—¿Alguna idea de por dónde anda Soto?

Zeberio era tan transparente que Lazkano detectó de inmediato en su rostro un aire de decepción, como si se reprochara haberse engañado a sí mismo creyendo durante un instante que tenía alguna oportunidad con aquella chica.

No tenía ni idea del paradero del loco. «Loco, payaso, pirado», así se llamaban entre sí. Lazkano suspiró, el café empezó a salir a borbotones en la italiana.

—Tendremos que torearla entre tú y yo.

La bella Inés era una radio andante. La llamaban *La bella* no tanto por su atractivo como por el hecho de que ella creía poseerlo. Era bastante asexuada, aunque sus pechos generosos despejaban cualquier duda. A Lazkano le sorprendió mucho que aquella chica andrógina que estaba en los huesos fuese del gusto de Zeberio; le sorprendió y le pareció divertido, porque el leñador y la flaca desde luego habrían formado una extraña pareja.

Mientras se tomaban el café escuchando el disco de Joy Division que había puesto Diego, Lazkano creyó descubrir a un Zeberio al que no conocía. Quizá no fuera exagerado afirmar que se trataba de *fascinación*, porque, tal como de haber estado allí les habría aleccionado Soto, *fascinus* era un amuleto contra el mal de ojo con forma de pene en erección.

Inés no había tomado parte más que en tres obras, pero presentaba un programa musical en la recién creada televisión vasca (la tele engorda, había que reconocer que tenía cierta fotogenia) y por la época apareció asiduamente en la prensa, al haber protagonizado una película mediocre que se presentó en el Festival de Cine de San Sebastián. Todos la tenían entonces por una actriz con gran futuro.

—¿Habéis visto la última de Costa-Gavras? Impresionante. Os la recomiendo de veras. Dicen que es cine político, como si hacer cine no fuera una forma de hacer política, ¿verdad? La vi anoche en el Pequeño Casino, cómo me gusta ese cine... Tiene encanto, ¿verdad?, mucho más que las otras salas, Savoy o Miramar o Amaya... ¿verdad? ¿A vosotros, cuál os gusta? Los cines de San Sebastián son una *pasada*...

Lazkano permaneció en silencio porque, con aquella chica que según iba haciendo preguntas se las iba contestando, no había manera de saber cuándo esperaba una respuesta y cuándo requería solo un asentimiento. Permaneció callado también porque esperaba otro «¿verdad?» que esta vez no llegó (en alguna ocasión había llegado a contar hasta veinte en un único soliloquio).

Lazkano observó a Zeberio, sin atreverse a pronunciar palabra. Quizá fue entonces cuando Diego tomó conciencia por vez primera de sus propias capacidades. Era capaz de hablar de tú a tú con Soto y Zeberio, a los que tanto admiraba; por qué no, tampoco estaba tan lejos de sus ídolos; y, según en qué y de qué manera, podía ser tan bueno, o mejor, que ellos. En presencia de Soto y Zeberio, Lazkano les dejaba hablar primero, permanecía en un discreto segundo plano, siempre era el tercero en discordia y, si no se le preguntaba directamente, generalmente se quedaba en silencio.

—A mí me gusta el Astoria —se decidió Zeberio, como si hubiera tenido que ir muy lejos en busca de aquellas palabras.

—El Astoria está bien, pero las películas que ponen no son tan buenas.

Lazkano nunca olvidaría la cara que Zeberio puso en aquel instante: abatido,

desengañado. Había tenido que hacer un esfuerzo ímprobo para decir aquellas palabras, «A mí me gusta el Astoria», y *La bella Inés* —aun sin darse cuenta— había menoscabado su elección.

Quizá todos vivimos una vida que no es la nuestra. No somos más que yonquis de alteridad, siempre en busca de nuestra dosis.

O puede que esa vida que llamamos nuestra realmente lo sea, pero relativamente, porque la hemos conformado por imitación y a base de recuerdos, por medio de juegos de espejos; esa vida que llamamos nuestra es referencial quizá en un ciento por ciento, somos un cúmulo de deseos prestados: no solo una mezcla inevitable de aquellos que admiramos de niños, de quienes nos educaron, de los protagonistas de las películas que imitamos —que también, por supuesto—, sino además, por qué no, la acumulación de sus deseos; como si supiéramos qué los movía y qué deseaban realmente, como si ellos mismos hubieran sabido lo que querían; una confusa aglomeración de *presuntos* deseos de quienes admiramos e imitamos, por tanto, que se aleja cada vez más de nuestros recursos y de nuestra vocación, y se instala en esquemas prefijados, sin fuerza para salir de entre los bastidores que nos han sido impuestos. Como si realmente conociéramos sus anhelos, sus comportamientos y motivaciones. Nos creemos esas identidades de prestado, y tomamos en préstamo nuevas personalidades a cuenta del supuesto capital de esas identidades prestadas; y es a eso a lo que llamamos *yo*, pero no es más que falsa ingeniería financiera aplicada a los sentimientos, puro autoengaño: una identidad prestada tomando en préstamo una nueva identidad, sin ahorros ni capital de partida. Por propia iniciativa e íntimamente, no tenemos claro lo que deseamos; nunca nos lo hemos preguntado.

¿Cuándo empezó esto? ¿Ha sido siempre así? ¿Son la institución familiar y la potencia de la iconografía religiosa y sexual que nos han inyectado por todos los poros las únicas culpables de que nos hayamos apartado tanto de nosotros mismos y de nuestra vocación? ¿Es posible ser auténtico sin sentirse ridículo y acatando las normas sociales? ¿Qué tiene que ver ser auténtico con ser uno mismo? ¿Hay alguna manera de escapar?

No, no la hay. No, al menos, sin soltar cabos, sin romper amarras con nuestro entorno.

Diego Lazkano quiere creer que existe un modo de volver al origen, a los auténticos impulsos de uno mismo; que es posible aplicar un coeficiente corrector a la identidad estándar que a todos nos imponen; y que para ello sería interesante analizar esas cosas que nos producen repulsión, escarbar en ellas; obligarnos a visitar los lugares que nos disgustan y a encontrarnos con personas que nos repelen; porque es así como se encuentra la propia identidad real: escarbando en esos odios y disgustos, para nuestra sorpresa, de vez en cuando damos con algo estimulante y atractivo. Y eso cambia nuestra forma de mirar al mundo y a sus habitantes. Aunque resulta, claro, mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Es algo que afecta a todos, seguro. Pero en el caso de Diego Lazkano la carga es mayor, porque es consciente de esa cuestión de la identidad prestada que para la mayoría es algo inconsciente. Diego se nutre de dos sombras, se alimenta de ellas, dejó que aquellas dos sombras anidaran en él. Tiene la impresión, prolongada durante años, de que está viviendo en lugar de Soto y de Zeberio, de Zeberio y de Soto, como si fuera su responsabilidad —¡pero no lo era!— vivir las vidas que ellos no vivirían, como si fuera posible vivir tres vidas a la vez.

Pasaron bastantes años sin que Diego Lazkano volviera a ver a Inés. Con el tiempo sucede que quien tenía cierta relevancia en la prensa de pronto deja de tenerla, y comienza a asomar a ella quien menos habríamos esperado. Algo así pasó con Diego e Inés cuando el primero comenzó a aparecer muy a menudo debido al éxito de sus novelas; Inés, por el contrario, desapareció por completo. Se encontraron en una aburrida fiesta del Festival de Cine, a la que Diego acudió medio obligado. Por el cuerpo de Inés habían pasado dos décadas largas y muchos litros de alcohol, y al principio le costó reconocerla.

—Vaya fiesta más aburrida, ¿verdad? Te acuerdas de mí, ¿verdad?

La voz, la música del estribillo, hicieron las veces de interruptor.

A punto estuvo de meter la pata —«¡*La bella* Inés!»—, pero por suerte se contuvo a tiempo.

—¡... Inés!

Aún no era medianoche, y ya daba tumbos sobre sus tacones. Los dientes eran suyos, aunque parecía que se le hubiesen movido de sitio. Tenía que aceptar que los kilos ganados no le perjudicaban del todo: había perdido por completo la apariencia andrógina de otros tiempos. Ahora su cuerpo estaba a la altura de sus senos.

Le puso la mano en el hombro, con copa y todo, y Diego temió por un momento que le echara encima el contenido de su vaso.

—Lazkano, Lazkano... cómo hemos envejecido...

«Sobre todo tú», pensó Diego, dejándose llevar por la vanidad, en un intento de blindarse ante opiniones no solicitadas.

—Sabes qué apodo te pusimos en el grupo de teatro, ¿verdad?

Fortaleza en peligro. La pobrecilla que apodaban *La bella* poseía un arma secreta capaz de hacerle daño.

—El Principito.

—¿El Principito?

—No me lo puedo creer... ¿Nadie te lo ha contado hasta ahora?

Tenía que reaccionar: «Sí, claro, pero lo había olvidado».

—Rubio y con mechones rizados, parecías un príncipe, un nene, con esos ojos grises. Y siempre tan elegante, la camisa por dentro de los pantalones, con la ropita que te compraba tu madre, ¿verdad? ¡Qué tiempos aquellos!

Lazkano se mordió los labios para tragarse su orgullo.

—No parece que esta noche vaya a venir Ken Loach. ¿Por qué no nos vamos tú y yo a un sitio más discreto? No vivo muy lejos de aquí...

Fue entonces cuando volvió a acordarse de Zeberio. De cuánto le agradaba Inés —«A mí me gusta el Astoria»—, y de cómo lo habían hecho desaparecer de la faz de la tierra sin haber visto cumplido casi ninguno de sus sueños y fantasías. Sí, se acostaría con Inés a cualquier precio. Se lo debía a Zeberio.

—Estás nervioso, ¿verdad?

En aquel caso el nerviosismo enmascaraba la inapetencia. Tampoco ayudaban mucho el olor a incienso y los *foulards* de elefantes colgados a modo de cortina en las ventanas.

—Ya te ayudo yo.

Besó la boca de Inés prestando una atención inefable a sus dientes, que parecían a punto de caer, como piezas de dominó, uno detrás de otro. Sintió los ásperos dedos de la mujer apoderándose de su pene. *Ora et labora*. «Si yo fuera mi polla —pensó Lazkano—, escaparía a todo correr de esas garras». Pero Diego no era su polla, y ella tenía sus propios planes, tal como comprobaría enseguida.

—¿Te gusta?

«No demasiado». Cosas que se piensan pero no se dicen. Aún le agradó menos que mientras cabalgaba sobre él le llamara una y otra vez «Principito»; la frase «quiero tu leche, Principito» no aparecía precisamente en el número uno del *ranking* de frases excitantes de Diego. ¿Aparecería en el de Zeberio? Lo dudaba. Mientras se acostaba con Inés se sintió obligado a acordarse de él: «¿Eres tú el que se la está tirando, Kepa?, ¿o lo estoy haciendo yo pero en tu lugar, en tu honor, haciendo por ti lo que tú no pudiste hacer, para demostrarte que te quiero?».

¿Qué recuerdo de Kepa habría conservado Inés de aquel día que tomaron café juntos? ¿Por qué no se lo había preguntado a ella directamente? ¿Por qué no intentaron reconstruir aquellos momentos entre los dos, compartiendo sus contradicciones —«no, eso no fue así: el café lo tomamos en la cocina, no en el salón; no era Joy Division, era New Order»—, procurando sacar entre ambos a la luz los engaños de la memoria? En lugar de eso, Lazkano intentó materializar una vieja fantasía de Zeberio, entre *foulards* de elefantes y aroma de incienso, en la fosa de la decadencia, de un modo completamente insensato.

Inés hizo un nudo al condón y se quedó mirando el semen allí acumulado, como si esperara ver emerger pececillos de acuario.

Quizá aún hubiera una última oportunidad para hacer algo con sentido: debía quedarse a desayunar y preguntar a Inés por Zeberio. Preguntarle qué había sentido cuando tuvo noticia de su desaparición. Si se le había removido algo por dentro. Pero Diego no tuvo ánimo para quedarse. Dejó durmiendo a *La bella* Inés, y le costó mucho encontrar la puerta, oculta tras un uniforme azul que colgaba de un gancho: era un uniforme masculino, de peaje de autopistas. Diego prefirió no pensar nada sobre el dueño de aquel uniforme.

Eso es lo mejor. El riesgo de despeñarte, y la certeza de que tendrás ocasión de volver a hacerlo.

Son Fabián y Fabián. Así es como se llaman uno a otro desde debajo de la capucha. Actúan como si fueran comediantes.

—¿Te gusta el teatro, no es cierto? A Fabián también le gusta... Él es muy teatrero, ¿sabes? Lo suyo era el escenario, pero lo tuvo que dejar porque no le daba para vivir. Ahora es él quien se encarga del reparto.

—¿Te haces cargo de lo que quiere decir que soy yo quien reparte?

Los dos encapuchados muestran a Diego un montón de fotos.

—¿Conoces a este?

Lo tienen atado a una silla, y con cada pregunta dan patadas a las patas haciendo que se tambalee, aunque no lo suficiente para que se caiga. Lo bastante, sin embargo, para que quien está sentado en la silla vaya mareándose poco a poco.

—¿Y a este otro?

Diego no reconoce a nadie en las fotografías, y dice la verdad: que no tiene ni idea. Pero, cada vez que lo dice, uno de ellos le propina un puñetazo en el vientre, mientras el otro le pellizca la espalda suavemente de una forma muy perturbadora, al tiempo que sujeta el respaldo de la silla.

Tan mal se está sintiendo, que desea con toda su alma ver a alguien conocido en aquel montón de fotos. «Que aparezca alguien, os diré que sí, que lo conozco: pero que aparezca alguien conocido, por el amor de Dios».

Por fin, uno: no es compañero de comando, ni nadie de la militancia, sino un quinqui de Herrera, un pringado al que todos conocen, tan desesperado por pincharse su dosis que fue capaz de asaltar incluso una alpargatería. A Diego le pareció que le había llegado su turno.

—A este sí que lo conozco.

Esta vez le dan no uno, sino dos puñetazos en el vientre y, algo más sorprendente, el hombre que le daba suaves pellizcos en la espalda le propina una colleja con la palma de la mano.

—¿Nos quieres tomar el pelo? A ese lo conocemos todos.

Es entonces cuando Diego Lazkano comienza a entender la mecánica: el interrogatorio se basa en la falta de lógica, todo consiste en que el torturado nunca sepa cuál va a ser el siguiente paso, la próxima reacción. De esa forma borran tu identidad, te ponen los nervios de punta, y te dejan completamente desorientado y aterrorizado; y entonces, cuando estás del todo en sus manos y a su merced, la confesión se convierte en tu única opción para no perder por completo la cabeza. No ves otra salida que delatar a tus amigos y, aunque te odias a ti mismo, ese yo deformado que en aquel momento odias está tan enajenado y desnortado que es como si odiases a otro. Alguien íntimamente ligado a ti, pero que no eres tú.

Le ponen agujas bajo las uñas.

—¿Le aplicamos el columpio Boger, Fabián?

—¿Una técnica extranjera? No, el columpio Boger no...

Lazkano no tiene la menor idea de qué es aquello del columpio Boger. Le sale sangre de debajo de las uñas. Le ponen en el radiocasete, a todo volumen, *Como una ola*, en la voz de Rocío Jurado.

«No me tortures con esa música».

Fabián se pone a cantar:

—«Fui tan feliz en tus brazos, fui tan feliz en tu puerto...».

—Él es muy teatrero, ¿sabes?

Le meten un trozo de metal entre los dientes y los labios, y le dan un bofetón. Cuando escupe al suelo ve que se trata de una moneda con la cara de Franco, «sentí en mis labios tus labios de amapola, como una ola».

«No me soltéis —piensa Lazkano—, si debo seguir siendo un muñeco, lo haré, pero prefiero estar en vuestras manos y con las muñecas atadas; no me premiéis quitándome las esposas, seguid exprimiéndome como un limón cuando os diga todo lo que sé, hasta que no quede nada de mí, os lo ruego. Destrozadme. Lo merezco».

Le hacen tumbarse boca abajo y le ponen la pata de una silla en el pliegue tras la rodilla. Luego, uno de ellos se sienta en ella. Le perforan y le queman la planta de los pies. Cuando le aplastan el meñique del pie con unas tenazas, no espera más. Lo suelta. No han tenido que aplicarle el columpio Boger. *¿Aplicar o practicar?* Quién sabe.

—En la calle Moulinaou —dice.

—¿Dónde hostias está eso?

—En Anglet.

Lazkano, en su ingenuidad, cree que desde aquel sótano lo sacarán a las oficinas de la comisaría. Pero lo cierto es que no están en una celda de la comisaría, sino en algún otro lugar. Tenía que haberse dado cuenta, pero está demasiado alucinado para reparar en los detalles, para adjudicar un tiempo y un espacio a aquellos sucesos sin sentido. Es una hacienda grande y apartada, alejada de los ruidos: ni de coches ni de otro tipo. El edificio parece estar situado sobre una colina. Afuera solo se oye a los pájaros, que cantan despreocupados. Al subir las escaleras ha visto una gran ventana, y le parece que, según se van acercando a ella, los dos hombres, Fabián y Fabián, que lo llevan con los brazos atados y lo atenazan por los codos, aminoran la presión, como si al acercarse a la ventana le dieran la opción de suicidarse, es lo que se le ocurre: «tírate por la ventana y redime tu traición, si tienes huevos»; sí, es una invitación, dejará de ser un muñeco, dejará de ser un traidor, un salto y nunca más tendrá que mirarse al espejo, la ventana está abierta, a través de ella llega el canto de los pájaros, «salta, Diego, ánimo, no seas cobarde, los pájaros te lo piden, muestra ahora el valor que no has tenido antes. Vuela».

Y así lo hace.

Sus dos guardianes lo dejan ir —bien lo sabe, ha sido por *invitación* suya, ahora

no tiene duda—, apoya un hombro en el marco y salta por la ventana, con los ojos cerrados. Cae de espaldas sobre los helechos, y pronto ve a Fabián y Fabián riéndose en la ventana: apenas ha caído metro y medio, «¿qué pensabas, que la tortura había acabado? Qué va, tu patético intento de suicidio también estaba previsto, no ha sido más que la última vuelta de tuerca» —¿la última? Seguro que no... *show must go on!*

—¿Lo ves, Fabián?

—Creía que no se atrevería. De todas formas, al saltar no ha gritado nada... Yo me esperaba un «*Gora Euskadi askatuta*» o algo así.

Fabián el gordo alcanza al Fabián alto, el que al parecer es tan teatrero, los tres billetes marrones de veinte duros que se habían apostado. Salen ambos por la ventana, que no tendrá más de dos metros de altura. Los dos encapuchados le ayudan a incorporarse y Lazkano, humillado, decide no volver a mirarlos. Luego, como si hubieran decidido que el cautivo ha visto demasiado, le ponen un antifaz negro y opaco, antes de hacerlo entrar en el maletero. Se pasa allí lo que queda de tarde. No mueven el coche del sitio. Cuando lo sacan del maletero y lo llevan de vuelta a la misma celda, comprueba que fuera hace más frío.

Cree oír el eco de los gritos de Soto y Zeberio por los pasillos.

—¿Reconoces los gritos de tus amigos?

Los han pillado. En la calle Moulinaou. En Anglet.

Son ellos, sin duda. Le llama la atención especialmente la voz grave de Zeberio, tan acostumbrado estaba a su silencio y discreción. Sus aullidos son cualquier cosa menos discretos.

Por fin, dejan libre a Diego. Véase de este modo: a veces puede ser una venganza que te dejen libre mientras los demás siguen encerrados.

—No nos has resultado de gran ayuda, pero bueno. Como has formado parte de un grupo de teatro, y a mi amigo Fabián le va la farándula, vamos a dejarte ir.

Diego está a punto de decir que en realidad él odia el teatro, que es a Soto a quien de verdad le gusta, pero no lo hace. No dice ni palabra. No esta vez.

—Pero antes de nada te vamos a hacer un favor.

Fabián saca su navaja.

La llamada de Idoia pilló por sorpresa a Lazkano. No sabía nada de ella desde que de Anglet se mudó a Lille, y de Lille a San Sebastián. De Ana solía tener noticias solo indirectamente, de vez en cuando: tenía dos hijos y seguía trabajando en la biblioteca, pero en las oficinas. Era una de las jefas. Vivía en el barrio de Larratxo, y nunca la veía por la ciudad, aunque todas las mañanas se acordaba de sus ojos verdes acharolados y de su cuerpo sin tacha de cuando tenía veinte años. Aún la quería, como solo se puede querer una felicidad intacta de la que has salido huyendo.

—Querría hacerte una entrevista...

Cómo cambian las cosas, camarada: Idoia había dejado el diario *Egin* y había empezado a trabajar en la delegación de *El Mundo* en Bilbao.

En lugar de una cafetería de su segunda vida —la época en que decidieron ser solo amigos—, eligen una de su primera vida, una que frecuentaban como pareja. Después de la entrevista se quedan con gusto a tomar una cerveza en el Barandiarán. No les falta qué contarse. La madre de Idoia tiene cáncer, la vida empieza a mostrarles que es hora de doblar la esquina.

Cruel ironía: Diego le confiesa que su madre también padece cáncer; hace dos meses que se lo diagnosticaron. También que su padre desapareció para no volver, afectado de demencia. Asombrada por aquella nueva comunión que, impensadamente, ha surgido entre ellos, Idoia no puede reprimir un sincero «¿pero qué me dices?» que transporta a Diego a otra época. Siempre tuvo buena voz, aunque hizo oídos sordos a los ruegos de que se incorporara al grupo de teatro. Piden otra cerveza y siguen charlando sobre el grado de malignidad de los tumores y sus porcentajes de curación, sobre las bondades del cambio de dieta, la contraindicación de las carnes rojas y otras cuestiones. Están muy informados sobre el tema. Idoia más que Diego, lo que no es buena señal para la madre de Idoia, determina Diego. Cuanto más sabes, más grave es la enfermedad.

«Idoia no ha cambiado nada en estos años, no tanto como yo en cualquier caso, y eso tampoco es buena señal para mí», se dice Diego a continuación.

—No creía que la enfermedad tuviera tanto que ver con los números. Todo son índices.

—Los números tranquilizan a la gente.

—A la gente, no lo sé, pero a los médicos desde luego que sí.

Las dolencias de los padres. Una señal: no faltan muchos años para que se conviertan en nuestras dolencias. Va siendo hora de decirnos lo que llamamos en otro tiempo, sin complejos y sin remordimientos. «Me dolió mucho tu indiferencia, insensible y cruel, cuando atrasaste la publicación de mi artículo sobre Dario Fo». Debería decirle: «Me encantaba morderte el cuello, tu manera de sugerir que nos acostáramos; cómo me esperabas en la cama, desnuda y sonriente, cómo acariciabas y arañabas la pared con los ojos cerrados, cómo te sentabas sobre mi cara y ofrecías tu raja a mi boca; me arrepiento de no haberme despertado más mañanas junto a ti. Pero ya hemos dicho que nada de remordimientos». Tampoco la trampa de sugerir que podrían tener *algo* juntos. Ni arrepentimientos ni falsas ilusiones.

—¿Sigues con Remiro?

Mikel Remiro. *Silvio Rodríguez*, «La pluma y la trova».

Idoia abre la palma de la mano como para señalar un cinco, y muestra su alianza, con aire resignado. Así se lo parece, al menos, a Diego.

Le dice que no tienen hijos: lo han intentado, pero no se han quedado embarazados. «Mikel no puede». Ahora están pensando en adoptar. China, Ucrania, Marruecos. Diego tenía cita con el dentista a las cinco, pero no le ha dicho nada. Ni siquiera llama para anular la cita. Afuera se ha puesto a llover, están a gusto a cubierto, pero la cafetería se ha llenado hasta los topes, se sienten observados, el

ambiente no es nada discreto, están a la vista de todo el mundo. Este es el momento, deberían despedirse y desearse mutuamente lo mejor —lo peor— para el desarrollo de los bichos rizomáticos de sus respectivas madres. Pero no quieren. Aunque para seguir charlando deberían ponerse a hablar de lo que no se puede hablar, y eso es algo que tampoco desean. Ya han desgranado los currículos de sus viejos amigos, los primeros divorcios y separaciones de algunos de ellos —especial énfasis en ese punto, «somos muchos los que fracasamos»—, los cambios de nombre y de ambiente de los bares de los viejos tiempos, e incluso le han dado un somero repaso a la política, tema que *en sus tiempos* normalmente no tocaban. Vuelven a estar como al principio.

—Fue muy duro lo de Soto y Zeberio.

«*Ha sido* muy duro, sigue siéndolo», rectifica mentalmente Lazkano. Lo piensa, pero no lo dice.

Diego querría decir muchas cosas a la amiga perdida de otro tiempo («estoy debilitado, los dos somos débiles», cosas que decimos cuando nos sentimos indefensos), pero sabe que para hablar de ciertos asuntos hace falta un ambiente aún más íntimo, y que solo en una cama de una habitación blanca, con sábanas blancas y ambos desnudos, solo en esa situación podría decirle la mayoría de las cosas que tiene en mente. Quisiera hacerle muchas preguntas y pedirle que le haga otras tantas. Y contestárselas una por una con franqueza, acariciándose la columna vértebra a vértebra como quien cuenta los anillos de un tronco cortado, mirándose el uno al otro de vez en cuando, espíandose para comprobar cuánto han envejecido, y después, a modo de psicoterapia, decirse algunas cosas demasiado dolorosas, habiendo decidido callar otras que pueden resultar aún más.

La conversación tiene lugar en casa de Lazkano: Diego acostado sobre Idoia, con su pene casi erecto quieto en el surco de sus nalgas, y la chica con las dos manos bajo el mentón, y la melena teñida de caoba espalda abajo sujeta con una goma —nada que ver con cuando se cortaba el pelo a lo *garçon*—, los dos mirando por la ventana, en lugar de mirarse a los ojos. Los dos desnudos en una habitación donde todo es blanco. Los dos deplorando sin acritud el desgraciado mundo de ahí afuera.

Quisiera decírselo, y se lo dice: «Contigo conocí itinerarios y placeres que no conocía». Quisiera decírselo, y se lo dice: «De ti solo me quedaron buenos recuerdos». Quisiera decírselo, y se lo dice: «Te debo a ti no haber perdido en vano la juventud». Quisiera decírselo, y se lo dice: «Existe un deseo disfuncional, una construcción del deseo que nos ayuda a funcionar, y tú has tomado parte en la construcción de ese deseo disfuncional mío. Eres importante para mí, aunque apenas te haya visto en estos últimos años. O es importante ese deseo disfuncional».

Quisiera decirle algunas cosas, y se las dice, pero en cierto momento le pasa por la mente que muchas de ellas, en lugar de a Idoia, debería decírselas a Ana.

—No digo nada nuevo, pero, si fuéramos transparentes, si nuestros pensamientos estuvieran a la vista de los demás, estaríamos todos entre rejas, o si no seríamos unos

tímidos afortunados... o unos afortunados tímidos, no lo sé... —le dice Idoia—. Afortunados y criminales —añade después.

—La escritora pareces tú —le contesta Diego. Sigue siendo buena en el ping-pong verbal.

«¿Le gustarán ahora los hombres mentolados?». Diego se emociona, y sus lágrimas emocionan a Idoia. Cómo nos destroza el tiempo. «¿Te molesta mi amor?».

«Quiero volver a ser tu proveedor de canciones...».

Deberían haberse despedido como amigos en el Barandiarán, evitar aquellas conversaciones y confianzas de cama; pronto, en la mesa que habían dejado libre, se sentarían jóvenes parejas, recipientes de deseo, gente que no se sentiría anacrónica al hablar de amor... Deberían haberse despedido como amigos, pero no lo eran: habían sido amantes, habían dejado de tener noticias uno del otro, tenían enfermos a sus padres, habían tomado un café evitando algunos temas y acercándose con tiento a otros, se habían susurrado algunas cosas al oído y se habían desnudado torpemente el uno al otro; al salir a cielo abierto, enseguida se dieron cuenta de que la lluvia había envejecido menos que ellos, y no tenían ninguna voluntad de volver a su vida anterior.

Estaban demasiado cansados para resistirse a la tentación de permanecer tumbados, desnudos uno encima del otro.

Idoia no tardó en coger sus trastos y mudarse a casa de Diego. Al principio el equipaje que trajo le pareció sorprendentemente escaso. Pasado un tiempo comprendió que se lo había dejado todo a su marido, que de algún modo se sentía culpable de haberlo abandonado y le había dejado como compensación una especie de viudedad simulada, «yo ya no estaré contigo, pero todas las cosas que compartíamos se quedarán ahí, los objetos y los recuerdos, los que compramos juntos y los que no, los prácticos y los simbólicos, todos los dejo aquí, tú verás qué hacer con ellos». No se trataba solo de un intento de evitar añadir más problemas a la separación tras una larga convivencia y a la ruptura sentimental; era también una entrega total a Diego, al menos él así quería pensarlo, porque si lo suyo no salía bien Idoia se quedaría sin nada; y el hecho de que quisiera compartir también su vida material, sus cacharros de cocina y las sábanas, las mantas de su sofá y las sillas de la terraza, su cortaúñas y su secador de pelo —eso sí que era definitivo—, se lo tomaba como una señal de amor incondicional: «creo en esta relación, a pies juntillas, eres la apuesta de mi vida, en mi mente no cabe la menor opción de que lo nuestro falle y se rompa, no tengo plan B».

Y las cosas marcharon bien los primeros meses, Idoia se acostumbró al nuevo hábitat, a los intempestivos horarios de Diego —siempre trabajaba de noche—, a la incomprensible neurosis que le impulsaba a cerrar con llave su escritorio y su estudio, a aquel secretismo exagerado que al principio le pareció interesante, luego ridículo y finalmente fastidioso, a sus imprevisibles cambios de humor, a sus retorcidas razones

para no tener hijos («mis genes son demasiado defectuosos, ya es hora de finiquitar ese árbol genealógico»).

Diego reveló a Idoia con todo detalle lo que nunca antes había confesado a nadie, sorprendiéndose incluso él mismo conforme las palabras salían de su boca: cómo y cuándo le habían hecho aquellas marcas, «antes de nada te vamos a hacer un favor», tras confesar que Soto y Zeberio estaban en la calle Moulinaou —«¿Dónde hostias está eso?», «En Anglet»—, fue entonces, dicho ya cuanto había que decir, y enterados los torturadores de lo que deseaban saber, fue en ese momento y no antes, cuando le marcaron aquellas letras que le recordarían, no a los policías, sino el nombre que sus propios compañeros iban a ponerle: no decían que Diego fuera terrorista, secuestrador o asesino, no eran las siglas de los GAL ni la firma de sus captores; no, escribieron en su piel la pura verdad. Bajo tortura, es cierto, pero había delatado a dos de sus compañeros que se habían visto obligados a pasar a la clandestinidad por atracar un banco con pistolas de juguete —las de verdad no habían llegado a tiempo—, a dos retoños demasiado jóvenes aún para el crimen y el arrepentimiento; aunque de más edad que él, aún demasiado adormecidos, demasiado apegados a la «célula durmiente».

De haber pillado a Soto en su lugar, ¿habría delatado a Zeberio y a Lazkano? Nunca lo sabría.

—¡Con be, no, ignorante! ¡Es con uve!

Cuando se lo oyó decir, aún no podía imaginar qué le estaban haciendo en la espalda, dolorido todavía por los alfileres que le habían clavado bajo las uñas y en las plantas de los pies, porque al parecer en las plantas no quedan marcas, hemos heredado de los primates la capacidad de pisar espinas y seguir adelante. Y aquella farsa de la espalda de Lazkano. ¿Realmente pensaba uno de ellos que se escribía con b? Tampoco era imposible, aunque en aquel momento todo le pareció una calculada estrategia, repetida una y otra vez para minar su moral. Y funcionaba, vaya si funcionaba. El dolor que le producía el hecho de no poder adivinar lo que Fabián y Fabián le estaban tatuando en la espalda no era menor que el causado por los cortes en pies y uñas: «Pero ¿qué hacen?, ¿qué están escribiendo con be en lugar de con uve?».

—Qué más dará, lo dejamos con be.

He ahí una clasificación que va más allá de la tónica del poli bueno y el poli malo: el analfabeto y el alfabetizado.

Así que se llevó consigo aquella marca silenciosa, que tantas veces miraría desde entonces en el espejo, que no se atrevía a enseñar a nadie, demasiado vergonzante para mostrarla en un juzgado (total, decían, ese tipo de heridas eran siempre *autoinfligidas*, había más de una sentencia al respecto).

Aquella palabra. *Chibato*. Con falta de ortografía incluida. Porque era cierto. Aunque fue bajo tortura había delatado a dos compañeros —calle Moulinaou, en Anglet—. Porque en el lugar de uno de los dos tenía que haber estado él. Porque no

tenía permiso de conducir. Porque el hecho de no tenerlo cambió la que iba a ser su misión, que le habría llevado a soportar torturas más duras que las que había sufrido, y luego a la muerte.

Lo que, evidentemente, no contó a Idoia fue lo que hizo cuando lo liberaron. Cómo se fue a Anglet y se encontró medio vacía la casa de la calle Moulinaou donde se escondían Soto y Zeberio; lo preocupados que estaban los dueños de la casa que los hospedaban; cómo el Pelirrojo vigilaba desde un bar cercano, desconfiado, sin acercarse a él; y cómo, acordándose de la paranoia de Soto, cuando se quedó solo en ella, registró su habitación de arriba abajo, y encontró la novela de Faulkner *Mientras agonizo*, y la carpeta color salmón, y en ella todos los originales mecanografiados de Soto, ocultos bajo una manta, entre la ropa de cama de invierno, en la parte más alta del armario.

E Idoia, aunque en la espalda de Diego ya hacía tiempo que no quedaba apenas rastro de aquellas letras, las veía, veía aquel *chibato*, y veía también al delator. Empezó a arrepentirse de haberse dejado caer tan fácilmente en los brazos de Diego, aunque era consciente de que no tenía derecho a hacerlo, de que no era Diego el culpable, de que bastante trabajo y tormento tenía ya, de que había pagado con creces lo suyo con el insomnio de todos aquellos años, mientras que quienes lo torturaron campaban a sus anchas, libres por las calles, quizá no muy lejos de allí, sin perder sus galones y probablemente con alguna medalla recibida por sus impagables servicios a la patria.

A Idoia cada vez le iba peor en el trabajo. Se quejaba mucho, sobre todo desde que empezaron a pedirle colaboraciones para la radio. «Periodismo integral». Estaban explotando a los trabajadores sin ningún reparo.

—¿Qué dice vuestro convenio? Seguro que lo que os piden no es legal...

«Si fuera así de fácil», se dice Idoia. En realidad, apenas si se veían: cuando ella llegaba a casa, Diego estaba ya encerrado bajo llave en su despacho, escribiendo. Cenaba sola. Para cuando él se acostaba eran ya las seis o las siete de la mañana. No habían pasado una hora juntos en la cama, cuando Idoia se levantaba para coger el autobús y acudir al trabajo. En aquellas circunstancias todo trato carnal era forzosamente sonámbulo.

Solo pasaban juntos los fines de semana, e incluso entonces imperaba la desgana: a mediodía Diego apartaba *El Mundo* y leía *Berria*, menospreciando de una forma bastante insultante el diario en el que trabajaba Idoia. Mientras Diego preparaba zumo de pomelo y café —ese era su desayuno—, Idoia tomaba una comida ligera. Tampoco en eso podían coincidir. Lo suyo era un continuo *jet lag* en ambas direcciones.

—Estoy pensando en dejar el periódico.

—Puedes hacerlo... Ahora no tenemos problemas de dinero.

—No lo dejaré hasta tener otra cosa.

—Te podría conseguir trabajo como lectora, si quieres... ¿Te interesa?

—¿Lectora?

—Fede siempre necesita lectores en la editorial... No le duran mucho, ya sabes lo gruñón que es. Por probar...

—¿Tendría que hacer informes sobre manuscritos?

—No exactamente: tiene problemas de vista, y necesita que alguien le lea en voz alta. Yo creo que con tu voz...

Fede Epelde, el editor de Diego. Un sesentón cascarrabias y sibarita. No, gracias. Antes que irse a trabajar con él, prefería seguir como hasta ahora.

No pasaron muchos meses desde que Idoia sustituyese una relación muerta por otra estimulante, y aquella nueva relación había empezado a declinar. Dejó a su marido sin pensárselo demasiado, no le costó hacerlo, señal de que estaba abocada a dar ese paso tarde o temprano. Pero eso no garantizaba que la nueva relación fuera sólida y duradera. En realidad, la chispa se apagó bien pronto. Diego era celoso hasta decir basta. En cualquier entrevistado de Idoia veía un rival en potencia. Se trataba de gente de poco fuste del mundo de la política, gente que a Idoia le aburría soberanamente, pero a Diego, en el umbral de la paranoia, siempre le parecía que el entrevistado se lucía a costa de la entrevistadora. El asunto fue a peor cuando el diario reforzó la sección de cultura, e Idoia, renovadas sus ilusiones, volvió a entrevistar de vez en cuando a bailarines, actores y escritores. En opinión de Diego todos eran mediocres, artistas de segunda mano, parásitos que vivían sin dar golpe de las subvenciones públicas. Por eso le llamó la atención que, el día que entrevistó a Chema Santamaría, Diego solo tuviera buenas palabras.

—Un tipo interesante. Tiene la cabeza muy bien amueblada.

A Idoia le sorprendió, porque por aquel entonces no coincidían en nada y, por una vez, ella estaba de acuerdo: Santamaría siempre le había parecido un seductor nato, con las ideas muy claras, un fotógrafo muy consciente de que hacía lo que hacía para una minoría, un *retro* convencido que revelaba en casa sus carretes marca Ilford a la antigua usanza, al que no le gustaba hacer muchas copias, siempre en busca de nuevos horizontes, tan distinto a todos los fotógrafos que había conocido en los diarios.

A Idoia le sorprendió el comentario de Diego, y le afectó aún más saber que Chema era íntimo de Lazkano, aunque estos últimos años se veían muy poco, y que fue él quien le hizo «el mejor retrato que me han hecho nunca». Idoia no tuvo más remedio que estar de acuerdo: la foto era preciosa, en claroscuros, de esas que se hacen para que perduren. Luego le enseñó las fotos que tomó al grupo de teatro: Zeberio con el cable de un foco enrollado al cuello como si fuera una bufanda, Soto disfrazado de Groucho Marx, Gloria batuta en mano en su papel de directora, Diego sentado rodeando con los brazos los hombros de Ana y Sara. Todos sonreían.

—Ana... Hacíais buena pareja...

Lo decía honestamente, pero con la intención de hacer daño. A Diego se le empañó la mirada. «Sí, todas las mañanas me acuerdo de ella, la abandoné, yo también sé desaparecer de la vida de alguien sin previo aviso». Lo piensa, pero no lo dice.

—¿Y esta?

—La llamábamos *La bella Inés*, ¿no te acuerdas? Solía venir con nosotros a las *manifas*...

—¿La que salía en *La ratonera* de Agatha Christie?

—La misma.

—Está tan joven... No la habría reconocido.

—Y el fotógrafo, Chema, claro. Si quieres, podemos invitarlo a cenar algún día.

Idoia se mostró de acuerdo al principio, pero luego intentó disuadir a Diego. No quería cenar con Chema, le gustaba demasiado, podía ser su punto de fuga para escapar de aquella rutina a la que estaba condenada con Diego, aquel fotógrafo era un amante a cuyos brazos saltar, algo más que «un tipo interesante». A Diego, por descontado, no se lo dijo de esta manera.

—Los dos andamos faltos de humor últimamente, quizá más adelante.

—¿Qué?

Idoia estaba empezando a hartarse de tener que repetirle todo dos veces. «¿Qué?», «¿Cómo?», decir las cosas una vez nunca era suficiente, Diego vivía inmerso en sus pensamientos; cuando una pareja empezaba así, qué, cómo, dímelo otra vez, señal de que estaba en las últimas. Pero el final puede durar mucho. Incluso toda la vida, en algunos casos. Sobre todo porque Idoia se resistía a reconocer que irse a vivir con Lazkano, apostar por él y poner todas las fichas en la misma casilla, había sido una gran equivocación.

—¿Qué?

—Que no es la mejor época para invitar a nadie. Lo mismo no le ha gustado la entrevista. Nos pasamos dos horas en su estudio, y he tenido que cortar mucho... Sería incómodo...

—Tonterías. Seguro que le hace gracia saber que tú y yo estamos juntos.

Y Diego, erre que erre: «Voy a llamarle». «No lo hagas, Diego, ¿no te das cuenta? Estás metiendo al lobo en casa, una vez traicionaste a tus amigos bajo tortura, y ahora te traicionas a ti mismo, te arrepentirás, no des aliento a ese viejo amigo: es mucho más interesante que tú». Lo piensa, pero no lo dice.

Deciden cenar fuera de casa. Es día laborable, Chema inaugura una exposición en San Sebastián y pasará aquí la semana; y sí, le ha hecho gracia saber que Diego e Idoia están juntos. A Chema le ha gustado, le ha encantado la entrevista, palabras que se dicen por cortesía (o no), «pensaba llamar para felicitarte». Vacían dos botellas de vino caro, ríen sin parar, Diego y Chema, Chema y Diego, teniéndolos a los dos frente a frente Idoia tiene muy claro quién es el más original, el más inconformista, el más apasionado, el que más cree en lo que hace, «¿qué haces, Idoia?, ¿acaso vas a

repetir el mismo error?, ¿no te acuerdas de que hace un año agotaste tu opción de volver a empezar de cero?».

Aparte de esa comparación de la que Diego sale perdedor, Idoia percibe otras señales de alarma. Aunque Diego se dirige a Chema con sincera admiración («un fotógrafo auténtico en este mundo de auténticos farsantes»), la admiración no es mutua. Cuando al fin deja de hablar de las fotos que hace en canteras cerradas y casas abandonadas y —con forzada amabilidad— le pregunta «¿y tú, qué tienes en mente?, ¿habrá novela este año?», Idoia percibe claramente que le cuesta mantener la atención, que la verborrea de Diego le es totalmente indiferente, y que no hay nada más patético que ver cómo un amigo al que admiras te desprecia con simulado respeto. O, mejor dicho, sí lo hay: que tú no te des cuenta de ese desprecio, y tu mujer sí.

Cuando piden los postres, y a medida que Diego se va entonando —es él quien más bebe de los tres y quien se ocupa compulsivamente de llenar las copas de los demás—, la mirada de Chema se desvía, cada vez con menos reparos, hacia Idoia; y se posa en sus ojos cada vez durante más tiempo —«¿qué haces con este pelele?»—, quizá porque ha reparado en el desamparo de la mujer: Idoia le ha lanzado las señales imprescindibles para que se dé cuenta; el cansancio, otra vez el cansancio, un plúmbeo contrapeso que conduce a la verdad. No ha tenido fuerzas para disimular, como tampoco después, cuando Diego se levanta a pagar quejándose de la lentitud de los camareros, tiene coraje para apartar la mano de Chema cuando este aprovecha para agarrarle del brazo.

—Estoy en el hotel Orly, llámame.

«¿Me mirarás con esos mismos ojos después de correrte?».

Chema no responde a la pregunta. En lugar de eso, se sumerge entre los muslos de Idoia, y ella percibe cómo él le escribe con la punta de la lengua todas las mentiras y verdades que pueden decirse. Entonces se le ocurre que las palabras están de más, que son todas inútiles, estén en un diario o en un libro, escritas por ella o por Diego, que lo único que vale es la punta de esa placentera lengua que, si no fuera porque tiene las cálidas manos de Chema entre sus muslos, confundiría con el pico húmedo de un pajarillo. Idoia se dobla hasta tocar el colchón con las rodillas, como un cepo que se abre, levanta la cintura y arquea su espalda, siente cómo se apartan los dientes de Chema, aunque en ese momento un pequeño mordisco no haría más que aumentar su gozo, tan poseída se siente por el deseo. Jadeante, arroja al suelo la cascada de sábanas, da una patada al aire y, retirando las mantas de encima de la cama, deja el colchón pelado, limpio y desnudo. Cuando su respiración se serena, se pone a lamer el pene de su amante.

«¿Me mirarás con esos mismos ojos después de correrte?».

«¿Eres tan atrevida como creo? ¿Tan autodestructiva?». Chema, mientras acaricia el pelo color caoba de la chica, intenta hallar un cabello blanco en su hermosa

cabellera, y encuentra tres o cuatro; la melena de Idoia le recuerda cómo se les desgarran las crines a los arcos para chelo demasiado usados; ahora Chema es la madre ciega que busca piojos en la cabeza de su hijo, «vamos a ver si encuentro más cuerdas desafinadas entre estos finos cabellos»; en vano, el tacto no le da para tanto. «Esos detalles imperfectos que muestran parte de nuestro envejecimiento y degeneración, esos detalles siempre me han ayudado a gozar más en la cama — piensa Chema—, porque vuelven más real ese momento de éxtasis no-tan-distinto-de-otros-momentos...». Pero quizá sea mejor dejar de palpar en busca de canas, porque en cuanto encuentra una empieza a buscar la siguiente y así no hay manera.

La habitación amanece en silencio, salvo, de vez en cuando, un chasquido de salivas, un chasquido de lenguas y labios que se pegan y se despegan suavemente. Idoia recuerda que la vida se va volando mientras aferra el pene del chico entre sus piernas; no quiere correrse aún, no quiere irse aún de este mundo, del mundo del placer.

«¿Me mirarás con esos mismos ojos después de correrte?».

Las persianas no engañan a nadie, despunta el alba, pronto vendrán a limpiar la habitación con carrito y todo; Idoia observa la mesilla de noche: ahí está, se les olvidó colgar afuera el cartel *Do Not Disturb* en cinco lenguas —el euskera no está entre ellas, claro: a quien habla este idioma todo el mundo le es extranjero—, ahora solo les falta que alguien llame a la puerta y abra. Ese miedo dilata ligeramente la ronda de suspiros de Idoia.

«Chema», susurra ella, dos veces, y esas cuatro sílabas son recipientes abiertos, cuencos derramados que acaban por desbordarse. «Me excita que digas mi nombre», le ha confesado antes. Y entonces Idoia piensa que su mujer no debe de llamarle por su nombre cuando hacen el amor, que su manera de hacerlo debe de ser anónima, y que por eso en la cama la prefiere a ella. La gente va y viene por los pasillos, maletas con ruedas, tilín, la campanilla del ascensor. Suben, bajan, entran, salen. Es el pladur, se filtran hasta las toses. Chema no se ha corrido, e Idoia toma de nuevo en la boca el glande que su flujo ha dejado reluciente, le aparta los muslos con ambas manos al tiempo que deja su clítoris en el punto de mira de Chema. Él no se ha atrevido a preguntarle si le gusta tragarse el esperma, si lo hace solo para complacerlo (le place, es cierto, y cada vez es distinto el gesto de la garganta de Idoia), o si realmente le gusta terminar así. Tampoco le pregunta qué diferencias, qué matices percibe de un semen a otro, si es que percibe alguno, si no le parece raro que después de tragar esperma no salgan renacuajos fecundados, ranas gemelas, cuando se vomita. Quizá se lo pregunte dentro de dos, tres, cuatro citas, en son de broma. Quizá no haya tantas citas. Tampoco han sido tantas antes de ahora.

Anoche vieron juntos en el hotel una película X. Chema quiere que su próxima exposición sea una serie pornográfica. «Estoy mirando en Internet, ¿has navegado alguna vez en busca de porno?». Idoia le confiesa que no, y de repente se siente como una monja. «Prueba algún día, el porno *amateur* es todo un mundo: no se acaba

nunca».

Pero el de ellos, su mundo, sí que acabará.

Hoy no se ha tragado el semen, y se limpia el pringue de la mano frotándola contra su muslo, da un beso a Chema, se aproxima a la ventana. Abre las cortinas dobles, unas negras primero, luego otras transparentes, como si el teatro, la función, fuera a comenzar; pero aún queda algo por abrir: las persianas, hasta media altura. Sus pupilas entran en pánico cuando reciben el chorro de esa luz que parece lavada con cloro. Podría ser un pulso o un duelo a espada: ¿Cuál de los dos aguantará más sin mirar el reloj? ¿Quién se resistirá más tiempo a satisfacer las ganas-inquietud-deseo-necesidad de saber la hora, esa hora que les ronda la cabeza e intentan intuir por la luz que entra desde la calle?

¿Quién es el más débil?

¿Qué tiene que ver ser débil con ser realista?

¿Quién será el primero en dejar que entre el mundo exterior a su reino de sexo y deleite, malogrando el ambiente con una frase equivocada?

¿Quién necesitará menos tiempo para acostumbrarse a la rutina diaria del trabajo?

¿Quién será el primero en pensar en cuestiones prácticas, preparar coartadas, reparar en que no somos inmortales pero sí inmorales, impostar inflexiones de voz?

¿Quién será el que empiece a no estar en la habitación del hotel, aunque esté allí?

Idoia se coloca ante el espejo, para que así, en lugar de una, sean dos las candidatas al penoso título de Persona Más Cobarde y Miserable del Mundo Hoy. «¿Por qué me castigo continuamente?».

Cuando Chema sale del baño, las espadas de sus ojos siguen en alto, frente a frente.

Idoia está junto a la ventana. Enciende un Marlboro. Una flecha de humo se le clava en el pecho, se rasca la entrepierna allí donde se seca el semen, aliviándose el picor de una forma un tanto masculina. A Chema le agrada el gesto. Debería decírselo. Tiene el pubis muy poblado, antes se le ha trabado entre los dientes algún pelo, negro, muy negro. «Estos momentos con ella me encantan, no quisiera perderlos. Debería decírselo», piensa Chema.

Lo piensa, pero no lo dice. «Más adelante, dentro de dos o tres citas».

—Parece que viene bueno.

Se refiere al tiempo. Sin embargo, la luz —también la luz, por desgracia—, esa cascada de luz que parece lavada con cloro y desinfectada, esa luz filtrada por el polvo de moqueta y el aire acondicionado de los hoteles, puede resultar triste en ocasiones.

Chema se pone los pantalones, también Idoia. Nada de ropa interior: directamente los vaqueros. Besa a Chema en los labios y, juguetona, le mete cintura abajo su tanga enrollado, estímulo para los testículos rendidos que se han vuelto a su concha. Un *souvenir* sin nostalgias.

—No te olvides de mí, ¿vale?

Y, vista su forma de mirar, Chema entiende otra cosa: «Ni se te ocurra hacerme daño, ¿vale?».

Pero Idoia aún quiere un poco a Diego, le agrada su forma de estar en casa, eso es todo, vive cómodamente y vive a gusto con Diego, a pesar de los «¿qué?» y de los «¿cómo?». Además está de muy buen humor, parece que con su último libro le van bien las cosas, aunque Idoia todavía no tiene ni idea de qué trata. Y a pesar de que Chema le dice «quiero retratarte desnuda», e Idoia le responde «ni pensarlo», «conmigo no uses trucos baratos» o «no me digas que eso te funciona con las otras», y Chema «¿qué otras?», a pesar de todo eso, aunque le parece que le vuelve la piel del revés y le hace sentir cosas que hace tiempo no sentía, decide actuar honestamente, porque sabe que para Chema ella es un mero divertimento, que recibe muchas llamadas a las que no responde y, por la cara que pone cuando apaga el móvil sin contestar, Idoia sabe que son llamadas de mujeres, y no solo de su mujer. Y como ha decidido actuar honestamente, porque le resulta insoportable llevar una segunda vida o una vida secreta, se lo confiesa todo a Diego, la locura que ha cometido, que se ha acostado con Chema, con su amigo, «un fotógrafo auténtico en este mundo de auténticos farsantes». Y Diego se queda callado, empalidece un poco, «gracias por decirme la verdad», tragándose todo su orgullo, y pasa la noche fuera, dejándola sola en esa casa que ya no siente como suya.

Tras pasarse la noche sin pegar ojo, suena el teléfono. Lllaman del hospital. La madre de Idoia ha muerto.

Rosas blancas sobre el féretro negro, y de repente nos asombramos: una belleza tópica nos reanima levemente en un momento inesperado. Una llamada de Mikel, la pluma y la trova: «ha sido un detalle que hayas llamado», le dice Idoia, y realmente se lo agradece; «¿cómo estás?», y ella, en lugar de decirle cómo está, le cuenta que su madre «se ha ido como un pajarito, estaba muy mal», «llama para lo que quieras, Idoia». Su ex marido ha venido al funeral, y también al entierro. La acompañan en el sentimiento sus compañeros del periódico: Roger, Víctor, la becaria Pilar. Es de agradecer. Muy de agradecer. Diego no coge su mano hasta que la caja negra empieza a descender. Lo hace con suavidad, e Idoia le aprieta los dedos.

«No hay vida sexual en la tumba». Lo piensa, pero no lo dice.

Hasta el atardecer Idoia no se ha dado cuenta de que Diego ha llevado al funeral de su madre el mismo traje que luce en las presentaciones de sus libros. No sabe qué pensar al respecto.

Quizá no sea el momento, pero no se le ocurre ninguna otra cosa que pueda decir:

—Ha sido una locura, me resulta impensable volver a verlo. Entiendo que tú, de todas formas...

—No. Quiero que te quedes. Te quiero.

Se lo dice casi llorando. «No tanto como quería a Ana, pero te quiero». Lo piensa, pero no lo dice.

—¿Me perdonarías tú si yo te hiciera algo así? —le pregunta Diego.

Idoia está demasiado cansada para mentir, en su relación siempre ha sido muy importante el cansancio. También ahora.

—No lo sé. No sé si te perdonaría.

—Lo entiendo.

—Con el tiempo lo olvidaremos todo.

Diego no dice nada. Solo para sí: «Sí, lo olvidaremos todo, como mi padre».

Idoia lo besa, lo desnuda como a un niño y luego comienza a desnudarse ella. Diego no le sigue el juego, así que Idoia le acaricia la columna, vértebra a vértebra, como quien cuenta los anillos de un tronco cortado, hasta llegar al lugar donde estaba aquella palabra ya borrada: *chibato*. Hace tiempo que no hacen el amor. Idoia se pregunta si Diego se habrá masturbado a menudo todo ese tiempo. A la vista de lo rápido que el pene se ha venido arriba, parece que no. Y ese hipotético ayuno, lo interpreta como un halago hacia ella.

La toma por detrás, a cuatro patas, sin caricias de ida y vuelta, sacando al final su miembro y corriéndose en su espalda igual que las estrellas del porno, vigorosamente. A Idoia le ha parecido un polvo en seco, violento. Ha detectado en Diego tanta agresividad y rabia como placer.

Ambos saben que no tienen ningún futuro juntos.

LEGIS SILVA

A veces, el ingeniero se obliga a recordar el día en que lo secuestraron. Lo ve lejano, pero sabe que no debe olvidar:

«Cuando salga de aquí me lo preguntarán en todas partes, y tendré que contarlo con pelos y señales. El ambiente era frío, acababa de afeitarme y me había dado esa loción Williams que tan fuerte le resulta a mi mujer. Me pillaron por detrás, sentí un brazo, un brazo sobre el mío y otro en mi cuello. Enseguida me di cuenta de que las manos pertenecían a dos personas distintas. Debía de haber un tercero que conducía, suele ser así en estos casos. Me dijeron que eran de ETA y que estaba secuestrado, que estuviera tranquilo, que no me sucedería nada si obedecía. "No te va a pasar nada malo..." Me cubrieron la cabeza con una capucha negra; a decir verdad, capucha es lo que llevaban ellos. Lo que me impusieron a mí era más bien un saco negro con olor a polvo y a manzana, sin agujero ninguno para la boca y los ojos, no sabría concretar más; quién sabe qué fin habría tenido aquel saco de arpillera, quién sabe en qué desván había estado guardado, si no habría cubierto antes la cabeza de algún otro. ¿Cuántos sacos negros como este utiliza una organización armada para este tipo de labores? Embutirle la cabeza en un saco negro, ¿acaso hay gesto más perverso que pueda infligir un torturador a su víctima? "Eres una víctima, así que te tienes que poner el saco negro en la cabeza." Apenas podía respirar dentro del coche, dentro del saco negro, pero enseguida me quedé dormido, seguro que me dieron algo, inyectándomelo o haciéndomelo oler, quién sabe. No sentí ningún pinchazo en el cuerpo, solo un olor intenso, como de aperos de labranza amontonados en un granero».

Lo va a contar tal cual. Y luego contará cómo se despertó en el zulo. En un iglú cuadrado, una ratonera que parecía una habitación irregular de manicomio: unos agujeros diminutos, orificios para que el aire pasara, pero escasamente, y un portillo que comunicaba con el mundo exterior la caseta de perro que constituía su hábitat.

Y luego están las hormigas. «Las había a cientos, salían por las grietas y trepaban por mis brazos», dirá, de forma que a más de uno se le antojará inverosímil.

No llevan armas. Al menos nunca se las han mostrado, aunque las tendrán tal vez a buen recaudo, porque saben que al secuestrado ni se le pasaría por la cabeza enfrentarse a ellos, intentar huir de allí.

¿Cómo pasar el tiempo cuando has sido enterrado vivo?

Es preciso establecer una disciplina. Tomar algunas decisiones. Imponerte un horario. Les pide un reloj, y le dan un viejo Casio de esos del tiro al pichón de las barracas de feria.

Así se lo dice a su secuestrador: «Parece del tiro al pichón». Y diría que el secuestrador sonríe, a pesar de que no puede verle la cara. Quién le iba a decir al ingeniero que pronunciaría aquellas palabras en un zulo: *tiro al pichón*.

Es importante saber en qué hora vive, cuántos días lleva allí, con exactitud.

Los ejercicios los hace antes del desayuno. Flexiones, abdominales. Cincuenta y cincuenta. Podría hacer más, y los hizo, lleno de rabia e impotencia, durante los primeros días, pero no merece la pena: con el sudor, las paredes se llenan de vaho, y luego queda un ambiente irrespirable durante todo el día; aquí dentro las cosas tienen su propia medida, y en absoluto se trata de la misma de ahí afuera, sino de otra nueva, completamente distinta. La condensación es algo a tener en cuenta. Después de eso llega el desayuno: se lo toma despacio, prestándole atención. Le sobra el tiempo. Cuando le traen tostadas de sobre, antes de untar la mantequilla comprueba con la punta de los dedos la superficie dura y áspera del pan, acaricia ese pan tostado como papel de lija; pasadas las primeras semanas, se da cuenta de que la parte más alarmante de estar secuestrado es la pérdida de los sentidos: el hecho de ver y oír siempre las mismas cosas —esto es, casi nada— embota los sentidos, especialmente el tacto y la vista. Con el oído es distinto: sucede lo contrario, que se aguzan, hasta que uno llega incluso a descifrar ondas y susurros extraños.

Al principio no oía nada. Pero es imposible no oír nada en absoluto. Ahí están sus propios latidos, sus movimientos intestinales, el chasquido de su lengua, el rechinar de sus dientes, el compás de su respiración. De vez en cuando hace chasquear los dedos, a fin de asegurarse de que su cuerpo conserva intacta la capacidad de hacer ruidos. Que aún es *él*. Luego están, claro, los sonidos que provienen del exterior. Los que cree oír durante las largas horas en que está solo, sin percibir ninguna señal de sus guardianes.

Como si fuera un zorro, el oído se le va aguzando con el paso del tiempo. Cree haber oído un sonido lejano de agua resbalando por una tubería, similar al ruido que emiten los frigoríficos de madrugada. Pero el sitio en el que está no es una casa. Sin embargo, aquello que parecía una evacuación irregular de líquidos no se detiene por la noche, y empieza a pensar si no se tratará, más que de vertidos, más que de algo líquido, de voces humanas. Voces humanas surcando las tuberías. No hablan de nada serio: son voces animadas, en alegre conversación, gente de palique. No son las voces de sus guardianes, no es nada probable que lo sean, y no hay forma de entender lo que están diciendo. Suena como si alguien, en algún lugar, quizá en medio de un bosque silencioso, se hubiera dejado una radio encendida. Sus sentidos siguen aguzándose, y comienza a distinguir alguna que otra palabra, aunque también puede tratarse de una mala pasada que le juega su imaginación. Son voces con mucho ritmo y entusiasmo, deben de ser sin duda las de una retransmisión de un partido de fútbol. Sí, ya no le cabe duda. Eso que oye a lo lejos es fútbol. Primero empieza a distinguir los nombres de los jugadores: Sarabia, Gajate, López Ufarte... ¿Un derbi? Pero ese partido de fútbol no tiene fin. Esa retransmisión deportiva dura mucho más que los noventa minutos reglamentarios. Además, y eso es lo más sorprendente, aunque los locutores hablan de forma efusiva, nunca cantan un gol. Es un partido eterno en el que siempre empatan a cero.

Como para volverse loco. «Esas voces a través de las tuberías, esa radio, son fruto de mi imaginación», se dice. Decide no prestar más atención a esos sonidos.

Entonces empiezan a aparecer las hormigas. Hormigas por todas las esquinas, que le pican en las zonas más húmedas del cuerpo.

Uno de los vigilantes coloca una corteza de melón en una esquina del cuarto, para que las atraiga. Al principio funciona, aunque es bastante asqueroso ver todas aquellas hormigas trabajando disciplinadamente, cubriendo toda la capa blanca de la piel de melón. Pero ni así les basta, pronto empiezan a subírsele invitados indeseados por los tobillos.

«Con las hormigas, ¿no se puede hacer nada? —pregunta al guardián—. A este paso, me van a comer vivo».

Le dice que lo intentarán, y que lo siente. No el haberlo metido en aquel agujero, sino el hecho de que hubiera resultado que el zulo tuviera hormigas.

Entonces empieza a matarlas por su cuenta: el vigilante también le ayuda. Luego las recogen con una escoba, pero vuelven a aparecer por las grietas de las paredes, por los resquicios, por todas partes.

Lee la prensa todas las mañanas, aunque las páginas con noticias sobre el secuestro se las traen recortadas. Según van avanzando las semanas, sin embargo, los periódicos le llegan casi sin pasar por la tijera: todo tiene su fecha de caducidad. Ya no dicen nada sobre el secuestrado. Lo han olvidado.

Hoy se ha despertado con fiebre. No cree que sea muy alta, pero es incapaz de cuantificarla. Tampoco puede terminar su sesión de ejercicios. Es una fiebre de esas un tanto dulces, como la que te afecta después de estar a pleno sol durante un buen rato. Le resulta agradable, incluso. Es un cambio, y desde que está aquí ha tenido muy pocos cambios. Ha sido una forma de recordar, por un momento, los rayos del sol que tanto echa en falta. La fiebre le ha recordado su luna de miel, en la República Dominicana.

El mediador Aguirre Sesma repasa el cálculo que, de tren en tren y de estación en estación, ha hecho ya mil veces en su cabeza. Son ya cuarenta y siete los días que el secuestrado falta de su casa, y otras tantas noches las que su mujer ha pasado sin dormir, preocupada por el estado de salud de su marido. La mujer del secuestrado dice que la salud también vale lo suyo, que la vida también cuenta —sobre todo la vida cuenta—, y se muestra dispuesta a pagar todo lo que piden. Así se lo dijo Murillo, el abogado de la familia; la cadena de la mediación es larga, porque, aunque siempre hay alguien de por medio, no es siempre la misma persona la que está «en medio» de unos y otros. Esa es la clave de este quehacer que, sin duda alguna, sería exagerado llamar arte: la responsabilidad y el trabajo sucio se van disolviendo de mano en mano. La labor tiene también algo de nobleza, claro: el mediador hace su trabajo de una forma totalmente voluntaria, con la intención altruista de evitar el sufrimiento, o al menos evitar que se dilate en el tiempo.

Según le contó el abogado de la familia, los hijos permanecieron alrededor de la mesa sin decir palabra. Al parecer, no estaban del todo de acuerdo con su madre, que había visto por última vez a su marido hacía cuarenta y siete días. Lo que tenían en mente era que aquel dinero les iba a ser arrebatado de su herencia, mermando parte de su patrimonio futuro —la mezquindad podían mantenerla alejada de su boca, pero la llevaban bien plantada en la mirada, bien a la vista, de una forma casi obscena, o al menos así se lo dijo Murillo al mediador: «Merecen que les quiten hasta el último céntimo, viven a costa de su padre»—. No parecía que Murillo tuviera en mucha estima a los hijos de sus clientes, porque en el momento álgido de su rabieta llegó a sugerir ante el mediador que el dinero del empresario sería más útil para comprar material explosivo, en lugar de para que lo dilapidaran sus hijos. «Hombre, tampoco es eso», le contestó Aguirre Sesma. Y Murillo: «Si les damos un par de meses, estos son capaces de fundir el acero y convertirlo en cualquier otra cosa». Se entendían bien el abogado de la familia y el mediador. En realidad, tanto monta monta tanto, el mediador era también abogado, y Murillo había sido mediador en otros casos, aunque él tenía un punto de vista bien distinto respecto a la gratuidad de aquel trabajo: «Si no cobro, estoy colaborando con un grupo armado. Si cobro, estoy trabajando —le decía siempre—. También tú deberías cobrar, Sesma».

Tiene, pues, las manos libres. Están dispuestos a pagar los setecientos millones de pesetas que piden, sin contraoferta; así se lo dijo el abogado de la familia al mediador. Debía tener especial cuidado con los tiempos. Podía llevar la mitad consigo, en una maleta. Si conseguía que la otra mitad se pagara en tres plazos, no habría ningún problema. Si en lugar de tres plazos eran dos, o uno solo, se arreglarían de todos modos, pero les venía mejor dividirlo en tres partes.

Por eso Aguirre Sesma, después de dejar la estación parisina de Montparnasse y mientras se dirige al distrito Décimo, muriéndose de ganas de llegar a Bruselas cuanto antes, hace cálculos y pondera la irreflexiva promesa de la víspera:

«Haré todo lo que pueda».

No es, en absoluto, la negociación más difícil que le haya tocado llevar, al menos así lo prevé. Le preocupan más otras cosas: por un lado, la sospecha de que puede tener tras de sí a los servicios secretos; por otro, la responsabilidad del dinero que lleva en aquella maleta.

Cerca de la Gare du Nord, entra al hotel que tiene reservado para tres noches. Recoge la llave, sube a la habitación, se ducha, coge la maleta y baja al garaje subterráneo. Tal como le habían prometido, allí le espera el coche que lo llevará hasta Bruselas.

«¿Eres Aguirre Sesma?», le pregunta un hombre pelirrojo con la cara llena de pecas.

Asiente con la cabeza, y el único hombre que ocupa el coche le abre desde dentro la puerta del copiloto.

El conductor solo vuelve a dirigirse a él cuando se da cuenta de que el mediador

observa inquieto por la ventanilla los paneles de la carretera:

«La cita no será en Bruselas, sino en Estrasburgo. Por razones de seguridad. Lo hemos cambiado en el último momento», le dice en euskera. Y sobre el Pelirrojo, que no es ningún niño, el mediador Aguirre Sesma se pregunta si será solo un chófer o algo más. Cuestión bastante irritante en lo que atañe a los activistas clandestinos: «Con los militares, al menos, un simple vistazo a los galones y sabes qué grado tienen... Pero ¿con estos?». Le habla con respeto, por lo que pueda pasar. El mediador ofrece tabaco al conductor, que no acepta. Al parecer fuma negro, pero dice que no le gusta fumar mientras conduce. «Vaya tipo más raro», decide el mediador Aguirre Sesma, deplorando para sus adentros el aspecto bohemio y las inclinaciones del otro.

Cuando entran en el garaje de una casona de las afueras de Estrasburgo, hace tiempo que ha anochecido. «Espera», le ordena el Pelirrojo, y al poco rato llega un hombre moreno de bigote poblado. Al tiempo que mira la maleta, le tiende la mano. Se la estrecha con fuerza y, aunque referida a una mirada resulte una expresión extraña, a la maleta también la mira *con fuerza*. A la mente del mediador acuden los cálculos que ha hecho, y en los ojos del otro ve un cálculo distinto. Adivinar el cálculo de la persona con la que está negociando es también parte del trabajo del mediador.

—Ese oficio vuestro tiene algo de juego de cartas, ¿no te parece? Algo divertido tiene que tener... ¿Cómo lo hacéis? —le provocó en una ocasión el abogado de la familia de un secuestrado.

—No me preguntes cómo lo hacemos, lo hacemos y punto; además, no es un *oficio*, no cobramos un céntimo —fue la seca respuesta del mediador.

—Murillo sí que cobra.

—Yo no soy Murillo.

Pero no le faltaba razón: aunque la palabra correcta era *excitante*, no divertido.

Le hacen pasar a la sala. ¿De quién sería aquella casa? ¿Quién se la habría dejado? ¿Vivirían en ella? ¿Su trabajo se limitaba a negociar el rescate y decidir dónde esconderlo? ¿De verdad creían en la liberación del pueblo y el socialismo? ¿Cuántos años estaban dispuestos a sacrificar? ¿Toda una vida? ¿Toda la vida negociando y llevando maletines de un lado a otro, en la compraventa de armas traídas clandestinamente de Líbano, cuidando y probando el producto con celo profesional? No, no lo cree. Según los cálculos del mediador —y siempre que estuvieran bien organizados—, aquellos debían de ser activistas de guante blanco, no muy distintos de los contables de Wall Street —otro tipo de mediadores, como Aguirre Sesma, al fin y al cabo—, cuya labor era conseguir el dinero y gestionarlo para sacarle el mejor partido. Habrá también quien se ocupe de la compraventa de armas y, claro está, quienes se dediquen a usarlas.

La casa es realmente antigua: sí, al menos, la habitación donde le hacen sentarse. De decoración barroca y recargada, los estampados de flores que abundan por todas

partes hacen difícil extraer un perfil inmóvil y troquelado de la cara del interlocutor, y guardarlo en la memoria.

—¿Has tenido un buen viaje?

El mediador decide no tener en cuenta más que el trayecto hasta París:

—Me gusta viajar en tren.

—Sí: desde Hendaya se hace largo, pero no hay nada como el ferrocarril. ¿Cenamos algo? En esta zona tienen un cordero excelente.

Ni que estuvieran en un restaurante. Entonces aparece el Pelirrojo con el cordero asado en una bandeja. Huele a ajo, laurel y hojas de menta. Chófer y cocinero. El bohemio, el Pelirrojo, se ocupa de la intendencia, apunta mentalmente el mediador. Él no tiene hambre, o más bien hasta ahora pensaba que no la tenía, pero nada más ver el cordero, aquella piel crujiente le ha recordado las horas que lleva sin comer y se le ha abierto el apetito.

Traen también vino. El mediador bebe poco.

—Jauregizar está bien: le damos todas las pastillas que nos pide. También hemos fijado el día de su liberación, si es que llegamos a un acuerdo, claro.

Ese es el momento que esperaba. Según sus cálculos, ha llegado la hora de actuar:

—Como sabrás, las cosas están complicadas en la industria del acero: el año pasado tuvieron que prescindir de setenta obreros.

—¿*Tuvieron que prescindir*? Di más bien que los *despidieron*. Y según nuestras informaciones fueron setenta y dos. Si te han enviado para regatear, me temo que has hecho el viaje en vano...

—Queremos acabar este calvario cuanto antes.

—Entonces estamos todos de acuerdo.

—En la maleta hay trescientos cincuenta millones. La familia no ha podido reunir más de forma discreta. Ahí está todo lo que tenían guardado en cajas de seguridad privadas y el dinero de amigos de confianza del entorno bancario.

—Dinero negro... Familia prudente... Pero esto es solo la mitad.

—No voy a andarme con rodeos: la familia puede llegar hasta los quinientos. Después de la liberación de Jauregizar, haríamos tres pagos de cincuenta, tal como decíais.

—Faltarían doscientos.

—Eso sería su ruina. No los podéis atosigar más.

—Vamos a hacer una cosa: dentro de ocho meses, tú y yo nos vemos en Ginebra. Me traerás doscientos, de un solo golpe. Y con eso quedamos en paz.

—Tendría que consultarlo.

—Vamos, vamos... Sé que tienes margen para eso y más. ¿Qué clase de mediador serías, si no?

Podría haber dicho que sí directamente. ¿Qué más le daba? ¿Acaso no había conseguido el trato prometido a la familia, respetando su margen e incluso rebajándolo? Se acuerda de los herederos, de esos parásitos que viven a expensas de

su padre. Sin embargo, el mediador se empeña:

—Tendría que hacer una llamada.

—Nada de llamadas. La próxima cita, en el lago Lemán. Ginebra.

—Entonces no puedo garantizar...

—Entonces no podré dar la orden de liberar a Jauregizar mañana mismo. Lo sabemos todo sobre la liquidez de la acería de Jauregizar, compañero. El trato es bueno. Y tú lo sabes bien, Luis.

El chófer, el camarero, el Pelirrojo bohemio, ha surgido de repente, o puede que en ningún momento se haya apartado de allí; quizá su rostro blanquecino, lleno de pecas, pelirrojo hasta la última pestaña, casi transparente, haya estado oculto entre las flores de esas paredes recargadas. Cada cual tiene su rostro, cada cual su selva. Pensándolo bien, el Pelirrojo ha sido el único que ha llamado a Aguirre Sesma por su nombre de pila.

Trae una estrecha botella de orujo, recién sacada del congelador, y tres vasitos.

—Un trato es un trato —dice y, ahora sí, Luis Aguirre Sesma ve más claro que nunca que es el Pelirrojo quien lleva allí la voz cantante. Se lo imagina oculto en una granja, cortando hojas de menta y leyendo la prensa económica. Él es el pez gordo, ¿cómo no se ha dado cuenta antes?

Con un suspiro, el mediador sella su aprobación, un poco irritado al calcular que sus cálculos, y sus contracálculos frente a los cálculos del enemigo, no se han cumplido del todo.

«Soy joven, aún tengo la sangre demasiado caliente», se reprocha.

Brindan con los vasitos helados sin entrechocar los vidrios. Pero desde cerca. El mediador vacía de un trago el suyo, sin percatarse de que los otros dos hombres sentados a la mesa apenas mojan sus labios.

Súbitamente adormecido, se cae hacia atrás, y un cuarto hombre —un hombrecito con sombrero y aspecto de botones o de duende— llega corriendo y le sujeta la cabeza sobre una almohada, como si de una cabeza recién degollada por una guillotina se tratase.

Cuando el mediador abre los ojos, está de nuevo en París, acostado en la cama de su hotel del distrito Décimo, completamente vestido, la maleta negra de piel en la mesita de noche, y nadie con pinta de duende alrededor. Coge la maleta y la levanta. Vacía, tal como esperaba. Sale al pasillo y ve un ejemplar del diario *Le Monde* en el suelo: en primera plana, Margaret Thatcher y François Mitterrand se estrechan la mano sonrientes. Al desdoblar el periódico, cae de él un billete de tren para Hendaya. Al otro lado de la ventana, París está desierto. Aguirre Sesma no tiene ninguna duda: o es demasiado temprano, o es demasiado tarde.

Cuando llama a casa, su mujer Emilia le da el encargo de Murillo de que llame cuanto antes: otro secuestro. Esta vez se trata de un ingeniero. No es dinero lo que piden.

El secuestrado sigue quejándose de las hormigas. Se multiplican por momentos, y no hay forma de saber de dónde salen. Dice que no le dejan dormir. Las primeras semanas no se ha quejado de nada, ha sido un preso modélico. Es a Diego Lazkano a quien le toca hablar con él, y decirle que todo saldrá bien. No tienen intención de hacerle ningún mal. Le dice frases como: «No te vamos a hacer daño», o bien «No te vamos a hacer nada, descuida». Aunque el secuestrado tiene mucha más facilidad de palabra que él, hace lo que puede y le da conversación, está allí precisamente para eso, para decirle al secuestrado que esté tranquilo, que no lo van a matar, que no le harán daño, que no le harán *nada*, como si arrancar de cuajo a un hombre de su vida cotidiana y encerrarlo en un agujero fuera «no hacerle nada».

Recoge las hormigas de la entrada con una escoba, limpia bien la estancia cada vez que el secuestrado come algo, pero siguen saliendo a pesar de todo. Y, para colmo, cada vez son más. Trae la fregona, pensando que tras quitar el polvo, gracias a la humedad tóxica del agua y la lejía, podrá ahuyentar las hormigas. Después de fregar el exterior, pasa un trapo mojado al secuestrado.

—Dale una *pasara* con esto.

Muchos años después aún recordará con vergüenza que le dijo *pasara* en lugar de pasada, «dale una *pasara* con esto», «*emaiok pasara bat honekin*», algo pensado en euskera y expresado en castellano.

Y el secuestrado limpia el zulo también por dentro, lo restriega bien con agua y lejía, matando con rabia las hormigas que circulan en hileras, confiando en que no volverán. Y aquellas puede que no, pero llegan otras. A Lazkano le parecen aún más grandes que las anteriores, pero lo más seguro es que no lo sean: lo que pasa es que ahora se ven mejor, porque el suelo está limpio y reluciente, y porque ellos están un poco obsesionados, se fijan más en las hormigas, solo tienen ojos para ellas. Friegan, lavan, matan ejércitos de hormigas. Todo en vano. Siguen dentro y fuera del zulo, tan tranquilas. Lazkano coloca una cáscara de melón en una esquina, para atraerlas. Al principio funciona, pero las hormigas son demasiadas y no parecen rendirse.

Por fin, desesperado, hace lo que tenía que haber hecho el primer día. Una noche en que alguien le sustituye, llama por teléfono a su padre, cuyo negocio es precisamente ese; le resulta doblemente humillante tener que preguntar a su padre cómo acabar con las hormigas; su padre se pasa la vida liquidando bichos, pero él no conoce ni el más sencillo de los trucos.

—¿Tienes hormigas en casa? Mañana mismo me paso.

Cómo explicar a su padre que no, que las hormigas no están en el piso que comparte con Ana, sino *en casa de un amigo*, que no quiere hacer «nada traumático», que una empresa de fumigación es demasiado, si no hay algún truco casero, quién sabe si con vinagre, algo así es lo que necesitan.

—Pues dime dónde vive tu amigo, y tranquilo: no le cobraré nada.

Está a punto de colgar el teléfono, cómo le gustaría decir: «No te puedo llevar

donde están las hormigas, padre», pero tiene que morderse la lengua. Así son todos los padres del mundo.

—¿Cómo son?

Ni se le había ocurrido que hubiera más de un tipo de hormiga. Pero, claro, hay hormigas de muchas clases.

—¿Has localizado ya el nido?

Así que tienen nido, las hormigas. Pues claro que las hormigas tienen nido.

—Suelen ser muy persistentes.

Le cuesta, pero finalmente le da un consejo: que ponga un bote de miel en el lugar donde menos estorbe. Que observe de dónde salen y tape los agujeros con pasta de dientes. Las que están dentro se irán a la miel, y, *en principio*, no vendrán más...

—Pero si el nido de la casa de tu amigo es bastante grande, un agujero de esos malos, entonces lo mejor es fumigarla.

Un agujero de esos malos. Lo mejor, fumigarla. En casa de tu amigo. Un nido bastante grande.

—Muchas gracias, padre.

—¿Me llamarás para decirme si ha funcionado?

—En cuanto pueda.

Y luego compra pasta de dientes, un bote de miel, observa la cara de perplejidad del secuestrado, con los brazos y la cara llenos de manchas rojas provocadas por las hormigas, desquiciado. Las hormigas han dejado de caminar por el suelo, y se han puesto a resguardo en las paredes.

—¿Lo ves? Las hormigas no saben cuál es el suelo y cuál la pared —dice el secuestrado—, pueden vivir sin bajarse al piso.

«Nosotros dos, tú y yo, distinguimos el suelo y la pared», parece querer decirle el secuestrado, establecer un vínculo entre ellos, cierta empatía, invitándolo a unirse contra las hormigas. Y, efectivamente, juntos obstruyen las grietas con dentífrico y funciona, no vuelven a aparecer. Ni en el piso, ni en las paredes que las hormigas confunden con el suelo.

El secuestrado se pregunta a menudo si, de no ser por aquella cuestión de las hormigas, se habría forjado una relación tan estrecha entre Diego Lazkano y él. Lo adopta como confidente; es notorio que con los vigilantes del turno anterior no habla en absoluto, y que le da por charlar en cuanto llega él; aunque siempre lleva la cara bajo la capucha negra, se miran a los ojos, hasta tal punto que Lazkano está convencido de que el secuestrado sería capaz de distinguirlo fácilmente en una rueda de reconocimiento, de que le bastaría con reparar en sus ojos grises. «Quizá debería de quitarme la capucha, él lo agradecería, este tipo no me acusaría», llega a pensar Lazkano, pero sabe que las normas son las normas y no puede hacer tal cosa.

Entonces el secuestrado le cuenta detalles de su vida: por qué le puso a su hija el nombre que tiene, cómo su padre lo enviaba de joven a un hospital de Suiza para que aprendiera alemán, que su mujer es farmacéutica.

—¿Alguna novedad?

El secuestro se alarga, y Lazkano ya no sabe qué contestar.

—Todo va bien —le dice al principio, pero luego empieza a comunicarle fríamente que no hay «ninguna novedad», porque no cree que le haga ningún favor ocultándole la verdad.

Sin embargo, el secuestrado no se angustia demasiado, se diría que confía en él, que está convencido de que todo irá por buen camino. No es empresario, su familia no tiene dinero. Es un ingeniero. En una ocasión se atrevió a preguntar qué era lo que pedían a cambio de su liberación. Lazkano no supo qué contestar. Él no es más que un vigilante. «También nos hacen falta *legales*».

Y luego llega aquella orden del Pelirrojo:

—Tu último turno, mañana tienes que estar en Iparralde.

El hombre de cara transparente llena de pecas le entrega la dirección. Anglet, rue Moulinaou. Así pues, tendrá que pasar a la clandestinidad. Así pues, tendrá que despedirse sin decir adiós del amor de su vida, Ana. Así pues, adiós a la colección de discos de los dos, ordenados alfabéticamente en una sola estantería: Mikel Laboa y Patti Labelle, Echo & The Bunnymen y Errobi, «un vínculo más firme que el matrimonio». Así pues, adiós a las dulces broncas de su madre. Así pues, no podrá volver a llamar a su padre para preguntarle cómo se matan las hormigas. Cómo se matan las cucarachas. Las ratas. Y aún le queda tanto que aprender de él.

—¿Dónde lo vamos a liberar?

El silencio es la respuesta; la respiración resignada de aquel pelirrojo hasta la última pestaña. Un fuerte suspiro que parece proceder de más de dos orificios nasales. Espera y sigue esperando, pero no recibe respuesta. Finalmente Lazkano agarra al Pelirrojo de los hombros, con temeridad: nunca debería hacer algo así con alguien de mayor rango y más edad que él. Recuerda las palabras «célula embrionaria» o «célula durmiente», y de repente cae en la cuenta de que, aunque hasta ahora no haya sido consciente de ello, él es uno de los que están despiertos.

—Lo dejaremos ir, ¿no?

En la casa silenciosa de la calle Moulinaou, en Anglet, vive su primer día de clandestinidad, el primer día en que, además de hacer cosas al margen de la ley, vive completamente oculto, esperando órdenes. Recordando a sus padres, recordando a Ana. Y por la mañana temprano ve la foto del secuestrado muerto en la portada de un diario que no tiene el valor de abrir, en la cocina, en aquella casa en la que el resto de la gente aún duerme. *Aparece con un tiro en la nuca el ingeniero...* El mundo, ya quieto, se vuelve aún más lento, y otro tanto le pasa a su corazón; hay vaho en las ventanas, no se mueve ni una pluma de ave en la selva de El Salvador que tiene en su cabeza. Es el golpe más duro que ha encajado en su corta vida, una bomba que ha hecho saltar en mil pedazos su idea de «célula embrionaria» o de «célula durmiente». Es como si le hubieran escamoteado la tierra bajo sus pies. Ni siquiera se ha despedido del secuestrado (¿pero cómo despedirte de alguien a quien has secuestrado

y, lo sepas tú o no, se llevan al matadero?; ¿cómo despedirte del secuestrado, si no te has despedido de tu propia novia, del amor de tu vida?). Le ha fallado, las cosas no iban bien y él le dijo que sí. De haber sabido que todo iba a acabar así, le habría hablado de otra forma, se habría quitado la capucha desde el principio, joder, qué clase de cobarde no da la cara; de saber que todo iba a acabar así, habría medido con tiento cada palabra que decía, cada palabra que no debía decir: «dale una *pasara* con esto».

«Matamos hormigas juntos —piensa—, él y yo matamos hormigas, y ahora él está muerto». «Sabía alemán, y ahora está muerto», se le ocurre de manera absurda, como si saber alemán —saber cualquier cosa— fuera un seguro infalible contra la muerte.

El despacho del abogado Luis Aguirre Sesma se encuentra en un sótano de la calle San Marcial, un local sin muchas pretensiones para alguien de su categoría, un hombre bregado en política treinta años atrás, que conocía de primera mano la cara amarga de la labor de mediador. Bajo la escalera, una de las dos manos la tiene alquilada una mujer que se dedica a hacer arreglos; la otra mano es la suya. *Adela Retoucherie*, avisa el cartel de la puerta contigua; y, un poco más abajo, especifica entre paréntesis: *Arreglos*. No es cuestión de perder a la clientela no francófila por un alarde de distinción.

En aquel cartel bilingüe que apunta ambición y se retracta —*retoucherie*, arreglos—, Diego Lazkano cree percibir de lleno la idiosincrasia cosmo-hipócrita de San Sebastián.

Llama al timbre de la puerta sin cartel, y tiene que esperar más de minuto y medio, demasiado, dado el reducido tamaño de esos despachos bajo la escalera.

—Le estaba esperando...

Su mirada es amable y transparente, como un mar en calma, la de alguien que ha vivido y ha visto mucho. No es fácil calcular su edad: podría tener entre sesenta y setenta años. Rollizo y entrado en carnes, las lorzcas se le escapan por entre los tirantes, como sábanas colgadas en un patio interior. Aguirre Sesma, escaso de pelo, tiene un rostro redondo y simétrico; es uno de esos hombres que ya desde su nacimiento es imposible imaginar de ninguna otra manera, de esos que envejecen muy temprano y se aferran a ese aspecto durante lustros, hasta que acaban pereciendo de un infarto. Tiene la cabeza proporcionalmente algo pequeña, teniendo en cuenta que ese tronco que se expande a ambos lados de la corbata podría albergar a dos hombres como Diego.

El sótano está repleto de viejos papeles, códigos y libros de jurisprudencia. El despacho resulta un tanto desangelado. Al avanzar por el corredor, lo flanquean haciendo pasillo libros, pilas de carpetas y torres de revistas —*Punto y Hora*, *Cambio 16*— acumulados durante décadas. Siguen adelante, muy despacio, y, cuando percibe la fisura silbante de la respiración asmática del abogado, Lazkano no puede dejar de

sentir la corazonada de haber acudido a la persona equivocada, con toda la profunda decepción que ello acarrea.

«Una tarde perdida. Le daremos un poco de conversación al viejo, y a casa».

Aguirre Sesma se deja caer tras un escritorio alumbrado por un flexo de sobremesa, y con un gesto de la mano le invita a sentarse en el sillón de enfrente.

—Antes que nada: no quiero que se haga falsas ilusiones. Aún no he decidido si aceptaré o no el caso...

«¡Vaya con el viejo! ¡Ni siquiera me ha dado la mano! Prácticamente comparte el despacho con una *retoucherie*, ¿y pretende hacerme tragar que es un bufete de alto copete que *elige* a su clientela? —piensa Lazkano—. ¿Qué se cree, que voy a poner el caso en manos de un dinosaurio a quien puede sobrevenirle una cardiopatía en el primer asalto?». Porque, además de inteligencia y capacidad enciclopédica, un abogado necesita también coraje y energía, perspicacia, reflejos, sangre fría, mano firme y oxigenada retórica para meterse en un sumario como el de Soto y Zeberio, archivado hasta dos veces por los tribunales.

—Imagino que quien le envía le pondría sobre aviso de que hace mucho que me retiré de los tribunales.

—También me ha dicho que no hay nadie mejor.

—Necesitaría mucha ayuda, caso de que lográramos la reapertura del sumario, claro está.

—No sé cuáles son sus honorarios, pero no ando sobrado de fondos.

—No: el dinero es importante, pero no me refería a eso. Hablaba de valor, y de gente valiente.

«Vaya, parece que empezamos a entendernos —piensa Lazkano—. Él también es consciente de que no está para muchos trotes».

—Mire, joven, no sé si tiene alguna relación con el mundo del derecho...

—Digamos que conozco de primera mano lo que es estar encerrado...

—No me lo tome a mal, pero las comisarías y las cárceles no tienen nada que ver con el derecho.

—¿Ah, no? Yo pensaba que se detiene a la gente en nombre de la ley. Al menos así me lo contaron.

—Mi trabajo consiste en meter gente en la cárcel, o en sacarla de allí, y el método que utilizo para ello...

—Ese método es el *derecho*, si he comprendido bien.

—Uno de los métodos... No el único, por supuesto, pero sí el que mejor conozco. Y, más que el método, lo que conozco son sus recovecos.

Por un momento se apodera del despacho el silbido de serpiente de su fuelle asmático, como si la respiración dificultosa y los recovecos de la ley fueran una y la misma cosa.

—Y los conozco como nadie..., disculpe mi falta de modestia. Mucha gente ha evitado la cárcel gracias a mí. Incluso la muerte en su día, más de uno. Estoy

orgullosa de ello.

«Está usted disculpado, hombre, no faltaba más. Los vanidosos nos entendemos bien», resuelve Lazkano para sí.

—Con el sumario Soto-Zeberio no vamos a sacar a nadie de la cárcel. La cuestión es otra.

—Sí, ya sé que es otra la cuestión. Pero es posible que, si llevamos las cosas hasta las últimas consecuencias, más de uno tenga que tomar el sol entre rejas durante años...

—Eso no me interesa.

Aguirre Sesma sonríe. Lazkano queda desconcertado con la última frase del abogado.

—¿Que no le interesa?

—Ni pizca.

—Un letrado al que no le interesa la justicia, interesante.

—La justicia, eso son palabras mayores. Cada cual tiene la suya.

—Lo mismo dicen respecto a los culos. Que cada uno tiene el suyo, y hay gran diferencia entre unos y otros.

—Tiene una curiosa forma de hablar, joven. ¿Cuál es su profesión?

«Dejar migas por el camino. La suya, que los pájaros no se coman esas migas, me temo». Cosas que se piensan pero no se dicen.

—Soy escritor.

—Ah, un *creador*...

«Un creador», dice, como quien descubre en un adulto una debilidad mental propia de adolescentes. Como si dijera «un romántico». Antes le ha llamado «joven», aunque hace tiempo que rebasó la cuarentena. El abogado retoma el hilo.

—Como sabrá, lo que es la justicia no lo enseñan en las facultades. Cambian las leyes, y cambia la justicia. Las leyes que nos legaron los romanos intentan ensalzar la figura del juez equidistante y justo, pero nada de eso existe: digan lo que digan las teleseries, la ley es un instrumento del poder ejecutivo...

—Dígame la verdad: ¿cree que tenemos alguna posibilidad?

—¿De que se reabra el sumario, o de, permítame la expresión, joder vivos a quienes tomaron parte en la muerte de Soto y Zeberio?

—Las dos cosas.

—Ahora déjeme a mí hacerle una pregunta. Sea honesto: para usted, ¿qué es más importante? ¿Su tranquilidad, es decir, eso a lo que usted llama justicia..., o dar con unos cabezas de turco que paguen muy caro lo que hicieron?

—Usted les llama cabezas de turco, yo les llamo culpables.

—No me ha contestado.

Lazkano guarda silencio.

El abogado Aguirre Sesma abre un cajón, saca de él un puro y se lo acerca al oído, cric-cras, un niño que quiere oír el mar en una caracola. Lo enciende sin prisa.

Exhala el humo con gran ceremonia. Fuma con delectación, el humo del puro tarda en despegarse de sus labios, como si su entorno natural fuese aquella boca.

«El silencio no es siempre la peor respuesta», zanja el abogado.

—Voy a aceptar el caso.

Aguirre Sesma espera alguna reacción: una alfombra roja, aplausos, fuegos artificiales. Pero no recibe de Lazkano nada parecido. Solo se oye, afuera, el rugido de un motor. Los bramidos de los autobuses urbanos.

—Pero con una condición...

«Ya basta —decide Lazkano—, es hora de pasar al contraataque».

—¿Y si me decido a buscar otro abogado? Puede que no me parezca usted el más adecuado...

—Adecuado o no, no encontrará ningún otro que acepte el caso. Menos aún, uno con alguna posibilidad de ganar. Y, ni que decir tiene, tan dispuesto a rebajar su minuta. No se engañe; el tiempo de las causas perdidas ya pasó.

—Entonces, ¿cuál es la condición?

—Que no haya preguntas. Hará las cosas tal y como yo diga.

—¿Haré las cosas?

—De los juzgados me ocupo yo. Pero fuera de ellos habrá mucho que trillar.

—Hablemos del dinero. ¿Cuánto?

—Soy un abogado atípico, quizá le comentara algo su amigo: ni un céntimo hasta que termine el caso. Luego, ya veremos.

—¿Qué es lo que vamos a ver?

La mirada de Aguirre Sesma se repliega con malicia hasta los escasos cabellos de sus sienes, traviesa, horizontal. Habla, no sin cierta ampulosidad, desde su cobijo de humo.

—Si conseguimos hacer *justicia*, o no.

Aguirre Sesma no acostumbra a acudir a los funerales de gente que no conoce. Opina que suelen estar casi siempre manipulados, sea por la izquierda o por la derecha, y le parece que no es de recibo sacar provecho político a costa de los muertos. Pero, por otra parte, sin rentabilidad política, ¿qué sentido tendría toda esta barbarie? No, Aguirre Sesma no suele asistir a funerales de muertos que no conoce, pero en este caso hará una excepción. Lo del ingeniero ha sido especialmente doloroso. Al principio pensó que se trataba de un acto de propaganda al estilo Tupamaro: algunos diarios aceptaron publicar en portada el comunicado de los secuestradores, hasta en *El País* incluyeron el texto completo. También lo hicieron los periódicos vascos, y algunos catalanes. No siempre en primera plana, como exigían... pero la prensa tuvo manga ancha, dispuesta a sacrificar la libertad de expresión a cambio de salvar una vida, en el sentido de la doctrina alemana. En vano.

A pesar de todo, han matado a sangre fría al ingeniero.

En la iglesia, corbatas negras y camisas blancas. Chalecos de hilo gris. Abrigos

oscuros y largos, hasta los tobillos, ropa apropiada para esconder un revólver. Aguirre Sesma quedó desconcertado cuando el parlamentario Murillo le confesó que algunos colegas del Congreso llevaban revólver habitualmente. Estremecedor. Todos aquellos políticos socialistas, cada uno con su arma. Uno tenía la sensación de que podía pasar cualquier cosa, un nuevo conato de golpe similar al reciente 23-F.

En la iglesia están presentes el *lehendakari* Carlos Garaikoetxea y otros mandatarios de la comunidad autónoma y de Madrid, entre ellos el ministro Barrionuevo, llegado de víspera para el funeral del policía nacional Alfredo Trota, acribillado frente a la cristalería de sus padres. Tras lo sucedido con el ingeniero se han quedado a dar el último adiós, no a uno, sino a dos muertos, en un solo viaje. Es el último empujón que necesitaba la nueva Ley Antiterrorista: desde la oposición, asombrosamente, el ex ministro Manuel Fraga y su grupo parlamentario han aplaudido a Barrionuevo, ministro socialista. Es algo que deja bien a las claras la dimensión del asunto.

Murillo, diputado del Congreso y abogado, comenta a Aguirre Sesma que, en su opinión, ETA se ha equivocado: si en ese momento hubiera ofrecido una tregua, el presidente Felipe González seguramente habría retirado la Ley Antiterrorista. «Puede que sí, puede que no», piensa Aguirre Sesma. Lo piensa, pero no lo dice.

Aguirre Sesma se encuentra con Javier Fontecha, recién nombrado delegado del Gobierno, un hombre llamado a ocupar cargos más importantes en la política. Siempre le ha parecido un mediocre juicioso. No sería de extrañar que llegara lejos.

—Te has atrevido a venir al entierro —le provoca, con penoso sarcasmo.

—Este mes está siendo muy duro, Fontecha.

—Ayer no viniste al de Trota... Todavía hay clases... Muertos de primera y de segunda.

—No voy a entierros de gente que no conozco.

—Al ingeniero, ¿lo conocías?

—A su familia.

—Entonces, es cierto: he oído que has actuado de mediador... Pero esta vez no te ha salido bien.

—Me he encontrado con todas las puertas cerradas. No se trataba de dinero. No ha habido forma de hablar.

—Vosotros bien que os lleváis lo vuestro...

—No todos somos como Murillo. Yo nunca he cobrado un céntimo, Fontecha. Si vas a empezar otra vez con el cuento de que nuestro partido se queda con una parte de los rescates para financiarse...

—Yo no he dicho tal cosa.

—Además, ¿quién eres tú para pedirme cuentas? En Francia gobierna Mitterrand, en Portugal Soares, en Grecia el PASOK de Papandreu... los tres socialistas... También vosotros podríais actuar de otra forma, ¿para qué queréis, si no, el poder?

Javier Fontecha suspira, pero no contesta. Aún es joven, aunque lo avejentan

sobremanera el cuero oscuro de su gabán, el cansancio y la falta de sueño.

Adela Retoucherie. Arreglos. Están de nuevo en el búnker de Aguirre Sesma.

—¿Por qué tanto interés? Han pasado ya muchos años.

—Y otros tantos que pasarán, si nadie hace nada. Sucederá como con la Guerra Civil: recorrerán una cortinilla, aplaudirán sin muchas ganas, descubrirán una lápida conmemorativa y, cuando no quede nadie a quien pedirle cuentas ni perdón, dirán que se ha hecho justicia.

—*Iustitia... Ius sanguinis? Ius loci?* La justicia, perdona la grosería, pero es como la punta del capullo: no se la chupa uno mismo porque no llega. Creí que había quedado claro la otra vez.

Aguirre Sesma había empezado a tutearlo, pero Lazkano no se atrevía a hacer lo propio.

—Me dijeron que usted amaba su profesión. Que era un apasionado...

—El corazón, cuando me pongo a trabajar, lo meto en un cajón. En nuestro oficio se necesita otro carácter, y doble ración de hígado.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué es usted abogado?

—Por el amor de Dios, no; eso seguro.

—Necesito ayuda.

—Y yo necesito conocer tus verdaderas razones, *señor* Lazkano.

—Ya le he dicho que...

—El anhelo de justicia nunca es la verdadera razón. Viene gente movida por el deseo de venganza, la necesidad de dinero, el afán de humillar a alguien, por orgullo o por soberbia. Pero nunca por necesidad de justicia. Sin conocer la verdadera razón, será difícil seguir adelante... Disculpa, pero mi ética profesional es esa.

—Entonces no tenemos más que hablar.

¿Acaso no le había dicho que iba a aceptar el caso? Entonces, ¿a qué venía ahora todo aquello? Aguirre Sesma adivina la confusión de Lazkano, y vuelve a la carga:

—¿Qué es lo que te hace daño? ¿Dónde está el epicentro? ¿Cuál es el punto en el que se clava la aguja del compás?

—¿Si le digo que algo me hace daño, nos pondremos a trabajar de una vez? ¿Es eso suficiente razón?

—¿Qué relación tenías con Soto y Zeberio? ¿Qué favor les debías para que, incluso después de su muerte, sigas tan vinculado a ellos? Quiero la verdad.

A aquel bastardo se le daba bien agarrar por el cuello al reyezuelo y estrujarlo hasta que le faltara el aire en la cabeza.

Lazkano tuvo sentimientos encontrados, sintió una doble punzada. Soto y Zeberio. Un doble estremecimiento.

—Vamos, soy todo oídos. La verdad es siempre lo más fácil.

—No me parece que eso sea... Lo lamento: la verdad es algo que solo me atañe a mí.

El estremecimiento es doble, en efecto: de un lado, siente que el discurso del abogado le ha dejado la moral hecha trizas. De otro, por primera vez desde que conoció a Aguirre Sesma, le parece encontrarse ante un hombre sagaz y con experiencia, y más importante aún, poseedor de la capacidad de valerse de esa sagacidad y de esa experiencia; por primera vez considera que es sin duda el abogado que necesita. Sabe dónde sacudir la maleza.

—Estamos en un sótano, querido amigo. Lo que oyen estas paredes permanece entre estas paredes. Tómate tu tiempo. ¿Te gusta el coñac?

—No, no acostumbro.

Aguirre Sesma asiente satisfecho y llena de coñac un vaso de fondo ancho. Luego lo deja muy cerca de Lazkano, que se lo lleva directamente a los labios.

Y así como se lo bebe, se lo suelta de un solo golpe:

—Los delaté...

La voz le falla, lo traiciona de nuevo.

Al tiempo que Lazkano se desfigura y debilita, el abogado se hace fuerte y se impone.

—¿Te torturaron?

El coñac vuelve a caer a chorro sobre el fondo de vidrio. Esta vez en dos vasos. Solo el soplido asmático de su respiración interrumpe el silencio. Lazkano sigue bebiendo, y los ojos se le desvían hacia los anticuados códigos de las paredes. Le resulta imposible leer ninguno de sus títulos.

El abogado apaga el único flexo que hay sobre la mesa. Como si la mesa fuera un mostrador, alarga los brazos hacia Lazkano y le pone una mano en el hombro, al modo del camarero que se dispone a cerrar el bar.

—Bebe.

Nada sabe el abogado Luis Aguirre Sesma sobre el periodista Julio Virado. Se le ocurre que debe de ser más joven que él, y se le antoja leer alguno de sus artículos antes de la entrevista.

Emilia le acerca los últimos números de *Cambio 16*. El abogado comprueba que Virado tiene una pluma afilada, si bien le parece que sus artículos y opiniones adolecen de un exceso de hojarasca. Lo que más le divierte es un reportaje efectista titulado «El bosque vasco» en el que, con mucha literatura y aliteración, describe el País Vasco como una «foresta impenetrable» en la que se superponen intereses inconfesables, complicidades y cobardías.

Cuando lo tiene enfrente constata que es aún más joven de lo que se había imaginado.

—¿Qué le parece que hayan detenido al parlamentario y abogado Murillo por ayudar a pagar rescates a ETA?

—Murillo cuenta con toda mi solidaridad. Castigar labores de mediación que se hacen por razones humanitarias es un despropósito. En casos de causa mayor, y un

secuestro lo es, el derecho penal permite tanto pagar rescates como llevar dinero más allá de nuestras fronteras.

—¿Aunque luego ese dinero se use para comprar armas, y con esas armas se mate gente?

—Ahí hay un conflicto entre causas mayores: pero la urgencia, el salvar *ahora* la vida de una persona, tiene prioridad sobre un posible atentado futuro, aunque este sea reprochable, porque puede evitarse y porque es una abstracción. En un caso de secuestro la ley ha de quedar en suspenso; no solo para el secuestrado y su familia, también para todo el Estado.

—Eso es discutible, en la medida en que somete continuamente a todo un Estado a cualquier chantaje...

—Es lo que dicta la doctrina alemana, yo me ciño a ella. Hemos de hacer todo lo posible por salvar a quien está en peligro aquí y ahora. Luego, ya se verá.

—En el caso de Murillo, se ha criticado muy duramente que el abogado que ha realizado las labores de mediación se haya quedado con una parte del rescate.

—Cabe abordar esa cuestión desde distintos ángulos. Yo no actuaría así, pero la actitud de Murillo me parece absolutamente respetable... En su opinión, dado que la labor de mediador está ligada con su trabajo, lo irregular sería no cobrar, y no lo contrario... Él aduce que, si lo hiciera de manera gratuita, eso podría suponer un cierto grado de colaboración, tipificado en el código penal. Yo no estoy de acuerdo, pero ambas actitudes son lícitas.

—¿Qué opina sobre el proyecto de reforma del código penal?

—Estoy en contra. Se ha solicitado consejo a Stampa Braun, y eso es un fraude. ¿Qué le parecería si, sobre el aborto, pidiéramos consejo al papa Karol Wojtyla? La decisión se toma en el momento en que se elige al asesor, no cuando el asesor da su veredicto. En cualquier caso, creo que es prioritario establecer cuanto antes el plazo máximo para la prisión preventiva.

—Como sabe, algunos tacharán esa decisión de débil y blanda.

—No podemos seguir como hasta ahora, teniendo a la gente a la espera de juicio indefinidamente. Es extraño, pero mientras aquí está pasando eso, en Gran Bretaña, Margaret Thatcher, nada sospechosa de ser blanda o débil, ha liberado a miles de presos de las cárceles inglesas, bajo promesa de no huir, después de que una comisión revisara sus casos.

—¿Podría adelantarnos algo sobre el rumor de que hay más presos arrepentidos que pronto serán liberados?

—En primer lugar, he de decirle que no me gusta nada esa palabra. No es riguroso hablar de «arrepentidos». El término se importó de Italia, y no me parece adecuado: nosotros hablamos de reinserción social. Y no, no puedo adelantar nada, porque ese es un asunto que exige la máxima discreción.

A Aguirre Sesma, Julio Virado le ha parecido un hombre despierto y con criterios propios. Es, además, un hábil manipulador: si bien a la hora de transcribir la

entrevista lo hace con bastante fidelidad, luego en las entresacas exagera considerablemente el peso de la palabra «arrepentido». Hay maneras y maneras de plegar el periodismo a los propios intereses. No fue Julio Virado quien se inventó la «doctrina de los arrepentidos», pero a partir de aquel día muchos medios se hicieron eco del término. Aquella vía, que tan buenos frutos había dado hasta entonces, comenzó a languidecer, y la vía abierta por Aguirre Sesma y su grupo para reinsertar a los presos políticos se complicó mucho. Nadie quería ser un «arrepentido».

Antes de despedirse, Julio Virado le estrecha la mano con deportividad, e incluso le ofrece su tarjeta de visita. La cortesía llama poderosamente la atención a Aguirre Sesma, ya que en ese tiempo este es un gesto habitual de los abogados, pero no de los periodistas.

—No estoy de acuerdo con usted prácticamente en nada, pero ha sido un placer —le dice al marchar el joven periodista.

La escarcha invade las aceras, pero Aguirre Sesma mantiene la estufa apagada. Sin embargo, no lleva chaqueta; solo camisa blanca, corbata mugrienta y tirantes. Diego Lazkano comete el error de darle demasiadas pistas sobre lo que está pensando: observa largamente la estufa apagada.

—No es lo que crees: no soy ningún viejo avaro a quien le duela gastar en electricidad. Me gusta el frío. Más que gustarme, lo necesito para sentirme vivo.

—Si lo que quiere es tentar a la tuberculosis, no es asunto mío.

—Tú eres joven, no puedes entenderlo.

—Los barrotes de la cuna no me dejan ver el mundo...

—Sé que los achaques de la edad empujan a la gente a climas más cálidos, pero no es mi caso. El frío me proporciona el momento de placer más intenso del día... Me refresco bajo el grifo con agua helada. Es la única manera. Se te pone la piel de gallina, y ese estremecimiento devuelve a la piel la tersura que tuvo antaño. Es, por supuesto, una sensación ilusoria, pero por un instante crees recuperar la firmeza de otro tiempo. A partir de cierta edad, nada es real; no queda más que el recuerdo esporádico de algunas sensaciones olvidadas, y no siempre cuando uno lo desea. Lo estoy viendo en tus impertinentes ojos: ¿el sexo? Hace mucho que no sé lo que es. Me conformo con sentir esa piel de gallina bajo el chorro de agua fría. Hasta que no empecé a engordar no tuve verdadera conciencia de mi rostro, ¿sabes? En algún momento te da por ganar peso, te crecen las fosas nasales y las orejas, y eres incapaz de leer un libro sin ver tu tabique nasal... ¿Sabes lo que es eso? Te deseo que nunca engordes tanto como yo... La piel se te escapa, se emancipa, se convierte en otra y comienza a vivir por su cuenta, aunque nunca tiene el valor de separarse completamente de tus huesos. En otro tiempo, yo también aspiré a la elegancia; ahora me conformo con no dar dentera.

Lo dice todo sin dramatizar, con brillo en los ojos, Lazkano diría que incluso de buen temple. No es fácil distinguir cuándo bromea y cuándo habla en serio. Alcanza

su sombrero y su gabardina, y le señala la salida.

—No todo son desventajas. Nunca arderá mi despacho por haberme olvidado la estufa encendida.

La *Retoucherie* está cerrada.

—¿Te has encontrado alguna vez con Adela? Una mujer extraordinaria. Siempre ha ganado más que yo.

Diego Lazkano quiere mostrarle al abogado que él también sabe tomar el pelo:

—¿Cómo puede ser, si los dos tienen el mismo trabajo?

—¿El mismo trabajo?

—Remendar...

Aguirre Sesma sonríe con complicidad.

—Es lo más sensato que has dicho en toda la tarde. ¿Me invitas a una cerveza?

—Entonces, ¿vamos a trabajar juntos?

—Hay mucho que hacer. Para empezar, la familia.

—¿La familia?

—¿Tienes alguna relación? ¿Has hablado con ellos?

—No.

—Pues eso es lo primero. No podemos solicitar que se reabra el caso si no hay alguien de la familia de por medio.

Ignoraba qué le podía esperar en casa de la madre de Zeberio. Sabía que había enviudado años atrás, e imaginaba que llevaría junto con sus dos hijas un tipo de vida y de relaciones bastante ordinaria: cada cual con su trabajo y su familia, periódicas llamadas de teléfono para decirse que todo va bastante bien —«tirando»—, visita familiar una vez a la semana, celebraciones de cumpleaños y navidades de rigor, endulzadas por la llegada de los niños y proyectadas hacia el futuro, en menoscabo del pasado y en favor de la salud mental de todos. Habían pasado muchos años desde que le infligieron aquella herida que nunca se le cerraría, si es que puede llamarse herida a que te partan el alma en dos. ¿Qué sucede con las heridas que no han sanado y estás completamente convencido de que nunca lo harán? Que te acostumbras a vivir con ellas, como si se tratase de seres vivos. Porque el dolor de perder un hijo, ese dolor, es comparable a todo un ser vivo, un mini-ser con sus llantos, con sus peticiones de atención, con su cábala y sus supersticiones, con sus ruegos para que no lo olviden, con sus acercamientos y separaciones, con su propensión a desaparecer de vez en cuando. Un ser vivo que está muerto, pero despierto. No sabía lo que le podía esperar en casa de la madre de Zeberio, pero no era difícil imaginar que iba a encontrarse la casa llena de imágenes del hijo muerto, eternamente joven. ¿Toda la casa llena, aquí y allá, de fotos de su infancia y su primera comunión? ¿Briznas de felicidad fosilizada diseminadas por las estanterías como esquirlas de una metralla agridulce? Aquellas pequeñas briznas de felicidad, ¿podían ser otra cosa que estrellas domésticas de la constelación del dolor? ¿Las fotos del niño perdido, convertidas en

estampas de un santo? Camino a casa de la madre de Zeberio, Diego intentaba recordar la gama de colores, más restringida pero también más intensa, la de las fotografías de la década de los setenta y ochenta: anaranjados y rojos vivos de las casas Agfa y Kodak; entonces se revelaban como es debido: antes del estallido del píxel y de las pantallas ubicuas, las fotos pertenecían por derecho propio al mundo del fetiche. No sabía qué le podía esperar en casa de la madre de Zeberio, puede que un altar, la habitación del hijo muerto tal y como él la dejó: un cuarto que retrocede en el tiempo, con el mismo papel pintado en las paredes, estampados de lis ajados por el sol, discos de Víctor Jara, libros sobre el tercer mundo y el marxismo, un póster del Che Guevara y otro de Pertur, uno junto al otro como si fueran a ponerse a cantar coplas; botas de monte y chalecos con muchos bolsillos, quizá —clavado con chinchetas a la pared— algún mapa de cuando al mundo aún no se le habían desmembrado la URSS y Yugoslavia, para no olvidarse de que el mundo es mundo y El Salvador está en El Salvador, y no en nuestra cabeza; quién sabe, la escopeta de caza de Zeberio y, por qué no, una caña de pescar tras la puerta abierta.

Iba pensando en la casa que se iba a encontrar; quizá esperaba una casa parecida a la de su madre, una casa antigua organizada en torno a los fogones, la radio y el calendario de la cocina. Por aquel entonces la radio era la voz de Mariano Ferrer, y el calendario, de Seaska o de Caja Laboral; televisores de culo ancho cubiertos con tapete; los cabeceros de las camas, catedralicios; *souvenirs* nostálgicos, baratos pero traídos de muy lejos, alguna cerámica de Lladró, las habitaciones con literas que hermanos y hermanas compartían y donde se peleaban, algún bodegón colgado en el pasillo, alfombras más bien feas, enciclopedias de color granate en bibliotecas de madera oscura; puede que una mecedora, superviviente de cuando la abuela vivía en la casa; muebles que nadie usa pero que da pena tirar; una mesilla con su lamparita a cada lado de la cama, como mandan los cánones; quizá alguna lámpara sofisticada, porque en tiempos los padres de Zeberio tuvieron una tienda de electrodomésticos... Quizá las hermanas siguieran con el negocio aún.

¿Qué derecho tenía Diego a remover el asunto de Soto y Zeberio, a pedirles una firma porque había pruebas suficientes para reabrir el caso? ¿Acaso le correspondía a él dar el empujón para que las rotativas de los periódicos volvieran a ponerse en marcha derramando más ríos de tinta? Aguirre Sesma le había dejado bien claro que era la familia quien debía solicitarlo, lo primero era la familia, que se merecía todo el respeto, y que no podían dar ningún paso sin contar con su aprobación.

Dos días antes había concertado una cita con los padres de Xabier Soto en una cafetería. Las palabras de la madre lo dejaron conmocionado: «Durante los primeros años, me gustaba ver a los amigos de Xabier. Hablar con ellos sobre lo lejos que podría haber llegado de no haberse visto truncada su vida, qué problemas podría tener, dónde viviría y en qué trabajaría. Eran sus amigos quienes lo mantenían con vida, y estar con ellos era estar con Xabier. Luego empecé a cansarme. ¿Dónde estaba Xabier? Estaba muerto. Podía elegir a algunos de los que fueron sus amigos, y

adjudicar a nuestro hijo sus virtudes y sus defectos. Seguir con la historia cuando ya no había historia. Podía sentir como propios los aciertos y los errores que cometieran. Pero ¿no era algo falso? Tener un hijo y perderlo es algo muy duro: no busques a tu hijo en sus amigos. No creas que sus arrugas y sus hijos y sus canas son las arrugas y los hijos y las canas de tu hijo perdido. Tu hijo muerto, de encontrarse en algún lugar, se encuentra en tu manera de hablar, en tu forma de caminar y en tu modo desesperado de mirar al futuro. Y está también en la fuerza con que haces frente a esa forma desesperada de contemplar el porvenir. Así es como yo lo veo, al menos».

Había que oírla decir eso, con su marido cogiéndole la mano. Un marido cansado, orgulloso de su mujer y de haber sido capaz de hacer frente a la vida. Esa extraña clase de dignidad que rodea el dolor y lo envuelve. Xabier era el único hijo que tenían.

A la madre de Zeberio tampoco iba a encontrársela sola. Su hija mayor estaría esperando con ella; habían hablado durante bastante rato por teléfono, y quizá le hubiera adelantado algo a su madre; la parte más difícil del trabajo estaría hecha para cuando él llegara, le sacarían café con pastas, la hospitalidad ante todo.

No sabía qué podía esperarle en casa de Zeberio: no llegó a ver la casa de los padres de Soto, se quedó sin satisfacer aquella curiosidad un tanto morbosa, y ahora tenía más ganas aún si cabe de conocer el lugar donde Zeberio pasó sus primeros años.

No sabía qué debía esperar, pero desde luego no lo que se encontró. Una casa moderna y funcional, una mujer activa que cuidaba de sus nietos, pasillos salpicados de juguetes y coches de bebé; dibujos naif de los niños por todas partes, mamarrachos desproporcionadamente encantadores; muñecas que daban ganas de tocarlas, de goma y de tela; rinocerontes y elefantes de colores vivos. Y un detalle que le emocionó: una manta escocesa sobre la cama de un dormitorio. Cuando la vio, se le hizo un nudo en la garganta, asaltado por el recuerdo de aquel día en que se perdieron en la montaña: «Esta sí que es buena, Zeberio. ¿Esto qué es, tu nidito de amor? ¿Es aquí adonde traes a tus monjitas? ¿O sea, que te gusta retozar en pleno monte?».

La madre de Zeberio apenas le hizo caso. Su hija Maite, la hermana de Kepa, era quien había heredado la dureza de su mirada, su desconfianza, la voluntad de llevar una agenda y no desviarse de ella.

—Tenemos media hora...

Le sorprendió aquella severidad. La madre no se sentó con ellos: estaba bañando a la mayor de sus nietas, y desde allí llegaban los chapoteos y el perfume del jabón.

Le costó empezar, el cuerpo le pedía dar rodeos, merodear en torno a la aguja del compás, compartir noticias y desgranar sus andanzas de los últimos años. Se le hacía difícil empezar a hablarle sobre su hermano torturado, así de sopetón, mientras ella sostenía en brazos a una niña que se aferraba con gusto al chupete. Intentó hacerlo con suavidad, allí donde solo los clichés pueden socorrernos.

—Conocía bien a tu hermano.

Un brillo se clavó en los ojos de la chica.

—Tuviste más suerte que yo. Tenía trece años cuando desapareció, una criatura todavía.

Una criatura todavía. Hablaba de sí misma, pero podía referirse perfectamente a su hermano desaparecido.

—Era muy buena persona... Muy generoso.

La mujer asintió con un gesto, indiferente. Incluso la niña de su regazo mostraba más interés, dale que dale al chupete. Lazkano siguió hablando:

—Era callado, pero cuando tenía el día... Una vez nos perdimos en la montaña... Hacía mal tiempo, y tu hermano... Tenía allí un refugio, con mantas...

—Queréis reabrir el caso, ¿no es eso? No sé si mi madre estará por la labor... Ya ha pasado dos veces por ese infierno. Pedirle más a estas alturas...

—Hay nuevas evidencias. Gente que entonces no habló está dispuesta a hacerlo ahora. Tendríamos el mejor abogado. Puede sentar un precedente para otros en el futuro. A vosotros no se os pedirá nada.

—En nuestro caso, no pedirnos nada ya es pedirnos mucho. ¿No crees?

Diego se acordó de algo: «Siempre hay otra colina».

—Sin duda, Maite: durante un tiempo la prensa volverá a ponerse pesada, eso no te lo puedo...

—... periodistas de guardia en el portal, el teléfono sonando sin parar... ¿Tendríamos que irnos a vivir a Suiza, y volver cuando todo haya acabado?

La hermana de Zeberio sonrió: un momento de ternura, una leve brizna de humor que valía su peso en oro. Generosa, reservada, desprendida. Igualita a su hermano.

—Si queremos correr ese riesgo, es porque vemos que hay opciones; pero todo depende de vosotros.

Se quedó callada unos instantes.

—¿Has hablado con los padres de Xabi?

Xabi. Esa tendencia a pensar antes en el prójimo que en nosotros mismos. A pensar antes en el dolor del compañero que en el propio.

—Ellos están de acuerdo.

Asintió con la cabeza, pero sin ánimo de afirmar nada, solamente estaba pensando. La madre convertida en abuela entró en la sala de estar con la niña envuelta en una toalla. Manipuló las luces halógenas regulables y derramó un poco de luz sobre la habitación.

—Estáis casi a oscuras.

Maite Zeberio habló con determinación:

—Si ellos están de acuerdo, nosotros también.

Aunque odia ese tipo de celebraciones, Diego Lazkano no ha tenido más remedio que acudir a la fiesta de cumpleaños de Aguirre Sesma. Afortunadamente, nadie lo reconoce, y nadie le pregunta por su próximo libro, ni le recuerda los años que lleva

en el dique seco.

Desde el balcón se ven los cubos del Kursaal. Los prismas blanquecinos de Moneo aún no están iluminados. Los techos de la vivienda son altos, y da la sensación de que la casa ha pertenecido siempre a la misma familia. Legada por los abuelos a los padres, y por estos a sus hijos. Lazkano se fija en el lomo de los libros más antiguos. Nada que ver con los que tiene en su cubil de abogado: Ludwig Feuerbach, Rosa Luxemburg, Antonio Gramsci, E. H. Carr, Leon Trotski, Marta Harnecker... Engels y Marx ocupan el mismo espacio que todos los anteriores.

Aguirre Sesma repara en la mirada de Lazkano.

—Esos libros no podía tenerlos en mi despacho, algunos clientes se espantaban. Ahora pensarían que son escritores de ciencia ficción.

—Abogado de causas perdidas...

—Digamos más bien abogado de causas perdidas *a corto plazo*.

—De esas que a largo plazo se ganan...

—En el 77, por ejemplo, trabajamos en favor de la reivindicación de una especie de subsidio de desempleo para los presos recién excarcelados, para no condenarlos de nuevo a cometer hurtos; hablo de los presos sociales, no de los políticos... A muchos les pareció un escándalo y no salió adelante, pero pasados siete años sí: en el 84 fue aprobado por el Congreso.

—¿Tuvo usted algo que ver?

—Bueno, nosotros no frecuentábamos las poltronas... Pero sí, en ocasiones les hacíamos el trabajo sucio... Fueron años de mucha actividad: siempre es más bonito crear desde la nada... Tú lo debes saber mejor que yo.

—También fue mediador...

—Nos turnábamos Murillo y yo. No siempre salió bien... Me acuerdo sobre todo del ingeniero...

Diego empieza a palidecer. «No te vamos a hacer nada, descuida». «Dale una *pasara* con esto». El hombre que sabía alemán. Un agujero de los malos. Lo mejor, fumigar. Un nido bastante grande. Matando hormigas. El ingeniero y él, mano a mano.

—¿Fue usted el mediador?

—Sí. ¿Te acuerdas del caso?

Cortezas de melón. Miel. Dentífrico. Las hormigas no saben dónde termina el suelo y dónde empieza la pared.

—Vagamente...

—Las posturas estaban muy enquistadas en aquella época... Cuando lo que pedían era dinero, como con Jauregizar, era sencillo; sin embargo, cuando se trataba de propaganda... Todos tenemos espinas clavadas, pero ¿con quién vas a hablar de eso?

Lazkano decide desviar un poco el tema:

—Durante un tiempo defendió a gente que había tomado las armas...

—Porque durante un tiempo creímos que había razones para tomarlas.

—Pero usted no lo hizo...

—Hice la mili como ayudante de quirófano. Con la sangre que vi allí ya tuve más que suficiente... Yo era más valioso en otro tipo de lucha.

«*Demasiado valioso* para estar entre rejas, ¿no es eso?». Lo piensa, pero no lo dice. Lazkano recuerda una expresión acuñada por Soto: *lucha bien armada*. ¿Qué quería decir con aquello, exactamente? ¿Que era preciso pertrecharse de armas debidamente para atinar en la lucha, o más bien que había que *armar bien* esa lucha, no necesariamente con armamento sino con ideas? Eran dos cosas muy distintas, e incluso contrapuestas. Muy propio de Soto: incluso después de tantos años, a Lazkano le venían a la mente sus juegos de palabras, sus enrevesadas frases.

El abogado Aguirre Sesma cambia de tema, tal como suele hacer tan pronto presiente el peligro de que alguien rebata la lógica de su discurso.

—Quizá deberíamos sincronizarnos antes de ponernos a la tarea, ¿no crees?

El abogado mira de hito en hito a Lazkano, como si buscara en él su propio espejo de otra época. «El riesgo de despeñarte, y la certeza de que tendrás ocasión de volver a hacerlo». Diego se aparta, evitando el intento del abogado de incrustar su piel en la suya, defendiéndose de forma atávica: «No me incluyas en tu declive; no me agarres para que caigamos juntos. Somos dos. Ni somos el mismo, ni somos iguales».

«Tú eres El Sapo», se le ocurre; el aspecto del abogado Aguirre Sesma recuerda a un batracio.

—¿Sincronizarnos? ¿Qué quiere decir?

Pero se queda sin saberlo: se les acerca una chica que lleva un vestido negro, con el pelo no muy largo recogido en infinidad de trencitas, que saluda moviendo la muñeca como si estuviera aflojando una bombilla.

—Mira, esta es mi hija: Cristina... Ven, Cristina, quiero presentarte a un cliente.

—Felicidades, papá.

Ofrece a su padre un pequeño paquete envuelto con un lazo blanco, y le da un par de besos, y otros tantos al hombre que acaba de conocer. El estimulante perfume de la chica provoca un cosquilleo a Diego. El regalo de su padre no se lo han envuelto en la tienda, lo ha hecho ella misma: lleva la misma lazada que le ciñe por detrás el vestido, una lazada larga y ovalada, un poco caída. Prendido en la pechera del vestido, un broche con forma de caballo, caballo que parece querer saltar de un pecho a otro. Ha sido una aparición: a lo lejos parecía mayor, pero ha ido rejuveneciendo según se acercaba, mostrando a las claras su verdadera edad. Cristina, aún al otro lado del abismo, lejos del declive y la decadencia. Toda ella frescura, toda pasión, piel sin cráteres. Esa imperdonable juventud que no es consciente de su insultante energía, que provoca en el hombre salvaje ganas de abrazarla, y a la que un hombre civilizado nunca abrazaría, al margen de pasiones, al margen de abismos en los que poder despeñarse y caer una y otra vez.

—¿Pagarás a mi padre lo que se merece, o harás como todos, darle mucho trabajo

y poco sueldo?

—Cristina, por favor...

—No hay muchos como él, deberías estar orgullosa de tu padre.

—Y lo estoy, no creas que soy una hija tan desagradecida. Pero ha dejado bastante maltrecha la economía familiar. ¿Te ha contado cuántas hipotecas tiene esta casa tan bonita? Vive gracias a una pensión que le paso yo, ¿te lo ha dicho?

Incluso cuando despotrica, todo es resplandor y gozo. Aguirre Sesma sonrío nervioso: en adelante, Lazkano lo llamará en secreto «El Sapo». Un muchacho joven, del otro lado del abismo, se acerca y agarra del brazo a la chica. Luego los dos se deslizan hacia el epicentro del ambiente festivo, dejándose guiar por risas juveniles. Lazkano observa al Sapo. Parece un poco avergonzado, incómodo.

—No hagas caso a mi hija. Le encanta bromear. Las mismas bromas que me hacía su madre. Hace dos años que murió Emilia, y...

—Lo lamento.

—Vamos, estamos aquí de celebración —dice, y da un trago a su copa de champán, sin perder en ningún momento el control, con mucha flema.

—No se lo tome a mal, pero no entiendo muy bien cómo es que me ha invitado a su fiesta de cumpleaños. No es que no se lo agradezca, pero...

—Sesenta no se cumplen todos los años. Y tampoco tengo tantos amigos... Gajes del oficio, ya sabes...

—También podría pensarse lo contrario. Yo veo a mucha gente por aquí. ¿Ha trabajado gratis para todos?

—Trabajar gratis no implica siempre que luego te estén agradecidos.

—No será mi caso.

—Demasiado pronto para afirmarlo. Acabas de decirme que no sabes muy bien qué haces aquí, en casa de este viejo cuervo al que acabas de conocer.

«Eso del viejo cuervo es de tu cosecha. Yo te llamaría Sapo». Lo piensa, pero no lo dice.

—Si te resulta más cómodo, podemos comentar el caso: ese testigo del que me hablaste, ¿has estado con él? ¿Está dispuesto a declarar en el juicio?

—Dice que no... Está demasiado asustado. Dice conocer el lugar, el sitio donde nos retuvieron.

—¿Puedes concertar una cita?

—Cuando quiera. ¿En su despacho?

—Conforme.

—Ahora, si me disculpa... tengo que volver a casa.

—Todos tenemos nuestras obligaciones. Una casa que cuidar.

—Lo sabe mejor que yo —suelta de pronto Diego, mirando a Cristina y alzando su copa de champán vacía.

—Por favor, tutéame... No hagas que me sienta tan mayor.

—Por muchos años.

—Tampoco demasiados, si hay opción de elegir.

—¿Ni aunque sea con buena salud?

—Cuando estás condenado a mirar la carne de forma contemplativa...

—Demasiado hablas tú de la carne para haberla olvidado.

—Hablar es tan buen método como callar para olvidar algo. Apúntalo para alguna de esas novelas tuyas.

Sin replicar, Diego se dirige hacia la puerta de salida. La hija del Sapo parece estar disfrutando con su chico: de vez en cuando se lleva la mano a la boca para que la carcajada no merme la elegancia de su rostro, despreocupada, con el champán siempre a mano. El caballo sigue sobre el mismo pecho, en el aire, incapaz de saltar al otro lado.

Diego siente una palpitación al alumbrar el abismo de la escalera. Se siente expulsado del paraíso. La bombilla del descansillo es insuficiente para iluminar aquel edificio de techos tan altos.

La confesión de Vargas da al caso un importante impulso. Ni que decir tiene, la aparición de los huesos. De la noche a la mañana, aquellos chicos dejan de estar desaparecidos. Ahora nadie sabe cómo llamarlos.

Soto y Zeberio vuelven a gritar. Quizá no han dejado de hacerlo durante todos estos años. Pero ahora su grito es audible.

Diego Lazkano y Aguirre Sesma acompañan a la hermana de Zeberio y al padre de Soto hasta el depósito de cadáveres de Cartagena. El médico forense les advierte nada más entrar:

—No son más que huesos, no van a poder reconocerlos. Habrá que hacer pruebas de ADN.

Se empeñan en verlos. Les dicen que no es posible.

—No hay nada imposible. ¿Puedo hablar con su superior?

El abogado habla con el superior del forense, y luego con el superior del superior. Y, más tarde, con el juez de guardia.

—No nos iremos de aquí sin haber visto los cadáveres.

Cadáveres, huesos... No es fácil dar con la palabra apropiada. El mismo Aguirre Sesma usa distintos términos, dependiendo de su interlocutor.

El abogado logra, por fin, el permiso.

—Entren de dos en dos, no hay sitio para todos.

Entran los tres: la hermana de Zeberio, el padre de Soto y Aguirre Sesma.

Tragan saliva y miran los restos. Un hombre de bata blanca permanece con ellos todo el tiempo. ¿Qué temen? ¿Una profanación? ¿Que se lleven los huesos?

Están cada uno en una camilla. La hermana de Zeberio se queda mirando al que yace en una de ellas, en silencio. El padre de Soto se coloca frente a la otra, también de pie, tapándose la cara con las manos, también en silencio. Cada cual elige su muerto. Aguirre Sesma no se atreve a preguntarles si los han reconocido, o si han

escogido cada uno al suyo espontáneamente. Hay cosas que no pueden preguntarse. Luego, la hermana de Zeberio abraza al padre de Soto. Ambos se quedan mirando a los mismos huesos.

El hombre de la bata empieza a dar explicaciones:

—Los enterraron en cal viva. Los encontró un cazador, pero como nadie reclamó los restos... Han estado guardados como desconocidos, en el depósito.

—¿Durante tantos años?

El forense, sin mudar el rostro, se encoge de hombros.

—¿Cómo es posible que, al año de desaparecer Soto y Zeberio, aparezcan dos cadáveres y nadie relacione los dos sucesos? —pregunta Aguirre Sesma.

—En aquel tiempo no existían los sistemas informáticos de hoy en día —se justifica el médico forense—. No era como ahora.

No era como ahora.

La piel de toro. Comunicación capilar. Distinto ancho de vía. Hombres obedientes, alimentados por las raíces de una dictadura.

Se toman muestras de ADN. Dejan Cartagena y se dirigen a su casa. «Valle de la Escombrera 10 km», «La Aparecida 4 km». Se van a casa, a no descansar. Conduce el padre de Soto. A su lado, la hermana de Zeberio. Detrás, Diego Lazkano y Aguirre Sesma. Todos guardan silencio durante el tramo de autopista. El ambientador que cuelga del espejo exhala un aroma penetrante; el pequeño pino lleva escrito, en letras blancas, «Arbre Magique».

A las dos semanas llegan los resultados de las pruebas. Positivo. Eran ellos. Como si no lo supieran.

Prensa y televisión comienzan a despertar del letargo. De la noche a la mañana, todos parecen preocupados por el caso. Ruido y escándalo. Los restos presentan signos evidentes de tortura. El día del juicio se adelantará, según todos los indicios.

Aguirre Sesma no se lo toma bien: «No lo hacen por nosotros, sino por ellos», le explica a Diego. «No quieren dejarnos tiempo para preparar el caso». Lo que no quieren bajo ningún concepto es que se vea salpicado el, a la sazón, delegado del Gobierno Javier Fontecha, viejo conocido de Aguirre Sesma.

Vargas señalaba directamente al teniente coronel Rodrigo Mesa.

«Tienen un aspecto lamentable, no podemos dejarlos así: que desaparezcan».

A nadie se le escapa que Rodrigo Mesa mantuvo una estrecha relación con Javier Fontecha en aquella época. Imputan a varios hombres bajo el mando del teniente coronel, aparecen indicios que proporcionan nuevas pruebas que conducen hacia Portugal, traficantes de armas italianos. La cuestión se complica por momentos, y el tiempo no juega a su favor.

Lazkano se encuentra abierta la puerta del despacho del Sapo: hay luz al final del pasillo atestado de libros, y se oye una letanía de voces al final del túnel; el Sapo, sin duda. Diego se asusta, creyendo que el abogado ha empezado a hablar solo. Códigos

de jurisprudencia Aranzadi abiertos aquí y allá, pliegos, un olor a cerrado cada vez más fuerte y, junto a todo aquello, algo nuevo: un aroma que perfuma el sudor y a Diego le resulta conocido. Para su sorpresa, quien está con el Sapo es Cristina, inclinada entre un ordenador portátil, códigos manoseados, cuadernos y recortes de papel, con sus pechos generosos balanceándose de forma controlada bajo el escotado jersey rojo, a la vista de Diego desde su privilegiada atalaya.

—Lazkano, no te esperaba hoy... Siéntate, siéntate aquí. Estábamos a punto de terminar...

—No quisiera molestar...

—Ya casi hemos terminado: ¿cenarás con nosotros? Solo nos faltan algunos detalles.

—No sabía que Cristina también...

—Mi intención era contratar un ayudante, pero como ella empezó a estudiar derecho... Bien es cierto que le bastó un año para abandonar a su padre y su vocación.

—Por favor, papá...

—Le he dado el papel de abogada de la defensa: estamos ensayando el juicio paso a paso.

—Así que ayudante...

—¿Quién mejor para hacerle meter horas extras? Si tiene que explotar a alguien, mejor que sea de la familia.

Como sucede a algunas muchachas, las ojeras dan a Cristina la dosis justa de tormento que la aleja de un aspecto excesivamente juvenil. Sonríe a Lazkano, con intención, con sus ojos de color de ron. Se inclina aún más, situándose más lejos de la vista de su padre, y dejando sus pechos y el broche de su jersey aún más a la vista de Lazkano. Ese caballo sin jinete. En ese preciso momento le asalta un deseo salvaje de desgarrarle la falda y abalanzarse sobre ella. Algo que un hombre civilizado nunca haría, más allá de los deseos, más allá de los abismos en los que poder despeñarse.

—La confesión de Rodrigo Mesa, hecha durante la instrucción, está sin firmar. En lo que concierne a él, la falta de firma es nuestra mayor debilidad.

—No hay problema: el secretario judicial dio fe pública de lo declarado por Vargas. La confesión es coherente, y coincide con el resto de testigos, así como con lo dicho por Rodrigo Mesa en su primera declaración.

Acostumbra a pasar: alguien confiesa y luego se echa atrás. No era de extrañar tratándose de gente como Rodrigo Mesa y Vargas.

—Esta vez no podrá retractarse tan fácilmente. ¿Siguiente cuestión, señora abogada de la defensa?

—Solicitarán que se desestimen las grabaciones. «Invalidez de las grabaciones secretas», según sentencia del 3 de marzo de 1996, del Tribunal Supremo.

—Léemelo, por favor.

—«Este tribunal decide invalidar la grabación de un grupo de cuatro personas

realizada por una de ellas sin la aquiescencia del resto».

—Sí, recuerdo esa sentencia. Ahí no veo tanto problema: el tribunal rechazó la grabación no tanto por ser un ataque a la intimidad o al secreto de las comunicaciones, ya que no hay tal cosa, sino porque...

—«...una conversación obtenida por dichos medios es inaceptable en el seno de un proceso criminal en curso, ya que carece de valor como confesión de ninguno de los participantes, porque es provocada y no espontánea, y por tanto carece de la garantía que establecen los principios constitucionales».

—¡Bingo! Pero en nuestro caso no se trata de una *confesión provocada*, sino una grabación en la que el mismo procesado explica por qué ha cambiado de parecer y, por tanto, el juez tendrá que tenerla en cuenta, lo quiera o no. Es parte del proceso o, mejor dicho, de un intento de degradarlo. Así pues, es completamente pertinente en el juicio, en la medida en que es un test de calidad del propio proceso.

—Te veo muy seguro.

—Tampoco tan seguro... Habrá que buscar sentencias que apoyen esa tesis. Las hay, pero mi memoria ya no es lo que era, Cris. Míralo, a ver si puede ser para mañana.

Aunque no entiende ni la mitad, Diego lo presencia como si fuera un partido de tenis. Puro deleite. Durante un momento, aquel disputado *tie-break* logra incluso apartar de su mente el caballo dubitativo del escote de Cristina.

—También hay que tener en cuenta la calidad de la grabación, que es muy mala. No es algo que vaya a jugar en nuestro favor precisamente...

El Sapo se hincha por momentos:

—Precisamente vuelve a equivocarse, señora letrada de la defensa: argüirán que la cinta es falsa; pero si fuera falsa los falsificadores se habrían tomado la molestia de hacer una falsificación de buena calidad, ¿no crees? ¿Para qué falsificar algo, si luego el meollo de la conversación se va entender a duras penas, *señores y señoras del jurado*? Además, está repleta de comentarios casuales que no tienen nada que ver con el caso de la conversación grabada. Hipotéticamente es posible falsificar una grabación así, pero se necesitaría un buen grupo de guionistas y actores aún mejores para hacerlo... Y de Vargas, si algo sabemos —y, si no, mira en la hemeroteca los perfiles que le han hecho—, es que se trata de alguien sin imaginación. Al psicólogo que vendrá el primer día a medir sus facultades mentales, le obligaremos a plantear alguna pregunta que deje claro ese punto. Toma nota: *pregunta trampa para desvelar la escasa imaginación de Vargas*. ¿Lo has apuntado? Vaya, me crujen las tripas. ¿Podemos ir a cenar ahora?

—Nos falta retomar la declaración de Rodrigo Mesa.

Cristina jugaba a cinco sets. *Deuce*. Todos sus saques entraban.

—Cuando declaró en el período de instrucción, apenas recordaba qué había hecho la noche entre el 15 y el 16 de octubre. En el juicio anterior, sin embargo, cinco años más tarde, contó sin olvidar el más mínimo detalle sus andanzas de aquella noche...

Los nombres de las cafeterías, las coartadas familiares... ¿No es un poco sospechosa esa repentina resurrección de la memoria?

—No creas, hijita: ¿cuál es mi lema?

—¿Sumerjámonos en la subjetividad?

—No basta con decirlo: pongámoslo en práctica. Buceemos en ella. ¿Por qué calló la primera vez? Para proteger a alguien, porque ocultaba algo. Si la primera vez se hizo el amnésico, en la segunda mintió descaradamente. Basándonos en ese cambio, invalidaremos ambas declaraciones y pediremos una tercera, a ver por dónde sale esta vez. Además, que aquella noche se reunió con los dos acusados es algo que mantiene al menos uno de ellos...

—Pérez Gomera. Hernández, el otro policía que estaba de guardia, dice que no recuerda nada de aquella noche.

—¿Hernández es el homosexual, ese al que le hacían la vida imposible?

—El mismo.

—Los medios lo han castigado demasiado. Tenemos que jugar la baza de Vargas... Hay que poner todo el peso en él: su testimonio es el más detallado y, por tanto, el más potente. Vargas debe ser nuestro principal apoyo.

—Pero es una persona inestable. Ha estado dos veces en el psiquiátrico. La primera vez, cinco semanas, y la segunda, dos meses. El abogado de la defensa jugará la carta de su salud mental, y pondrá en duda sus declaraciones.

—¿Vargas ha estado en el psiquiátrico? —interviene Lazkano.

—La segunda vez en un hospital militar, además. A saber qué le metieron allí.

—Ahora sigue enfermo. Y no solo mentalmente. Ya tiene sus años. Dicen que tiene cáncer de pulmón.

—Estaba en el hospital militar cuando se retractó: declaró que no habían tenido a Soto y Zeberio en El Cerro...

—Pero anteriormente había dicho lo contrario... Además, lo de El Cerro puede confirmarlo el mismo Lazkano, ¿no?

Diego Lazkano traga saliva. Se acuerda de Fabián y Fabián. Del columpio Boger. De aquella ventana. De cómo cayó patéticamente entre los helechos. Las carcajadas de los policías. «Qué más dará, lo dejamos con be». Asiente con la cabeza, y sostiene la mirada de Cristina un poco más de lo que la prudencia manda.

Pero Aguirre Sesma no se ha percatado de esa mirada colmada de insinuación y deseo.

—Sí, vamos, déjame ver: justificó sus declaraciones ante el juez de instrucción «por el sentimiento que me creó mi situación de soledad y abandono al ser encarcelado, y a la manipulación que el juez mismo practicó...». Pero seguís sin hacerme caso, *sumerjámonos en la subjetividad*: ¿por qué se sentía solo y abandonado? Porque él había cumplido su parte y su superior Rodrigo Mesa no lo había hecho, ¡he ahí por qué Vargas se sentía solo y abandonado! Porque lo habían traicionado. Si no hubiera tenido nada que ocultar, no habría hecho nada, o lo que

hizo lo habría hecho por su cuenta, no se habría sentido «abandonado» de ninguna de las maneras... ¿No te parece?

—Me parece que te quedas corto. Ahora habrá que ver qué le parece al juez.

—¿Tú cómo lo ves, Lazkano?

—Tenía en mente a Rodrigo Mesa... Según dice, nunca había estado en El Cerro, pero aquí se lee que la primera vez que lo llevaron al palacio de El Cerro se movió por allí como pez en el agua: sin que nadie se lo indicara, encontró fácilmente las habitaciones que se citaban en el sumario, el montacargas, la cocina de gas... Lo encontró todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Tienes razón, Lazkano: sus impulsos, esa necesidad de mostrar autocontrol, tan militar, por otra parte, lo traicionaron... Bonita paradoja, ¿no te parece? Hasta un niño se habría dado cuenta de que no era la primera vez que visitaba El Cerro.

—Según dijo, era porque está especializado en estructuras de edificios. Que lo encontró todo por pura lógica, vamos.

—Ni siquiera intentó disimular. Señal de que estaba implicado...

—Se está haciendo tarde. La llamada a la Cadena Ser de Cartagena, ¿la dejamos para mañana?

Ahora era el Sapo quien no se rendía:

—Terminemos con esto: refréscame la memoria, ¿de qué se trata?

—Fue el 20 de enero de 1984.

—Cuatro meses más tarde, entonces.

—Sí.

—No parece muy factible que tuvieran a Soto y Zeberio secuestrados cuatro meses en El Cerro.

—No, no es lógico. Demasiado peligroso, demasiado tiempo. Además, esto no es Argentina, esos palurdos no estaban preparados para torturar a nadie durante un mes... No tenían la estructura necesaria.

Esto no es Argentina. Esto no es Chile. De nuevo las voces de Soto y Zeberio: *loco, hermano.*

—Perdona, Lazkano... No pretendía menospreciar tu período de detención...

Cristina aparta la mirada del montón de informes: ahora es ella la sorprendida. ¿Está ganando puntos Lazkano?

—Pero, por otra parte, no es lógico que, después de tomarse tantas molestias para esconder los cadáveres, cuando no habían pasado más que cuatro meses, reivindicaran los asesinatos y revelaran el lugar exacto donde estaban enterrados, ¿no os parece?

—Está, además, la llamada al diario *Egin* del 25 de octubre.

—Llamada del Batallón Vasco Español, asegurando que los cuerpos estaban camino de Oursbelille, cerca de Tarbes. Pero no era cierto.

—Era una cortina de humo.

—Un chorro de humo muy controlado, de todos modos: demasiado controlado.

Quien hizo esa reivindicación conocía el lugar donde estaban enterrados los cadáveres. Míralo en el mapa: Tarbes está al noreste de Anglet, y los cuerpos aparecieron al suroeste, ni al norte ni al este, sino justo lo contrario en ambas direcciones.

—¿Qué quieres decir, que fue un despiste *demasiado calculado*?

—Sí, y también otra cosa: que los que se sentarán en el banquillo de los acusados no son todos los implicados.

—El ex delegado del Gobierno Fontecha, por ejemplo.

—Y de ahí hacia arriba.

—Eso lo sabíamos desde el principio.

—Fontecha está imputado.

—Pero no en los asesinatos.

—*On vera...* ¿Podrás vivir con eso, Diego?

¿Qué quería que le dijera? Cristina se percata del nerviosismo de Lazkano, y retoma el hilo.

—Todavía no comprendo el motivo de la reivindicación... Desvelar el secreto, ¿fue una cuestión de soberbia colectiva? ¿O alguien lo decidió por iniciativa propia, sin decir nada a sus mandos?

—¿Crees que la llamada de Cartagena de enero del 84 la hizo alguien por su cuenta? ¿En un arranque? ¿Sin decir nada a los demás?

—Pienso en Hernández...

—¿Porque es homosexual? Tienes demasiados prejuicios, papá.

—Quizá se trató de una venganza personal, una denuncia interesada de alguien que deseaba pescar en río revuelto, provocar la detención de algún mandamás y ascender en el escalafón.

—¿Tú crees?

—Nunca lo sabremos: pero no todos los perros son falderos y obedientes.

—Puede que tengas razón: es posible que alguno de los guardias civiles de Cartagena que colaboraron se adjudicara por su cuenta los secuestros y los asesinatos, para dar a entender que los GAL no habían desaparecido, sino que endurecían sus acciones. En cualquier caso, el objetivo de esa llamada es una clara señal de descoordinación.

Entre las zarzas, hay tierra batida de color rojizo y el rastro de una raya que fue blanca y se cruza con otra raya, formando un ángulo de noventa grados. La red central y los dos postes metálicos que la sujetaban han desaparecido, pero no es difícil adivinar que hubo allí una pista de tenis hace tiempo. No es tan fácil discernir, en cambio, por dónde se entraba y salía de la pista, ya que los pasillos están invadidos por la maleza en todos los puntos cardinales.

—Sí, este es el lugar.

El Sapo, paternal, le pone un brazo en el hombro.

—¿Quieres seguir adelante?

Lazkano asiente, pero aquel *flashback* a su pasado le ha afectado más de lo que esperaba.

Conoce el lugar. El Cerro. No lo dejaron libre sin antes hacerle oír los gritos de Soto y Zeberio:

«¿Reconoces los gritos de tus amigos?».

A él lo dejaron libre tras humillarlo con el falso suicidio, después de su confesión. Y estar libre empezó a hacérsele insoportable.

—Ni siquiera el olor ha cambiado...

Después de aquello puso tierra de por medio. Sus padres le prestaron dinero para que se fuera, primero a París y luego a Lille. Antes de eso visitó la calle Moulinaou. Se despidió de sus amigos de Anglet, y les confirmó sus sospechas respecto a la desaparición de Soto y Zeberio. El hecho de que no tomara parte en las movilizaciones, manifestaciones y acciones de presión levantó suspicacias en la organización, pero Lazkano había visto lo suficiente como para seguir su camino fuera de cualquier entramado. «No contéis conmigo». Le llamaron cobarde y traidor. Lo de *chibato* ya lo llevaba a la espalda.

Aún amaba a Ana, pero después de haber desaparecido de la manera en que lo hizo, ni siquiera se atrevió a llamarla. Se acordaba de ella todos los días. Y cada día la recordaba de una forma distinta, creyendo tal vez que recordarla de manera diferente cada vez puede ser un vínculo redentor.

Pasó tres años en Lille. Por la mañana acudía a la universidad, y por las tardes trabajaba de camarero. Empezó a salir medio en serio con una chica, pero la dejó cuando ella le habló de sus intenciones de volver a Irlanda (era de Donegal). No quería saber nada de territorios que tuvieran que ver con conflictos armados. Luego vinieron las clases de ruso: aquella chica de Kursk, Lena. Un posible amor. El abandono de Lena. Se llevó con ella una parte de su pasado, y le dejó a cambio la capacidad de desenvolverse en ruso decentemente. Diego salió ganando. De vez en cuando trabajaba para empresas con negocios *importexport* de Moscú y Kiev afincadas en territorio galo.

La lista de cosas que le provocaban un nudo en la garganta que no conseguía deshacer no se acrecentó demasiado durante aquellos años: Faulkner, The Doors, Víctor Jara. Algunas promesas: no matar ninguna hormiga, no sacarse nunca el permiso de conducir. Una identidad: remiendos de gente que un día conoció. Una vocación oculta: la de escritor, que mantendría viva la llama del recuerdo de Soto.

«Moriste por mí, vivirás a través de mí».

—Así pues, aquí es donde te retuvieron —suspira el Sapo—. Y a Soto y a Zeberio, también. Vas a tener que declarar.

—Lo haré.

—No será ninguna broma. Van a jugar duro. Sin piedad. Sacarán a la luz todos tus trapos sucios. Te investigarán de cabo a rabo. A ti, y a tu entorno.

—No tengo nada que esconder.

—Te llamarán oportunista, demente, terrorista, quién sabe qué más. Te preguntarán por qué no lo denunciaste en su día... ¿Cómo crees que deberíamos explicarlo?

—Han encontrado a Soto y Zeberio enterrados en cal viva... Digamos que yo no quería terminar así. ¿No te parece un argumento lo bastante sólido?

Lazkano no puede quitárselo de la cabeza: en primer lugar, Soto y Zeberio formaron un grupo porque él no sabía conducir. Segundo: aunque fuera bajo tortura —eso no consuela mucho a Diego—, fue él quien los delató. Tenía que haber estado él en el lugar de Soto. ¿Provenía de ahí su obsesión por ocuparse de Soto, más que de Zeberio, o era quizá que se sentía más cercano a su forma de ser?

El juez ha oído a las partes. Han entregado toda la documentación. Han saludado a los procuradores. Lazkano y el Sapo se quedan solos: demasiadas emociones en poco tiempo.

—¿Te has dado cuenta de cómo olía el juez?

—¿Cómo olía?

—Sí, ¿a qué dirías que olía?

—¿Es otra prueba del tipo *sumerjámonos en la subjetividad*?

—Dime: ¿qué olor has notado en él? Hace mucho que percibí que este juez tiene un olor singular.

—No lo sé, ¿perfumado...?

—¡Perfumado! ¡Hombre, eso es como decir que un color es colorido! Yo te lo diré: *silvae odorem leges sapiunt*... Huele a bosque...

—¿A bosque?

—¡Sí! A roble joven, a hinojo, a hojarasca, a hierba alta y a musgo. No huele a flores, sino a bosque.

—No me he dado cuenta.

—¿Sabes lo que eso significa? Que aunque el objeto de la regulación es evitar la ley de la selva, la propia ley es una selva: *legis silva*... La Selva de la Ley... Vamos a entrar en un arbolado espeso, en un zarzal cerrado. Esto no es un *hortus conclusus*...

—Me dan grima esos latinajos vuestros, Luis —últimamente lo llama por su nombre; el Sapo y Diego han trabado una estrecha relación.

—¿Acaso no has leído al viejo Horacio? ¿Y te haces llamar escritor? *Hortus conclusus*... Jardín cerrado... *Aranearum telis fas est leges comparare*... La ley es semejante a una tela de araña: solo atrapa los insectos pequeños.

Una vez más, Lazkano no sabe si habla en serio o le está tomando el pelo.

El juez olía a bosque y, hacía más de veinte años, a ellos se les habían incrustado en la mente las selvas de El Salvador. ¿Había alguna relación entre ambas cosas? ¿Significaba algo?

De nuevo en el despacho. El último ensayo antes del gran día.

—Lo de las torturas no lo admitirán así como así...

—¿Cómo que no?

—Cris tiene razón. No olvides quiénes son los jueces: sería demasiado para ellos. Los tiros en la nuca, eso sí que no podrán pasarlo por alto. Lo de las torturas, en cambio...

—Pero... ¡si los cuerpos aparecieron llenos de vendajes!

—Conozco a más de un abogado defensor, Lazkano, lo bastante cínico como para utilizar esas vendas para remarcar el carácter humanitario de la policía. No sabes bien a quién nos enfrentamos. Llamarán a un montón de testigos, traerán especialistas del extranjero...

—Y la cinta aislante que les tapaba la boca, ¿también se debe a motivos humanitarios?

—Podemos basarnos en eso, pero no es suficiente para probar las torturas ante esta gente. Quizá podríamos defender el sufrimiento psicológico que supone estar recluido durante varios días, aún no sabemos cuántos, ignorando su paradero...

—Pero dirán que eso está incluido en la detención ilegal y el secuestro. *Ne bis in idem*.

—Perdona el latinajo, Diego... pero Cris tiene razón.

—¿Y las uñas arrancadas?

—Habrá que esperar a un informe más detallado, no sería la primera vez que dicen que las uñas se han desprendido *por sí solas* de los dedos. El efecto de la cal, la tierra... Vista la forma en que los enterraron, se aferrarán a eso.

—¿Por sí solas? ¡Por favor!

—Templa esos nervios, Lazkano. Pediremos pena también por torturas, pero debemos concentrar nuestras fuerzas en los asesinatos, con la alevosía no podemos descuidarnos: destacaremos sobre todo el hecho de que Zeberio recibiera dos tiros. Pediremos la pena más alta del código penal para el asesinato. Pero la pena por banda armada no creo que la consigamos.

—¿Tampoco eso? ¡Así que los GAL no existieron! —salta Lazkano.

—Se moverán en zigzag para debilitar nuestros argumentos. Me jugaría el cuello a que al final se inventan algún cuento del estilo *in dubio pro reo*. En cualquier caso, el plazo más largo que podrían pasar en prisión es de treinta años, y algunos de ellos los cumplirían en cárceles militares. Luego habrá que ver, según en qué sala nos toque, si el *cuervo* togado les concede el tercer grado... En los juzgados hay aún mucho dinosaurio preconstitucional, Diego... No quiero crearte falsas ilusiones: si tienes algún empeño especial por ver cómo esta gente se pudre en la cárcel, más te vale ir olvidándolo cuanto antes.

—¿Crees que los indultarán?

—Quizá no inmediatamente. A estas alturas ya han aprendido lo que es el tempo,

tampoco son tontos. Saben bien que no pueden utilizar el *adagio prestissimo*. Pero un lento *ad libitum*, cuando las cosas se calmen un poco y la prensa empieza a mirar hacia otro lado... Sí, por desgracia es algo que también puede ocurrir... Pero ni siquiera les hace falta; les basta con falsificar un informe médico: ¿no sabes qué tendencia tienen esos rudos militares a sufrir del corazón después de haberse excedido en sus funciones! A esa gente se le deben muchos favores, Diego, bien que les pagarán su silencio en cuanto el peso de los focos les sea retirado. Se han educado en la disciplina militar, tienen un férreo código de honor. Difícilmente van a decir más de lo que han dicho.

—¿Y los políticos?

—Los políticos son más escurridizos. Si conseguimos cosquillar la garganta a algún alto cargo superior a Fontecha, nos podemos dar con un canto en los dientes.

—Creía que tenías más ambición.

—La ambición es una enfermedad de juventud, la mía se ha encogido a medida que se me hinchaba la próstata. También te pasará. Y entonces te acordarás del difunto Aguirre Sesma, cuando los jóvenes novillos empiecen a reprocharte tu falta de ambición. La vida es un breve suspiro... Una sarta de suspiros que acaba en el último aliento. Nada más.

—Ya me he dado cuenta, Luis. Tampoco soy tan joven.

Hora de comer algo. *Adela Retoucherie*. *Arreglos*. Luego, la calle. La luz y el aire.

Los jueces, el abogado de la defensa, la acusación, los procuradores, los secretarios judiciales, los testigos, los traductores. Todos ellos se reúnen, antes de que comience la vista, en una misma cafetería próxima a la Audiencia Nacional. Conscientes del riesgo de pasar la noche siguiente en prisión, algunos acusados llegan a la cafetería a primera hora de la mañana: se los reconoce por su falta de costumbre de vestir ropa elegante. Además de quienes trabajan en los juzgados, acude bastante gente ajena al mundo procesal. Algunos madrileños de a pie quizá se sientan afortunados en esa cafetería, seguros de que nadie va a juzgarlos: «Yo no soy uno de ellos, *soy libre*». Desayunan con el sentimiento de no deber nada a nadie, a sabiendas de que todos cuantos tienen a su alrededor esperan para ser juzgados o juegan un papel importante a la hora de declarar culpable a alguien, y ellos no. Identifican el no tener que acudir a un juicio con la felicidad, con el alivio, con cierta ausencia de cargas y de deberes. Cada uno se engaña como puede.

Aguirre Sesma siempre había comparado el ambiente de aquella cafetería que tan bien conocía con una especie de utópico *fair play*. Allí no todos eran iguales, pero lo parecían. Cada uno se pagaba su café. Aún no había empezado el juego.

Huelga decir que Javier Fontecha y Rodrigo Mesa no están allí. Quieren evitar a los medios a toda costa. Quizá hayan entrado por la puerta trasera, al igual que la ambulancia que traerá a Vargas, por mucho que aquella puerta esté también llena de

periodistas. Aguirre Sesma encuentra el ambiente muy cambiado; hace tiempo que no venía, y ya no conoce a la mayoría de los encorbatados, aunque los nuevos jueces son delatados por sus escoltas. Sí que reconoce a un letrado, algo más joven que él, que en la década de los ochenta solía encontrarse siempre en los mismos lugares que frecuentaba Fontecha. Pero el abogado no lo reconoce a él, o bien se hace el despistado. Aguirre Sesma tiene a su lado a su hija; la documentación la lleva en una carpeta gruesa, y el guión para ese día en una cartera de cuero.

—Lazkano ya tendría que estar aquí.

Cristina deja su ordenador portátil sobre una mesa, y saca su móvil del bolsillo para volver a intentarlo.

—No lo coge.

—Qué raro —decide Aguirre Sesma—. Hoy le toca declarar como testigo. Que lo retuvieron en El Cerro. Que oyó los gritos de sus compañeros. Solo él puede contarlo. Esto es muy extraño.

Han dado las once, y ya no pueden esperar mucho más. Cristina y su padre son presa de una gran inquietud. Poco tiempo después, cuando sepan de la deserción de Diego Lazkano, la inquietud será superada por una profunda decepción.

—¿Por qué no ha venido? Fue él quien puso en marcha todo esto.

—Se habrá asustado. Sus razones tendrá —afirma Cristina, sin mucha fe en lo que dice.

—No podemos esperar más —resuelve por fin el abogado, con la fisura de su fuelle asmático más silbante que nunca.

Pagan los cafés y se dirigen hacia la puerta de la audiencia. Cristina coge a su padre del dedo índice, y ambos se internan en el bosque, solos los dos, sin la compañía de nadie.

HILO DE HILOS

PEDRO Vargas no tiene pantalón corto para jugar al tenis. Rodrigo Mesa, en cambio, sí lo tiene: blanquísimo, lo mismo que las deportivas.

—¡Va!

Cuando la pelota, por enésima vez, golpea la cinta de la red y queda del lado del jefe, Vargas vuelve a pensar que esta mañana, aunque lo ha hecho con la mejor voluntad, quizá no debía haber elevado la red; Rodrigo Mesa falla a menudo el saque, estampándolo contra la cinta tensada. Hubiera hecho mejor en dejar la red floja como estaba.

—¡Segundo servicio!

Tap-tap. Un bote, dos botes, arriba la pelota: en el cielo azul brilla un amarillo pálido. Desde el fondo de la pista, Vargas se adelanta un poco. El segundo saque del jefe no lleva fuerza, le replica sin dificultad, desde bastante atrás, cerca de la línea lateral. A Vargas le gusta hacer correr a su jefe de vez en cuando, aunque sabe que al final tiene que dejarle ganar, y como el jefe la goza especialmente cuando le ve hacer algún gesto de rabia, en ocasiones simula incluso estar enfadado, como ha visto hacer en la tele al gruñón de John McEnroe, aunque a Vargas quien le gusta de verdad es Ivan Lendl. Es checo, y le gusta la gente de sangre eslava, gente fría, con temple, que no pierde los estribos. Como en este set le ha ganado ya un par de juegos, esta vez Vargas quiere echar la bola fuera a propósito; pero la pelota, llamada a fallar, golpea milagrosamente sobre la línea de fondo. El jefe, de imprevisto, responde bien, pero quizá con el brazo demasiado pegado al cuerpo, y la pelota se le va hacia un costado.

—¡La bola entró! —grita sonriente Rodrigo Mesa, repitiendo una recurrente broma privada que remite a un anuncio televisivo de maquinillas de afeitar BIC.

—¡Apurado, muy apurado! —replica Vargas, la respuesta que el jefe esperaba, acariciándose la barba rala de sus mejillas. El juez de silla se refiere en el *spot* a la barba de McEnroe, que se toma a mal el comentario del juez.

«¿Bromea o qué?».

«No, su afeitado, señor McEnroe... muy apurado».

—¿Lo dejamos por hoy?

Vargas se sorprende: al jefe no le gusta dejar las cosas a medias.

—Acércate un momento.

Rodrigo Mesa se seca con una toalla su ancha frente y la cabeza, que ya empieza a clarear. Luego se la ofrece a Vargas, que se pone en guardia, porque es el segundo gesto poco habitual de su jefe. El sudor de su superior le repugna, pero no se atreve a rehusar el ofrecimiento e intenta enjugar con naturalidad las perlas de sus sienes con la húmeda toalla de Rodrigo Mesa.

—Mira, Vargas. Nos están dando como en un pimpampum, así no podemos seguir. ¿No te parece?

—No, señor.

—He oído que tenías cierta amistad con Alfredo Trota.

—Hicimos la mili juntos.

—No podemos seguir con las manos atadas, lo tienen todo de su parte... Y por si fuera poco, su refugio al otro lado de la frontera. ¿Qué somos, monigotes? Esto tiene que acabar de una vez por todas.

Vargas no dice nada.

—He recibido instrucciones, de arriba. Nos han dado luz verde. Garantías. *Garantías*, Vargas. ¿Te das cuenta de lo que significa?

Vargas asiente, aunque no se da cuenta del todo.

—Al último funeral, vino el ministro. ¿Sabes que los de su partido suelen ir armados? Nadie lo sabe, pero es cierto. ¡Ni de los escoltas se fían! Lo vi en el aeropuerto de Fuenterrabía. Con mis propios ojos. Las armas se las guardan los pilotos mientras el avión está en vuelo, es lo que manda la ley. Los vi recoger de uno en uno su arma antes de bajar a la pista. ¡De tontos ni un pelo, estos socialistas!

Vargas para sí: «Las bodas traen bodas; y los entierros, entierros». Cosas que se piensan pero no se dicen.

Rodrigo Mesa mantiene entre las manos una pelota de tenis y, como quien dice «olé mis huevos», aprieta y estruja desde abajo, hasta deformarla, la hueca esfera de goma.

—No todos estarán en el ajo, pero a ti te quiero dentro. Pocos pero finos, como en botica.

«Pocos pero finos, ¿como en botica?». Vargas piensa que ni el tenis ni los refranes son el fuerte de su jefe. No le da tiempo a pensar, en cambio, que muchos de los males proceden de la falta de dominio del lenguaje.

—Si no lo ves claro, este partido de tenis no lo hemos jugado nunca. Y si lo ves claro... tampoco... ¿Me comprendes?

—Sí, jefe.

—Entonces, ¿puedo contar contigo?

Sin soltar la pelota, Rodrigo Mesa abre las manos como quien ofrece algo, pero en realidad lo que está haciendo es pedir, con la mirada clavada en las pupilas de Vargas.

—Trota se merece eso y más —añade.

«Chantaje sentimental», se le viene a la mente a Vargas. Sujeta con ambas manos la toalla del jefe, ya establecido el vínculo del pacto de sudor en lugar de sangre, y se la devuelve, inclinando un poco el cuello, gesto que Rodrigo Mesa toma por un asentimiento. A Pedro Vargas hay algo que le quema el pecho: colgada del cuello lleva la medalla de la Virgen de Vera Cruz, se le ha olvidado quitársela antes del partido, y sabe que luego le escocerá la piel.

—Habrá que cambiar las puertas, y ponerles cerradura. Necesitaremos sillas y herramientas, Vargas. Cinta americana, unos metros de cuerda.

—¿Cuántos?

—Que no falte —dice Rodrigo Mesa.

«¡Arriba esas copas, y brindemos por las medidas exactas y precisas!», piensa Vargas, aunque luego responde manso y servicial:

—Yo me encargo.

Al poco rato llega Virginia con las niñas, y besa a Rodrigo Mesa. «¿Interrumpimos algo?». Rodrigo Mesa responde que no, y acaricia a Sofía y Teresa; sus dos hijas bienamadas, lo que más quiere en este mundo. Luego vendrá también la mujer de Vargas, con su único hijo, que, además de ser un poco mayor que Sofía y Teresa y llevar el nombre de su padre, parece destinado a convertirse, con el paso del tiempo, en su clon, según todas las apariencias. Afortunadamente la mujer del jefe tiene buena mano en la cocina, así que comen de maravilla; después de los partidos de tenis, acostumbran a hacer una merienda campera allí mismo; y los niños juegan al escondite en el palacete abandonado, a guerras, a indios y vaqueros.

Inocentes juegos de niños, a cocinitas, a tenderos.

—¿Qué quiere el señor?

—Leche.

—¿Qué tipo de leche?

—Leche de mariposa.

—No tengo, señor.

—Pues yo sí que tengo leche de mariposa.

Y luego más juegos: al escondite, a guerras, a indios y vaqueros, a cazar fantasmas.

Después de algunas carreras, alborotos, risas, enfados y más carreras, las hijas de Rodrigo Mesa usarán la toalla blanca que ha quedado colgada de la red para, colocada en la punta de un palo, hacer con ella una bandera de la paz y dar a entender que se rinden.

También el día se rendirá poco más tarde. Rayos de un sol naranja sobre el polvo de teja de la pista. Entonces Vargas recogerá los trastos, y anotará mentalmente que hay que encalar las líneas de la pista antes del próximo partido.

—¿Cree que servirá?

El palacio está un poco abandonado, pero puede valer. Es amplio. Bastante alejado. No hay muchas viviendas cerca, no falta protección y el perímetro está vallado. La iluminación y las farolas, cortesía del ayuntamiento, no son muy abundantes y facilitarán las cosas. Viven allí, en pequeños bloques de viviendas bastante desperdigados, sobre todo familias jóvenes que no tienen dinero para hacerlo en el centro de la ciudad. Casas bien construidas y urbanizadas, de no más de tres o cuatro plantas, distribuidas en grupos bastante diseminados; aún es difícil sospechar la explosión inmobiliaria que se producirá en los noventa. Rodeado por un jardín anticuado y una pista de tenis llena de charcos, el palacete tiene muchas habitaciones,

seis o siete al menos, según ha calculado en un primer vistazo. Puede que alguna más. Y tampoco faltará algún sótano. Hay cucarachas por las escaleras, palomas que el fresco de la mañana ha dejado sin cuello zureando en el alero del tejado, pintura caída en las paredes, y por todas partes un esmalte descascarillado. Y polvo, y telarañas.

—¿Qué hay en el garaje?

—Ahora, prácticamente nada. Los chicos dejan ahí las motos, de vez en cuando.

Ante la puerta, aparta con una mano la pesada lona que hace las veces de cortina: bujías agrietadas en una caja de madera. Una manguera verde, lo más seguro que pinchada, olor a aceite y gasolina, una piragua amarrada a una baliza roja de plástico, un calendario del Mundial de Fútbol del año pasado, 1982. Un sidecar Sanglas, una vieja Lambretta, una lata de gasolina cabeza abajo, un tubo de vaselina exprimido hasta la última gota con uñas de buitre.

—A veces se traen también a los perros.

—¿Los perros?

—Sí, para entrenarlos.

—Pues de ahora en adelante que no los traigan. Por una temporada, se acabaron los perros, las motos y los partidos de tenis. ¿Está claro?

Fontecha es demasiado joven para ser delegado del Gobierno, y lo sabe. Por eso habla con despótica grosería. Por eso, y porque se lo toma como un favor que en el futuro le pagarán con cargos más suculentos. Como si esa forma de hablar le hiciera parecer mayor, o veinte centímetros más alto, o acercarlo a la mirada del Diablo. Fracasa en sus tres objetivos.

—Se lo comunicaré a los muchachos, no se preocupe: últimamente solo venimos Vargas y yo.

Están aún en mitad de la pista, cerca de la red. El rastro de cal sobre la tierra empieza a borrarse y la red está floja, mucho más baja en el centro que en los extremos. Pasan a las habitaciones. Huele a cerrado, como si hubiera llovido sobre la moqueta. Suele pasar: a veces la humedad exterior se manifiesta en el interior, y las manchas sacan los colores a las paredes. Hay alguna gotera, pero por lo demás la casa no está nada mal. No como para quedarse a vivir en ella, claro. Cuando caminan el suelo se queja, corcho retorcido. Esta sí, esta no, esta sí, esta no. «Esta, esta y esta». Las tres sin ventanas.

—Quiero una marca roja en la puerta de cada una de esas tres habitaciones.

En lo que era la cocina, hace girar un grifo. Al contrario que del tejado, de allí no cae ni gota.

—Está cortada la general, pero las cañerías están bien. Si quiere, podemos dar el agua.

—Hoy mismo si es posible, Rodrigo.

—Déjelo de mi cuenta, hablaré con Vargas.

—Ese Vargas, ¿es de confianza?

«Más que un cristiano leal, nuestro don Pedro», se le ocurre a Rodrigo Mesa. Pero

es otra cosa lo que dice:

—De total confianza.

—Tenemos que escoger bien a los hombres, Rodrigo, es un tema delicado.

—Comprendo, Fontecha. Tome, le he hecho también una copia de las llaves.

Rodrigo Mesa lleva al pantano a Sofía y Teresa, de pesca.

—Antes, aquí debajo había un pueblo.

—Ah, ¿sí?

—¿Y dónde viven ahora sus habitantes?

—Dejaron sus casas y se fueron a otras.

—¿Y qué hicieron con sus cosas?

—Se las llevaron también.

—¿Todas?

—Todas...

—¿Y los perros?

—También se los llevaron.

—¿Y los gatos?

—También.

Las dos niñas se quedan pensativas, mirando al agua con atención, como si pudieran percibir algo en ella. Parece que no se les ocurre ninguna otra cosa que uno haya de llevarse cuando abandona un pueblo que están a punto de inundar.

—No se ve nada.

—Hace mucho tiempo de aquello.

Ha comprado cucharillas de pesca nuevas, negras y amarillas, rayadas como las abejas. Las niñas suelen usar pijamas parecidos. La colección de anzuelos de Rodrigo Mesa es impresionante. Sus hijas se pasarían horas mirándolos; su padre los tiene perfectamente ordenados, como ordena un pintor las acuarelas sobre su paleta. Les quita el polvo con un pincel. Las moscas artificiales a veces las hace él mismo, agregando hilos y plumas a las que compra en la tienda. «Parecen pendientes», le hizo notar Teresa una vez. Y no estaba equivocada del todo: en cierta ocasión apañó un cebo con un pendiente que su mujer no se ponía. A los peces les gusta todo lo que brilla.

—Cuidado, no os vayáis a hacer daño, están muy afilados.

—¿Y no pones lombriz, papá?

—No, sin lombriz también se puede pescar.

Las hijas no parecen muy convencidas. «¿Va a picar el pez sin poner nada en el anzuelo? Imposible». Han visto demasiados dibujos animados, se les hace difícil creer que se pueda engañar a un pez de verdad con un pez de plástico, o con trozos de metal de colores que ni siquiera tienen forma de pez. Se ríen, ríen maravilladas, «¡hala!», cuando su padre agita la caña, y ven lo lejos que llega el sedal.

—¿Dónde está? La pita no se ve...

—También hay cosas que no se ven —les dice su padre.

Pero ahora Sofía y Teresa tienen otra cosa en mente. Saltan y bailan, agarradas de la mano.

—¿Ponemos la radio del coche, papá?

Sus hijas no tienen ninguna fe en que su padre vaya a pescar nada. Tampoco Rodrigo Mesa tiene valor para decir que no a sus hijas. Abren las puertas del R-18 y buscan música en el dial.

—¡Ahí va! ¡Ha picado!

Pocas veces ven Sofía y Teresa tan contento a su padre. Lo cual les parece motivo suficiente para dejar lo que están haciendo. Le ayudan a recoger el sedal, aunque en realidad, por el peso, él se ha dado cuenta inmediatamente de que la trucha que han pescado es pequeña, demasiado pequeña. Quita el anzuelo al pobre pez, que culebrea, entre los gritos de emoción y espanto de las niñas. Es conveniente que vean peces fuera de la sartén, así se lo parece a Rodrigo Mesa, aunque si los destripa delante de sus hijas su mujer se incomoda un tanto. Es más grande de lo que calculaba, pero no cree que llegue a la medida mínima permitida. Coloca la trucha junto al lápiz que usa para medir sus capturas.

—Por poco, pero no —dice.

La devuelve al agua.

—¿Por qué la has soltado?

—Está prohibido pescar peces tan pequeños. Hay que dejarlos crecer. Si no, te ponen multa.

—¿Multa? ¿A ti también?

Rodrigo Mesa sonríe. «¿Quién vigila al vigilante?», la pregunta rebota por las cavidades de su cerebro.

—A mí también, cariño.

Al llegar a casa, Virginia le dice que ha telefoneado Javier Fontecha. Le devuelve la llamada para confirmarle que sí, que lo de Portugal está en marcha. Que todo va según lo previsto. Tal como habían planeado. Al poco tiempo recibe la llamada que esperaba. Esta vez coge él el teléfono. Siempre lo coge él cuando está en casa. Le dan la hora de la cita, en mal castellano.

—Ni pensarlo: en Portugal, no. Mejor en Galicia.

Oye cómo discuten al otro lado.

—De acuerdo, apunte.

Apunta el lugar con lápiz, en una esquina de un diario atrasado: «Un fragmento del satélite soviético Cosmos 1402 podría impactar hoy contra la Tierra». El periódico tendrá una semana, «no parece que nos haya caído encima», se dice. Presiona demasiado al anotar y se le rompe la punta del lápiz, así que le pide a una de sus hijas que se lo vuelva a afilar. Ella recibe el encargo con gusto, dócilmente. Pasados cinco minutos, se lo devuelve a su padre, afilado, pero visiblemente más corto.

Tendrá que acordarse de coger uno nuevo, porque era el lápiz que usaba para medir las truchas.

La reunión se celebra en Redondela, en un sembrado cercano al pueblo, en pleno día. Rodrigo Mesa prefirió que el encuentro no tuviera lugar en Portugal: con lo que les iban a pagar, ya podían ser ellos los que se tomaran la molestia de cruzar el Miño para negociar las condiciones. El contacto se lo facilita a Rodrigo Mesa un amigo salazarista de su padre. Le asegura que son de fiar. Gente de pocas palabras. Mejor así.

Descarta a uno de los tres enseguida: demasiado moreno de tez. A buen seguro era el más eficaz en su trabajo —podía imaginárselo sin esfuerzo en la guerra de Angola o en Cabo Verde, dando instrucción en los campos de tiro, con el fusil al hombro, como si fuera un apéndice natural—, pero su presencia podía resultar demasiado llamativa. No. Tendrá que conformarse con los otros dos. «El negro no puede venir». ¿Cómo decir lo que tenía que decir sin parecer racista? Imposible. Tampoco los otros dos parecen la gente más discreta del mundo, y menos aún dueños del autocontrol que hace falta para no probar licores fuertes durante más de dos semanas seguidas. Pero es lo que hay. Que hagan bien lo que tengan que hacer, y que no les quede del todo claro qué hacen y para quién trabajan: eso es lo importante; aunque será cuestión de tiempo que la verdad aflore y todo el mundo lo sepa. El mundo sumergido tiende a salir a la superficie, tarde o temprano. A pesar de que intentan comportarse con cierta diligencia, Rodrigo Mesa se percata de que les cuesta disimular su desgana. Pero ahora no pueden empezar a buscar a nadie más. Además, qué carajo, no tienen que operar a nadie a corazón abierto. Tampoco es tan complicado. Su cometido es otro. «Esperemos que eso lo hagan bien».

Todo el dinero está en la maleta, lo han pedido en francos franceses, quién sabe por qué. Las armas llegarán de Italia; luego les dirán dónde deben recogerlas.

Quieren pistolas Beretta y subfusiles Benelli. Exquisitos, estos portugueses.

—Eso ya lo veremos.

Dado que no conocen ni la lengua ni el entorno, tendrán ayuda, por supuesto. Rodrigo Mesa pondrá a algunos de sus mejores hombres como guías y escuderos; ya tiene cierta idea, aunque aparte de Vargas aún no ha elegido a ninguno. «Pocos y finos, *como en botica*». ¿Pérez Gomera? ¿Hernández? Con este último tiene dudas: es de fiar, pero le parece demasiado joven. Se unirán a los portugueses en el asador Beti-Jai. Eso sí, solo pueden darles cobertura. Si se meten en problemas, tendrán que apañárselas solos. La policía española no puede involucrarse en esto.

—¿Cómo los conoceremos?

—Ellos os reconocerán.

Rodrigo Mesa se siente el protagonista de una mala película. Le gusta. Al acordarse del cine, repara en que el más blanco de los dos elegidos tiene una mancha bastante llamativa en la ceja. Es como una segunda ceja, pero sin un solo pelo. Una

señal física bastante evidente, de esas en las que uno repara al primer vistazo, una marca fácil de recordar. Después de la mirada del moreno, «en aquellos parajes llamarías demasiado la atención», no se atreve a descartar al segundo. Que les parece un «español melindres», ya lo sabía. Pero los verdaderos melindres son ellos: Berettas y Benellis, menudo caprichito. Tendrá que decir a sus hombres que lleven pelucas y gafas, mejor no confiar demasiado en la profesionalidad de los portugueses.

Tampoco ellos se fían de Rodrigo Mesa, al parecer: se toman su tiempo hasta cerciorarse de que no falta ni un billete de lo prometido. No tienen costumbre de contar dinero: han tenido que empezar de cero tres veces hasta dar por bueno el fajo. También en eso son descuidados.

Rodrigo Mesa se aleja a pie. Camina como si llevara una carga, si bien tendría que sentirse aliviado sin la maleta. Se sienta en la terraza de un bar, a beber oporto, bajo un sol de plata. Desde allí ve a los portugueses subiendo a un Citroën Visa destartalado. Apunta el número de la matrícula, por si acaso. Pide un segundo oporto, se lo merece.

—Más que otros, sí, desde luego —se dice amargamente.

Le da un trago breve, lo justo para mojarse los labios.

—Va por ti, Trota.

Por alguien hay que brindar. No se le ha ocurrido nadie más. Aunque él nunca ha tenido delante a Alfredo Trota.

El sol se oculta por un momento, una nube de esas pasajeras nada más. Haciendo caso de una vieja superstición según la cual es de mal fario beber a la sombra, el teniente coronel Rodrigo Mesa espera a que vuelva a salir el sol para seguir bebiendo.

El candidato llega tarde, porque es *el candidato*, y porque siempre se espera que un verdadero candidato, como las novias vestidas de blanco de cierta época, se haga esperar. No se trata de un candidato cualquiera: es el candidato a presidente del Gobierno. Algo que no es baladí, pues lo convierte en una ecuación potencial, una ecuación andante en la que se cifran las expectativas de los favores que puede llegar a realizar algún día. Mediante esta ecuación andante de zapatos lustrosos se catalizarán una vez alcance el poder —si lo alcanza, pero es posible que suceda— los gestos más magnánimos, las palabras más solemnes. El candidato es una ecuación potencial, sí, pero no una ecuación cerrada, puede verse afectada por ciertos factores: no se ha fosilizado todavía, mantiene algo de flexibilidad —solo posible porque aún no ha ganado—, y la gente quiere valerse de la moldeabilidad del candidato para influir en él, para dejarle una buena impronta. Está muy ocupado, así que no conviene acaparar su tiempo ni actuar de forma mezquina tratando de aprovechar el breve lapso de que dispone para pedirle cosas; ahora no toca, pero este puede ser el momento para poner en práctica el arte de sembrar de pasada la semilla de esos hipotéticos favores, por medio de sonrisas, palmaditas en la espalda, enfáticos asentimientos y otras adhesiones inquebrantables. «Estoy con usted, *presidente*, para lo que quiera, hasta el

final, pase lo que pase».

El encanto del candidato reside también en esa provisionalidad: es escurridizo, sabemos que no tiene tiempo para atendernos, no puede decepcionarnos. Y esa transitoria imposibilidad de la decepción —ese es nuestro mayor error— la confundimos con la infalibilidad.

El candidato llega tarde, pero llega, que es lo que cuenta. El candidato ya está aquí y, como era de esperar, no viene solo, trae consigo a los encargados de comunicación que le llevan la agenda, secretarios y otros azuzadores y asesores de su cohorte, de tal forma que a veces no queda claro quién conduce a quién. El candidato estrecha la mano a los afiliados de su partido que se la piden, aunque ignora el nombre de la mayoría de ellos. Se siente el vigilante del zoo dando de comer a los flamencos. El candidato, poniendo a prueba sus reflejos, intenta atrapar y rentabilizar en cada lugar donde le toca estar alguna virtud o extravagancia que despunte en el conjunto —debería ser bueno en eso—. Así, si repara en alguien demasiado joven para la política, estrujándole la mano más que al resto, le dice: «Así me gusta, el partido necesita gente joven y comprometida». Ve a sus seguidores como mendigos, y es él quien les da limosna. Sí, es consciente de ello: va repartiendo su bendición y mitigando la desesperanza, por así decirlo. Es lo que se viene a llamar *la erótica del poder*.

Después de saludar a un montón de gente que no conoce, encuentra al fin a alguien familiar; a este, aparte del apretón de manos de rigor, le da un fuerte abrazo, además de intercambiar con él algunas palabras. Quienes los rodean sabrán interpretar que es, a pequeña escala, *el candidato del candidato*, aquel a quien deben obedecer en la comarca. De vez en cuando le presentan a alguien nuevo, alguna promesa local o algún recién afiliado, un profesional importante o de buena reputación en su sector. A este, además de estrecharle la mano, le dice algo. Algo así como:

«He oído hablar muy bien de ti».

En el noventa por ciento de las ocasiones, por descontado, el candidato no ha oído nada, ni bueno ni malo, sobre la persona en cuestión, pero eso es lo de menos. El candidato sabe que su apretón de manos genera confianza, y que es importante, además de sentir que su gente está con él, hacer sentir que él está con su gente; más aún, considerando que esa persona que le acaban de presentar pueda postularse en el futuro como su contrincante o aniquilador.

Eso era, poco más o menos, lo que Fontecha recordaba del día en que le presentaron al candidato de su partido, más tarde presidente electo. Fontecha tuvo el dudoso privilegio de ser uno de aquellos a los que el candidato dirigió aquellas palabras. El candidato lo ignoraba todo de él, y sin embargo se lo dijo, porque tocaba decirlo, porque esta vida no es más que una sucesión de instantes en los que nos vemos obligados a decir lo que toca.

«He oído hablar muy bien de ti».

Al poco tiempo fue nombrado delegado del Gobierno. Pero todo aquello sucedió muchos años atrás, en otra vida, y su carrera política no despegó como cabía esperar. El sueño de Fontecha era ahora convertirse en el hombre que dijera: «He oído hablar muy bien de ti».

El teniente coronel Rodrigo Mesa suele tener prisa por quitarse los galones. El uniforme siempre le ha parecido demasiado rígido; Virginia le habló una vez del almidón, es ella quien se lo plancha; no es cómodo, y él sabe que esa segunda piel es lo primero que ven los demás de él, por no decir casi lo único. Para eso se inventó el uniforme. Para que se viera desde lejos, antes que la propia persona. Esos botones de colorines del pecho, esos juguetitos a los que algunos llaman medallas, tan parecidos a sus anzuelos de pesca. Cuanto más se asciende, menor es la obligación de llevar el uniforme, y esa es su principal motivación para subir en el escalafón. A menudo piensa que muchos hábitos del oficio se los debe al uniforme, y tiene la sensación de que al quitárselo se desprende también de esos malos hábitos: todas las tardes, al llegar a casa, desea volver a ser el Rodrigo Mesa optimista y alegre de cuando era joven, y tiene esperanza de conseguirlo cuando se jubile y pueda quitarse definitivamente aquella indumentaria.

Quitarse el uniforme y afeitarse, esas son las dos principales alegrías que concede a su cuerpo echado a perder: al desprenderse de esa segunda piel, cree recuperar la desnudez y la inocencia. El afeitado, y la loción restregada sobre las mejillas limpias, le traen el recuerdo efímero de la suavidad de su cara sonrosada de niño, una sensación de rejuvenecimiento pasajero.

Sin embargo, la operación de hoy ha sido especial y ha tenido que entrar al Patrol con los galones puestos, sin tiempo para afeitarse. En el coche de al lado viaja el juez llegado expresamente de la Audiencia Nacional de Madrid para dirigir la operación —«¿dirigir?, ¡ja!, ¡ya quisieran!»—, el mismo que una vez intentó relacionarlos a ellos con los GAL, lo que son las cosas. Ha sido un operativo limpio. Todo ha salido bien. Los secuestradores no han opuesto resistencia, y a uno de ellos, el mayor, lo ha reconocido Rodrigo Mesa.

A ese hombre ya lo ha mandado antes a la cárcel. Pasó al menos una media docena de años a la sombra, y ahora le caerá por lo menos el doble. Salió de la cárcel y volvió inmediatamente a la clandestinidad. Como si no supiera hacer otra cosa. En algún lugar de su mente donde tiene bien enraizados el odio y el desprecio, en Rodrigo Mesa prende inesperadamente una brizna de admiración por el detenido. Que dijeran sus jefes cuanto quisieran, pero era innegable que allí había una motivación política: aquellos no eran criminales comunes. Nada que ver con los juguetones asesinos a sueldo que iban pidiendo Berettas y Benellis. No, aquellos eran de otra casta. Y precisamente porque lo eran se les aplicaba la ley de forma diferente. ZEN. Zona Especial Norte. Así se llamaba en un tiempo al plan puesto en marcha por aquel ministro con aspecto de búho. Era inútil que lo negaran. Aquel hombre,

después de pasarse algunos años bronceándose a rayas, volvía a ponerse al servicio de los terroristas, para participar en un secuestro, ser detenido y, fielmente, entregar otra década de su vida a la causa. Tenía que aceptar que había enemigos y enemigos, y Rodrigo Mesa reconocía que aquella sucia rata tenía bien desarrollado el sentido de la lealtad, que era consecuente con sus ideas. Con Vargas no tenía dudas, pero, entre los hombres que tenía bajo su mando, ¿cuántos conservarían aquella misma fidelidad y coherencia al cabo de los años? Y, visto desde otro ángulo: ¿iba a tener él de nuevo la suficiente lealtad para guardar las espaldas de Fontecha y silenciar su nombre, si, tal como parecía últimamente, lo llevaran otra vez a los tribunales?

Incluso la fe la erosiona el tiempo.

Al contrario que los dos jóvenes secuestradores, que miran al suelo, el jefe del grupo le mira a los ojos y baja el mentón, con una reverencia que a Rodrigo Mesa le ha parecido de desprecio. Reverencia y desprecio, ambas a un tiempo. La sofisticación del gesto lo pilla desprevenido y, aunque intenta imitarlo, sabe que no lo ha logrado, que solo le ha hecho medio gesto, el de la reverencia, quizá teñido de un poco de resignación derrotista. Siente que el detenido le ha ganado por la mano, y lo siguiente que se pregunta es quién de los dos ha envejecido más desde la última vez que se vieron. Prefiere no sacar conclusiones.

Pero no son más que chispas veloces; todo ha sido cuestión de un momento, la aparición de esa inesperada admiración, el desprecio y la reverencia sucesiva. Enseguida, la figura del secuestrado capta toda su atención: barba larga, ropa demasiado ancha que revela los muchos kilos perdidos durante su cautiverio, dificultades para abrir los ojos, debilidad extrema, incapacidad de permanecer en pie. Temblando bajo unas mantas, aquel hombre parece enfermo, moribundo casi, como recién rescatado de los escombros tras habersele caído encima un edificio entero. «Luego seremos nosotros los torturadores», se le ocurre al teniente general Rodrigo Mesa, y vuelve a su papel y a su uniforme, seguro de que aquel hombre nunca se recuperará de aquella traumática experiencia.

Rodrigo Mesa entra en el húmedo zulo. Rastros de comida en las sartenes, bombonas de gas, leche en tazones de aluminio, un paquete de arroz, botellas de agua vacías, diarios atrasados, una cámara fotográfica, mantas y olor a cerrado, una marmita llena de arena, de fondo ancho, que el secuestrado usaría para sus necesidades.

Se acercan el juez y sus ayudantes, para tomar notas y supervisar el trabajo de los de la científica. El magistrado le felicita, y el teniente coronel percibe su perfume demasiado fuerte de siempre. El gesto de reverencia y de desprecio que le ha hecho antes el secuestrador, se lo ha devuelto, ahora sí, al juez. A veces sucede: hacemos el gesto apropiado a la persona equivocada. O mejor no: el gesto aprendido de la persona equivocada nos sirve para hacer un gesto apropiado a la persona adecuada. De pronto los del Patrol le hacen llegar el aviso: le llama Virginia. Está a punto de ser abuelo y tanto su esposa como su hija se encuentran en el hospital.

Tienen dificultades para sacar al bebé. Que su hija tiene el útero pequeño, eso ya lo sabían, pero la resistencia a salir debe de ser fuerte; al parecer la criatura no tiene ganas de abandonar su refugio. Deben provocarle el parto. Su adorada hija, Teresa, la más joven de las dos, abierta por la mitad, solo de pensarlo le dan escalofríos, y siente orgullo al mismo tiempo. El parto se le hace más agónico que el operativo de la mañana, le hace sufrir más. Quisiera ponerse a dar órdenes, pero aquí no puede darlas, por mucho que no haya tenido tiempo de quitarse el uniforme, aquí no sirven para nada los anzuelos de colorines de su pechera. Tiene que compartir la espera con Virginia y con el pánfilo del marido de Teresa. A juzgar por la cara que trae el yerno, cualquiera diría que lo han apaleado. «A este nadie le enseñó a comportarse como un hombre», piensa Rodrigo Mesa. Tras dos largas horas, su hija da por fin a luz; una naranja partida en dos, una de las mitades con vocación de perdurar y abrirse camino en la vida; la otra, Teresa, se diría que con vocación de darse por vencida. La hija tiene realmente cara de recién parida, el niño le ha chupado mucha energía, parece delgada, mucho más aún cuando intenta esbozar una sonrisa, está esquelética, con el pelo ralo y revuelto; Rodrigo Mesa toma en sus brazos a su cuarto nieto, un bebé diminuto que puede sujetarse con una sola mano, demasiado ciego aún para percibir el brillo de las medallas de su pecho. Después de un montón de días, semanas, meses, años, a veces sucede que en un solo día se concentran los sucesos, desaparecen los obstáculos, se resuelven las tramas abiertas; el mundo sigue adelante, imparable, complicado, dejando bien patente la insignificancia de nuestra voluntad y poniendo patas arriba cualquier planificación previa.

—Es chico, Rodri —le dice su mujer; y abuelo y nieto son, por un momento, dos bebés, a cual más niño.

¿Cuánto tiempo hace que su mujer no le llamaba *Rodri*?

—Chico, Rodri, lo que tú querías.

Aunque es chico, diría que se parece más a Teresa, no al yerno. Será mejor permanecer alerta, en cualquier caso: con las personas nunca se sabe, cuando menos te lo esperas te asestan la puñalada y les cambia la cara. Más les vale no bajar la guardia, no se vaya a parecer demasiado al pánfilo.

Cuando el bebé empieza a llorar, se lo quitan de los brazos; «es por culpa del uniforme», se disculpa, es tan áspero el tejido —Virginia le habló una vez del almidón—. Entonces recuerda cómo lloraba aquel hombre cuando lo han liberado del cautiverio, y se sorprende al darse cuenta de lo poco que lo ha impresionado el llanto del secuestrado, y cuánto el de su nieto recién nacido.

Fontecha venía reventado. Desde que formaba parte de la comisión de violencia de género, sus estancias en Vitoria se alargaban sobremanera. Patricia estaba trabajando con el portátil sobre la mesa del salón, con una copa de pie largo llena de vino y rebanadas de pan recién tostado untadas de tres quesos distintos.

—¿Cena de trabajo, cariño? —le preguntó Fontecha, con ironía.

—Qué remedio...

La besó en la mejilla, y se trajo otra copa de la cocina.

—Mañana tenemos una operación bastante complicada. La estaba repasando.

—Déjame adivinar: ¿un cambio de válvula?

—Sí, y de los difíciles: le pararemos el corazón y los pulmones con la máquina nueva. Así podremos trabajar con más comodidad. ¿Quieres ver el diagrama?

—A la hora de cenar, mejor no, gracias.

Patricia era una apasionada de su trabajo. Igual que en todos los aspectos de su vida, también en eso era metódica, exigente, muy dada a cuidar todos los detalles. Le gustaba que las cosas salieran bien y se enfadaba mucho si algo se desviaba de lo planificado. Desde que habían traído la máquina nueva a la policlínica atravesaba una temporada bastante feliz, una dicha profesional que Fontecha no llegaba a comprender del todo, pero que al mismo tiempo lo divertía. La escuchaba siempre con fascinación cuando le contaba que empleaban válvulas extraídas de corazones de cerdo o de aleaciones imposibles, aunque a veces le resultaba complicado seguir sus explicaciones. «Le pararemos el corazón y los pulmones para así poder trabajar con más comodidad». ¿Había máquinas capaces de hacer algo así? Al parecer, las había. Luego, un chispazo y todo volvía a ponerse en marcha. También Fontecha deseaba que aquello fuera posible en su trabajo: detener por un momento su corazón y sus pulmones, no para que alguien trabajara en sus entrañas, claro, sino para poder descansar de algún modo. Luego, un chispazo y podría seguir trabajando, con renovadas fuerzas, con la seguridad de que su corazón y sus pulmones no fallarían. Tampoco estaría mal, por qué negarlo, tener la opción de detener algún corazón ajeno. Se le ocurría una larga lista de gentuza a la que le gustaría cambiar las válvulas, gentuza cuyo corazón le gustaría tener en sus manos. Al contrario que su mujer, Fontecha se largaría del quirófano dejando el pecho del operado abierto de par en par.

—No está mal este vino.

—Con la excusa de que es cardiosaludable, últimamente todos los pacientes me traen una botella.

Fontecha cogió la botella y se puso las gafas de cerca para leer la etiqueta: Château Latour, 1994. Tipos de uva: Cabernet Sauvignon, Merlot, Petit Verdot, Cabernet Franc.

—A saber cuánto cuesta...

—El sueldo de un mes de un mileurista. Es un Pauillac, cerca de Saint-Julien... ¿Te acuerdas de Antoinette y Philippe? No viven lejos de allí...

La alusión a Antoinette y Philippe le amargó el trago. En cierta ocasión le habían dado a probar un vino joven de poca calidad y a él no se le ocurrió mejor cosa que elogiarlo. Se burlaron de él los tres, Antoinette, Philippe y Patricia. «Los vinos de verdad vienen ahora, guárdate las alabanzas para luego», le dijo Philippe, con tono paternalista, queriendo subrayar quizá que soportar aquellas burlas era el precio a

pagar por ser aceptado entre su clase. «No eres de los nuestros, pero te aceptamos... Eso sí, el peaje que habrás de pagar es el escarnio pequeñoburgués y las risitas, tamaña es tu ignorancia. Te enseñaremos, pero poco a poco. Te enseñaremos, pero entre tanto nos divertiremos. Nada es gratis».

Nada es gratis.

El sueldo que en aquella casa hacía frente a los gastos reales era el de Patricia. De Patricia era la atalaya de experta en vinos. De Patricia eran también, aunque ahora habían pasado a ser «de los dos», aquellos amigos de veraneo dueños de un velero, que los invitaban a pasar la Semana Santa en ostentosos castillos del valle del Loira. Él solo era un político modesto. Un político en tierra de bárbaros, así le hacían sentirse en las contadas ocasiones en que visitaban a Philippe y Antoinette. Qué humillado se sintió ante ellos cuando su partido, no sabiendo qué hacer con él, lo envió al Parlamento Europeo, y él tuvo que confesarles que no sabía ni francés ni inglés. Los franceses sí que eran políticos, verdaderos estadistas, la de Francia sí que era política de altura, no lo que Fontecha y sus compañeros de partido hacían en España... En cierta ocasión, Philippe le dio un artículo de Oriana Fallaci sobre Andreotti, como si aquel franchute quisiera darle una lección sobre lo que era la política, precisamente a él, que había sufrido durante años la sombra de los guardaespaldas, al ex delegado del Gobierno que en la convulsa década de los ochenta se desayunaba cada mañana con algún muerto. Aún recordaba el artículo de Fallaci, en el que contaba el miedo que le había inspirado Andreotti, la conclusión a la que había llegado tras conocer al jefe de Estado italiano: «El verdadero poder te ahoga con lazos de seda, con encanto e inteligencia». Sí, ese era el tipo de frases que gustaba a Patricia y sus amigos franchutes. Philippe, Antoinette. Vinito y degustación de quesos. Pero todo aquello no era impedimento para Fontecha. Patricia era el amor de su vida, y estaba dispuesto a perdonarlo todo, incluidos los desprecios y las carcajadas, también el escarnio, porque estaba completamente convencido de que lo hacía sin querer.

—Habréis comentado la noticia del periódico, ¿no? Han estado llamando sin parar hasta las diez. No lo he cogido, claro. Al final he decidido desconectar el teléfono. Es tan gracioso...

Fontecha sabía de sobra a qué se refería su mujer. ¿Le parecía *gracioso*? Volvió a llenar la copa de vino más de lo recomendable, olvidando a los comedidos Antoinette y Philippe, y apuró de un solo golpe aquel Château Latour tan cardiosaludable, «un Pauillac», de espaldas a Patricia, seguro de que ella no apartaría la mirada de la pantalla: válvulas, cerdos, pulmones detenidos y un corazón paralizado.

Viendo que Fontecha no decía nada, Patricia retomó el hilo. Aún lo hacía divertida:

—Tendrás que aclarar a los periodistas que no soy exactamente cardióloga, sino *cirujana cardiovascular*... Si todas las noticias las dan con el mismo rigor...

Fontecha se sentía demasiado cansado, y un poco decepcionado también. Lo de

estar cansado no tenía remedio, pero la decepción no la traía consigo al cruzar el umbral de su casa, y eso le dolía más. Aunque sabía que se iba a arrepentir nada más decirlo, no pudo evitarlo:

—¿*Tan* gracioso te parece?

Fontecha se empeñó en esbozar una sonrisa mientras formulaba la cuestión, pero sabía que el gesto le había salido forzado, a causa de su orgullo herido. Patricia apartó la mirada de la pantalla por primera vez.

—No pensarás en serio presentarte, Javier...

—No era esa mi intención, desde luego, pero...

—¿Se te ha olvidado en qué quedamos respecto a eso?

—No, pero las cosas han cambiado...

—Te destrozarían, Javier. Hace tiempo que está elegido el candidato, lo sabes de sobra...

—Me lo ha pedido el partido... He recibido llamadas importantes, de gente que ni te imaginas.

—¿El sucio judas de Fuchs que te llamó para que pidieras la convocatoria de un congreso extraordinario? Salisteis en su favor como corderitos... El candidato será él... ¿Acaso lo pones en duda?

Patricia tenía razón. Patricia tenía razón en cuanto decía. Todo lo que ahora le estaba reprochando, ya lo habían hablado a menudo en la sobremesa de las cenas, casi siempre entre risas y con desdén, subrayando lo lejos de ellos que estaban aquellas miserias del partido, protegiéndose de aquellos seres repugnantes que se acuchillaban por una pizca de poder, formulando conjuros para nunca tener la tentación de caer en semejantes luchas fratricidas que sacaban lo peor del ser humano. Patricia tenía razón, pero eso no calmaba a Fontecha en absoluto.

—Todavía no hay nada decidido.

Patricia se levantó de su silla.

—¡Lo estás *pensando*! Te han lavado el cerebro, ¿o qué? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Por qué nunca me lo has mencionado?

—Ya te he dicho que aún no hay nada decidido, Patricia.

—Pero te lo estás *pensando*...

—Me lo estoy pensando, sí. ¿Qué hay de malo en pensarlo?

—Todo, si desde el principio sabes que lo que piensas no lleva a ninguna parte.

—Puede ser una oportunidad. La última.

—Te han dado pico y pala para que caves tu propia tumba... El candidato será Fuchs, lo sabes mejor que nadie...

Quizá porque entendió que había sido demasiado dura, Patricia se le acercó para susurrárselo a media voz, convencida de que el contacto físico suavizaría la cruel evidencia de sus palabras. Acercó su mano a él, pero no para acariciarle cariñosamente el cuello, y tampoco para palmearle el hombro con paternalismo. Se la colocó en un punto intermedio. Cariñosamente. Con paternalismo. Convencida de

que el amor que él sentía por ella inclinaría la balanza hacia la percepción cariñosa del gesto.

—Querido, ¿es que no te das cuenta?

—Yo siempre te he apoyado. Siempre te he animado en tu carrera.

—Lo sé, cariño.

—¿Y tú, por qué no?

—Que quede claro: la decisión será tuya. Me tendrás a tu lado, eso ya lo sabes. Pero no creo que sea una buena idea.

—¿Por qué?

—Porque te arrojarías a ti mismo a los lobos, y perdona, pero tú no eres uno de ellos. No estaría contigo si lo fueras.

—Pero lo fui...

—¿Tú, un lobo?

—¿Qué crees que era esto en los ochenta? Fui delegado del Gobierno... Aún no me conocías...

—Las cosas han cambiado mucho desde entonces. El mundo era más sucio, pero los políticos erais más limpios.

Un estallido de ingenuidad, al fin. «Si tú supieras, Patricia», pensó, y por un momento aquella ingenuidad de su mujer le hizo sentirse más fuerte que ella. «Tú, con esa capacidad tuya de parar los pulmones y los corazones, tú, con tu cuenta corriente bien provista, con tu afición por el teatro. Con tu aptitud para hablar largo y tendido sobre el argumento de *La Traviata*, con tu colección de discos de Cecilia Bartoli, Château Lafitte, Château Latour, "es un Pauillac", con tu perfecto francés, tú, querida esposa, ni siquiera tú lo sabes todo. Lo ignoras casi todo sobre mi mundo. Sobre mi vida anterior. Si supieras que nada sabes, ¿acaso vivirías conmigo, acaso en su momento me habrías abierto la puerta siquiera a la humillación pequeñoburguesa? *Parar los pulmones y el corazón para así poder trabajar con más comodidad...* ¿Qué te parecería si te dijera que también yo sé algo de eso?».

Lo piensa, pero no lo dice.

Entonces el mundo era más sucio, pero los políticos erais más limpios.

¿No sería al revés? «Todos éramos más jóvenes», se dijo Javier Fontecha, esa era la única diferencia. Que el olor a podrido era distinto en los jóvenes y en los mayores. Aunque todos fueran corruptos, atraían a moscas diferentes las podredumbres joven y vieja.

—¿Qué te ronda la mente, Javier?

—Puede que tengas razón: no debería presentarme. Ya no estoy para esos trotes.

—Eres demasiado bueno para que te pongan en primera fila. Es todo cuanto intentaba decirte.

La idea de entregar las armas en el pantano ha sido de Pedro Vargas. Llevan también la documentación que falta, así como el coche con su llave. Para cuando los recogen en el bar Beti-Jai y los traen, Hernández y él esperan ya con el material.

—¿Solo una llave?

El hombre que tiene una segunda ceja sobre la primera dice que quiere un duplicado.

—¿Para qué?

—¿Qué pasa si la perdemos?

Pedro Vargas ni siquiera contesta. No merece la pena. Les entrega la documentación y las fotos, les presenta a Hernández. Los portugueses no ponen muchos reparos a la documentación: solo se fijan en las fotografías, como quien pasa deprisa las páginas de sociedad y política del diario hasta llegar a las sección de deportes, despreciando descaradamente los informes mecanografiados. Vargas abre el maletero del coche y les muestra las armas. Los portugueses se quedan mirando como niños delante de un puesto de chucherías. Al principio se quedan maravillados con los subfusiles.

—¿Benelli?

—Sí, Benelli.

Quitán el seguro e inspeccionan la munición: todo en regla.

—¿Y las Beretta?

Pedro Vargas abre la segunda caja.

—No hay Berettas: estas son Star. ¿No son lo suficientemente buenas para vosotros?

—Nosotros pedimos Berettas. —Ahora el que habla no es el de la doble ceja, sino el otro. Un palurdo de mil pares.

—No hay Berettas... lo siento.

—Sin Berettas no lo haremos.

Pedro Vargas empieza a ponerse nervioso. Creía que todo eso ya lo había negociado el jefe. Coge una de las Star y carga el arma, furioso. Tanto que el más palurdo de los portugueses teme por un momento que los vaya a liquidar allí mismo: se arrepiente de los dos brandys que se ha tomado para desayunar; si no se los hubiera tomado, quizá tendría suficientes reflejos como para sacar la pequeña pistola Derringer que lleva en la chaqueta. El repentino cambio de humor de Pedro Vargas ha pillado a todos por sorpresa. No solo a los portugueses. También a su compañero Hernández.

Coloca el silenciador a la pistola y se la mete al cinto. Saca la rueda de recambio, que está debajo de la caja de armas, y la lleva rodando hasta uno de los abedules que hay al borde del pantano. Apoya la rueda contra el árbol, y vuelve caminando hasta el lugar donde están los portugueses y sus hombres de confianza.

Efectúa tres disparos contra la diana improvisada, desde una distancia aproximada de veinte metros, uno detrás de otro. Firme el pulso. Las dos primeras balas perforan la llanta de lado a lado. La tercera desinfla la cámara, pero impacta cerca de la circunferencia de aluminio.

Pedro Vargas mira con rabia a los portugueses, limpia las huellas de la culata con

la manga y entrega el arma al hombre de la doble ceja.

—Star. No las encontraréis mejores. ¿Creéis que seréis capaces?

Los portugueses se miran, parecen dudar.

El hombre de la ceja doble da el visto bueno, con voz ronca, refunfuñando:

—De acuerdo. Pero necesitaremos una rueda de repuesto, por si las moscas.

«Su puta madre», dice para sí Pedro Vargas, pero luego palpa la medalla de la virgen de Vera Cruz por dentro de la camisa, le pide perdón y decide calmarse.

Se acuerda de Ivan Lendl, el tenista checo. De esos que saben controlarse y no pierden los estribos. Sangre eslava. Para sí la quisiera.

Desde que tomó la decisión de presentarse a las primarias de su partido para ser candidato, Fontecha estaba hasta el cuello de trabajo. Afortunadamente contaba con Belén, su secretaria.

Belén era una *rara avis*. Tenía una especie de aura. ¿Tal vez el ímpetu de la juventud, a los ojos de un hombre maduro? Era muy posible, sí, pero Fontecha quería creer que la aureola de Belén era algo más que una efímera lozanía biológica que acabaría por apagarse. Recién afiliada al partido, dominaba con soltura cuatro lenguas, y fue la primera de su promoción en la Universidad de Deusto. Su único defecto era ser licenciada en Derecho, una carrera vulgar para una persona fuera de serie. Como a la mayoría de los que estudiaban en Deusto, le gustaba precisar que había hecho «derecho económico», como si quisiera en cierto modo rentabilizar el esfuerzo, y distinguirse de la mediocre horda de picapleitos. ¿Un toque elitista? ¿Clasista, tal vez? Puede. Después de licenciarse con uno de los diez mejores expedientes de su promoción, había cursado un máster de periodismo y fue nombrada de inmediato ayudante del responsable de comunicación de la comunidad autónoma. Hasta que terminaran las primarias, iba a ser su mano derecha. Una vez encontrada una joya semejante, Fontecha albergaba esperanzas de que pudieran recorrer un largo camino juntos en el futuro.

Iban tan tranquilos, volvía a ser época de alto el fuego y, dado que habían aprendido que esos períodos de tregua no eran para siempre, les tocaba disfrutar de la ocasión, casi hasta el punto de olvidarse de los guardaespaldas que caminaban discretamente a unos cincuenta metros de ellos. Si el verano durara por siempre, no sería tal.

—Tenemos una entrevista. Una edición local, poca cosa. La periodista es una tal Idoia Erro. De joven trabajó en la prensa de la izquierda abertzale, pero lleva ya unos cuantos años en la redacción de Bilbao de *El Mundo*.

Fontecha no tenía buena memoria, pero la amargura hace muy bien el trabajo del líquido fijador, y aquel nombre se le había quedado grabado. Idoia Erro. Tenía muy presente el perfil que le hizo aquella periodista, y que había provocado una discusión con Patricia. Después de tantos años juntos, no había conseguido que Patricia dejara de comprar *El Mundo* y se pasara a *El País*.

«Tendrás que aclarar a los periodistas que no soy exactamente cardióloga, sino cirujana cardiovascular... Si todas las noticias las dan con el mismo rigor...».

—Es de suponer que ya se le habrá difuminado la idealización de sus luchas de otro tiempo, pero más te vale tener cuidado, por lo que pueda pasar.

Pedro Vargas era de la vieja escuela. No solo porque creía en Dios y en los castigos divinos. Creía también en la lealtad y en la venganza.

Y fue un viejo vínculo de lealtad el que le empujó camino de Palencia, con la bombona de oxígeno como copiloto; aunque se veía obligado a llevarse de cuando en cuando la máscara a la nariz y la boca, sabía que llegaría sano y salvo. La virgen de Vera Cruz lo auxiliaría. Tenía allí una cita importante, algo que suele bastar para convencerte de que llegarás a tu destino sano y salvo. Antes de entrar a la autopista, condujo por la carretera comarcal y se detuvo un momento en el pantano. El lugar apenas había cambiado. Los abedules seguían en su sitio. Por allí enterrados debían de estar también los casquillos de la Star. Sin salir del coche, se pasó al asiento del copiloto y sujetó la bombona en el regazo. Sin embargo, abrió la ventanilla y respiró el aire del exterior en lugar de recurrir al oxígeno de apoyo. Al contrario de lo que esperaba, aquel aire limpio no fue suficiente. Tuvo que ponerse otra vez la máscara a toda prisa, para no asfixiarse.

¿A qué venía aquella parada en el pantano? Allí ya no había nada. Aguas tranquilas, recuerdos perturbadores. Y, a pesar de todo, aquel lugar significaba muchas cosas para él. Le traía multitud de recuerdos. Lo calmaba y lo ponía nervioso. Beretta y Benelli.

Llegó a Quintanaluengos antes de oscurecer. Se encontró a su hermano arrancando las malas hierbas. Se abrazaron. Con gusto le habría dicho: «No tienes edad para andar arrancando hierbas».

—¿Cómo se te ocurre venir sin avisar? ¿Cómo estás? Te sacaré algo de comer...

Le dijo cortésmente que no tenía apetito, pero no pudo rehusar un hermoso trozo de melón.

—Me lo trajo ayer mismo el yerno de Murcia. Está en su punto.

Fresco y dulce: hacía tiempo que Vargas no comía nada tan a gusto.

—¿Por qué no te has traído al hijo? En el estado en que estás, ha sido una tontería hacer el viaje solo. ¿Hasta cuándo piensas quedarte?

«¿En este mundo, quieres decir?», estuvo tentado de responder Vargas. Pero, para una vez que venía de visita, no quiso ser insolente con su hermano.

—No te conviene conducir. Estoy solo hasta mañana por la tarde. Si quieres, la Nuri puede llevarte a casa...

Pedro Vargas le contestó que no.

—¿Más melón?

—Quizá por la noche...

—Por la noche, nada de melón: «Por la mañana, oro; por la tarde, plata; y por la

noche, mata». ¿Es que no te acuerdas del dicho de padre?

Los dichos, claro, Pedro Vargas se sabe muchos: «Pocos y finos, *como en botica*».

—Del viejo recuerdo muchas cosas. Por ejemplo, por qué se metió guardia civil.

—«Para que todo esté en su sitio».

—Exacto. «Para que todo esté en su sitio». Don Emilio por aquí, don Emilio por allá, todos conocían y estimaban a Emilio Vargas, todos llamaban a padre por su nombre de pila.

—Es pequeño nuestro pueblo.

—Pueblo pequeño, infierno grande.

—Nunca disparó un tiro. Ni siquiera al aire.

Aquello era una puñalada. Nunca habían hablado del asunto cara a cara, pero algo sabía su hermano acerca de la guerra del Norte de los años ochenta. No estaba de acuerdo con los métodos que habían empleado. Su hijo tampoco, en eso se parecía a su tío. Le producía una especie de escozor comprobar que nadie de su entorno fue nunca capaz de ponerse en su piel.

—Diría que nuestro padre... confundió ser guardia civil con ser sereno —afirmó Pedro Vargas.

—No fue tu caso.

—De niño, ¿no querías ser como él? ¿Nunca? Cuando éramos unos críos... ¿qué era para ti ser guardia civil? El «síndrome del norte» aún estaba por inventar.

—Pero Franco murió cuando tú entraste al cuerpo, Pedro... Podías haber escogido otro camino.

—¿Como tú, quieres decir?

No es capaz de responder a eso. A su hermano nunca le hizo gracia que Pedro se hubiera metido guardia civil. Él siempre se dedicó a la agricultura y a los sindicatos agrarios, nunca sintió la tentación de abandonar Palencia, ni siquiera cuando parecía que toda la familia iba a morírsele de hambre. Dos veces quebró su cooperativa, y las dos veces le dejó dinero Pedro. Por no hablar de los estudios de empresariales de su hija Nuria.

—Cuando me hice guardia civil, ¿tú te crees que estaba yo pensando en Franco?

—No te arrepientes, entonces.

—Cada cual vive su vida. Hacemos lo que podemos.

En esas dos últimas frases estaban de acuerdo los dos. Ambas podían haberlas dicho tanto Pedro como su hermano. Pero la falta de arrepentimiento tenía matices distintos en cada uno de ellos.

Vargas fue a rezar tres veces ante la virgen de Vera Cruz. Por un momento, le dio la impresión de que la imagen se parecía a Ivan Lendl. De vez en cuando le pasaba ese tipo de cosas desde que dejó de tomar las medicinas para su enfermedad mental. A tomar por saco. Bastante atiborrado le tenían ya con la medicación contra el cáncer.

Don Gregorio lo recibió con los brazos abiertos. Pedro fue generoso en su día, cuando se cayó la campana de la iglesia y hubo que poner dinero para comprar una

nueva. Aquella donación de Pedro Vargas había sido *anónima*. Era lo que le había sobrado tras comprar la casa de Nerja. También aquello fue en los ochenta, no había tanto control como ahora respecto al dinero confiscado en la lucha contra el narcotráfico. Tampoco respecto a las facturas de la iglesia, al parecer. Hoy en día también ponía en duda la fiscalización de estas últimas. Aunque la afluencia de parroquianos había bajado muchísimo, entre una cosa y otra, el negocio que menos se había resentido era el de don Gregorio. El sacerdote no tardó en reparar en la bombona de oxígeno con ruedas que arrastraba Vargas.

—Te ha afectado los pulmones, ¿me equivoco?

Vargas había decidido que no se iba a dejar hacer ni una sola punción, placa ni escáner más. Sus últimas visitas a los médicos solo habían servido para corroborar que nuevos territorios habían sido invadidos por la metástasis. Había perdido la guerra pero, por desgracia, no podía, como los mariscales, ordenar la retirada a los hombres bajo su mando y abandonar el campo de batalla. De nada servían las Star, las Beretta, los Benelli. Porque el campo de batalla era su propio cuerpo. Era demasiado fácil pensar que la expansión de ese cangrejo que llevaba en su organismo era consecuencia de los malos actos de su vida: castigo de Dios, Soto y Zeberio pudriendo sus entrañas, dos jóvenes diminutos, dos esqueletos esparciendo veneno por sus intestinos y sus pulmones. No, las cosas no eran tan sencillas, pero la mente humana funciona a veces de forma tan simple...

Vargas se quedó mudo cuando, al tiempo que solicitaba al médico que le subieran la dosis de morfina, oyó a su mujer pronunciar aquellas palabras:

—Esto es una tortura.

La verdad siempre sale a la luz, a fin de cuentas.

Vargas dio noticia al cura de aquellos días de octubre de 1983, pero no como anteriormente, como quien se dice a sí mismo «hiciste lo que tenías que hacer», sino de forma totalmente distinta. Tal como él lo recordaba, sin olvidar ningún detalle, sin tomarse el trabajo de justificarse. De un modo en que nunca se lo había contado a sí mismo, sorprendido por la facilidad con que se entrelazaban las palabras y frases que iban saliendo de su boca. Le repitió también las palabras de Rodrigo Mesa, sin mencionar su nombre:

«Tienen un aspecto lamentable, no podemos dejarlos así: que desaparezcan».

De vez en cuando se llevaba la máscara de oxígeno a la boca, y absorbía un aliento más de aquella bombona que venía a ser un almacén de últimos alientos, sin ninguna certeza de cuándo llegaría el aliento final. Había comenzado la cuenta atrás. El último aliento puede ser más de uno. Qué lejos quedaba la época en que podía jugar partidos de tenis de cinco sets sin agotarse. Las broncas simuladas de McEnroe, la bola entró, apurado, muy apurado.

El cura escuchó su relato, y quedaron ambos en silencio por un instante.

—Es terrible todo eso que me dices, Varguitas.

Se llevó la máscara al rostro, aunque esta vez no se debía a que los pulmones le

pidieran más aire. Se llevó la máscara a la cara, no como portadora de oxígeno, sino como máscara de cobertura.

Contar cosas terribles a sacerdotes compasivos. ¿Qué hacía que aquello fuera posible, a principios del siglo XXI? La respuesta era muy simple: conscientemente o no, quien se va a confesar sabe que no hay institución que haya cometido tantas atrocidades como la Iglesia. Resulta mucho más fácil contar las propias salvajadas a quien las ha hecho similares, seguro de que la institución que tiene delante ha sido más sanguinaria que la propia. ¿Cómo ignorarlo? Las barbaridades cometidas, la Inquisición, la dictadura interna, constituían el mayor capital moral de la Iglesia: su forma de funcionar era críptica y opaca, por eso atraía aún a personas dudosas y oscuras y sus testimonios para luego hacer negocios con esos secretos. Tenía la atracción de los agujeros negros. En el momento en que la Iglesia se convirtiera en una institución transparente y democrática, su poder se acabaría.

Vargas quedó tranquilo, en paz. Se sentía aliviado, arrodillado en el confesionario de madera. Afuera hacía demasiado calor, pero allí, al fresco, sus pulmones no demandaban tan a menudo la máscara de oxígeno. Se habría quedado allá toda la tarde, en penumbra, esperando la sentencia. Le picaba un poco la curiosidad, cierto: eran demasiados años sin confesarse, sin hacerlo «de veras». —Beretta y Benelli—, y no sabía si el cura le iba a decir «*ego te absolvo*», o solo lo bendeciría con la mano. Ignoraba qué penitencia se le ocurriría al comprensivo padre; por no saber, ni siquiera sabía si se apiadaría de él viéndolo en un estado tan lamentable.

Vargas recordó su viaje de bodas a Italia, cómo en la visita al Duomo de Milán se quedaron estupefactos al ver, dentro de la inmensa catedral, docenas de confesionarios dispuestos en hilera uno al lado del otro, a cual más elegante. Uno podía confesarse en docenas de lenguas distintas. Aquello era un verdadero procesador multilingüe de secretos. Junto a todos aquellos pequeños cubículos, vieron uno de mayor tamaño: *penitenza maggiore*. Vargas y su mujer bromearon acerca de qué grave pecado habría que cometer para entrar en él.

Ahora ya lo sabía.

Dicen que, a fin de cuentas, la verdad siempre sale a la luz. Pero la mayoría de las veces sucedía tarde, cuando ya no servía para nada. «Por la mañana, oro; por la tarde, plata; y por la noche mata».

Dicen que la verdad siempre acaba saliendo a la luz, y generalmente lo hace porque aquel que la ha estado ocultando durante años la confiesa; se sabe el secreto por voluntad de quien lo ha guardado, no por el tenaz trabajo de investigación de quien lo ha estado buscando, sino porque quien lo posee quiere desprenderse de su custodia. Uno se delataba a sí mismo, al fin y al cabo. Por tanto, la mayoría de las novelas de detectives estaban basadas en una falsedad. No eran creíbles en absoluto. Siempre resultaba más importante la confesión espontánea que la pesquisa cerebral.

—Sus familias deberían saber dónde están los huesos —le susurró el cura, y Vargas dio por oída su penitencia.

Qué había empujado a Fontecha a iniciar aquella relación —¿pero, de veras la empezó él? ¿No habría sido Belén?—, no era cosa fácil de explicar.

Las largas horas de trabajo que habían pasado juntos, las noches que compartieron fuera de casa, en el mismo hotel y distintas habitaciones, pero también, y especialmente, algunos momentos íntimos que se produjeron entre aquellas largas horas, aburridas, neutras e insípidas, sin ninguna intención previa de deslizarse hacia una relación física y sentimental; momentos que, de improviso, acercaron su relación laboral a su esfera personal. Uno de esos relatos que se contaba a sí mismo — probablemente falso, por tanto—, era el de la entrevista que le hizo el enviado especial del *New York Times*. La entrevista fue larga, aunque a la hora de componer el reportaje el periodista apenas si le dedicó cuatro líneas; Belén ejerció de traductora. No solo tradujo sus palabras: tal como hacen los intérpretes, le susurró al oído, sentada a su lado en el sofá, las jugosas preguntas del entrevistador. Aquella proximidad, el muslo de la chica apretándose contra el suyo, los labios de Belén rozando su oreja, aquella voz susurrante, fue lo que acabó por encandilarlo.

A Fontecha se le ocurrió que podría pasarse allí todas las horas del mundo, como esos que susurran a los caballos, él convertido en caballo y Belén en su susurradora. Le resultaba excitante tenerla tan cerca, aquel perfume de pétalos blancos, el aroma de la crema hidratante que se daba en la cara. Estaba nervioso en puertas de aquella entrevista, fue una sorpresa para él que Belén se sentara tan cerca, no solo con los muslos y las cinturas en contacto, sino también los hombros, sin reparos. Cuando la chica, al explicar las preguntas, movía las manos, Fontecha miraba a ratos sus dedos, para no verse obligado a sostener constantemente su mirada —eso lo ponía aún más nervioso—; quería darle a entender que mantenía la atención, que comprendía la pregunta, sí, pero lo que Fontecha quería en realidad era coger aquellas manos, acariciarlas, contagiarse de aquella fina piel, de aquel suave tejido. Todo muy profesional, solo profesional y nada más que profesional, un impersonal ejercicio de traducción consecutiva; solo hablaron de política, de la sociedad vasca, de la pasión de los nacionalistas vascos y la crítica visión de Fontecha con respecto a esa pasión; y, sin embargo, Fontecha deseaba que el cuestionario no terminara nunca: «Que haga preguntas largas, quiero seguir oyendo la traducción de Belén al oído».

Una vez terminada la entrevista en el vestíbulo del hotel, compartiéndola por una vez, hablarían de ello en la misma habitación, de cómo a Fontecha se le aceleraba el pulso solo de pensar que le estaría viendo hasta los pelillos de las orejas mientras ella le traducía las preguntas, de cómo también Belén tenía cierto recelo de si su aliento no le resultaría desagradable a Fontecha, «como si las orejas fueran narices de incógnito capaces de captar los olores...». Y tras la atemporalidad de los hoteles, llegó el momento de conocer la casa de Belén, un paso demasiado grande, de esos que dan vértigo; entraron por el garaje, temiendo que alguien los viera, muy de madrugada; pero nadie los vio, y se sintieron a salvo en los brazos del otro, en una guarida clandestina, en un refugio. Y su casa, una casa sencilla, muy doméstica, la

casa de alguien que acaba de dejar de ser estudiante y aún no tiene el dinero suficiente para dejarse caer en las garras del diseño —al parecer, los sueldos del área de comunicación del partido no eran tan generosos—; muebles y tazones de Ikea, nada que ver con el derecho económico, allí predominaba la Belén corriente y moliente, a la medida de la ropa que vestía, una buhardilla con aspecto de desván, un poco bohemia incluso, por qué no decirlo, y qué ternura inspiraba presenciar su pudor al repetir constantemente si aquel lugar no sería *poquita cosa* para Fontecha, «tengo una casa muy normalita», cuántas veces no habría repetido aquella disculpa, ignorando probablemente que Fontecha se iba a sentir allí más a sus anchas que en su propia casa, que le haría revivir los recuerdos intermitentes de su época de estudiante, que la casa lo iba a rejuvenecer casi tanto como su aterciopelada piel, que lo emocionaría ver a Belén a horcajadas sobre él, sujetando su pene y acariciándolo como si le perteneciese a ella, transformada de pronto en una imposible travesti ante sus propios ojos, «hacía años que nadie me masturbaba».

Y después, cosas que era mejor evitar cuando los amantes ocasionales quieren seguir siéndolo: el riesgo de conocer la rutina diaria del amante, la costumbre de preparar juntos comidas sencillas que dejan más tiempo para el sexo, el hecho de ayudarle a doblar su ropa, de aprender cómo se abren y se cierran los frascos y las cremalleras de Belén, susurrándole cosas al oído para que se ría, la culpa es del enviado especial del *New York Times*, de aquellas palabras traducidas al oído.

Vivir ese riesgo, y caer en él. El riesgo de despeñarte, y la certeza de que tendrás ocasión de volver a hacerlo.

Cuando leyó que habían identificado los huesos de Soto y Zeberio en Cartagena, Rodrigo Mesa llamó inmediatamente a Vargas. Pero este no le cogió el teléfono. Entonces, devorado por la impaciencia, lo intentó directamente con Fontecha.

La de Rodrigo Mesa era la última voz que Fontecha habría deseado oír.

—¿Has visto la prensa?

«A veces se traen también a los perros».

«¿Los perros?».

«Sí, para entrenarlos».

«Pues de ahora en adelante que no los traigan. Por una temporada, se acabaron los perros, las motos y los partidos de tenis. ¿Está claro?».

—Rodrigo...

—¿Has leído el periódico? —oyó de nuevo.

Javier Fontecha no necesitaba desdoblar el periódico para saber qué decía, aunque enseguida leería la noticia, en diagonal, como quien lo sabe todo, solo para comprobar cuánto se alejaba de la versión que mentalmente tenía ya escrita, y especialmente y sobre todo, para cerciorarse de si aparecían su nombre y sus apellidos.

No aparecían, pero —así son de inescrutables los caminos de la mente— no por

eso Javier Fontecha se quedó más tranquilo.

—Quiero un buen abogado —le dijo Rodrigo Mesa, amenazante—, no el payaso que me pusisteis la última vez.

—Por teléfono, no, Rodrigo...

—Entonces, ¿dónde quedamos?

En cuanto llegó a casa, Patricia advirtió su palidez.

—¿Ha pasado algo, Javier?

Desde que se rompió el alto el fuego Patricia prestaba más atención a su marido, a sus entradas y salidas, a sus imprevistos; prestaba más atención, incluso, a las noticias de la radio. Siempre reparaba en su reloj cuando había un televisor cerca, y a las horas en punto encendía la radio, y oía el primer minuto del noticiario para asegurarse de que no habían matado ni a su marido ni a nadie: *tsunami* en Malasia, terremoto en Haití, convenio laboral amenazado, la gripe aviar golpea duramente Asia. «Está bien, lo siento, pero lo que me pide el cuerpo es un suspiro de alivio». Ciertamente: el diámetro de las catástrofes que nos afectan es muy limitado, y se va reduciendo con el paso de los años. «Hoy tampoco han matado a Javier», o, como mucho, «un día más sin atentados», se decía; y su corazón —ese cuyo funcionamiento tan bien conocía, con sus válvulas y sus isquemias y sus electros escarpados— volvería a sus constantes habituales, el móvil dejaría de ser una bomba de relojería, dejaría de ser una granada de mano en su bolsillo, a punto de explotar en manos de su portadora, para convertirse otra vez en el aparato corriente del mensajero: un divertido aparato para enviar y recibir mensajes frívolos. Lo pasaba mal cuando esperaba a Javier, especialmente cuando asistía a actos públicos, aunque sabía que en el fondo esas ocasiones eran las más seguras; que a la mayoría los *liquidaban* —«Dios, ¿qué verbo es ese?»— por la mañana temprano, cuando menos lo esperaban, a causa de un pequeño error o un mínimo instante de relajación en las medidas de seguridad, incluido el guardaespaldas, con una bomba lapa debajo del coche, «como ratas»; y sabía que poco se podía hacer, lo único que quedaba eran sus corazones destrozados, y que era imposible volver a ponerlos en marcha luego con una chispa, que no había válvula porcina ni metal de aleación especial que pudiera resucitarlos. Patricia estaba acostumbrada a ver sangre en su trabajo: transfusiones, un chorro que brotaba inesperadamente, los guantes de látex, las mascarillas y batas que acababan en la basura tras las operaciones más complicadas; solo muy de vez en cuando se les quedaba algún paciente en el quirófano, máscaras hieráticas imposibles de revivir, aneurismas difíciles de detectar, no siempre era posible el milagro. Aquello era parte de su profesión: ciertos olores, ciertas imágenes y ciertos gestos, precisos y certeros, bastante mecanizados a base de repetirlos una y otra vez. Los increíbles adelantos tecnológicos de los últimos años la habían obligado a aprender constantemente nuevas prácticas y nuevos gestos —lo atestiguaban, en la biblioteca de casa, al lado del montón de novelas del gusto de Javier, los gruesos manuales de cirugía que llenaban las estanterías, y los artículos de investigadores de Estados Unidos y

Australia—, pero la sangre es siempre sangre, y estaba acostumbrada al dibujo exacto del bisturí, al corte calculado, a palpar esternones con la punta de los dedos. Nada que ver, sin embargo, con la perspectiva de encontrarse desangrado en mitad de la acera a su marido. Aunque nunca se lo había confesado, pensaba en ello a menudo cuando Javier le daba el último beso antes de salir de casa. Les cambiaron los horarios y la rutina diaria, gracias que al menos sus hijos estaban ya en la universidad o se habían casado —cada uno tenía los suyos, de cónyuges anteriores, en otra vida—. Tenían que reconocerse el acierto de haber tenido pronto a sus hijos, así aquel mal trago les afectaba solamente a ellos, no a sus retoños. Del mal, el menos. Pero lo menor de un gran mal, en cualquier caso.

—¿Ha pasado algo, Javier?

Amar a alguien consiste en no recriminarle los bruscos virajes de dirección y los cambios de coordenadas vitales que hemos hecho por él; cuántas veces no habrá arruinado las relaciones esa fiesta de reproches: «Si no fuera por ti, a mí me da igual, pero tú, no te das cuenta de que si no fuera por ti yo, por ti le dije que no, por ti dejé de ir, renuncié a ello por ti y por los niños, ¿es que no te das cuenta?»; «Querer a alguien, Javier —piensa Patricia a menudo—, es no confesarle nunca que has renunciado a la tertulia de después del trabajo que antes tanto disfrutabas, que has prescindido de la cerveza que todas las tardes te tomabas con los neurólogos de la policlínica y el responsable de cirugía estética; ¿por qué?, para llegar al coche antes de las siete y no a las siete y cuarto, porque quieres oír en la radio el boletín de las siete en punto, sentada en tu coche recién comprado, envuelta en el olor a cuero de la tapicería. Y amor es también rezar sin tener fe, mientras miras al móvil como si fuera el oráculo, esperando que en el informativo no pronuncien el nombre de tu marido».

—¿Ha pasado algo, Javier?

«Lo quiero, lo quería y me acostumbré a vivir con él; luego la costumbre ganó peso, y el amor lo perdió; pero también se puede amar una costumbre, ¿no?». Se ha hecho tanta literatura, tanta ficción, tanto psicoanálisis barato a cuenta de esa simple ecuación: cómo compatibilizar la costumbre y las hormonas, cómo aunar la razón y la pasión sin autodestruirse, cómo asumir las batallas que se juegan y se pierden en el interior de uno, y seguir caminando dignamente por la calle con la cabeza alta, con un aspecto y una actitud que hace unos años habríamos considerado ridículos en nosotros mismos.

—¿Ha pasado algo, Javier?

Es algo que le ha dado la costumbre, esa capacidad para leer el rostro de Javier como si fuera la palma de su propia mano; sucede con los años, es lo único que le agradecemos al paso del tiempo: llega un momento en que todos los tipos de gente y de caras que conocemos los hemos visto ya en algún otro lugar, en el semblante de otro. «Nada nos resulta nuevo y, a partir de cierto instante, es hasta tranquilizador que no haya nada nuevo —pensaba Patricia—, y por eso sé que la palidez de mi marido significa algo, y me preocupa saber lo que significa, porque está vivo, aquí y

conmigo, y porque el beso que me ha dado esta mañana —entonces no lo sabía, pero ahora sí— no ha sido el último».

Javier le dijo que no, que no había de qué preocuparse, pero Patricia sabía que no era cierto, y que Javier acabaría por confesarlo.

—Tengo algo que contarte, Patricia.

—Hemos tenido que darle seis puntos, pero su esposa está bien.

—Muchas gracias, en realidad... no es mi mujer, trabajamos juntos.

El médico le miró por encima de sus gafas, que parecían de poca graduación para su miopía.

—¿Cómo se ha hecho la herida?

«Estábamos follando como locos, tenías que haber oído cómo gritaba. Esta hembra me rejuvenece veinte años».

—Se ha resbalado y ha caído hacia atrás... Se ha golpeado con la mesilla de noche...

Entonces se dio cuenta de que no había acordado una versión conjunta con Belén. No sabía qué le había contado ella al médico. Le entró pánico. La hemorragia era importante, le puso hielo en la nuca y se vinieron volando a urgencias, sin pensar en nada más.

El médico permaneció en silencio, escribió algo en la libreta que tenía en las manos.

—En este tipo de casos... tenemos que redactar un informe, como usted sabrá.

«Como usted sabrá».

Vaya si lo sabía. Javier Fontecha intentó que su voz no temblara demasiado.

—Lo comprendo.

Cuando sacaron adelante la ley contra la violencia de género, poco sospechaba Fontecha que fuera a afectarle de aquella forma algún día.

—Puede visitarla si quiere, le hemos dado calmantes. No parece que tenga ningún coágulo, pero lo mejor será que pase aquí la noche.

La pobre Belén se sentía culpable, tanto como si hubiera sido ella la que diseñó aquel borde afilado de su mesilla de noche.

—¿Estás bien?

—Siento la piel muy tirante, pero no es doloroso. Me han tenido que cortar un buen mechón para coser con más facilidad. Yo... no sé qué decir, Javi. Lo siento mucho...

Aquella cara de ardilla asustada. Quería abordar el tema con recato, pero Fontecha estaba demasiado preocupado.

—Los médicos... ¿te han preguntado cómo te lo has hecho?

—Les he dicho la verdad... Es decir... que estaba limpiando y me he dado en la cabeza con el armario...

—¿Con el armario?

De pronto se da cuenta: no es cosa de broma, el daño que aquella tontería podía

hacerle a Fontecha era mayor de lo que había previsto.

—¿A ti también te han preguntado? ¿Qué les has dicho?

Fontecha repasó mentalmente la versión de los hechos de Belén y la que él había dado: «se ha resbalado y ha caído hacia atrás»; «estaba limpiando y me he dado con la cabeza...», no era lo mismo, pero podían ser versiones complementarias, solo que uno había dicho «mesilla de noche» y la otra, en cambio, «armario».

—No te preocupes por eso.

—¿En qué estábamos pensando, Javi? No tenías que haberme acompañado hasta dentro del hospital... Si esto te crea problemas, nunca me lo perdonaré.

—Ahora descansa y cuídate la herida, olvida todo lo demás.

Javier Fontecha no sabía cómo despedirse. La habría besado en los labios, pero había enfermeras alrededor. El médico también podía entrar en cualquier momento. Le apretó la mano, acariciándole con el pulgar todos sus dedos. Belén respondió agarrándole con fuerza el pulgar.

—Mañana por la mañana te mandarán a casa, no ha sido nada.

Belén se llevó la mano de Fontecha a los labios.

—Te quiero, Javier. Ahora ve a casa antes de que las cosas se compliquen aún más.

«Te quiero, ve a casa»: las primeras palabras las dijo la amante; las últimas, la secretaria.

Fontecha le dio el último beso en la frente, y cruzó su mente como una flecha el recuerdo del cuerpo desnudo de aquella mujer que dos horas antes había abrazado, el sexo salvaje en la cama; recordó cómo, debido a su deseo exagerado de cogerla en brazos y ver sus senos balancearse ante sí, había hecho girarse a Belén para que cabalgara sobre él, cambiando de postura una y otra vez sin sacársela siquiera, y cómo Belén, en los últimos estertores del orgasmo, había echado la cabeza hacia atrás y se había golpeado accidentalmente la cabeza con el borde de la mesilla de noche. Fontecha se había asustado. Belén perdió el conocimiento durante unos segundos.

Cogió el ascensor del hospital y se dirigió a la calle. Sentía que todos lo reconocían. No tenía por qué: no era más que un ciudadano de a pie, a él también le pasaban cosas. Quizá estuviera paranoico, puede que la gente se sorprendiera de que un político como él fuera sin escolta. «Se ha resbalado y ha caído hacia atrás», «estaba limpiando y me he dado con la cabeza...». Más allá de culpabilidades, Fontecha intenta calcular la influencia que podría tener en su carrera política aquella visita al hospital. Intenta convencerse de que no es para tanto, pero le resulta irritante la tendencia que tienen los acontecimientos para torcerse cuando crees tener todo controlado. Afortunadamente nadie había visto a Fontecha entrar a casa de Belén, ni salir de ella; tuvo la precaución de subir en ascensor directamente desde el garaje.

Y, con todo, nunca podía uno tener la certeza absoluta.

Su candidatura para las primarias pendía de un hilo: Fontecha iba a tener que

declarar en el sumario de Soto y Zeberio. El partido, sin embargo, le mostró públicamente su apoyo. Tres días antes de que se hiciese pública la noticia de la citación, Patricia se marchó a casa de sus padres. De un día para otro, la vida que llevaba hasta entonces empezó a desmoronarse.

¿Qué era lo que Patricia no le perdonaba? ¿Que hubiera tomado parte en la guerra sucia? ¿Que se lo hubiera ocultado? ¿Que se lo hubiera confesado demasiado tarde? ¿Esperaba que lo negara todo, eso habría sido mejor? Fontecha siempre había considerado a Patricia la mujer de su vida, pero durante estos últimos meses lo había relativizado todo un poco: ahora tenía a Belén, que aunque no bebía botellas de Pauillac que costaban el sueldo de un mileurista, era dueña de un aura impetuosa y tenía a la política y a los políticos un respeto y una consideración que a Patricia le faltaban; y que, más importante aún, creía en su inocencia. Tenía intención de dejar a Patricia más pronto que tarde, y que ella se le hubiera adelantado no hacía más que facilitar las cosas. Javier Fontecha abrió la botella que su mujer guardaba para las ocasiones especiales, y decidió invitar a Belén a su casa.

—Mi mujer está fuera, puedes quedarte a dormir.

Belén se mostró reacia al principio, pero finalmente aceptó, «Patricia está en un viaje de trabajo, en Burdeos», aquella lejanía le dio seguridad.

Javier Fontecha lo tenía todo pensado: dejaría pasar unas semanas antes de confesar a Belén que había hablado a Patricia de su relación con ella, y que habían decidido separarse de mutuo acuerdo. Que viera que él era un *gentleman*, y que estaba dispuesto a dejarlo todo por ella.

Belén llegó a casa de Fontecha muy fatigada, casi una hora más tarde de lo acordado. No se disculpó por el retraso.

—He estado con los abogados del partido.

Fontecha se sorprendió.

—Creía que la cita era mañana...

—Para ir adelantando trabajo...

—¿Alguna novedad que deba saber?

—Quieren que renuncies a las primarias.

—¿Cómo? ¡Ni hablar! ¡Eso sería reconocer mi culpabilidad!

—No es eso: en el juicio lo negarás todo, por supuesto. Tú no sabías nada, y actuaron por su cuenta. Te pondrán los mejores abogados. La clave es el entierro de Trota: declararás que fuiste el único que habló allí con Rodrigo Mesa. Mesa también está enterado...

—¿Y no puede Rodrigo Mesa hacerse cargo de todo? Al fin y al cabo, fueron él y Vargas...

—Es lo que intentamos al principio, pero tienen demasiados datos que te vinculan a Rodrigo Mesa... ¿entiendes? Demasiados hilos sueltos... Tienen grabaciones, la confesión de Vargas... Y también está ese tal Diego Lazkano...

—Algún punto débil tendrá... No faltará por dónde atacarlo...

—Lo estamos investigando a fondo... Pero reconoció el palacio de El Cerro en el proceso de instrucción... Lo siento, Javier...

—No puede ser... Yo... ¿Van a dejarme solo? ¿Tú también? ¿Queréis que me lo coma yo entero? ¡Me meterán en la cárcel!

—No te pongas en lo peor. Y si llegara a pasar, sabes que nos tendrás contigo...

—¡Si esto se sabe, se acabó todo, Belén! ¿Es que no te das cuenta?

—Estaré a tu lado, prepararemos el juicio a conciencia. No tendrás que ir a prisión. Pero deberás retirarte por una temporada.

—Entonces, ¿por qué me ha dado su apoyo el partido?

—Porque esperan que te retires por tu propia iniciativa.

—¿Y si no acepto? ¿Y si digo toda la verdad? ¿Que yo no hacía más que obedecer órdenes, que estaba coaccionado, que alegaron razones de Estado, que me hicieron chantaje? Si no me dejan ser candidato, el resto me importa bien poco... ya cumplí mi destierro en Europa...

—Javi...

—¿Qué? Me exigen demasiado... Olvida el partido por un instante, dímelo como amiga: ¿no crees que debería decir la verdad? ¡Si tengo que ir a la cárcel, no iré solo! ¡Que se sepa todo de una vez, y santas pascuas! ¡Si los de arriba también están involucrados, nos darán antes el indulto!

—No habrá indulto para ti, porque no habrá condena.

—Yo no estoy tan seguro...

—Debes lealtad a quienes te nombraron.

—No te reconozco, Belén. ¿Les has pasado información a mis espaldas? ¿Con quién estás? ¿Con el partido o conmigo?

—Estamos juntos en esto.

—No, no lo estamos. A ti esto no te salpica. No estabas conmigo en aquella época. No puedes saber la clase de infierno que era aquello, Belén. ¿Y sabes lo que te digo? Que ya me he asqueado... Creo que es hora de que se sepa todo.

—Piénsatelo bien, Fontecha...

—¿Ahora me llamas Fontecha?

Belén posó su mirada en los caros muebles de la casa. ¿Cuántas viviendas podrían decorarse con muebles de Ikea vendiendo aquel mobiliario?

—A mí también me tienen pillada. Se han enterado de la visita que hicimos juntos al hospital. No fue buena idea.

Javier Fontecha se alteró aún más:

—¿Qué quieres decir, Belén? ¿Estarías dispuesta a testificar contra mí?

—A veces pareces tonto, Javier: no tienen ninguna necesidad de que yo testifique. Pueden filtrar mi informe médico, tu firma consta en el registro de urgencias. Les basta con sacar dos copias: una para tu mujer, y otra para mandarla al diario *El Mundo* a nombre de ese Julio Virado que tanto te quiere... Aunque yo no testifique el resultado es el mismo, quizá peor, porque mi silencio corroboraría la peor hipótesis:

«Candidato socialista da una paliza a su secretaria», con mayúsculas. Y debajo del titular: «Manténía con ella una *relación*». Menudo escándalo. Por mucho que salieras bien parado del juicio, tendrías que retirarte.

—Pero no es verdad...

—¿No es verdad?

—¡No que te diera una paliza!

—Vaya novedad. ¿Desde cuándo importa la verdad? No te lo perdonarían: ni la verdad en minúsculas ni la mentira con mayúsculas.

—Creía que entre nosotros había algo especial.

—Eso no va a cambiar..., pero sabes muy bien que no tenía otra opción.

Javier Fontecha se queda callado.

—Porque... a tu mujer no le habías dicho que me acompañaste al hospital, ¿verdad?

Javier Fontecha guarda silencio.

—Lo que sospechaba.

Se lo ha perdonado todo, incluso que haya puesto al mismo nivel su lealtad al partido y su lealtad hacia él. Siguen siendo amantes, después de todo. La ha tenido a su lado durante todo el calvario que ha supuesto el juicio, y eso quiere decir algo.

Por otra parte: ¿cómo se celebra la libertad? ¿Hay alguna forma de celebrar tu libertad, cuando te has librado *in extremis* de unos cargos de los que eres culpable, y sabes que tus hombres de confianza, Rodrigo Mesa, Vargas —que está agonizante— y otros cuantos que actuaron con los portugueses tendrán que pasar una temporada en la cárcel? ¿Son iguales todas las celebraciones? El champán era algo absurdo, pero a veces no queda más remedio que caer en el tópico y cumplir lo que ya estaba escrito. Con la botella de Taittinger —que los llevará incluso a posponer el sexo— chorreando espuma, Fontecha llena dos copas, rebosante de alegría.

—Por nosotros...

Belén se aparta un mechón detrás de la oreja. Responde al brindis y sonrío, un poco forzada.

—Tendré que pasar una temporada en la nevera, tengo dos o tres ofertas en el sector privado. Me han ofrecido entrar en la fundación, pero no sé... Demasiado aburrido para los que estamos acostumbrados a nuestro nivel de adrenalina, ¿no crees?

—Sin ninguna duda...

—Allá donde vaya, te quiero conmigo, por supuesto. Eso no es negociable.

Fontecha agarra de la muñeca a Belén. Ella deja la copa de champán sobre el televisor, sin probarlo.

—¿Qué pasa, Belén?

—Dime una cosa: ¿con tu mujer, ya lo has celebrado, o te toca hacerlo después? ¿Tienes otra botella de Taittinger en el coche? ¿Las has comprado tú, o se las has

hecho comprar a alguien? Tengo curiosidad, me gustaría saberlo...

—No comprendo... ¿Quieres que deje a Patricia? Pronto la dejaré... Como te habrás fijado, no ha estado conmigo en el juicio.

—Mira, no voy a andarme con rodeos: me han ofrecido ir al ministerio de la Presidencia.

—¿A Madrid? ¿Quién?

—Fuchs y su grupo.

—No comprendo...

—Dicen los rumores que va a ser el próximo candidato socialista en las elecciones generales. Contigo fuera, lo más seguro es que Erviti y Subiol se retiren también.

—Fuchs siempre ha sido un hombre en la sombra... No entraba en las quinielas...

—No, pero saldrá espolcado por la necesidad de un candidato de consenso.

Fontecha se encuentra en la piel de alguien que no es él, y que no es de su gusto, pronunciando palabras que no son suyas.

—No pensarás aceptar, ¿verdad?

Belén guarda silencio. Fontecha tenía que haberlo adivinado desde el principio. Los encarecidos ruegos para que se presentase. La gran generosidad de su partido al ponerle al lado a la mejor colaboradora posible. ¿Para *ayudarle*? Más bien se había encargado a la perfección de *cuidar* de que no se saliera del carril. Por encargo de alguien. Por encargo de Alberto Fuchs y de su grupo. Y Fontecha se lo había tragado todo.

Decide presionarla un poco más, sin esperar a la respuesta de la chica.

—No estás preparada.

—Me han dicho que quieren savia nueva, Javier.

Fontecha no puede reprimir una amarga sonrisa. *Necesitan a alguien que no sea corrupto, Javier*, eso es lo que Belén ha querido decirle. Necesitan una *virgen* capaz de crear en los electores ilusiones y espejismos suficientemente poderosos. Una joven que tenga la capacidad de conquistar al electorado apartándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Dejen paso a la juventud. Savia nueva. Ley de vida. El partido no era más que una máquina de ganar elecciones, ¿de qué se sorprendía Fontecha?

Siente un volcán de celos y rabia en su interior: Alberto Fuchs no sabe inglés. Fontecha tiene una vaga idea de quién le susurrará al oído las traducciones.

—No estás preparada, y lo sabes.

—Nunca sabes si estás preparada hasta que saltas a la piscina.

—Así que... lo tienes decidido.

—Estamos hablando de Alberto Fuchs... Tenemos en contra las encuestas, será un desafío tomar parte en la campaña, si finalmente es él quien se presenta... Una campaña de ámbito estatal, Javier, es algo que no puedo rechazar.

Le brillan los ojos, nunca ha visto así a Belén. Es la ambición que abre sus alas de águila imperial. Fontecha empieza a resignarse.

—Además de trabajar en Presidencia, te ha ofrecido algo más, ¿no es cierto?

—Quiere que lleve todo el gabinete de prensa.

—Y si gana, un ministerio. Una ministra, joven y estilosa... Bingo... ¿El ministerio de Igualdad, quizá?

—A Fuchs le ha encantado el trabajo que he hecho a tu lado, siempre estaré en deuda contigo, Javier. Sin ti nunca habría...

Cada vez que lo llama Javier, remacha a golpe de martillo el clavo que tiene dentro.

—¿Qué sabes tú de Fuchs? No lo conoces, Belén. Se ha movido siempre fuera de los focos. Igual que en los ochenta. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Estás informada de ello?

—Seguiremos en contacto, lo nuestro no tiene por qué...

No quiere dar una impresión desesperada, pero le parece que ha llegado el momento de cambiar de actitud, porque lo está realmente. Desesperado y desengañado. Quiere inspirarle un poco de lástima, aunque sabe que no funcionará, que él, al contrario que Patricia, nunca ha sido hábil inyectando la dosis exacta de compasión.

—Sin ti no saldré del hoyo, Belén.

—Es mi oportunidad: quién sabe si volveré a tener otra igual. Hay trenes que pasan solo una vez.

—Antes no hablabas así... Has cambiado mucho desde el congreso extraordinario del partido en Toledo.

—Antes no tenía claro lo que quería. Ahora se me han abierto los ojos, gracias a ti...

—Últimamente no te he prestado mucha atención, lo sé. He aprendido la lección. He comprendido. Las cosas cambiarán.

—Lo siento, Javi.

Javier Fontecha recoge de encima del televisor la copa de Taittinger, que ha perdido sus burbujas. La vacía por el váter.

—Te van a destrozar, ¿es que no te das cuenta?

Fontecha se siente patético al oírse decir palabras prestadas que en otro tiempo pronunció Patricia. El minotauro desea una joven, y esa será Belén. O quizá no. Puede que no la destrocen y salga sana y salva. La chica tendrá más opciones que Fontecha, tiene razón: es joven, transmite frescura, es lo que se valora hoy en día, tal vez le perdonarán las meteduras de pata. Necesita un buen mánager, solo eso, un agente que le consiga combates fáciles, que le haga llegar a la cima poco a poco y sin quemarse. Y ese mánager es Fuchs. ¿Es realmente Belén la elegida, la señalada con el dedo después de que los barones del partido hayan valorado muchos factores, hoy jefa de prensa del candidato, mañana ministra, pasado mañana candidata a la presidencia de España? ¿Es realmente Belén la escogida para ese camino de espinas? Tal vez sí. Sin duda Patricia tenía razón desde el principio, y Fontecha se había

equivocado de pleno al pensar que le habían puesto a Belén como ayudante: el *ayudante* era Fontecha, y no al revés. Sin darse apenas cuenta, le había enseñado todo lo que sabía, lo que hacía bien y, sobre todo, lo que hacía mal y haría mejor en evitar. Javier Fontecha imagina una conversación de muchos meses atrás entre Fuchs y Belén: «Cuando estés con él fíjate en esto y en lo otro, sus puntos flacos son este y aquel, vigila todos sus contactos en ese período de tiempo. Lo más importante es tener una buena agenda. En caso de duda, mejor callar. No digas nada. Es mejor arrepentirse del silencio que tener que retractarse de lo dicho. Contigo tenemos que ir poco a poco».

Sí, lo han utilizado desde el principio y, ahora que ya lo han exprimido del todo, lo dejan en la cuneta sin siquiera agradecerle los servicios prestados.

El último tiro es siempre el más desesperado.

—Fuchs pertenecía al grupo... En los ochenta venían de Madrid con pistola a los funerales... En el entierro de Trota... Recibimos un mensaje *suyo*... «Garantías». ¿Eso te lo ha contado?

No hay respuesta.

—¿Te ha hablado de eso, Belén?

—En el juicio tuviste ocasión de decirlo, Javier. Ahora es demasiado tarde.

Javier Fontecha se siente humillado. Destrozado.

Y es entonces cuando ve a Belén llegando a un *hall* repleto de gente, tarde, es cierto, pero en posesión de una magia que crea una espera dulce, de esas que la gente soporta con gusto; la ve, con la misma claridad con que vemos lo que sabemos que sucederá mañana o pasado, ve claramente a Belén estrechando la mano a la gente, maquinalmente pero con aparente naturalidad, ecuación potencial andante, repitiendo palabras que no son suyas, escurridiza, anguila que flirtea y se escabulle rechazando todos los anzuelos, con una amplia sonrisa que deja ver lo bien justificado que está el dinero que, de adolescente, sus padres emplearon en corregirle la dentadura, «encantada, un placer, he oído hablar muy bien de ti».

PAPER REQUIEM

FEDE Epelde se ríe con ganas cuando Lucio entra a su despacho.

—Acaban de llamar desde la cárcel...

A Lucio no le parece motivo de risa.

Fede sigue riéndose. Como pocas veces. Como nunca. No es el humor su rasgo predominante. Lucio sigue sin comprender el motivo de la carcajada.

—El último envío, los libros para penitenciaría...

—¿No han llegado?

Hace ya meses que han dejado de ordenar triturar y reciclar los excedentes de libros, para enviarlos a las cárceles. El stock del almacén, pero también libros que amontonaban ellos en casa con la certeza de que jamás los releerían. A partir de cierta edad, la abundancia de libros puede empezar a ser exasperante. Tras un correo masivo a los autores de la editorial y a sus respectivos amigos, también ellos empezaron a liberarse de su *mercancía*. Cada fin de mes acaban por reunir una cantidad considerable de cajas.

—Llegar sí que han llegado, pero no les han gustado. ¿Qué te parece? ¡En Martutene no han gustado nuestros libros! «Se agradece el envío, pero absténganse de mandarnos material de desecho».

—No puede ser... Hay que ser caradura.

—¡Al contrario! Tienen toda la razón: estar en la cárcel no debería privarles de lo mejor de la literatura universal, ¡no deberíamos torturarles con esa pseudoliteratura infantil para adultos que escriben nuestros autores!

—¿Van a devolver el envío?

—No, pero en lo sucesivo no aceptarán *cualquier cosa*. ¿Qué te parece? En la cárcel se toman muy en serio la lectura. ¿Quién nos lo iba a decir? Quizá nos equivocamos, quizá todavía hay esperanza después de todo...

—¿Deberíamos notificárselo a nuestros autores, para que no manden *cualquier cosa*?

—Ni hablar. Se ofenderían... Los escritores son como los jarrones chinos; peor aún, Lucio, añade a la fragilidad su tendencia a enojarse... Hay que cuidarlos. Eso sí, el editor también debe saber provocar celos al creador demasiado seguro de sí mismo, alabando libros de otros autores de vez en cuando, dándole a entender que otros escritores ajenos a su estilo te gustan tanto o más, aunque sea mentira, para que él siga dando lo mejor de sí mismo en su próxima obra...

—¿No corres así el riesgo de perderlos?

—Hay que saber cuándo tensar la cuerda y cuándo destensarla, Lucio: con el escritor que carece de autoestima se ha de obrar a la inversa, menospreciando a sus colegas para que su moral se venga arriba.

—Ya veo: eres mitad editor... mitad psicólogo.

El director del periódico Julio Virado ha convocado a una reunión a Idoia, Víctor y Roger. Le han visto muchas veces antes, tanto en televisión como en las fotos, en las multitudinarias cenas que el grupo celebra todos los años. No obstante, es la primera vez que lo tienen frente a frente. Al menos en el caso de Idoia y de Roger, que enseguida se han percatado de que a Víctor debe de conocerlo, ya que le ha palmeado el hombro amistosamente. Tal y como sucede en estas ocasiones, Virado les ha parecido al natural más pequeño de lo que imaginaban. El hecho de que se haya tomado la molestia de desplazarse desde Madrid en vez de convocarles en la capital no parece augurar nada bueno. La sospecha no tarda en confirmarse.

—Lamentablemente hemos de reestructurar todas las redacciones. Hay que adaptarse a los nuevos tiempos y tendremos que cuidar mucho los gastos a partir de ahora... Como sabréis, contamos con una radio, hemos conseguido tres licencias de televisión digital terrestre y nos gustaría seguir creciendo como empresa. Lo que significa que tendréis que ser periodistas integrales; os pediremos breves comentarios de las noticias en nuestras emisoras, de momento...

—¿Tendremos que desplazarnos a los estudios?

—Esto no va contigo, Roger, sino para Víctor e Idoia. Y no, no tendréis que desplazaros: podéis hacer vuestras aportaciones vía telefónica, tenemos buenas conexiones de RDSI en la redacción, ¿no es así?

Llegado a este punto, Julio Virado vacila y solicita a su secretaria con la mirada un apoyo que esta no puede brindarle. Como cabía esperar, tampoco falta la risible encíclica relativa a las *líneas estratégicas de la empresa*. Cuando todos se levantan de la mesa e Idoia cree haberse ganado por fin el derecho a respirar tranquila, Virado la sujeta del codo.

—Me gustaría hablar contigo, Idoia.

A medida que avanza la conversación, la repulsión que siente Idoia por Virado va en aumento; por su vestimenta, cara pero carente de buen gusto, por sus labios demasiado secos y sus encías demasiado húmedas, por su cabellera teñida de negro que no peina en exceso con la pretensión de dar una imagen más juvenil sin conseguirlo.

—Prefería decírtelo en privado: en esta redacción, tú eres la más imprescindible.

Aun consciente de que todo era puro teatro, Idoia relajó por un momento sus líneas de defensa, reprochándose de inmediato haber retirado sus tropas tan alegremente. Así de débiles somos: basta un raquíptico halago de alguien a quien odiábamos, para que nuestra falta de estima hacia él se vea inexplicablemente compensada.

«Ahora es cuando me lo pedirá», razona Idoia, llegando a la conclusión de que tiene motivos para echarse a temblar.

—Tienes una gran voz. ¿Has trabajado alguna vez en la radio?

—Cuando fui becaria, solamente por unos meses, en Herri Irratia.

—¿Herri Irratia?

—Radio Popular.

—¡Ah, la cadena Cope! Nuestros aliados estratégicos...

«Por qué no me habré callado», pensó Idoia, a sabiendas de que ni merecía la pena empezar a aclarar la diferencia entre Radio Popular y Herri Irratia, ni le convenía en absoluto intentarlo.

—Entonces no hay duda: tú eres lo que necesitamos. Te dispensaremos de ciertas labores en redacción y te encargarás de las desconexiones en los boletines. Trabajo a pie de calle... De todo un poco. Siempre y cuando aceptes, por supuesto. Te subiríamos el sueldo, por descontado.

No se atrevió a preguntar a cuánto ascendería el aumento. ¿La razón? No deseaba decepcionar a quien le había dispensado tan falsos halagos. Era difícil explicar cuánto y de qué manera indignó a Idoia verse en posesión de tan baja autoestima. ¿Dónde había quedado su habilidad para la dialéctica, su ping-pong verbal? Se dieron la mano; Idoia ofreció la suya con mansedumbre, Julio Virado se la estrechó con determinación.

Roger quiso saber en el bar sobre qué habían hablado.

—¿Qué te ha dicho Virado?

—Que tendré que trabajar más: redacción, boletines de radio, «trabajo a pie de calle... De todo un poco». Hay que fastidiarse. No he tenido arrestos para decirle que no.

—Al menos te subirán el sueldo.

—Un aumento simbólico.

—¿Cuánto?

—No me lo ha dicho.

—¿Y no se lo has preguntado?

—No...

—*Why not? Are you nuts?*

Roger gesticula ostensiblemente, dando a entender que su compañera es un caso perdido. Para un americano es impensable no hacerlo, no hablar francamente respecto a los términos económicos; aquella incapacidad de Idoia para discutir sobre dinero sin tapujos le resulta inexplicable, una actitud que, así lo ha comprobado estos últimos años, abunda entre los vascos y que da para escribir un tratado freudiano completo —«sé generoso y no te ocupes del dinero, es de mal gusto»—. «A partir de ahora tendréis que ser periodistas integrales», farfulla Roger, imitando la voz de Virado. Consigue arrancarle a Idoia una sonrisa.

—Tengo en casa a un redactor del *New York Times*, ¿quieres que te lo presente? Tal vez te ofrezca un trabajo, *who knows*... Está escribiendo un reportaje sobre el País Vasco. Podemos comer una hamburguesa juntos...

—Lo siento, pero Diego me espera. Tengo que coger el autobús.

—Tienes una relación demasiado absorbente con ese tío, *you know?*

Idoia acababa de dejar a su marido, después de muchos años, para irse a vivir con un ex de su juventud. Un escritor. Sabía que lo había pasado muy mal mientras se separaban, pero a juicio de Roger había transcurrido ya el período de *cuarentena* en el que era mejor no bromear sobre el tema.

—No empieces con lo de siempre, Roger. Vivimos juntos.

—Lo que decía, demasiado absorbente.

Fede se despertaba todos los días a las seis de la mañana. Desayunaba siempre en una cafetería, en el único bar del barrio abierto a las seis y media: le gustaba acompañar el pequeño bollo suizo con un café solo sin azúcar, y los días en que no le servían el café en vaso de cristal sentía que algo iba a ir mal. Para las ocho y cuarto, y tras haber nadado media hora en la piscina, se encontraba ya sentado tras su mesa, en la editorial.

Aquel día, afortunadamente, no tocaba visita de ningún autor. Una mañana tranquila, para variar. En vez de eso, tenía concertada una cita con Lucio, el maquetador. Hacía tiempo que intentaba convencerlo para que comprase la nueva versión del tipo Garamond, le iba a mostrar las posibilidades que ofrecía la tipografía y las diferentes opciones para modificar la maquetación de sus colecciones: pretendía estrechar la caja y aumentar ligeramente el interlineado y el espacio entre letra y letra. La gente hablaba mucho en el sector respecto a diferentes tipografías, pero luego todos utilizaban la misma: la dichosa y manida Times Roman, o, como mucho, la Garamond, pirateada para más inri, jamás pagaban la licencia; los mismos editores que se lamentaban por las cuantiosas pérdidas económicas y defendían fervorosamente los derechos de autor eran luego los primeros en no respetar los de la tipografía. ¿Qué cabía esperar de un grupo de bandidos de esa calaña? Lucinda, Bembo... Fede siempre se había sentido estimulado por aquellos tipos de letra con nombre de mujer. Hojeaba con envidia ejemplares adquiridos en Francia e Italia, mucho mejor cosidos y maquetados, que respiraban otra tradición y gozaban de una gracia especial. Cada país —cada idioma— tenía sus propias características y gustos en lo concerniente a los tipos y al tamaño de las letras, y también respecto al espacio en blanco que había que dejar entre ellas. A algunos les gustaba que el espacio entre las palabras fuese más evidente, estrechando sin embargo la distancia entre las letras que conformaban las palabras y manteniéndolas más prietas, marcando claramente —demasiado claramente, a juicio de Fede— dónde empezaba y dónde terminaba cada una de ellas. Tal disposición de palabras y letras se le antojaba a Fede un insulto a la inteligencia del lector, prefería con mucho la tendencia que abogaba por mantener el espacio en blanco entre palabras, pero sin amontonar las letras una sobre otra, para darles cierta liviandad y armonía.

—La diferencia es casi imperceptible, pero cuando la «f» y la «l» minúscula van seguidas queda más espacio en blanco, un pequeño vacío entre las dos letras. ¿Lo ves? Forman una bonita figura: la curva superior de la «f» se alarga y llega a tocar la

punta de la «l», pero dejando mucho espacio en blanco en medio. Al lector no habituado, puede llegar a parecerle que hay una errata y sobra espacio. ¿Qué te parece?

Lucio observaba aquellas páginas y aquellos espacios con auténtica devoción, como si admirase una escultura. Para Fede, recibir su visita era como tener en casa a un afinador de pianos. Alguien perteneciente a un oficio antiguo y con encanto, a punto de extinguirse.

—Se distinguirán bien al menos la «l» minúscula y la «I» mayúscula, ¿verdad?

—Esta vez no hay problemas con eso.

El común de los mortales no se apercibía de la vital importancia de separar letras y palabras con el espacio exacto. Después venía la batalla tipográfica, cada tipo con su bagaje, su larga historia y su desarrollo: siempre había detrás un artesano, ya fuese Claude Garamond o *sir* Aldus Manutius, un guardián del buen gusto. La disputa principal se había desarrollado desde siempre en torno a la redondez de las letras: por un lado estaban los tipos de letra tipo palo, que tendían a una mayor rigidez, y por otro las que tendían a torPEAR sus curvas y a redondearse. Entre ambas corrientes, infinitas posibilidades. Existía incluso quien había vislumbrado una lucha de sexos latente tras estos dos grupos. Tanto Fede como Lucio eran fervientes partidarios de la familia Bembo, pero nunca se atrevieron a utilizarla en los libros de su editorial, temiendo que alejarse demasiado de la tendencia predominante podría desconcertar a los lectores. Sí, también en eso dependían del *mainstream*.

Con el mismo apasionamiento con que otros discutían alrededor de cilindradas de motos y marcas de coches, ellos lo hacían en torno a tipos de letra y a pequeñas variantes tipográficas imperceptibles para el ojo no entrenado. Lucio se extrañó de que aquella mañana Fede le hubiese dado la razón en todo sin llevarle apenas la contraria.

—¿Va todo bien, Fede?

Fede asintió, aunque no bien lo hizo se dio cuenta de que Lucio se le había multiplicado por dos, de que ahora tenía ante sus ojos a dos Lucios, así como dos puertas, dos teléfonos y dos manos derechas y dos izquierdas. Lo veía todo por duplicado.

Fue aquella mañana cuando se percató por vez primera de que algo iba mal en sus ojos, mientras fijaba como de costumbre su mirada en la oscura línea azul del fondo de la piscina para no desviarse de calle: le pareció que aquella vidriosa raya azul se desplazaba ligeramente y, al tiempo que cobraba el color del alabastro, tal como le sucedía ahora, se había duplicado en una curiosa bifurcación acuática a la que no prestó especial atención y que le hizo incluso cierta gracia.

Lucio notó que la mesa de la secretaria estaba vacía.

—¿Otra vez sin ayudante?

—Que es difícil trabajar conmigo, dicen. ¿Te lo puedes creer, Lucio? ¿Difícil, yo? Lo que es difícil es cumplir las expectativas laborales de la gente: llenarse los bolsillos

sin pegar un palo al agua, eso es lo que quieren todos. No entienden que esta es una *empresa cultural*. Que lo normal es perder dinero. Que el milagro es sobrevivir.

—Deberías reconsiderar la opción de la imprenta digital.

—Ni hablar. Eso está fuera de toda cuestión.

—Cada vez es más difícil distinguir entre el *offset* y el digital, Fede.

—El día que consigan que yo no los pueda distinguir, quizá entonces cambie de parecer. Mientras tanto...

—Te lo decía por el coste, es bastante más barato... Muchas editoriales han dado ya el paso, y los lectores ni siquiera lo han notado.

—Al cuerno con ellos. No estoy en este negocio por los lectores.

El primer trabajo que tuvo que hacer en la radio consistió en la lectura de las bases de un concurso que el ejército español organizaba con motivo del Día Internacional de las Fuerzas Armadas. ¿El ejército español organizaba concursos artísticos? Desconcertante, pero cierto; y cómo no, el tema no era del todo libre: «Se valorará que la obra ensalce los valores del ejército». Idoia nunca firmaba aquellas crónicas, pero el mero hecho de pensar que algún ex colega del diario *Egin* pudiese escucharla y reconocer su voz le ponía carne de gallina. «Esto es peor que trabajar en Radio María», se decía.

Aquello no fue sino el principio. Aún estaba por llegar la inexcusable cobertura del movimiento pro-*virginidad* de Estados Unidos y la crónica que le solicitaron sobre la influencia que tal corriente podría tener hipotéticamente en España.

Por responsabilidad profesional y, por qué no negarlo, también con cierto grado de masoquismo, empezó a interesarse por la radio para la que trabajaba, cosa que jamás había hecho hasta la fecha. La escuchaba todo el tiempo. La manipulación era tan burda e indisimulada que se ponía hecha un basilisco cada vez que llegaba un boletín informativo. Pronto se dio cuenta de que, estando como estaban vacíos los bolsillos de los ciudadanos, la línea editorial de la casa se centraba en relacionar con el fraude económico todo aquello que los accionistas del grupo denostaban ideológicamente. Todo pensado al milímetro, no dejaban nada al azar: estaban contra el aborto, y subrayaban antes que nada la presunta estafa millonaria a la hacienda pública por parte de ciertas clínicas abortistas. Por si todo ello fuese poco, resultó incierto que las desconexiones se pudiesen hacer desde la redacción del periódico; la emisora se encontraba en las afueras y se pasaba el día yendo y viniendo entre el periódico y la radio.

El día en que tocó fondo, no obstante, llegó cuando la obligaron a grabar cuñas de publicidad: un anuncio que ensalzaba la visita del papa, un corte sobre la importancia de marcar la casilla de la Iglesia en la declaración de la renta... Tras quejarse de que aquella labor excedía sus funciones, aceptaron su petición de asignar las locuciones a dobladores profesionales. Fue Diego quien le dio la pista de *La bella Inés*, «Trabaja en el peaje de Biriattou». Cuando la llamó a casa, un hombre la informó de que se

encontraba en el trabajo. Finalmente *La bella* Inés accedió a grabar el corte de una empresa de telefonía. Tras la grabación, comentaron entre cervezas cuánto habían cambiado las cosas desde la época en que lanzaban cócteles molotov a la sede de Telefónica. Era ley de vida, se dijeron para zanjar el asunto. Había llovido mucho desde entonces.

Idoia deja la radio y regresa otra vez a la redacción sin solución de continuidad, desde y hacia, por y para el trabajo y sin posibilidad alguna de que se atenúen sus abolsadas ojeras. Se deja la piel. Elabora ahora la lista de posibles candidatos del PSOE para las elecciones generales: en realidad le han pedido el perfil de un solo candidato, el candidato vasco, Fontecha, aunque ella tiene la certeza de que carece de la más mínima posibilidad. ¿Un vasco en la Moncloa? Le da la risa solo de pensarlo. Bronceado y de pelo tupido, con la raya bien peinada a un lado, su saber estar y su cara de póquer, Fontecha era fotogénico en los ochenta; atesoraba cierto talento para evitar el pronto irascible que lleva a la perdición a tantos políticos, don de palabra, cintura flexible y cara dura para acordar con sus adversarios políticos pactos de caballero que acabaría por no cumplir. Y no menos importante: contaba con un admirable control de sus músculos faciales. Pero tras un largo destierro en el Parlamento Europeo, ha perdido aquella capacidad de nadar contra corriente y remontar el remolino de la que hacía gala durante el tormentoso Pacto de Ajuria Enea. ¿Fontecha candidato? Difícilmente. Aun dejando de lado su siempre mencionado pero nunca suficientemente demostrado vínculo con la guerra sucia, Idoia ve en él demasiados puntos flacos.

Javier Fontecha Alberdi, nacido en Bilbao, divorciado y casado en segundas nupcias con una cardióloga de Getxo, cincuenta y ocho años, padre de tres hijos, los tres de su primera esposa, nacidos antes de haber cumplido la treintena («A quien entrevistaría con gusto es a su ex»). Licenciado en derecho. Trabajó durante dos años en el bufete Fontecha y Cía de su padre, antes de ser elegido concejal en el consistorio bilbaíno. Se curtió después en la diputación vizcaína, tras lo cual fue nombrado delegado del Gobierno español en los convulsos ochenta. Cumplido ese periplo, descanso obligado, spa e hidromasaje en Estrasburgo, y vuelta al Parlamento de la comunidad autónoma.

Ha pedido a la nueva becaria, a Pilar, que se ocupe de buscar una foto: las más recientes que ha encontrado en el archivo son de hace dos semanas, pero no hay ningún primer plano. La becaria ha tenido que remontarse seis meses atrás para dar con un retrato que no pierda calidad al ser aumentado con el zoom. Cortar cabeza y copiar cabeza. La foto le fue tomada en una rueda de prensa del Tribunal de Derechos Humanos. Aunque se sigue peinando la raya igual que antes, la cabellera ha encanecido casi por completo. Añadan a eso un rostro hinchado y cierto aspecto de haber abusado de alguna sustancia legal o ilegal —¿cortisona?, ¿cocaína?, ¿ambas dos?—. «Ni de lejos tiene la cara de un candidato», concluye también la becaria.

Al parecer iba a ser cuestión de tiempo. Una especie de variante de la retinosis pigmentaria. La enfermedad estaba relacionada con los pigmentos y la interpretación neuronal de las imágenes, problemas de recepción, transmisión, interpretación y no se sabe qué más. No reparó tanto en los detalles al principio, como en aquellos tres adjetivos: crónico, progresivo, irreversible. Oídas aquellas palabras, todo lo demás sobraba para Fede. ¿Con qué velocidad iría perdiendo la visión? Eso no podían especificarlo. «Todos somos diferentes». Que no tenía cura ni tratamiento posible, eso sí se lo dejaron meridianamente claro. Así como el amargo final: ceguera casi completa, percepción a lo sumo de alguna que otra sombra aislada. Que la ciencia no deja de avanzar y que algún día acabaría por llegar el modo de frenar la enfermedad, «mire si no lo que ha pasado con el sida», pero que de momento solamente cabía darle algún consejo general relativo a la salud del ojo: que no faltaran vitaminas, mejor abandonar por completo el alcohol, un chequeo mensual para controlar el avance del mal.

—¿A qué se dedica, señor Epelde?

Fede se ha acordado de la época en la que trabajó en aquella gran editorial: cómo desaconsejó enérgicamente el lanzamiento de una colección de audiolibros. La razón: que acabaría siendo un lujo innecesario para invidentes, un capricho para ciegos y para vagos que no sería rentable en ningún caso; opinaba que si tal invento funcionaba en Estados Unidos se debía únicamente a que la gente realiza grandes desplazamientos en coche o en autobús. No le hicieron caso, pero el tiempo acabó por darle la razón: el proyecto fracasó y la colección se vio interrumpida cuando la dirección estimó que ya había perdido bastante dinero. Pero hacía tiempo que había dejado de estar bajo el paraguas de aquella gran editorial y, lo que es peor, bajo la cobertura de su aseguradora.

Observó detenidamente la ingente cantidad de libros amontonados en estanterías durante decenios. Nuevos, viejos, deteriorados. Aquellos libros revelaban palmo a palmo la condición de sus estados de ánimo, el amplio espectro de sus ansiedades, año por año. Era el catálogo de sus preocupaciones e inclinaciones, la razón y la cura de sus desvelos, su coartada para salir tan poco a la calle, el reverso sin arrepentimiento de su nula vida social, el símbolo de su derroche, su nociva inversión económica.

Toda una vida en libros. Cuánto peso muerto desplazado de un sitio a otro, cuántas dentelladas sufridas por su cartera. Cuántas comidas perdidas a las que había renunciado, cuando era joven y pobre, en la época en la que viéndose obligado a elegir entre libro o almuerzo, elegía el primero. Le partía el alma pensar que al cabo de poco tiempo toda aquella biblioteca no le iba a servir para nada. Apagó la luz y puso en el tocadiscos una ópera de Puccini. ¿Conseguiría encontrar alguna razón para seguir viviendo? ¿Lograría renunciar a la antigua pasión de su vida, para aficionarse, pongamos por caso, a la ópera, que siempre le gustó pero de la que nunca tuvo un

conocimiento más allá del de un vulgar aficionado?

El oftalmólogo mencionó antes de lo deseado aquella palabra que bajo ningún concepto quería oír: braille. Por supuesto que podía aprender ese nuevo lenguaje y seguir leyendo y releendo continuamente con la punta de los dedos tantos y tantos libros de la literatura universal... Pero ¿y los originales? ¡Los escritores no enviaban a las editoriales manuscritos en braille! Tendría que cerrar la editorial. O, de lo contrario, salir victorioso allí donde había fracasado estrepitosamente hasta entonces: debería contratar a la mejor de las ayudantes posibles, alguien fuera de lo común, a cuyas virtudes habría que añadir ahora la capacidad de leer en voz alta todos los manuscritos que recibía.

Idoia ha reñido con Roger a cuenta de las infografías. Tras haber discutido acaloradamente y cuando han alcanzado por fin un acuerdo —«no tan colorista, se entiende mejor si es más sobrio»—, llega Víctor, el redactor de deportes: demanda una página extra porque un ciclista vasco ha dado positivo en el Tour. No solo pide una página más, la exige. Al parecer tiene prioridad. A Idoia y a Roger se les queda cara de tontos ante la milagrosa aparición de un dictador mayor, capaz de romper incluso la pequeña dictadura del maquetador: con o sin infografía, no hay espacio para la noticia de Idoia.

Allí se queda Víctor, con el teléfono pegado al lóbulo de la oreja; por una vez va a ser él quien cierre la redacción. Parece disfrutar, no obstante. ¿El motivo? Han encontrado un chute de Celesemine en la orina de un ciclista. Cada uno es esclavo de sus emociones.

—Te invito a una cerveza —el tono de Roger es conciliador.

—¿Ahora quieres que seamos amigos? No, gracias.

—*Fuck!* Solo quiero despellejar a Víctor.

Idoia emite un suspiro: de acuerdo, también ella lo necesita.

Roger es estadounidense, lo suficientemente insípido como para beber cerveza Budweiser, pero lleva ya muchos años en Bilbao. Llegó como tantos otros, en Sanfermines, conoció a una chica de Pamplona y se quedó a vivir con ella en la Rochapea. Cuando la Rochapea y la pamplonica desaparecieron de su vida, encontró trabajo en Bilbao. Pertenece a la primera remesa: entró en la redacción a la vez que Idoia, cuando el periódico tenía una línea editorial más abierta y combativa y la redacción merecía aún tal nombre, pero fue ganando peso de un modo bastante irritante para su compañera. La imagen había cobrado mucha importancia durante los últimos años, a la par que la palabra escrita iba perdiendo peso específico. Guste o no, así están las cosas.

—*Fucking sports.*

—Eso lo dices porque aquí no hay béisbol.

—*I hate baseball:* mi padre estaba emperrado con él. Era un buen bateador, lo que no me gustaba era correr.

—¿Sedentario tú? No me digas...

No anda lejos de los cien kilos, es fácil imaginar a Roger niño con parecida complexión. Tiene todavía cierto aire infantil, cara redonda, ojos azules corrientes que enrojecen con facilidad cuando bebe demasiada Budweiser. Pelo pajizo de Wisconsin.

—¿Has preparado ya la entrevista con el pez gordo?

—Acabaré esta noche, en casa. Quiero leer antes algunos artículos. No sé aún por dónde abordarle.

—No deberías llevarte trabajo a casa. Es una mala costumbre seguir trabajando en el autobús... Deberías aprender a separar tu vida de tu trabajo. ¿Otra ronda? Una Budweiser y una Voll-Damm, *please*.

—No sé cómo puedes beber esa cerveza.

—Un hábito juvenil; reaviva el recuerdo de los *states* que llevo pegado en el paladar, *bad habits die hard*... ¿Cómo era... *about that bird*?

—*Orhiko txoriak Orhira nahi*.

—*That's it*. El pájaro de Orhi quiere regresar a Orhi.

—De todas formas, no sé si estás en lo cierto: siempre hemos sido un pueblo de emigrantes.

—Sí, emigrantes como los chinos: gracias a Dios que no sois mil millones... Construís vuestro *Basquetown, wherever you go... the txistu goes with you*...

—No necesariamente. Habría que verlo, caso por caso.

—*You say that because you're a Basque separatist*...

—*And proud of it*...

—Te echarían si lo supiesen en Madrid... le darían tu trabajo a la becaria, a Pilar.

—¿Y cómo lo van a averiguar? ¿Se lo vas a decir tú? Disimulo bastante bien, ¿no crees?

Tras pasarse tres noches compadeciéndose de sí mismo y escuchando ópera, Fede decidió drásticamente que la cruda realidad que le deparaba el destino era demasiado horrible y lo conducía directamente al abismo. «He dedicado mi vida a los libros, me faltan cinco años para jubilarme, hasta aquí hemos llegado, todo ha acabado para mí». Sin drama alguno y de manera sumamente cerebral, tomó la decisión de poner fin a su vida. Llenó la bañera de agua y se hizo con una cuchilla de afeitar de las grandes, de las que utilizaba para afeitarse la barba de más de tres días y arreglarse la parte inferior de las patillas, una cuchilla clásica de un solo filo pero que cortaba por los dos lados, con la parte interior hueca y dentada. El agua caliente no tardó en empañar el espejo del baño. Por la fuerza de la costumbre, había vertido también jabón, y la bañera estaba rebosante de espuma. Cerró el grifo y dejó cuidadosamente la cuchilla en el borde de la bañera, no se fuera a cortar *antes de tiempo*. «Espera hasta que desaparezca la espuma, Fede»; hasta donde le alcanza la memoria, cree que nadie se ha suicidado en una bañera llena de espuma. No al menos en las películas

que él ha visto. La desesperación no es compatible con el ascenso de la espuma. ¿O quizá la cuestión era que sí que la utilizaban, pero la espuma había ya desaparecido por completo cuando encontraban los cadáveres desangrados?

Sea como fuere, a Fede lo venció el sueño en la bañera. Hasta que sintió que alguien golpeaba la puerta con los nudillos: era Yolanda, la mujer ecuatoriana que le limpiaba la casa una vez por semana.

—¿Puedo pasar?

—¡Un segundo!

«Todos los días se aprende algo, Fede, pero te tenía por alguien con mayor fuerza de voluntad», se reprochó, y después pensó que «la culpa ha sido de la espuma», mientras su rotativa mental elegía grandes letras mayúsculas para el titular de prensa: *Salvado del suicidio gracias a la limpiadora ecuatoriana*.

Tampoco resultaba tan fácil planificar un suicidio, y a Fede se le pasó por la cabeza que debería escribir unas instrucciones con tal uso. En la lista de contingencias a contemplar, aquella sería la primera: si vas a suicidarte en casa, asegúrate de que no sea el día de la semana en que viene la limpiadora. Si no se había cerciorado de aquel detalle, ¿cuántas eventualidades tanto o más importantes habría pasado por alto? Habiendo tomado la determinación de acabar con su vida con un suicidio en condiciones, se avergonzó al ver la cuchilla en el borde de la bañera. Antes de hacer lo que debía hacer, era conveniente dejarlo todo bien atado: no deseaba dar demasiado trabajo a su pobre sobrina, y tampoco quería dejar huérfanos a los autores de la editorial de la noche a la mañana, aunque eran muchos los que merecían quedarse sin editor.

Se iba a quedar ciego, cierto. Pero antes de que sucediese disponía aún de unos meses. Debía sacar partido a esos meses. Le vino a la mente un título absurdo para un libro absurdo en una absurda colección que ya existía: *1000 cosas que has de ver antes de quedarte ciego*. O, más dramático aún: *1000 cosas que has de ver antes de morir*.

Para él, ciego o muerto venía a ser la misma cosa.

Debía elaborar aquella lista. Ver esas mil cosas y luego quitarse la vida. O tal vez consiguiese una imaginería tan nutrida tras observar aquellas mil cosas que gracias a esos mil iconos clavados en su memoria lograría renunciar al suicidio y encontrar alguna razón por la que seguir con vida. «He ahí tu desafío, Fede».

Con la mirada fija en Yolanda, su chaparra rechonchez se le antojaba más vívida que nunca: la eximió de las labores de limpieza por aquella semana, en vez de eso le alargó un libro y le pidió que se lo leyese en voz alta. Como cabía esperar, Yolanda se vio desconcertada ante tal petición, y llegó a asustarse por un momento, a punto de negarse ante aquella perversión de su empleador; le vino quizá a la mente que también su trabajo tenía límites y que ella no estaba dispuesta a hacer *cualquier cosa*, valorando qué otra pérfida perversión podría reservarle una persona que solicita que le lean un libro en voz alta. Pero hacía mucho que conocía a Fede, y sabía de sobra

que era inofensivo. Una vez superado el recelo inicial, Yolanda resultó ser una lectora hábil y vivaracha. «Lástima que no sepa euskera», pensó Fede, comprobando cómo la entonación ecuatoriana abría un nuevo universo de connotaciones al cuento *Los asesinos* de Ernest Hemingway que había elegido al azar.

«Mil cosas que he de ver antes de quedarme ciego (no solo las he de ver, sería más cierto decir que he de verlas y blindarlas en un rincón del cerebro, para poder recurrir a ellas y volver a *verlas* una vez me quede ciego, con total claridad, como si las tuviese ante mis ojos)». Empieza la lista: «Los grabados de Durero, *La Pietà* de Tiziano, *La lechera* de Vermeer, los cuadros negros de Goya, los lienzos de la época más oscura de Rothko».

«*El pensador* de Rodin, en el Museo Rodin. No sirve recurrir a las reproducciones, imprescindible viajar a París. Quiero verle barbilla y mejillas, he de memorizar sombras y recovecos esculpidos en el bronce, procesar la presión justa de la mandíbula prieta, comprobar la longitud de los dedos».

«La escena de *Fuego en el cuerpo* en la que Kathleen Turner y William Hurt se acuestan en una caseta junto a un río, aquella escena que tanto me excitó en su día, he de tratar de verla en una pantalla gigante, cueste lo que cueste. Nunca me he preocupado demasiado por el cine, la mayoría de las películas que amo podría disfrutarlas igualmente con solo escuchar los diálogos (los hermanos Marx, *In the mood for love*). Hay excepciones, no obstante: las películas de Fellini (especialmente *La dolce vita*), las películas de Dreyer (especialmente *Ordet*). Considerar qué hacer con las películas de cine mudo: quizá baste volver a verlas reparando especialmente en sus bandas sonoras...».

«Una última ascensión al monte Aralar, memorizando la textura de la hojarasca. Las nervaduras de las hojas caídas. Reparar en la densidad del humo que sale de las cabañas, considerar si esa densidad puede compararse con alguna otra cosa».

«Poner especial atención en las manchas herrumbrosas que brotan en la piel de las reinetas».

«Poner especial atención a las mujeres que se pintan la uñas, ese gesto reconcentrado cuando pasan el pequeño pincel sobre la superficie de sus uñas, con pulso artero, sin fallar nunca».

«No olvidarse de escudriñar el andar despreocupado de las adolescentes que no parecen conscientes de su belleza. Cómo se descalzan sus zapatos de tacón de madrugada en el ascensor, cuando vuelven a casa de sus primeras juergas».

«Ojear revistas de moda, diferentes cortes de pelo. La textura del *tweed*».

«El mar en días tormentosos, desde el Paseo Nuevo. Fotografías que tomé en Buenos Aires y en Hong Kong. Fotos de compañeros de clase y fotos de mis ex novias. Las fotos de mi ex mujer. Fotografías que muestren todas las edades de mi sobrina. Fotografías del niño que fui».

Memorizar la casa. Memorizar mi propio rostro. Memorizar cada palmo desde mi casa al trabajo y desde la piscina a mi casa, para tratar de recorrer ese tramo luego

con gafas negras, con los ojos cerrados. Aprender a afrontar las situaciones. Adiestrarme para mi vida como ciego.

«Adiestrarme para mi vida como ciego».

Le había salido una lista azarosa, sin demasiado sentido. Resultaba frustrante. ¿Se limitaba de veras a eso todo cuanto deseaba ver y hacer? ¿No había más? No, no lo había. Tal vez la ceguera no era sino el modo de dejar de ser turista de sí mismo. Un modo de dejar de lado toda la morralla prescindible y aferrarse a lo esencial. Por qué no decirlo, era una oportunidad. Aquella mañana, camino de la piscina, se demoró más que de costumbre frente a la estación de bomberos de Amara. Como un niño, engulló visualmente el camión de bomberos, su brillante esmaltado rojo y sus guardabarros plateados. «Está hecho, lo tengo todo en la cabeza» o «ya te he memorizado», se dijo al cabo de cinco minutos, como quien marca una imagen en su retina con un hierro candente. Después, al llegar al trabajo, cerró los ojos para cerciorarse de si había olvidado algún detalle. No, no había olvidado nada. Estaba todo. El camión de bomberos, con todos sus accesorios. En su retina. En la caja negra de su cabeza.

Memorizar todo aquello que *no* volverás a ver jamás. Aprenderte de memoria todas las piezas, para después efectuar con ellas infinitas combinaciones. Como aprenderse las letras del alfabeto, un *letraset* de Garamond. Pero con los ojos siempre cerrados.

Idoia tenía en la bandeja de entrada un mensaje de una amiga felicitándola por el especial de radio sobre las elecciones europeas.

No daba crédito. Jamás le escribían sus amigos por motivos de trabajo, y mucho menos para felicitarla por nada. Era el colmo. Para una vez que lo hacían, la felicitaban por un trabajo que no había hecho ella: no fue Idoia quien cubrió la noche electoral, sino su sustituta Pilar. Odió a su amiga, convencida de que se trataba de un despiste deliberado, como si la hubiese felicitado a posta para dañar su autoestima.

Encendió la radio con curiosidad, para comprobar si de veras su voz se parecía tanto a la de la becaria. La escuchó durante toda una hora, mientras correteaba a un lado y a otro de la casa, con el volumen a tope. Y tuvo que reconocer que sí; que, en efecto, filtradas por las ondas, ambas voces resultaban mucho más similares de lo que estaba dispuesta a reconocer. No se trataba tanto de cuestión de timbre —era más suave el de Pilar—, sino de tono. Más que del modo de hablar, se trataba de la forma de hacer las pausas, del modo en que se callaba para tomar impulso, la cadencia de sus frases, el modo en que se reía, las muletillas que utilizaba —«como nos lo cuentan se lo contamos», «para que lo entiendan nuestros oyentes», «bueno, para ir terminando»—, incluso las fórmulas de saludo y despedida eran exactamente las mismas. Ninguna frase especialmente singular, pero sí lo suficiente como para identificarla con ella. Había que tener sangre fría para hacer lo que hacía aquella chica: absolutamente nada de su propia cosecha, ni el más mínimo rasgo de su

personalidad, todo se lo había tomado prestado a ella. No parecía algo que se pudiera hacer inadvertidamente, sino solamente de modo consciente y premeditado. Se trataba de alguien que la había escuchado con atención durante semanas, que había ensayado durante muchas horas antes de convertirse en su clónica sombra. ¿O no era así? ¿De veras se estaba volviendo demasiado susceptible? En opinión de Idoia, la actitud de Pilar no denotaba admiración ni afán de aprendizaje alguno, creyó ver en ella una clara intención de borrarla del mapa. Su voz gemela empezó a convertirse en una desagradable amenaza. Le revolvió las tripas y repentinamente se sintió exhausta, como si una sanguijuela le hubiese chupado la sangre.

«Me han robado la voz», se dijo.

¿Qué hacer cuando alguien tan parecido a ti como tú misma —o incluso más— trata de suplantarte, cuando copia al dedillo tu manera de hacer las cosas y las hace tan bien —o incluso mejor— que tú? ¿Con quién puede una hablar al respecto? Era vergonzante: mejor andarse con tiento si no quería una que la acusasen de pecar de un ego obsesivo henchido de vanidad. «¿Te crees acaso tan diferente, única e inimitable? No eres el ombligo del mundo, esa chica que consideras *tu imitadora* bebe de las mismas fuentes de las que bebiste tú antaño, ambas copiáis y suplantáis por igual, no ella solamente», se le podría haber contestado. ¿Cómo probarlo? ¿A quién contárselo? ¿Con quién se podía hablar sobre estos temas sin mostrarse ridícula?

De camino al trabajo, justo antes de entrar a redacción, vio a Víctor que caminaba unos pasos por delante. Iba distraído, leyendo la prensa deportiva, y por una vez Idoia pareció percibir algo atractivo en su irritante compañero. Cuando decidió acelerar la marcha para llegar a su altura, se percató de que también Víctor la había acrecentado, apartando la vista del periódico. Al parecer intentaba alcanzar a alguien que le precedía.

Escuchó alto y claro el nombre de quien perseguía:

—¡Idoia!

La invocación paralizó a Idoia: «Idoia soy yo y voy tras de ti, cretino, no delante». La chica que aventajaba a Víctor tres o cuatro pasos se volvió extrañada. Era Pilar, y Víctor la había confundido con Idoia. «Idoia soy yo», quiso gritar... Cayó en la cuenta de que el corte de pelo y la ropa que llevaba últimamente no diferían demasiado de su aspecto. Notó por un instante el embarazo de Víctor cuando Pilar se giró, pero Idoia quiso ahorrarle un segundo momento de incomodidad, el de humillarle mostrándole que había sido testigo de su error. En vez de dirigirse hacia Víctor, Idoia se ocultó tras la puerta de una cafetería.

Pero ¿qué era lo que temía en realidad, si la *original* era ella?

Elegir o descartar los manuscritos a medida que se los iban leyendo era de lo más sencillo. A decir verdad, al ser leídos en voz alta Fede *veía* claramente —más que nunca— cuándo un original era impublicable. La mediocridad no admitía una lectura en alto. De haberlo sabido, habría puesto en marcha aquel sistema mucho antes.

Muchos pseudoescritores merecían recibir la grabación de un par de páginas de sus novelas con una nota adjunta: «Escucha esto, ¿de veras crees que esta mierda puede publicarse sin sonrojo?». El problema principal lo tenía con los originales que pasaban la criba, una vez que empezaba a perfeccionarlos: aunque detectaba al instante frases enrevesadas u oscuras, a Fede le resultaba arduo proponer de oídas cambios de orden y de sintaxis. Para eso no bastaba con tener a un lector al lado; le haría falta alguien que, además de saber leer, supiese también escribir.

Tras perder a cuatro secretarias sin haber cumplido su primera semana de prueba —tres dejaron el trabajo voluntariamente, solamente una fue despachada—, decidió llamar a Diego Lazkano, con la esperanza de que este pudiese dar con la mujer de sus sueños.

—¿Tiene que ser una chica necesariamente?

—Sabes de sobra que la cantidad de hombres con la que puedo trabajar codo con codo es limitada: cero. Bastante tengo con aguantarme a mí mismo, e incluso eso...

—Deja que lo piense, te llamo si se me ocurre alguien.

—Le pagaría bien.

—Eso sí que es novedad.

—O eso o cierro la empresa. Por cierto, olvídate del *offset* en tu próximo libro.

—¿Al fin has dado el paso?

—No me ha quedado otra.

—Tranquilo: no se nota la diferencia.

—Yo no, al menos... Me prometí a mí mismo que el día en que fuese incapaz de percibir la diferencia dejaría el *offset* y me pasaría al digital. Lo que no esperaba era que ese día llegase tan pronto.

Cuando colgó el teléfono, a Lazkano le vino a la mente *La bella Inés*. No es que fuese muy hábil redactando, pero aquel trabajo como lectora le iba como un guante. Contaba con una gran voz. Cuando la llamó, tal y como temía, ella creyó erróneamente que la llamada excedía el interés estrictamente profesional.

—Te llamo por cuestiones de trabajo.

—Te pasarás por mi casa a comer un día, ¿verdad?

Lazkano se vio en un brete y tuvo que aceptar.

Trató de encauzar el tema de Fede cuanto antes, excusándose desde el principio porque tenía otro compromiso y debería dejarla enseguida, pero fue en vano. Para cuando quiso darse cuenta, sin saber muy bien cómo, tenía sus mejillas entre los muslos de Inés, y dos ansiosas manos le palpaban la hebilla del cinturón. Era innegable que aquel lamerse mutuamente fue más agradable que hacer el amor, por mucho que el tabique nasal de Lazkano necesitase varios días para volver a su estado natural.

—¿Te interesa el trabajo, entonces?

—Tendría que conocer al tal Fede, ¿verdad? ¿Y dices que pronto se quedará ciego?

Lazkano no supo qué contestar. ¿Se quedaría ciego? Él se comportaba como si no fuese a suceder nunca, le gustaba decirle a todo el mundo que tenía *visión limitada*, pero Diego estaba convencido de que iba camino de convertirse en un ciego sin paliativos, si es que no se encontraba ya en el último estadio de aquel amargo proceso.

—Todavía ve algo, pero le cuesta cada vez más.

—¿Y dices que era un mujeriego empedernido?

—Espero que no sea un impedimento... Hace ya mucho de eso...

Inés comenzó a enfundarse su uniforme de trabajo.

—Si no te importa, tengo que trabajar...

Lazkano se sintió ofendido. «¿Crees que hay algo que me retenga aquí?». Pero la verdad era que Inés se le había adelantado al decir que solo le quedaba media hora para entrar en el turno de tarde. Y Diego, todavía medio desnudo, se sentía más a gusto de lo que cabía esperar en aquel húmedo lecho con olor a lilas.

Dicho y hecho. Lo de Inés y Fede fue, valga la expresión, amor a primera vista. Aquel hombre que tanto denostaba la vida social empezó a aparecer en todas partes, siempre del brazo de Inés.

Lazkano visualizó los mullidos glúteos de Inés, sentada sobre la nariz de Fede, y se compadeció de su tabique nasal.

No por ello se suavizó el arisco carácter del editor, ni mucho menos.

Tuviera o no culpa Cupido en ello, Inés y Fede no se arreglaron bien en el trabajo. Afortunadamente se dieron cuenta a tiempo, antes de que aquello que había entre ellos saltase en mil pedazos. En vez de agradecérselo, Fede telefoneó a Lazkano para reñirle por no haber sido capaz de encontrar a nadie que se ajustase a sus requisitos laborales. Había dado con algo mucho más difícil que una secretaria, algo casi milagroso —alguien que le aguantase en casa—, y sin embargo el editor no hacía sino quejarse y refunfuñar.

Era ilusorio esperar que el tozudo Fede cambiase a estas alturas. Por lo demás, Lazkano era consciente de que el editor lo tenía agarrado y bien agarrado, y que podía permitirse todo eso y más. No tuvo más remedio que encajar aquella ristra de insultos y desaires.

—Intentaré encontrar a alguien más, pero no te prometo nada.

«¿Habéis visto a algún tenista? Me han dicho que el año pasado vino Rafa Nadal», preguntó Víctor, con su limitada mirada de buey en yunta. Roger, sin embargo, reservaba un ojo para los canapés y otro para las *madrileñas facilonas*. Idoia, por su parte, atrapada en una burbuja que no acertaba a hacer explotar, se incomodaba ante la becaria, Pilar, que enmudecía cuando estaba a su lado.

—Yo aquí no veo más que prebostes del Opus Dei. Y esos no juegan a tenis.

—No, a esos les va más el *paddle* —terció Roger.

Idoia se sentía ridícula con aquel vestido. No estaba para muchos bailes. Pilar, por

el contrario, pasaba de mano en mano, bailando alegremente con unos y charlando con otros. Era evidente: eran la misma voz, pero con diferentes grados de cansancio.

El periódico ofrecía a los trabajadores una fiesta en Nochevieja todos los años. Era la primera vez que Pilar, Roger, Idoia y Víctor asistían al evento, espoleados por la insistencia de este último. Idoia se arrepintió de inmediato de haber aceptado la invitación, pero su relación con Diego no atravesaba la mejor época y cualquier excusa era buena para no tener que pasar con él aquellas fechas señaladas. Sea como fuere, había que tener muchas tragaderas para digerir las uvas proporcionadas por tu propio jefe el día de Nochevieja.

La sede del periódico, que habían renovado para añadirle una terraza acristalada aquel mismo año, se encontraba en pleno centro de Madrid, un capricho caro en tiempos de crisis. Todo se había organizado con esmero, muy a la americana, con *speech* de la directiva incluido.

—Recordaréis que el año pasado celebramos la fiesta en el *lobby*... Este año estamos en el último piso. Sois libres de sacar vuestras propias conclusiones, pero sabed que el cambio no se debe a ninguna tendencia suicida del director...

Hubo algunas risas entre la multitud, unos pocos aplaudieron, el alcohol empezaba a hacer efecto. El cóctel de cava y las cerezas confitadas que lo acompañaban le provocaban a Idoia escalofríos en las muelas.

Tras el discurso de Julio Virado se reanudó el baile. Idoia pudo ver a Víctor y a Pilar departiendo animadamente con el director, y a Roger en compañía de dos jóvenes pizpiretas que sonreían a cada rato. Su instinto le decía que la conga no se haría esperar. Bien, todos estaban donde les correspondía. Todos, menos ella. Se imponía una retirada a tiempo. Tomó el ascensor para dirigirse al hotel. Llevaba en la mano el regalo de empresa, una pluma estilográfica sin recambio. Otro detalle significativo. Por todas partes, plumillas que no escriben, un signo más de los tiempos.

Imposible dejar de reparar en la geometría de los pezones. Inés tiene pechos generosos pero un tanto caídos. Los pezones, no obstante, qué milagrosos pezones. Fede nunca los había visto tan puntiagudos, y sabe que son, con toda probabilidad, los últimos que llegará a ver jamás: en punta y apuntando a derecha e izquierda, cada uno hacia un lado, como si se tratase de dos pechos aquejados de estrabismo que crean dos puntos de fuga alejados y distantes entre sí; imposible concentrarse en las labores de cama observando aquellos dos puntos. Inclina levemente la cabeza con ánimo de investigar hasta dónde podrían llegar aquellos puntos de fuga; el pezón izquierdo señala hacia la ventana como la punta de una flecha, hacia la ventana y más allá, hacia el horizonte, atravesando justamente la tercera farola de la calle; calcula que aquel presunto punto de fuga del pezón de Inés, de haber estado provisto de un puntero láser, alcanzaría sin dificultad el cuartel de la policía del otro lado. ¿Y qué decir del derecho? El punto de fuga del pezón derecho apunta justo al lado contrario,

irremisiblemente, hacia la biblioteca de su casa. ¿Pero qué libro señala exactamente aquel vector? Fede intuye que debe de señalar la tercera estantería, aunque su vista ve ya la biblioteca totalmente borrosa; hace tiempo que la enfermedad ha empezado a hacer estragos: su campo visual y su pigmentación se han visto afectados notablemente.

Debido a los golpes de cintura de Inés le resulta cada vez más difícil moverse, el impulso de la chica ha atenazado el suyo propio, la nuez parece a punto de rasgar su cuello y partirlo; otro tanto sucede con el eje encorvado de su espina, puede quebrarse en cualquier momento, y el pezón derecho de la chica, que sigue señalando la tercera estantería de la biblioteca, como un dedo índice, el dedo de Cristóbal Colón que señala América, ahí lo tenéis, «nunca he podido separar placer y literatura», razona Fede, ¿sería muy aventurado afirmar que la diagonal de aquel pezón derecho llega quizá hasta el mismísimo rincón en el que se alinea su preciada colección de la editorial Gallimard?

«Piensa en tus libros de Gallimard para retrasar la eyaculación, aguanta ahí, Fede... *Vive la France!* ¡Un pezón afrancesado, qué duda cabe! *Gallimard, hourra!*». Mientras lame el pecho con la punta de su lengua le viene a la mente la inclinación redondeada de la tipografía de Claude Garamond, sin poder acertar a qué tipo de letra podría asimilarse aquel pezón, qué letra y qué tipografía, e inmediatamente después deja caer hacia atrás su cabeza mientras Inés lo cabalga con más ímpetu, el agujero negro de la enorme boca abierta de la chica, un recordatorio del oscuro porvenir que le aguarda. Pero haber adjudicado cierto afrancesamiento a los pezones de Inés no ha hecho sino sobreexcitarlo. Dos pezones y dos puntos en fuga diversos, *comme il faut!*, el uno lo lleva en diagonal hacia la comisaría, el otro a la biblioteca, dos geometrías opuestas conducentes a la promiscuidad; siente que la mujer que lo cabalga le está siendo infiel con aquellos pechos desatados, qué placer, un placer que da opción a Fede de serle también infiel. Pero, siendo como es imposible mientras lo mantiene atrapado a golpe de pubis, acaba por correrse en su interior.

¿Le dejará más tarde, una vez recobradas las fuerzas, frotar su miembro en sus pechos? Resulta que sí, y Fede desea febrilmente que uno de aquellos pezones se introduzca en su pene, que aquel rabillo del pecho afrancesado le penetre la ranura del glande, hacia dentro y hacia fuera, eso desea. Pero no se atreve a pedir tanto.

Los pezones estrábicos de Inés señalan, a un tiempo, la comisaría de la Policía Nacional y el rincón de la biblioteca en el que se encuentra la colección de Gallimard, y pedir más que eso, en aquel incipiente momento de la relación, habría sido pedir demasiado.

La labor de periodista se había asimilado últimamente a la de coleccionista de aniversarios. Cien años desde que nació este pintor, cincuenta desde que murió ese otro, veinticinco desde que estalló aquella polémica... Observar el presente con un ojo y reservar el otro para el pasado, así entendía su trabajo Idoia. Hacía tiempo que

no existía un periodismo más allá de la servidumbre de los aniversarios y el automatismo de las ruedas de prensa. Los aniversarios eran una buena excusa para reportajes más o menos sesudos, pero cuando llevabas más de una veintena de años haciendo tu trabajo y tenías una docena de carpetas a rebosar de reportajes propios o ajenos sobre Alfred Hitchcock, resultaba cada vez más arduo añadir algo nuevo, o mínimamente sensato, sobre el mago del suspense. Le entraba a uno pereza, complejo de reescritor. Aquello de utilizar mercancía averiada, recortes de segunda mano, refritos, comida precocinada recalentada lo justo antes de servir. Algunos aniversarios se conmemoraban todos los años, con su correspondiente y tediosa ronda de opiniones de la gentuza que estuviese de moda en el momento; había eventos cuyo recuerdo llenaba páginas y páginas. Pero, cada año que pasaba, el número de caracteres se iba reduciendo, el paso del tiempo era implacable y se pasaba a rememorar los hechos importantes solamente en aniversarios redondos. A celebrar solamente las bodas de oro y de diamante de las noticias y los muertos. Al cabo de un siglo, ¿qué aniversarios recordaríamos? ¿El de la Revolución Francesa? ¿El de la liberación de los campos de Auschwitz? ¿El derribo de las Torres Gemelas? ¿Cuál de los tres tendría mayor repercusión mediática entre nosotros? ¿Cuál de los tres acabaría siendo el primero en no ser mencionado?

Las ruedas de prensa eran harina de otro costal, ser invitado al establo y hundir el morro en el surco, tragar lo que te echasen al abrevadero, sin preguntar lo que era, para luego digerir como buenamente podías aquella información chapucera y evacuarla después sobre la maqueta. Eso que se viene a llamar periodismo.

Idoia estuvo a punto de pedir una excedencia, pero cuando el periódico solicitó un enviado especial «flexible», decidió darse una oportunidad. Fue recién fallecida su madre, justo cuando se convenció de que, tras su *affaire* con el fotógrafo Chema Santamaría, no iba a ser posible arreglar las cosas con Diego. Podía ser un modo de romper amarras.

Los enviados especiales eran una casta especial. Vivían el periodismo de forma totalmente diferente, sentían su profesión a flor de piel, sufrían y disfrutaban con la frágil e incómoda realidad y con la precariedad de los horarios, y gozaban a cambio de una libertad que ni soñarían trabajando en redacción. El enviado especial en el extranjero era quien al fin y al cabo tomaba sobre sus hombros la responsabilidad de interpretar todo un país; elegía el enfoque, liberal o conservador, neutro o colorista, a favor o en contra. El enviado especial *reconstruía* e *inventaba* una ciudad entera, o incluso todo un estado... De ahí la tendencia a fantasear de ciertos corresponsales de guerra, la de contar batallas inexistentes, su escoramiento consciente o inconsciente hacia la literatura, consecuencia directa de la casta especial a la que pertenecían. De ahí, también, la paradoja de que enviados especiales de izquierdas pudiesen desempeñar su labor en medios conservadores: muchos de ellos habían pedido el traslado voluntario o habían sido confinados en países extranjeros.

Idoia fue enviada a París. Pronto descubrió que las crónicas políticas del país galo

no interesaban demasiado en su periódico. Esperaban de ella otro tipo de noticias: rodajes de películas, novedades literarias, polémicas entre pensadores. Nada pudo alegrarla más. El nuevo trabajo que debía desempeñar suponía para ella volver a los orígenes, a la cultura, a su terreno natural; no tardó en hacerse ilusiones, imaginándose lo que podría gozar entrevistando a Houellebecq y a Beigbeder y asistiendo a los últimos conciertos, y a las exposiciones y estrenos de moda.

No tarda en darse cuenta, sin embargo, de que las propuestas que hace llegar al jefe de la sección de cultura tampoco son de su interés. Solamente le acepta alguna que otra cada dos semanas. Eso se traduce en que su sueldo —a tanto alzado por pieza escrita— no rebasa el mínimo acordado y apenas le llega para cubrir los gastos de alquiler. Idoia está perdiendo dinero en París. Intenta hablar con el director, pero Julio Virado no se pone al teléfono.

Fede Epelde se encontraba solo en la oficina, sin ayudante. Sucedió bastante antes de que empezasen sus problemas de retinosis pigmentaria, cuando todavía era capaz de arreglárselas solo. El rostro del hombre pelirrojo que atravesó la puerta le resultó familiar. ¿Lo había visto en los periódicos? ¿En la televisión? No sabría decirlo con seguridad. Escritor no era, de eso no tenía dudas. Tenía cara de vikingo. La familiaridad se debía tal vez a la rareza del estereotipo, su llamativo pelo rojo, cortado a cepillo y ligeramente encanecido, ese pelo erizado cuyas puntas dan ganas de tocar, rasurado al estilo recluta. Y, si bien hacía tiempo que había rebasado la edad de soldado raso, aquel hombre no dejaba de desprender un inquietante aire castrense.

No se trataría del primer aspirante a escritor de cierta edad que le entregaba un original en mano, pero carecía también del perfil de escritor *amateur*. ¿Un escritor frustrado que acomete la tarea de escribir sus memorias una vez transcurrida la mitad de su vida? No parecía ese el caso del pelirrojo.

Aparte de su ruda apariencia, era imposible no reparar en la carpeta que traía bajo el brazo. Una carpeta muy vieja según todos los indicios, de un color asalmonado que el inclemente paso del tiempo o la prolongada exposición a la luz natural habían desgastado visiblemente. Quizá se tratase de un original ajeno, especuló Fede, uno de esos «originales encontrados» que son hallados por alguien que es incapaz de evaluarlos y que ingenuamente cree que pueden resultar del interés de alguna editorial. Rara vez aparecía una obra maestra en un cajón, pero nunca se sabe. Ante todo, Fede era un profesional.

—Siéntese, por favor.

El pelirrojo se sienta, pero cuando lo hace, entorna ligeramente la silla hacia la pared, de modo que pueda controlar la puerta desde su asiento. Fede no tarda en entender lo que aquel gesto significa: tiene ante él a un ex militante de un grupo armado. Imposible cambiar los antiguos hábitos.

Ha dejado la carpeta color salmón sobre la mesa. La desliza para acercársela a Fede, como si le quisiese dar a entender que esa carpeta le corresponde y él no la

quiere de vuelta.

—Xabier Soto. ¿Le suena?

—Xabier Soto... ¿El mismo Xabier Soto del caso Soto y Zeberio?

—El mismo.

—¿Esta carpeta contiene sus escritos?

—En efecto.

—He oído que escribía teatro.

—Sobre todo teatro, entre otras cosas.

—Nosotros no publicamos teatro.

—¿Seguro? Pues resulta que esto sí que lo han publicado. ¿Tal vez involuntariamente? ¿Es eso posible, señor Epelde? Me refiero a publicar un libro *sin querer*...

—No entiendo adónde quiere ir a parar...

—Eche un vistazo a los originales, muchos de ellos le resultarán familiares. Haga después lo que le dicte su conciencia.

—Perdone usted, pero... ¿se puede saber de dónde ha sacado estos papeles, esta carpeta?

—Copias en papel de calco. Por aquel entonces se sacaba una copia de todo, lo recordará... Diego Lazkano es quien tiene los originales. Sus libros sí que los publican ustedes, ¿me equivoco?

Julio Virado se expresa con autosuficiencia, como de costumbre.

—Entonces deseas volver a casa. No ha durado mucho la aventura, que se diga. Tampoco te has concedido un plazo de adaptación. ¿Por qué no probarlo un poco más?

—No estoy cómoda, no consigo ubicarme, el ambiente, no lo sé...

—Entenderás que tu puesto está cubierto. Le hicimos un contrato de seis meses a... ¿Cómo se llamaba tu sustituta?

—Pilar.

—¿No querrás que la despidamos, verdad?

—Claro que no.

—Daremos con la solución: y levanta el ánimo, mujer, hasta por teléfono se nota que estás cabizbaja. Tengo buenas noticias para ti: Víctor se viene a Madrid.

—¿Víctor Irigoien?

—El mejor periodista deportivo de la cornisa cantábrica.

La expresión *cornisa cantábrica* le provoca náuseas.

—Su puesto quedará vacante.

—¿Deportes?

—Hay lo que hay, toca apretarse el cinturón, lo sabes mejor que yo.

«Vaya si lo sé, a mí me lo habéis apretado, pero en el cuello, indeseables»; lo piensa, pero no lo dice.

—Están de moda las comentaristas femeninas. Antes el deporte era un mundo de hombres, pero las cosas han cambiado, ahora es mucho más divertido. ¿Eres aficionada?

—No me gusta demasiado el fútbol, la verdad.

—Tampoco es todo fútbol, Idoia: ciclismo, atletismo, tenis... Algo habrá que te guste... Víctor se viene en quince días, tenéis dos semanas para ponerlos al día antes de eso.

—¿Y la radio?

—Seguirías colaborando: también necesitamos a una comentarista.

Idoia traga saliva. Intenta percibir algún rastro de crueldad en las leves crepitaciones que distorsionan la línea telefónica, algún chasquido de su lengua, algún indicio de que Virado esté retorciendo sádicamente el cable del auricular. Le parece que el director está actuando, que no se encuentra solo en su despacho y que el público invitado se ríe a sus espaldas.

—¿Tendré que retransmitir los partidos?

—No, eso de momento lo tenemos cubierto... ¿Acaso te gustaría?

—No, no especialmente.

—Está bien. Tómate libre lo que queda de semana, a partir del lunes te esperamos en Bilbao.

Lo que queda de semana no es demasiado. Es un viernes por la tarde. Aunque le sale más caro, toma el TGV del sábado por la mañana para Hendaya.

A Diego Lazkano le gustaría ser un salmón. Remontar la corriente, detener la flecha del tiempo, retroceder y, por qué no, arrepentirse. Coger aquella carpeta y dejarla en su sitio. No haberla cogido nunca. No haberla abierto jamás. ¿Cómo pudo haber pasado por alto el hecho de que Xabier Soto hacía un duplicado de todo?

—Vivir su vida... No tenías derecho a hacerlo.

—¿Por qué no? No he vivido su vida, eso no es cierto; de hecho, he utilizado sus apuntes, sus borradores, sus sueños, nada más que eso, Fede.

—¿Nada más? ¡*Nada menos!* ¿Te parece poco?

—He partido de aquellos esbozos para crear mi propia obra, he transformado sus...

—¿*Transformado?* ¿*Esbozos?* Has tomado una obra de teatro y la has convertido en novela, ¡valiente transformación de un esbozo!

—Aquello fue una excepción, la mayoría de sus ideas eran meros apuntes, les faltaba desarrollo.

—Has inflado sus cuentos y los has convertido en novelas. ¡Le debes todo tu éxito! ¡A Soto! ¡Todo!

—No es exactamente así, y lo sabes.

—He leído todos los papeles, uno por uno, hay párrafos enteros copiados de principio a fin, al pie de la letra. ¿Pero qué digo párrafos enteros? ¡Páginas y páginas!

Lo que te es atribuible es lo más flojo, ¿o acaso se lo has copiado a algún otro? No, esos pasajes parecen tuyos: ¡no valen nada! No se puede decir que no haya disfrutado comparando una por una todas las páginas. Con las molestias que me he tomado podría declarar como perito si me llamase el juez.

—He escrito miles de páginas durante los últimos veinte años. En la carpeta de Soto apenas si había dos centenares. Estás siendo injusto conmigo. No hay... apenas si tengo... nada que ocultar.

—Por eso no te importará que los periódicos conozcan tu verdadera «fuente de inspiración».

—Yo no he dicho eso, Fede... Lo tomé... lo tomé como punto de partida...

—Claro que sí, ahora me explicarás en qué consiste la *co-creación*. Lo que decía Picasso: los artistas mediocres copian y los verdaderos roban. O lo que dijo el bueno de Foster Wallace: que los artistas modernos son cleptómanos con buen gusto y toda esa vaina; Google, el hipertexto...

—Fede...

—Quizá se deba a mi obsoleta formación humanista, Lazkano, pero tengo que reconocer que me resulta muy difícil entenderlo. Soto ha sido un mártir para tu gente, y eso que tú has hecho, eso es lo peor que puedes hacerle a un mártir: has profanado su tumba, has tomado sus reliquias y, por si fuese poco utilizarlas para intereses personales, has hecho dinero con ellas, sin reconocer en ningún caso que se trataba de reliquias. ¡Te has lucrado a su costa! La verdad, no me cabe en la cabeza cómo has podido...

—Tú también te has lucrado, indirectamente, gracias a mí.

—¡Nos llevarán a los tribunales!

—Yo también fui torturado, también yo sé lo que...

—Eso decís todos.

—Pero es cierto. Es inútil tratar de explicar el infierno a quien nunca ha estado allí.

—¿Cómo es eso que se dice entre...? Ah, sí: *ojo por ojo*...

—Me torturaron, esa es la verdad. Y mis torturadores siguen impunes, quién sabe dónde.

—¿Pretendes convencerme de que tu pecado actual fue expiado antes de ser cometido? ¿Eso quieres decirme? ¿Que haber sido torturado te exime de toda profanación posterior? ¡Por favor! ¿Acaso pretendes darme lástima?

—He trabajado duro. Yo... sé muy bien lo que es sufrir.

—Y crees merecer una compensación por ese sufrimiento: la de apropiarte de la vida de otro. Estamos igual que antes, he comprendido tu punto de vista a la primera.

—Yo no he robado a nadie su...

—Eres un plagiador, un usurpador, un parásito: no solo te has apropiado de sus escritos, le has arrebatado el pellejo a aquel que ni tan siquiera lo tenía.

—¿Qué se supone que debía hacer? ¿Qué hubieses hecho tú en mi lugar, Fede?

—¿Me lo preguntas como editor? ¿Como amigo? ¿Como confesor? Dime, ¿qué se supone que he de hacer yo? ¿Seguir como hasta ahora? ¿Te das cuenta de la situación en la que me has dejado?

—¿Cómo puedes...?

—No es que nunca haya tenido demasiada fe en el género humano; ni en el género humano ni en las personas... Por regla general solamente he creído en las *excepciones*, pero no doy crédito, eso es todo. Después de todo lo que has hecho, no serás al menos tan caradura como para decir que lo has hecho como *homenaje* a tu amigo...

—Si tú lo has pensado será que no es tan descabellado.

—Tener cabeza no significa que no podamos decir cosas descabelladas, Diego, te conozco bien, soy muy capaz de introducirme en tu insensata cabeza. Y, escúchame bien, es un lugar aterrador.

—Te lo voy a volver a preguntar: ¿qué se supone que debía hacer?

—Muy sencillo: pulir sus trabajos y publicarlos con su nombre, por ejemplo, reservándote tus cinco minutos de gloria en el prólogo. ¡Lo que hizo Max Brod!

—Soto no era Kafka, ni yo Max Brod.

—Ni yo Gaston Gallimard, eso va por descontado.

—Tal como yo lo veo, hice algo para revivir sus cenizas. He mejorado sus trabajos...

—Tu modestia no conoce límites, Lazkano.

—Publicarlo todo tal cual estaba hubiese sido un ejercicio meramente arqueológico. ¿Acaso no te das cuenta? Yo no quería eso.

—No, querías vivir a sus expensas.

—No a sus expensas, ¡ha sido un modo de vivir *junto a él!* Éramos uña y carne, teníamos un estrecho vínculo... No puedes imaginarlo. Él y yo. Hemos recorrido este camino juntos. En todos estos años.

—Llevas cinco años sin publicar. Deja que lo adivine: ¿se te ha agotado la imaginación? ¿O son los contenidos de la carpeta los que no dan más de sí?

—Puede que no haya más novelas de Diego Lazkano, tienes razón en eso. Pero escribiré una crónica, la crónica del juicio Soto-Zeberio... pronto arrancará... declararé como testigo.

—Has expoliado hasta el último hueso de la tumba. Lástima que solo hubiese una carpeta.

—¿Vas a denunciarme? ¿Entregarás la carpeta a la prensa?

—Dime: ¿qué más puedo hacer?

—No lo hagas. Te lo ruego. Nos hundirán a los dos.

—¡Despierta de una vez! Haga lo que haga, tengo las manos atadas... ese tipo... el pelirrojo... podría tener copias de todo.

Se ganaría la vida eterna trabajando como periodista deportivo, así se lo parecía a

Idoia: el horario laboral se le hacía interminable, cada día duraba un siglo. Ruedas de prensa de pelotaris, elecciones de material, entrenamientos de fútbol... Visto uno, vistos todos. ¿Le resultaría a Víctor tan tediosa la cultura como a ella el fútbol? Probablemente. Los periodistas deportivos y los culturales debían de poner en funcionamiento diferentes zonas del cerebro, no cabía otra explicación. El vía crucis no consistía tanto en su sincopado peregrinar entre la radio y la redacción. Lo peor empezaba en el momento de escribir las crónicas y transcribir las entrevistas. Cada palabra le resultaba más fatigosa que la anterior, necesitaba el doble del tiempo del que emplearía en una crónica cultural para redactar un comentario que no ocupaba ni la mitad de caracteres, y siempre le quedaba un profundo sentimiento de ridículo, la sensación de que lo que había escrito era una bazofia inservible.

Idoia jamás había seguido el trabajo de Víctor —no había seguido el trabajo de ningún periodista deportivo, de hecho—, despreciaba en silencio al vanidoso redactor que iba siempre por libre, y ahora se veía en la tesitura de ser su ayudante durante dos semanas.

—Nunca os he entendido: vuestra adscripción a unos colores, a una nación... ¿Es posible ser periodista deportivo sin ser ultranacionalista?

Víctor la observó perplejo.

—Es todo fingido, Idoia... Hay que crear cierta tensión para narrar un partido de fútbol, pensaba que lo sabrías. No son más que trucos baratos; el morbo, el ascenso y la caída del héroe... Shakespeare en estado puro.

¡Shakespeare! Precisamente Víctor, dándole lecciones de dramaturgia, hablando sobre representar un papel. ¿De verdad debía creer que Víctor tenía alguna noción sobre el teatro de Shakespeare?

—Vamos, Idoia. Los lectores siempre quieren el mismo forraje, cambian los nombres, todo lo demás es igual. ¿Quién se librará hoy de los leones? ¿Quién será nombrado emperador? Basta con oír lo que dice la competencia en la radio cada mañana.

—Tu consejo es que no me complique la vida, entiendo.

—Vosotros, los de cultura, colocáis una coma por la mañana y la quitáis por la tarde. ¡Esto es un periódico, por Dios! Lectura diagonal, un par de titulares picantes mientras el lector se toma su café, se acabó, ¡no hay más!

Roger no había salido mejor parado que Idoia: además de sus trabajos habituales, le habían endosado un método radiofónico para aprender inglés. Bastaba con que fuese americano, la pedagogía era lo de menos. Idoia se preguntaba muchas veces qué hubiese sido de su vida de haber continuado en el diario *Egin*. ¿Sería más feliz? Probablemente no. Las que le daban de comer ahora eran aquella gente y aquellas ideas diametralmente opuestas a su ideología y a su estilo de vida. Le resultaba doloroso aceptarlo, pero así era. ¿Cuánto tiempo llevaba engañándose? ¿Qué sería lo próximo? ¿Empezar a empatizar con la línea editorial de su periódico y su radio?

Le aconteció todo lo contrario. Sucedió el primer día en el que tuvo que

encargarse de las desconexiones de los boletines debido a las vacaciones de Pilar — lecciones que da la vida: ahora era ella quien sustituía a la sustituta—. Mientras leía en directo la noticia sobre unos paramilitares somalíes que, tras haber robado uniformes de los cascos azules, se habían hecho pasar por soldados de las Naciones Unidas para tomar por la fuerza una aldea, tirotear uno a uno a todos los miembros de su comunidad y acabar prendiendo fuego al poblado, se quedó muda ante el micrófono. Fue un silencio largo y sostenido que duró medio minuto, uno de esos silencios que tan explosivos resultan en una emisión en directo, y que se prolongó hasta que el técnico tuvo reflejos suficientes para poner una canción.

Pidió la baja por depresión y, cuando no quisieron prolongársela más, solicitó una excedencia voluntaria. Se pasó semanas sin salir de casa, sin leer los periódicos, hundida y desolada, alojada en una pequeña buhardilla que le dejó un amigo ausente de la ciudad. La asaltaba el llanto a cada rato. El suyo era un pozo sin fondo. Roger la llamaba muy a menudo al principio, pero al comprobar que Idoia no cogía el teléfono, espació poco a poco las llamadas y acabó por rendirse.

Una mañana, encontró un periódico atrasado en el montón de papeles que el amigo que le dejó la casa no se había molestado en bajar a reciclar.

Se trataba de un periódico de la competencia, eso se dijo, «de la competencia», y le dio coraje haberlo pensado así, considerar aún suyo aquel diario en el que había trabajado. Reparó en uno de los titulares, apenada de que rara vez hubiese leído en su periódico un titular de ese cariz:

La pornografía como terapia.

Se acordó entonces de Chema Santamaría —«un fotógrafo auténtico en este mundo de auténticos farsantes»—, de aquel proyecto que tenía para una serie de retratos pornográficos. ¿Lo habría llevado a cabo? El reportaje le pareció una soberana estupidez al principio, un truco barato de algún gacetillero convencido de que lo único que vendía era el sexo, puro cebo. Pero ella lo había mordido.

El artículo explicaba cómo algunos psicólogos prescriben pornografía para superar problemas afectivos y rupturas sentimentales. Ciertamente que el mundo del porno había cambiado mucho. Las curvas perfectas y los cuerpos diez de antaño habían sido relegados en parte para favorecer el realismo y la verosimilitud de cuerpos y caras «de verdad», gracias al género *amateur* y al *gonzo*, que habían puesto en la red a disposición del usuario infinidad de *gigabytes* de sexo doméstico y naturalista. Clasificados de forma sistemática, se habían creado sofisticados menús de afinidad agrupando al detalle las más bizarras inclinaciones. Si lo que te excitaba de veras era ver a una pareja de fumadores que se masturba montada en la montaña rusa, no tenías más que teclear tu petición, *et voilà!*

«El problema de la pornografía es que una vez acostumbrado a ella puede llegar a resultar adictiva, y hay que saber reducir su consumo a tiempo para que esa manera de vivir el sexo de forma unívoca y virtual no se anteponga totalmente a las relaciones humanas. El consumidor habitual de pornografía está acostumbrado a

ostentar el poder y a que esté totalmente en sus manos, y luego puede llegar a resultarle dificultoso volver a acostumbrarse a saciar las necesidades sexuales de su pareja; es decir, asumir el hecho de que no estamos solos en la cama». Al parecer no todos los psicólogos estaban de acuerdo con este tipo de terapia. «Aunque puede ser efectiva en algunos casos, no es una receta que se pueda generalizar. Puede servir quizá para que la gente que identifica en demasía el amor con el sexo se aperciba de que una vez saciado su deseo con la pornografía no echa tanto de menos a quien la ha rechazado, pero generalmente no suele ser ese el caso. Utilizar la pornografía en su justa medida es saludable, el peligro está en el exceso, en creer que más allá de eso no hay nada».

Entró en Internet y probó suerte en diferentes páginas, con curiosidad, asombrada ante la falta de pudor de la gente, con las felaciones grabadas con móvil en los transportes públicos, con mujeres de todas las edades y condiciones que ordeñaban a ciegas vergas anónimas que salían de golosos huecos de la pared, con las desatadas adolescentes que se mecían en camas elásticas bamboleando sus pechos y dando la impresión de cabalgar a quien tenían al otro lado del ordenador, con tantos y tantos vídeos que colocaban estudiadamente la cámara en los ojos del internauta cabalgado. Al igual que en las revistas pornográficas que había ojeado ocasionalmente en su juventud, al principio le pareció que también en Internet se imponía el punto de vista del macho dominante, que no encontraría allí nada mínimamente excitante para ella, más allá de una ingente cantidad de estímulos para salidos que se hacían pajas. Pero a medida que navegaba de un sitio a otro, dio con una pareja de jóvenes chicas lamiéndose el sexo salvajemente, ajenas al mundo, a merced del placer. El atractivo de sus pequeños cuerpos desnudos, más allá de los pechos planos y golosos, se debía al arrebol de sus mejillas y a su incapacidad para controlar su expresión. No había fingimiento allí, sino auténtico gozo. Para cuando quiso darse cuenta, Idoia tenía los ojos clavados en la pantalla y la imagen maximizada. Quería lamer cada sonrosado píxel de las mejillas de aquellas chicas. Daban ganas de besar aquellas bocas abiertas. Pero faltaba algo: se dio cuenta de que tenía el audio desconectado. Una vez subió el volumen, no necesitó mucho más para desatarse suavemente los botones de sus vaqueros y empezar a acariciarse. Cuando la imagen empezó a resultarle demasiado repetitiva, cerró los ojos y giró la silla: los lacerantes suspiros, los gritos y la respiración acelerada de las chicas le bastaron para alcanzar el orgasmo.

Con el paso del tiempo aprendió a introducir las palabras más adecuadas en el buscador, y aunque le costaba reconocer que se encontraba en el umbral de la pornoadicción («puedo dejarlo cuando quiera»), dejó de encender el televisor después de la cena y empezó a ponerse todas las noches ante el ordenador, alternando un amante tras otro. Con estos no tenía que citarse en hoteles («Estoy en el hotel Orly, llámame»; «Ni se te ocurra hacerme daño, ¿vale?»). Estos no le daban disgustos.

Según había leído, las «neuronas espejo» eran las culpables de hacernos sentir emociones análogas a alguien a quien veíamos disfrutar o sufrir, aunque las acciones

que provocan ese disfrute o sufrimiento no operen sobre nosotros directamente. Muchos investigadores opinaban que el hecho de que haya gente que disfrute más que otra con la pornografía se debía a su mayor número de «neuronas espejo». Idoia creía pertenecer a ese grupo. Empezó a sentirse rica por una vez. Debía renovar su perfil: ex periodista, grupo sanguíneo cero negativo, cuarentona, mujer separada, sin hijos, alergia a los ácaros, gran abundancia de neuronas espejo, tantas como para ser donante.

Tuvo ganas de hablar con alguien. Se decidió finalmente a telefonar al periódico. Un contestador automático le indicó que aquel número no existía.

Más tarde supo que habían cerrado la redacción de Bilbao y que todos sus compañeros habían sido despedidos.

Lucio encuentra a Fede inclinado sobre un catálogo de Alberto Durero. Parece que esté sorbiéndolo, esnifándolo incluso, acercando la imagen del cuadro a sus ojos mediante una enorme lupa.

—Mira esto, es sensacional...

Le ha mostrado un grabado del libro: *Melencolia I*, de 1514, que según algunos expertos marcaría el inicio del Renacimiento. La Melancolía está representada por un ángel sentado con aspecto atormentado. A sus espaldas, una casa inacabada; frente a él, multitud de objetos: un reloj de arena, una pluma, una balanza, un tintero, una escalera... Objetos que atestiguan un trabajo que se ha dejado a medias.

—Por aquel entonces no se entendía por melancolía lo que entendemos nosotros: era el menos apreciado de los cuatro humores.

—En efecto. Se relacionaba con la locura, con el color de la tierra, con el otoño, con el viento boreal, con el frío y la sequía, con Saturno, que tanto parece influir a los creadores. Se relacionaba también con la época en la que los hombres cumplimos sesenta años.

—Con nuestra época, por tanto.

—La melancolía se relacionaba siempre con la pereza pero no es el caso del grabado de Durero. Observa: es cierto que la Melancolía ha abandonado su trabajo, pero no lo hace por vagancia, sino porque se ha dado cuenta de que no tiene sentido aventurarse más allá.

—Lo más curioso es que no hay ninguna *Melencolia II* o *Melencolia III*...

—Obras de arte perdidas...

—No estoy tan seguro. Siempre he creído que esa «I» no es un número, sino una invocación.

—¿Una invocación?

—Sí: «¡Melancolía, vete!», en latín... ¡Fuera de aquí! La voluntad de despedirse de la oscura Edad Media y abrazar la luz del Renacimiento.

—Fue por aquel entonces cuando nuestro querido Aldus Manutius dio a conocer su primer libro con la tipografía Bembo...

—También la Garamond viene a ser de aquella época. ¿Sabes, Lucio? Me acabo de dar cuenta de por qué prefiero la tipografía Bembo a la Garamond: la Garamond tiene los ojos más pequeños, como si tuviese los ojos de las letras «a» y «e» entrecerrados...

—Como recién despertado de un largo sueño.

—La Bembo, sin embargo, tiene los ojos abiertos de par en par... La Bembo es la primera tipografía que permanece alerta, atenta y vigilante. La Garamond corresponde a los soñolientos, a los que aún no se han despertado, tiene sueño... Es una tipografía legañososa... Después de ver este cuadro de Durero creo tener la conciencia lo suficientemente tranquila como para poder quedarme ciego.

De ser consumidor a convertirse en creador solamente había un pequeño paso. Un paso mucho más pequeño de lo que parecía. Activó la webcam y la colocó de modo que solo se le viese el cuerpo de cuello para abajo —le preocupaba el hecho de que se viese bien todo el cuerpo, pero no así su rostro—. A diferencia de la mayoría de los ejercicios masturbatorios femeninos que había visto en la red —vestían *jeans*, trajes de baño o simples minifaldas, cuando no aparecían desnudas de buenas a primeras—, se enfundó un vestido, blanco y liviano, lo suficientemente diáfano como para que se le transparentasen sus oscuros pezones. Comenzó a acariciarse, imaginando que había un público allí, como si se encontrase en un teatro privado, en un *peep show*. Se apretaba con firmeza los pechos por encima de la fina tela, enseñaba el ombligo y lo ocultaba, contoneaba hombros y caderas sin mover los pies del sitio. Se introdujo el dedo corazón entre los pechos, acariciando las aureolas, apretó sus pechos haciéndolos más compactos, invitando al público imaginario a mordérselos, casi rozando la webcam con su labio inferior. Empezó a suspirar, profiriendo gemidos exagerados que no obedecían al placer, pero que, poco a poco, a fuerza de escucharse suspirar a sí misma, empezaron a resultarle excitantes: pronto les seguirían otros gemidos, pero esta vez no fingidos, sino fruto del verdadero placer. Era posible, por tanto, convertirse en conductista de sí mismo, las neuronas espejo funcionaban también en el caso en que el actor imitado fuese uno mismo. ¿Autosugestión? Puede, pero había algo más que eso. Se quitó la parte superior del vestido y acercó de nuevo sus pechos hacia la cámara.

«Ven», murmuró. Era la primera palabra que pronunciaba en muchas semanas.

Una palabra surgida del suspiro.

El pudor la contuvo durante tres o cuatro días de visionar lo grabado. Cuando lo hizo, no obstante, lejos de sentirse avergonzada, se sintió excitada de nuevo. Se contagió de la verosimilitud de sus falsos suspiros, de esos suspiros fingidos a los que siguieron otros que eran de placer verdadero. No podía dejar de darse placer. ¿Qué otra cosa era la pulsión sexual sino la búsqueda de la repetición continua de un placer familiar que contuviese en él alguna variante desconocida? ¿Era acaso la falta de esa variante desconocida lo que malograba la pasión de muchas parejas y las empujaba

de un modo insensato a caer en brazos de otros? A medida que empezaba a imitar lo que veía en la pantalla, sus gemidos reales se fueron solapando a los grabados. Empezó entonces a despegarse de la grabación, a balbucear palabras, en busca de su propia variación: «Desnúdate para mí, sácatela, menéatela delante de mí, más rápido, más rápido, aquí, en mi vientre».

Visionó una y otra vez la grabación antes de dar el paso, para cerciorarse de que cuando besaba la cámara y el objetivo se llenaba de vaho su cara quedaba a resguardo. Nadie la reconocería. Tras comprobarlo, subió su ejercicio onanista a una de esas páginas web con menús gratuitos. Cada vídeo tenía un contador: un marcador que especificaba el número de visitantes. Observó perpleja que ya para medianoche mil quinientos cibernautas desperdigados por todo el mundo habían visto su vídeo, puntuándolo con una media de cuatro estrellas.

Como si no tuviera suficiente con su pornodependencia, invadida por una patológica y ególatra curiosidad, siguió comprobando con avidez a cada rato cuánta gente iba visionando su pieza masturbatoria, incapaz de poner freno a sus ansias de popularidad. Desde que subiese las imágenes a la web, solamente durante las primeras veinticuatro horas, veinte mil personas se habían descargado el vídeo o lo habían visto mediante *streaming*. Al cabo de una semana, la cantidad ascendía a casi cien mil. La puntuación seguía siendo de cuatro sobre cinco.

Cuántas mujeres jóvenes y adultas con la mirada clavada en ella en todo el mundo. Cuántos muchachos adolescentes meneándosela sin descanso. Imaginó al propio Roger, a Julio Virado, a Diego, a su ex marido Mikel. Hombres y mujeres, seres desesperados y no tan desesperados, que suspiraban por un momento de solaz y descanso —*la petite mort*— en sus labores.

Había conseguido lo que jamás logró tras haber trabajado casi treinta años en los periódicos: atraer la atención de la gente. Audiencia, lo llamaban algunos, y la suya era descomunal. Antes no la leía nadie, ahora eran muchos quienes trataban de leer su piel.

Pero Idoia era consciente de que debía salir del hoyo, dejar su refugio de invierno, salir al mundo y buscarse un trabajo.

Recordó la conversación que mantuvo con Diego antes de romper la relación:

—Fede siempre necesita lectores en la editorial...

Habían pasado meses desde entonces, pero nunca se sabe. Decidió telefonearle. Sabía que era una insensatez, pero no perdía nada por hablar con el cascarrabias. Necesitaba dinero.

Decir que Fede tenía problemas de visión era ser demasiado optimista. Se desplazaba en taxi desde su casa a la editorial y allí se guiaba a duras penas, encontrando el camino a su despacho con dificultad, gracias a haberlo automatizado por la fuerza de la costumbre. La primera vez que Idoia visitó la editorial se quedó atónita: el pasillo estaba repleto de carritos de supermercado abarrotados de sobres que se amontonaban sin orden ni concierto, sin nadie que los clasificara a medida que

iban llegando por correo. En el fondo de algunos de estos carritos empalidecían sobres timbrados tamaño folio que jamás abriría nadie.

—En eso consistiría tu trabajo —le aclaró Fede—. Déjate guiar por el instinto, elige uno, ábrelo y lee la primera página. La mayoría de las veces basta con una página. El trabajo sería de media jornada, a partir del mediodía empieza a ser irritante... descartarías el mismísimo *Ulises*. Sé que no es un trabajo demasiado agradecido, pero si te quedaras ordenando el material por las tardes, te podría contratar durante seis meses a jornada completa. Mil quinientos al mes.

No era mucho menos de lo que cobraba en el periódico.

—Como soy medio ciego, te pagaría en negro.

Idoia no entendió el comentario.

—Era un chiste de invidentes, no me hagas caso.

—Primero querrás oír si leo bien...

—Me sirves. Te he escuchado en la radio.

«¿En *Radio María*?». Tanto se sonrojó Idoia, que incluso Fede, más allá de su ceguera incipiente, pudo notarlo. Así se lo pareció al menos a ella. Siempre tuvo la esperanza de que nadie escuchase sus locuciones radiofónicas.

Idoia atravesó el corredor lleno de carritos de supermercado.

Fede se había remangado la camisa, como si estuviese a punto de introducir el brazo en un vivero de langostas. Permaneció acomodado en su silla, no obstante. Era a Idoia a quien correspondía ponerse a pescar.

Idoia no sabía por dónde empezar: tras dos semanas de intenso trabajo, había logrado clasificar los originales a partir de la fecha de recepción, pero no pasaba un día sin que recibiesen más sobres, que creaban inevitablemente en los carritos nuevas capas tectónicas de literatura potencial. Era asombroso lo mucho que escribía la gente, tan asombroso como las muchas ganas que tenía para que aquello que escribía se publicase. ¿Debería empezar a partir de los sobres más antiguos, por orden rigurosamente cronológico? No tenía demasiado sentido: allí había ejemplares remitidos hasta tres o cuatro años atrás, sus autores se habrían dado por vencidos, difícilmente seguirían cruzados de brazos a la espera de una respuesta por parte del editor. O bien habrían encontrado ya otra editorial que los acogiese y publicase, o bien los aspirantes a escritor habrían cambiado de oficio. ¿Dónde fijar, de todas formas, el plazo lógico y razonable para que un editor respondiese? ¿Era justo hacer esperar todo un año a un autor? Idoia estimó que seis meses eran más que suficientes y decidió salomónicamente empezar a partir de ahí. Lo sentía mucho por quienes hubiesen enviado su manuscrito con anterioridad.

Eligió al azar media docena de originales y empezó a leerlos en voz alta, uno por uno.

Fede descartó los tres primeros con solo escuchar el título.

—¡No, ni hablar! ¿Pero cómo? Ni pensarlo.

El cuarto fue dejado de lado a causa del autor de la cita que precedía al libro.

—¿Cómo va a escribir bien si ni tan siquiera sabe robar como es debido?

Los dos restantes fueron condenados a la hoguera antes de que Idoia traspasase la primera página. Gritaba como un matasanos en su consulta:

—¡El siguiente!

O si no:

—¡Dónde se han escondido los escritores de verdad, por Dios!

O si no:

—¡Plagiando a Cheever, cualquiera!

O si no:

—¡Harto me tienen con Edipo!

O si no:

—Ocúpate de enviarle una copia de *Una habitación propia* de Virginia Woolf.

O si no:

—¿Por qué no leen algo antes de empezar a escribir?

O si no:

—¿Por qué no se dedican a vivir un poco antes de empezar a escribir?

O si no:

—¡Eso no es literatura, es karaoke! ¡Puro calco! Silbar por encima la melodía compuesta por otro; y si al menos lo hiciese bien...

O si no:

—¡Basura!

O si no:

—¡Una palangana, por compasión! ¡Voy a vomitar!

Tras dos semanas de duro trabajo, Idoia le leyó de cabo a rabo una breve novela de un joven autor desconocido. Tenía entendido que existía la figura de la lectora en Cuba, en las fábricas de habanos en las que una mujer se encargaba de leer novelas de viva voz mientras las cigarreras liaban los puros. Se identificó con ellas mientras lo hacía. La novela se titulaba *El guardaespaldas que leía Moby Dick*.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Fede.

Idoia sintió que le tendía una trampa. La novela le había encantado, pero temía decir que sí. Decidió responder indirectamente, dejando un resquicio para echarse atrás.

—A mí me ha enganchado desde el principio...

—Telefonea al autor, entonces. ¿Cómo dices que se llama?

Tuvieron suerte: el autor no había apalabrado el manuscrito con ninguna otra editorial. Se mostró entusiasmado por la llamada.

Durante las seis semanas siguientes no fueron tan afortunados. De un modo que resultaba descorazonador, Fede descartó entre aspavientos e impropiedades docenas de trabajos, rebasando rara vez el primer capítulo. Las reservas iniciales de Idoia fueron convirtiéndose en simpatía: aquel editor, Fede, era un personaje totalmente

novelesco.

La broma era demasiado fácil: fe de editor. Fe ciega. Fe que no depositaba en nada, salvo en la literatura.

—¿Me acompañarás a la entrada? Llama a un taxi: hoy no viene Inés a recogerme... Le han cambiado el turno en el peaje.

—Faltaría más.

La tomó del brazo para dirigirse al exterior.

Fede permaneció un momento en silencio. Se acomodó el cuello de la gabardina y se enderezó frente al grabado de Durero clavado con chinchetas que hacía las veces de espejo. *Melencolia*. A veces sucede: una tristeza repentina nos invade en el momento más inesperado.

—Dime la verdad, Idoia, ¿te doy lástima? No quiero tener trabajando conmigo a nadie a quien dé lástima.

—Lástima, ninguna. Estoy muy a gusto aquí.

—Me alegro, porque tampoco yo me doy ninguna lástima, ¿sabes? La visión está sobrevalorada, es mucho peor quedarse sordo.

A Idoia le extrañó el comentario, viniendo como venía de un hombre de letras que se había abrasado las cejas entre libros y legajos.

Fuera hacía frío, se cruzaron los faldones de los gabanes para abotonárselos y se cubrieron hasta la nariz con las solapas. Idoia se sentía cómoda junto a su jefe. A la espera.

—Tu taxi ha llegado, Fede.

Idoia sintió la mano de Fede que se posaba tiernamente sobre su hombro.

—Me has facilitado mucho las cosas, el año ha acabado muy bien.

Le alargó un sobre. *El guardaespaldas que leía Moby Dick* les había salvado el año. No solo este. También parte del siguiente.

—Habrás que cuidar a ese muchacho. Esperemos que no envíe su siguiente libro a una gran editorial, como hacen todos.

Idoia abrió el sobre. Había pocos billetes, pero de un colorido al que no estaba acostumbrada.

—Aquí hay mucho dinero...

—Has conseguido lo que nadie: seguir en la empresa después de seis meses.

«Empresa» le pareció una palabra demasiado pretenciosa para aquel cuchitril, pero no era cuestión de llevarle la contraria.

—Puedo ver tu sonrisa desde aquí, ¿sabes? —bromeó de espaldas desde el taxi, como si de veras fuese capaz de tal prodigio.

Tal vez lo era.

Sobres que tanto tiempo había llevado clasificar desperdigados por doquier, libros arrancados de estanterías y pisoteados en el suelo, lámparas desenchufadas atravesadas sobre la mesa, las láminas de Klimt y de Durero arrancadas de las

paredes... Idoia encontró la oficina patas arriba. No parecía faltar nada a primera vista, si era dinero lo que buscaban habían venido al sitio equivocado. ¿Esperaban encontrarlo en una editorial? Los profesionales del hurto deberían saber que eso es imposible. Y los ordenadores ni tan siquiera los habían tocado. Dudó si debía llamar a Fede antes de empezar a ordenar el desaguizado. Tampoco era cuestión de alterarlo más de la cuenta. Se le ocurrió que quizá lo más lógico era dejar todo tal cual estaba y poner una denuncia. Que lo decidiera Fede, qué demonios. Al fin y al cabo la editorial era suya.

—Fede, no te asustes, pero hemos tenido visita en la oficina. Algún gamberro. No parece que se hayan llevado nada.

Optó por la vertiente humorística, para que Fede no se encolerizara.

—Quién sabe si buscaban algún manuscrito. ¿Crees que ha sido la competencia? Fede permanecía en silencio. Idoia le oía respirar aceleradamente.

—¿Estás bien, Fede?

—Escucha: quiero que abras el primer cajón de mi mesa.

Aquel era el único cajón que cerraba con llave. Nunca lo abría delante de ella. Idoia estaba familiarizada con este tipo de manías: Diego hacía lo mismo.

—Sabes que no tengo la llave...

—Mira por si acaso, intenta abrirlo.

Aunque al principio se resistía y parecía que el cajón estaba cerrado, al tirar del pomo se abrió suavemente: estaba vacío. Alguien había forzado la cerradura y vaciado el cajón.

—No hay nada. Está vacío.

—¿No hay una carpeta color salmón? ¿Una carpeta vieja?

—Aquí no hay nada, Fede. ¿Qué había en esa carpeta? ¿Era importante?

READY-MADE

—**O**CHENTA abuelas nos separan del neolítico. Ochenta abuelas nos alejan de la caverna. Dicho de otro modo: ochenta abuelas nos acercan a la cueva. Ochenta abuelas, ochenta pares de piernas, ochenta regazos, ochenta partos. Ochenta, así lo afirmaba Jorge Oteiza. ¿Te parece mucho? ¿Cuántos familiares vivos tienes? No son muchos más, ¿no es cierto? ¿Menos, acaso? ¿Como para contarlos con los dedos de una mano? ¿Seis, ocho, nada más que tres? Pues entonces piensa en tu familia de otra manera, piensa en tus antepasados muertos, cercanos y no tan cercanos, piensa en una estirpe formada solo por abuelas. Entran fácilmente bajo un mismo techo, caben en las cuatro primeras filas de un teatro pequeño, ¿puedes imaginártelo? Solamente cuatro filas compuestas por butacas pares e impares, un baile de jubilados en el polideportivo y, mira por dónde, no son más que esos. Piensa en esas ochenta abuelas tuyas, todas por parte de madre, todas madres de madres, imagina sus rasgos, tan parecidos a los tuyos y cada vez más alejados de ti —en realidad hemos situado mal el origen, eres tú quien se aleja de ellas, y no al revés: eres una fotocopia cada vez más desgastada, más caricaturizada, cada vez más simple, cada vez más a merced de bacterias desconocidas; olvídate de Darwin, de la evolución y de la mejora continua, no eres más que la plantilla de un lejano cazador, un molde en negro, algo que se puede pintar con aerosol en una pared del frontón de cualquier pueblo—. Ochenta abuelas, y luego esto; ochenta abuelas y luego tú, ¿puedes recordar ochenta nombres? ¿Sí? ¿En serio? ¿Cuántos nombres de mujer hay en tu agenda? ¿Cuántas mujeres has encontrado en tu camino, con las que hayas tenido la fantasía de emprender una nueva vida? Muchas menos de ochenta, pero si fueras don Juan podrían serlo: tantas como tus ochenta abuelas. ¿Ochenta nombres de mujer? ¿No podremos recordarlos uno a uno? Hagamos el esfuerzo por poner un rostro a cada una de esas abuelas: Katherine, Oihana, Elizabeth, Lourdes, Viviana, Begoña, Lide, Laura, Tatiana, Tannia, Larraitz, Karmele, Margarita, Miren, Olaia, Irene, Dolores, Leire, Kattalin, Úrsula, Martine, Teresa, Neus, Vanessa, Eneida, Társila, Paula, Elena, Lucía, Suzanne, Jennifer, Juana, Aizpea, Julene, Alejandra, Nora, Marilar, Cristina, María del Mar, Agurtzane, Lierni, Goizargi, Myriam, Ainara, Koro, Gabriela, María, Esther y María Esther, Isabel y María Isabel, Yolanda, Joana, Visitación —Visi para los amigos—, Ruth, Mónica o Monique, Maialen, Reyes, Arantxa, Maite, Ingrid, Rosa, Esperanza —de pequeña, Esperancita—, Ainhoa, Olga, Montse, Izaskun, Blanca, Zuriñe, Ihintza, Nerea, Amaia, Nagore, Eulali, Lola, Frida, Brígida, Alfonsina, Paz y Mari Paz, Marijo y Marijose, Idoia, Maribel, Luisa, Eva, Asun, Iratxe, Mercedes, Irati, Alaitz, Itziar, Eider, Naroa, Angelines, Olatz, Marta, Marie Ann, Clementina, Anna y Ana y Ane y Anne... Y basta. Ahí van ya más de ochenta, sin repetir un solo nombre, y eso que no hemos mencionado a Marina...

Mientras Gloria contaba la historia de sus ochenta abuelas, Lazkano y ella

llegaron frente a la foto de una *performance* de Marina Abramovich. Era un retrato de la obra *Rest Energy*. En realidad, aquella foto era lo único que Lazkano recordaba de la exposición: Marina Abramovich y su ayudante Ulay, con el arco tensado, sujetando ambos el arco y la flecha, un momento congelado de su obra más conocida; Abramovich y Ulay vestidos de blanco y negro, los dos un poco inclinados hacia atrás, como a punto de caer, Ulay el ayudante sujeta la flecha en la cuerda tensada y Abramovich sujeta la madera del arco. Están frente a frente. No se trata de ningún juego, la flecha tiene una punta bien afilada, que apunta directamente al corazón de Marina Abramovich. Bastaría que Ulay soltara la cuerda para que la punta de la flecha se clavara en el corazón de la artista y la matara al instante. Se miran el uno al otro, ambos vestidos con camisa blanca; ella con una larga falda negra, él con pantalones oscuros. La fotografía es impresionante. Ulay sujetó la flecha durante dos horas —se sujetaron mutuamente durante dos horas—, con toda esa tensión, todo ese alud de reflexiones encadenadas y el insoportable suspense sostenido que el ejercicio conllevaba. Colocaron también a los artistas micrófonos bajo la ropa, para captar los latidos de sus corazones y oír cómo se aceleraban según iba avanzando el espectáculo. A diferencia de otras acciones artísticas en directo, en esta ocasión la foto reflejaba perfectamente la fuerza y la intención de la *performance*. Era una imagen capaz de reconciliar a cualquiera con el arte contemporáneo y conceptual: para qué el arte, para qué escribir, he ahí la respuesta. La cuestión era mantener el arco tenso y la flecha preparada, tener un objetivo en el punto de mira, el riesgo de morir, y a pesar de ello la pasión y el deseo de vivir; inteligencia y generosidad, humildad y orgullo. La flecha dispuesta y la diana, uno mismo, con el lema del arquero *zen* en el recuerdo: sean uno el cazador y la presa. Hacía años que Lazkano había visto aquella foto por primera vez, y también en aquella ocasión había estado Gloria por medio: fue en su nevera, un cutre recorte de periódico pegado con cinta adhesiva, más de veinte años atrás, en el piso que Gloria compartía con otros estudiantes. Eran años de pana y patillas gruesas, tiempos en que los malos poemas y las cartas al director se repetían en negras hojas de calco y tras enviar una al periódico la otra se guardaba, para casa, en carpetas de cartón. Maravillosos años de panfletos y fanzines. Los años en que llegaron de Londres los primeros punkis con sus crestas y sus pantalones estrechos, verdaderas bombas atómicas contra los uniformes.

Ahora Gloria tenía el pelo entrecano y lo llevaba muy corto. No se había casado, no había tenido hijos; durante los primeros años en que la había visitado en Barcelona le solía hablar de sus ocasionales aventuras. Sin embargo, hacía ya años que Gloria no le daba noticia de sus andanzas sentimentales, como si se le hubiera pasado la edad, o como si creyera que a Diego ya no le interesaba esa faceta de su vida. No sabía si Gloria había perdido por completo el interés por los hombres o si, simplemente, dado que con él le gustaba más desgranar otros temas, lo hacía para aprovechar mejor el escaso tiempo que pasaban juntos; tampoco Diego era en aquella

época muy dado a hablar de sus amoríos.

Es curioso en qué se basan algunas amistades: en qué temas y qué premisas, qué tonos, y qué normas no escritas. Con Gloria hablaba especialmente de arte, de las últimas películas que había visto y de los últimos libros leídos. «¿Qué estás traduciendo?», le preguntaba en aquellas primeras visitas, y Diego le contaba en qué andaba metido, qué había traducido el año anterior y qué planes tenía para el año siguiente: los libros que traducía constituían la biografía de Diego, esa era la verdad. 1987 fue el año de Tolstói, 1988 el de Nikolái Gogol, 1989 fue el año en que se enamoró de los escritos de Anna Ajmátova... Luego, cuando Diego Lazkano comenzó a publicar sus propias novelas, empezaron a hablar de los libros que jamás escribiría.

Aunque antaño tuvieron encendidas discusiones políticas, ahora apenas si tocaban el tema, excepto para mencionar la mansedumbre general ante la ilimitada capacidad de la política neoliberal para introducirnos el dedo en el ojo, o para inventarse paquetes bomba que habría que colocar virtualmente en empresas eléctricas y de telefonía. Eran infantilmente apasionados en esos ámbitos —incendiarlos, diría alguno—, pero nunca se les pasó por la mente que pudieran serlo caso de haberse involucrado sentimentalmente. O tal vez hacía tanto tiempo que se les había pasado por la cabeza que ya ni se acordaban. Las lejanas aproximaciones de Diego hacia ella habían sido tan timoratas, que Gloria difícilmente las habría tomado por aproximaciones. Gloria ignoraba que Diego se había inscrito en el grupo de teatro porque le pareció atractiva cuando la vio pegando carteles en busca de nuevos miembros. Le había gustado Gloria, no el teatro. Ahora le produce vértigo pensar en lo jóvenes que eran, como si hubieran transcurrido entre ellos más de las ochenta abuelas de Oteiza. Fueron las dudas juveniles de Diego las que le hicieron comportarse con excesiva prudencia. ¿Dudas? Quizá no había sido más que su simple y llana necedad de joven cándido la que le dio a entender que merecía la pena conservar aquella amistad, o puede que fuera sin más el clásico miedo a recibir una rotunda negativa. Las conversaciones apasionadas y la atracción carnal podían ser compatibles, pero en aquella época consideró que su relación era ajena a tal compatibilidad; y ahora su capacidad para compartir cuerpo e intimidad se les había vuelto perezosa, o bien la consideraban algo trasnochada; Diego ya no sentía aquel arco tensado de otro tiempo, cuando visitaba a Gloria en Barcelona. Ya no se sentía como Ulay, sujetando la flecha dirigida directamente al corazón de Marina Abramovich. Podía ser incluso tranquilizador, según se mire.

Aunque pertenecía a una familia acomodada, Gloria nunca tuvo demasiada relación con sus padres desde que se marchó de casa nada más cumplir los dieciocho. No, al menos, para pedirles dinero. La palabra que más usaba Gloria al referirse a su familia era «facha». Llevaba una vida bastante espartana desde que desterrara su experiencia teatral para huir a Barcelona y convertirse en una artista. Aunque en la época en que trabajaban juntos había demostrado un gran talento para dirigir grupos,

ahora siempre trabajaba sola. Al parecer se cansó de frecuentar a la gente, no estaba dispuesta a soportar a *egomaniacos* (una palabra que usaba muy a menudo). «Bastante orquesta tengo conmigo misma», solía decir. Como artista plástica, sin embargo —Lazkano había asistido a un par de sus abarrotados *openings*—, Diego sospechaba que no había avanzado gran cosa en la selva del mercado del arte: aunque mostraba su obra en diversas galerías, apenas vendía, y —que supiera Diego al menos — nunca un gran museo o corporación había comprado nada suyo para sus fondos. A Diego no se le escapaba que últimamente Gloria estaba perdiendo amigos: a diferencia de años anteriores, en esta visita casi no había sonado el teléfono. Su amiga se estaba aislando en Barcelona.

—¿Otra botella?

—Por mí no, últimamente bebo menos.

Tenía un *loft* en la ladera del Montjuïc: un mismo lugar para vivir y para trabajar; la vida y el arte todo uno, en el sentido de Marina Abramovich. Incluso después de cocinar, el olor a acrílico que rezumaban los cuadros abstractos pintados hace tiempo se imponía al de las berenjenas a la plancha. Con todo, a Lazkano le gustaba cenar allí, sobre todo en verano, contemplando las enormes plantas de marihuana con un toque a naranja que degustarían junto con el café, el tráfico y las luces de la ciudad allá abajo, ambos en un nivel de susurros; susurros auditivos, y susurros lumínicos amortiguados por la distancia.

Aquel día hablaron del perdón. De la vergüenza y de la culpa. Del copiloto del Enola Gay, a quien le dio por convertirse en un torpe escultor.

Pero hacía falta algo más que sentirse culpable tras haber arrojado la bomba en Hiroshima.

—Y, según tú, ¿qué tenía que haber hecho? ¿Suicidarse?

—Más de uno lo ha hecho.

—Sentirse culpable es una cosa, pero ¿era de verdad culpable? ¿Culpable de qué? ¿De haber elegido un oficio? ¿De haberse hecho soldado? A él le tocó en suerte estar en un avión, con un cometido específico: no sabía que estaban lanzando una bomba atómica. Era el copiloto del Enola Gay, nada más... ¿De qué era culpable? ¿De haber preferido el oficio de soldado a elaborar *whisky* de maíz en Kentucky?

—Ya empiezas a añadir flores de tu propia cosecha, Gloria: no creo que fuera de Kentucky, precisamente. Aquí dice que Robert Lewis era de Nueva Jersey... Y *soldado*.

—Me importa un comino si trabajaba en una gasolinera o era soldado...

—A mí no: eso nos diferencia.

—Ser soldado es una opción, una opción que puede ser impuesta por una cierta educación y unas expectativas de vida muy limitadas, una opción que puede ser dura, inevitable o inocente, o bien puede ser completamente libre, intencionada y vocacional... Quién sabe cuál era su caso... En un noventa por ciento de las

ocasiones suele ser la pura inconsciencia lo que nos empuja a hacer las cosas. Cada cual tendrá sus motivos: pero te equivocas si metes a todos los soldados en el mismo saco.

—En el mismo petate, querrás decir...

—Sí, tomó parte en el lanzamiento de esa bomba sobre Hiroshima, ¿y qué? No sabía de qué se trataba exactamente, no podía pensar en los efectos de una bomba atómica. De algún modo, se limitó a hacer su trabajo...

—Si vamos a eso, lo mismo que los nazis...

—Lo mismo que los nazis, cierto: eso de la cadena de mando está muy bien pensado. Todos llevamos dentro un ser obediente, dispuesto a trabajar para el Diablo.

—Yo creo en la libertad individual, luché por que las cosas cambiaran...

—¿Y cambiaron?

—Puede que no... No al menos en el sentido y dirección que nosotros esperábamos. Las cosas parecían posibles en aquella época. Pero si no hubiéramos luchado, la situación actual no sería la que es, dudo que si hubiéramos sido más dóciles...

Lazkano veía hormigas en su mente. «Dale una *pasara* con esto». «Lo dejaremos libre, ¿no?». «Sumerjámos en la subjetividad». Quizá de otro modo, pero también él se sentía culpable. ¿Se habría cruzado alguna vez, sin sospecharlo, con algún familiar, algún amigo del ingeniero?

—Tienes en mente a Soto y Zeberio, ¿no es cierto?

—Ellos ni siquiera tuvieron ocasión de luchar... Atracaron un banco... con pistolas de juguete...

—Yo también me acuerdo de ellos. Os lo advertí, os dije que ibais a terminar mal. Diego Lazkano estaba incómodo. No quería seguir por ahí.

—Nos estamos desviando. Hablábamos de la bomba atómica.

—De Robert Lewis: a los veinticinco años de haber arrojado la bomba, se puso a tallar un trozo de mármol, a esculpir una estatua en su garaje...

—¿A eso le llamas arte? La imagen es burda.

—Lo que importa es la salida que encontró para su angustia, y el título que le puso a aquella escultura: *God's Wind at Hiroshima?*, con signo de interrogación incluido, porque dudaba entre poner *God's Wind* o *Devil's Wind*... Porque Robert Lewis no sabía, no podía decir si el responsable había sido Dios o el Diablo. También viene bien recordar lo que escribió en su diario: «¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?».

—¿Y crees que con eso se redimió? ¿Que el soldado quedó sanado gracias a esos meses que pasó esculpiendo un bloque de mármol? ¿Que le resultó terapéutico? ¡Por favor! Mató a cien mil personas...

—Por lo menos hizo un gesto. Se dio cuenta de que tenía que cubrir de algún modo ese amargo agujero que llevaba dentro...

—Semiótica barata, no me vengas ahora con simbolismos.

—... que necesitaba una piedra simbólica, no le servía cualquier piedra, y creyó

que una labrada por sus propias manos...

—... una ridícula seta atómica...

—Hizo de sí mismo un escultor para poder hacer aquel trabajo, ¿no lo entiendes? ¡Fue una transformación total!

—Pero en el fondo siguió siendo un soldado estadounidense de pura cepa.

—Eso no lo sabemos. Esa cuestión de lo nuclear, ya sabes que las primeras pruebas las hicieron en el atolón de Bikini... La energía nuclear siempre ha tenido, aparte de su lado mortal, una faceta sexy, juguetona... Aquella lectura positiva de las bombas nucleares, que llevó a bautizar el traje de baño de dos piezas con el nombre del atolón donde se hacían las pruebas atómicas, porque era de esperar que aquel bañador provocase en las mujeres de la época los mismos efectos que una explosión nuclear... Anda... Mira esto...

Lazkano observó la fotografía que Gloria le mostraba en su portátil.

En ella aparecen el almirante William H. P. Blandy y su esposa, y a su lado un militar de cara enrojecida entrado en años cortando una espectacular tarta con forma de hongo atómico. No se trata de cualquier tarta, parece una tarta de bodas sin novios. La foto es de 1946, posterior por tanto a la masacre de Hiroshima y Nagasaki. El porte del almirante Blandy es elegante, igual que el de su mujer, que lleva un sombrero con la misma forma de hongo atómico que la tarta de merengue y nata. Es el asombroso parecido entre el sombrero y la tarta lo que ha hecho tan famosa la fotografía, el brutal choque entre lo frívolo y lo sagrado, por no mencionar que hiela la sangre la insustancial reinterpretación gastronómica de lo que había sido el icono de una masacre. El crimen reconvertido en estética; el hongo, asimilado por la moda, convertido en objeto de repostería *chic*. Biquinis, tartas. Los «recién casados» sujetan alegremente el cuchillo para cortar aquella tarta con aspecto de hongo atómico, cada uno con una mano, y acariciándose, aunque quien más se divierte allí es sin duda el tercero, un militar con cara de aguardiente.

—Según parece, ese tal Blandy era un almirante de la vieja escuela: tomó parte en el primer bombardeo de Iwo Jima, y era conocido porque, antes de hacer funcionar los cañones, le gustaba situar los barcos lo más cerca posible de la costa, hasta el punto de poner en riesgo sus propios navíos. «Quiero ver el blanco de los ojos del enemigo», dicen que dijo una vez... ¡Imagínatelo, Diego, el blanco de los ojos del enemigo! Cuando acabó la guerra participó en los ensayos nucleares del atolón Bikini, donde al parecer pronunció otra frase que le haría famoso: «No soy un *playboy* atómico».

Gloria le mostró un enlace de Wikipedia en su portátil.

«La bomba no provocará una reacción en cadena ni convertirá todo el agua en gas. No se irán a pique todos los barcos de aquel océano. La explosión no hará estallar el fondo del mar ni se vaciará por el agujero. No hará desaparecer la gravedad. No soy un *playboy* atómico que utiliza bombas para satisfacer sus caprichos, como han manifestado muchos de mis enemigos».

«No soy un *playboy* atómico», eso era lo que Blandy había dicho, pero la fotografía desmiente sus palabras por completo.

—Aparte de las tartas de merengue o nata con imágenes de la seta atómica, y de los sombreros de señora con forma de hongo atómico... se hicieron también canciones bailables con el tema... y la gente alrededor cortando la tarta alegremente, como si estuvieran en una fiesta... Entre lo frívolo y lo sagrado hay un delgado hilo, quien acierta a columpiarse en él sin caerse es quien gana.

Que en las sociedades occidentales se había perdido la vergüenza era algo que los musulmanes repetían a menudo: en Occidente se había generalizado la tendencia a sentirse culpable, pero de vergüenza, ni pizca. En Oriente, en cambio, no se sentían culpables, pero el sentimiento de vergüenza lo tenían muy interiorizado, y era una vergüenza que superaba con creces a la culpa cuando actuaban de forma moralmente reprochable según sus propios parámetros.

Todo había empezado a cuento de una nueva *performance* que Gloria tenía en mente. Últimamente había estado analizando la obra de la artista Esther Ferrer, y llamaba a Diego, a menudo pasada la medianoche, bajo el eufórico efecto de la marihuana, para contarle alguna idea tan *genial* como pasajera que se le había ocurrido esa misma tarde y a la mañana siguiente le parecería inservible.

—Esto, por ejemplo: veinticuatro horas rezando el padre nuestro en una galería de arte... Allí parada, sin moverme, rezando hieráticamente... Tendría que prepararme bien físicamente, eso sí. Pero de esa manera haría una crítica a la redención cristiana... Solo me falta encontrar un título provocador, «Redención de seis asesinatos» o algo así. ¿Qué te parece? Espera, no, aún más provocador: «Redención cristiana de la matanza de Atocha»... Quizá podría hacer toda una serie, cambiando en cada ocasión el título y la duración de los rezos, purgando un crimen distinto y representando a los orantes como verdugos... ¡Joder, puedo pasarme un año de galería en galería atravesando Europa entera, al menos la Europa cristiana, y luego escribir sobre mi experiencia! Tú mismo me ayudarás a escribir el libro... ¿Qué dices, Diego?

Ella se lo decía todo, en aquel momento no había mucho que añadir a lo que había dicho Gloria; Lazkano, como mucho, no podía hacer más que, como dijo Borges tras visitar a aquel escritor mexicano, intercalar de vez en cuando algún que otro «sabio silencio».

Eran las tres de la madrugada cuando sonó el teléfono en casa de Lazkano.

—¿Dormías?

—¿A ti qué te parece?

—Tengo malas noticias, Diego, muy malas noticias...

—¿Qué ha pasado? ¿Algún accidente?

—Ha muerto Rauschenberg.

Le pareció que Gloria estaba borracha.

—¿Rauschenberg... el artista?

—¿Quién, si no?

El hombre que hacía arte y humor con basura, animales disecados, neumáticos de automóviles, radios antiguas y otros objetos recogidos en gasolineras, cunetas y chatarrerías, había muerto.

—«*Souvenirs* sin nostalgia», así llamaba a sus obras.

—Y tú eres un recipiente repleto de nostalgia, Gloria...

—No es cierto... Era un rescatador... ¡Rauschenberg! ¡Un artista de verdad! Mi artista favorito de todos los tiempos.

Tampoco era del todo cierto pero, cuando se ponía sentimental, se refugiaba en hipérboles por el estilo. Diego intentó ahuyentar sus penas: que hablarían por la mañana, que no era para tanto, que Rauschenberg tenía ya ochenta años... pero no tenía muchos amigos como Gloria, y cuando ella se ponía sentimental era mejor ir con cuidado, si no quería hacer aflorar la tendencia depresiva que había tenido de joven.

—¿Tú estás bien, Diego?

—Tirando, pero gracias por preguntar. ¿Y tú?

—He estado bebiendo antes de llamar...

—Ya veo: y sin parar desde la cena, me temo.

—No has acertado del todo: no he cenado. ¿Para qué? Quiero disolverme, como Joseph Beuys.

—Tendrías que acostarte, y mañana por la mañana desayunar tostadas con tomate y aceite, a la luz de la terraza.

—Está lloviendo, Lazkano, destierra de una vez tu idílica imagen del Mediterráneo. Esto es una basura.

—Rauschenberg haría algo con ella, ¿no crees?

—Haría falta tener su talento.

—Te llamo mañana por la mañana.

—No cogeré el teléfono.

—Al mediodía, entonces.

—No, no llames. También quería decirte otra cosa, Lazkano... Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

—Yo también.

—Tú lo dices por decir, pero yo te quiero de verdad. Y otra cosa, en cuanto a Miró...

—¿Miró?

—Joan Miró, ya sabes... Aquella discusión que tuvimos la última vez: tú decías que era un escapista de los colores, y yo lo negaba una y otra vez...

Lazkano no recordaba haber mantenido tal discusión. Tenían tantas que era difícil llevar la cuenta.

—Sí, ya me acuerdo —mintió.

—En un catálogo suyo he encontrado lo que dijo cuando le preguntaron qué había hecho contra Franco. Espera... Ahora te digo cómo se llamaba el tipo: Georges, Georges Raillard. Él fue quien preguntó a Miró qué había hecho contra el franquismo. ¿Sabes qué contestó?

—Ni la más remota idea.

—«Cosas libres y violentas». ¿Has oído? Lo pone en el catálogo, Lazkano, tal cual...

—Estoy hecho polvo, Gloria...

—Y otra cosa te quería decir: ¿conoces el *Bodegó amb sabata vella*? Es un cuadro de Miró, de 1937, lo llamaban «el *Guernica* de Miró»... Hizo también un gran mural para el pabellón de la República, *El segador*, que ahora está en paradero desconocido... ¿Qué te parece?

—Que tienes razón.

—Puede que hiciera el logo de La Caixa, pero Miró no era un vendido, como tú decías.

—Yo no dije nada parecido.

—Sí que lo dijiste.

—Pues estaba equivocado.

—Pues eso.

—Buenas noches, Gloria...

—Espera, espera... ¿Y en la década de los setenta? ¿Cuando Franco dio garrote a Puig Antich? También respondió con la obra *L'esperança del condemnat a mort*. ¿Y sabes otra cosa? Miró era un salvaje, también sabía pintar de un modo salvaje...

—Me has convencido, Gloria...

—¿Qué hora es? Es tarde, ¿no?

—Por fin te has dado cuenta...

—¿Qué quieres? ¡No es culpa mía! Rauschenberg... ha muerto.

—Eso ya me lo has dicho. Tu artista *favorito de todos los tiempos*.

—¡Reverencia y honor a Rauschenberg!

Se tomó lo que parecía el último trago. Así le pareció a Lazkano: percibió un deglutir ahogado al otro lado del hilo telefónico.

—Te reirías si me vieras, Diego...

«O lloraría», pensó Lazkano. Lo pensó, pero no lo dijo.

—Te reirías. Tengo todo el suelo del salón lleno de libros, catálogos abiertos... Abrir estos libros es como separarle los muslos a una mujer, ¿no es cierto? ¡Esto es una bacanal! ¡Menuda orgía! *Partouze!* Voy a dormir aquí mismo, acostada entre libros... ¿Qué te parece?

—Que mañana te despertarás con un terrible dolor de espalda. Prométeme que intentarás descansar un poco.

—Sí: llegados a este punto, no hay gran cosa que hacer, ¿no?

—No mucho, la verdad.

—Además, el pobre Rauschenberg... He vaciado la última botella...

—Hazme caso por una vez, Gloria: vete a la cama.

—Era un reserva. Una botella de la *reserva federal*, Lazkano.

—Mayor motivo para que te acuestes.

—Podría, como hizo Miró, encerrarme en la fortaleza de Normandía y dibujar estrellas y colores... «Cosas libres y violentas»... Plantar escaleras en el suelo para, subiendo por ellas, llegar al cielo... Lazkano, ¿te he dicho cuánto te quiero? Tengo ante mis ojos *La masía*, de Miró: no me preguntes por qué, pero veo al mismo tiempo a un par de perros follando, y a ti y a mí...

Cuando al día siguiente la llamó por teléfono decía no acordarse de nada.

—¿Llamarte por teléfono? ¿Yo? ¿Seguro que no fue alguna otra?

—Escúchame, Lazkano: en Venecia, dentro del pabellón de Eslovaquia, Roman Onda hizo una copia exacta de los jardines exteriores, de tal manera que el interior del pabellón era también una réplica del exterior... Afuera ves jardines; entras, y ves unos jardines iguales a los de fuera. ¡Más jardines y más juegos florales! ¡Tanto fuera como dentro! ¿A qué hemos venido a este lugar? ¿A ver arte? ¿Qué es lo que esperamos? ¿Y si borráramos las diferencias entre el exterior y el interior del museo, pero no convirtiendo el exterior en arte, sino el interior en algo vulgar? ¿Y si todo fuera jardín, o todo arte, o todo museo, o todo centro urbano, en mezcolanza? ¿Por qué compartimentarlo todo? Sería un juego de espejos, un homenaje a los espacios vacíos...

—La repetición *ad infinitum*...

—Algo así es lo que estoy pensando hacer. La imitación no es nada nuevo. La serialización, la apropiación, es algo que está muy en boga en el arte. ¿Pedimos algo de comer? Aquí preparan un pescado a la plancha estupendo.

—Por mí, una dorada a medias.

—Para el pescado... ¿te parece bien un Sumarroca?

—Mejor que zumo de naranja...

—*Naranja*... es curioso que lo menciones. En cierta época fue el color de la modernidad. Acuérdate de los últimos sesenta y la década de los setenta: muebles, grandes lámparas redondas, vestidos y papeles pintados con estampados. El color naranja estaba muy presente, pero luego envejeció, por así decirlo... Fue durante un tiempo un color que proyectaba el futuro, recuerda los uniformes de *Star Trek*... El color del futuro ha ido cambiando: el oro, el titanio plateado, luego el blanco, el verde se puso de moda con *Matrix*, pero ha vuelto a pasar... La cuestión es fijarse en la decoración de los interiores de las naves espaciales de Hollywood, en los colores de las letras y los gráficos de los ordenadores que aparecen en la ficción.

—Te veo muy puesta en cuestión de colores. ¿Vas a volver a pintar?

—No, por favor. Aquí nadie quiere cuadros. Es cosa del pasado. Luego, si no te importa, mientras te tomas el café tengo que hacer un recado...

—Te acompaño.

—Como quieras. Tengo que recoger un paquete en Correos.

Después de chupar las espinas de la dorada, incluida la cabeza, y tomarse dos grapas cada uno, abandonaron la agradable temperatura del puerto de Barcelona y se dirigieron al edificio de Correos. Gloria tenía que recoger un paquete que venía de Alemania, para su padre, al parecer. Lazkano no pudo evitar acordarse de su propio padre desaparecido, «me he confundido de sitio, Diego», aquella vez que su padre fue a Correos a devolver los libros de la biblioteca, el amargo comienzo de su confusión mental.

—Utiliza siempre mi dirección para comprar cosas en el extranjero, no sé por qué.

—Querrá darte una excusa para pasar por su casa cuando vayas de visita.

—Puede ser.

—Vaya paquete más raro.

—Mi padre es un coleccionista empedernido. No me preguntes qué colecciona, prefiero no saberlo. Solo sé que se gasta un dineral.

—¿Nunca has tenido la tentación de abrir el paquete?

—Yo no soy escritora, no me da tanto placer como a ti meter las narices en todas partes.

Por la tarde, Lazkano acompañó a Gloria a la galería de arte barcelonesa Mutt: cuando se lo contó la noche anterior Diego había pensado que le estaba tomando el pelo.

—¿Cómo? ¿Un caballo pintor?

—Lo vas a ver tú mismo.

A la entrada de la exposición, una foto del caballo, de nombre *Napoleón*. También un vídeo que explica de qué se trata: su «entrenador» —¿su *marchante*?— le colocaba un pincel entre los dientes y el caballo pintaba la tela con trazo impetuoso, hasta completar un colorido borrador abstracto. A la foto seguían los cuadros de la exposición: más de una docena de obras de *Napoleón*, ninguna de ellas por debajo de los tres mil euros.

—¿Y la gente compra esto?

—No empieces con lo de siempre, Diego: «Una idea brillante que hace gracia a los medios de comunicación: eso es, nos guste o no, el arte moderno...».

—Quizá es que nos hemos aburrido de nosotros mismos, y no nos queda otra que delegar: en las máquinas y los ordenadores, y si no en los animales...

—No hace mucho que Vargas Llosa ha escrito un artículo sobre el tema.

—No entiendo nada... Lo del pintor que quemaba las obras que no vendía en la hoguera de San Juan tenía algún sentido, pero esto... Muy apropiado para un psiquiatra equino, si tal cosa existiese.

—Se han hecho antes ensayos parecidos, por ejemplo enseñando a los monos de los zoos a usar cámaras fotográficas... Cierto que el resultado obtenido no pasará a la

historia del arte, pero...

—De repente me han entrado unas ganas tremendas de emborracharme.

—Espera: el olvido del alcohol hay que ganárselo. Primero te llevaré a ver una *expo* que les suele gustar mucho a los escritores. Si no te complace, la cena corre de mi cuenta.

—No tienes piedad, Gloria.

Era una muestra de arte portugués contemporáneo, dedicada en su integridad a escritores y artistas lusos. Considerando que la ocasión era apropiada, Lazkano quiso impresionar a Gloria con una cita en portugués:

—«*Cheguei a Lisboa, mas não a uma conclusão*».

—Fernando Pessoa, ahí tienes a tu escritor favorito.

Gloria le señaló un fútbolín, una instalación del artista Jose João Brito. Dos equipos enfrentados. En uno de ellos el portero era João Gaspar Simões, y el grupo lo completaban otros diez escritores portugueses de todas las épocas. En el equipo contrario, las once figuritas de madera eran copias de una sola y la misma, la de Fernando Pessoa. Se acordó de Soto y Zeberio, del partido que jugaron contra los de Burdeos en la playa de Bidart.

—Pessoa contra Portugal, me encanta. Alguien capaz de crear tantos heterónimos puede luchar él solo y por su cuenta contra el mundo.

—Sabía que te gustaría.

—Has tenido suerte: la cena, a medias...

—¿No habíamos quedado en que si te gustaba la pagabas tú?

Gloria estaba en San Sebastián, después de mucho tiempo sin visitar la ciudad. Lazkano había quedado a cenar con ella, pero con la excusa de entregar a su padre el paquete que le había traído de Barcelona, este invitó a ambos a cenar en su casa.

—Tienes que prometerme que no te reirás.

—¿Reírme? ¿A cuento de qué iba a reírme?

—Esto tiene que quedar entre tú y yo: mi padre es un facha, estás avisado.

—De los fachas nunca me río, pierde cuidado.

—No me fío de ti.

El salón estaba forrado de madera noble, y las paredes, cubiertas de naturalezas muertas y paisajes de caza; pero, contra lo que cabía esperar, no se trataba de un sitio oscuro: gracias a las altas ventanas generosamente abiertas al sur, no se percibía ninguna falta de luz. El césped de la moqueta verde oliva imprimía un sosiego sin apuro a toda la estancia, y llegaba hasta el techo, que alcanzaría fácilmente los diez metros de altura. Era un ambiente incluso acogedor, no de una incómoda aristocracia heredada, torpe y de mal gusto, sino natural, refinada de generación en generación, edificado con tino para el placer del propietario, siguiendo antiguos gustos y motivos. Lazkano empezó a comprender que los padres se enfadaban con los jóvenes cuando estos renunciaban a sus aristocráticos privilegios; rechazar el aroma de aquella añeja

destilación era, de algún modo, una falta de respeto. «Condenamos con demasiada facilidad a la aristocracia», se dijo Diego.

Así pues, aquel era el despacho del *facha*. Adelante. Lo turbó especialmente el inmenso tapiz, de tres metros de ancho por otros tantos de alto, detrás del escritorio: ¿de quién eran, sino del general Franco, aquellos ojos a escala mayor de la natural, que lo miraban de frente con el temible aspecto que los dictadores suelen mostrar en sellos postales, estatuas callejeras y retratos? Gloria dejó escapar un suspiro.

—Vale. Ya lo has visto. ¿Me crees ahora?

Diego no sintió ninguna repugnancia, sino todo lo contrario, tal fue el estupor que le produjo aquella irrupción del dictador en el tapiz, tan fuera de contexto, tan extemporánea. Decidió que, indudablemente, aquel hombre que conservaba en su despacho privado la imagen de Franco de manera tan evidente debía de albergar una nostalgia inofensiva, casi tierna. Si ya eran grandes las ganas que tenía de conocer al padre de Gloria, aquel detalle las acrecentó.

—¿Te importa si esperamos en la entrada?

—Los objetos nos sobrevivirán. Nosotros nos iremos, pero los objetos permanecerán tal cual. Lo confieso: soy un coleccionista redomado.

«Ya he visto el tapiz del despacho», se dijo Lazkano, pero se cuidó de mencionarlo. Recordó su visita a la casa de Kafka en Praga, de cómo se conmovió al verse reflejado en el mismo espejo en que se había mirado Kafka, y cómo por un momento tuvo la imposible fantasía de haber visto el retrato del escritor dentro del espejo.

—Me gustan estas antiguallas: estos soldaditos de plomo, por ejemplo, representan la batalla de Verdún. Aún no los he pintado todos.

—A mi padre le gusta representar batallas famosas.

—No solo me gusta, cariño, es mi alegría de vivir.

Una vez más el teatro, pensó Lazkano, muñequitos, marionetas, soldaditos de plomo, la representación. Pero quizá no fuera más que un síntoma de la regresión de los ancianos: se abandonan unos muñecos por otros. El padre de Gloria era alto y, aunque su cabello en otro tiempo negro lo conservaba completamente blanco y vigoroso, no aparentaba menos de setenta y cinco años.

—Gloria me ha dicho que eres escritor.

—Intento escribir, cuando me dejan.

—No seas tan modesto, Lazkano, he mirado en Internet y está claro que te va bien.

—No me quejo, señor Furmica.

—Hablas ruso, incluso.

—Últimamente lo tengo un poco olvidado, pero sí.

—Dime, ¿te gusta Chéjov?

—Me encanta.

—Creo que me voy a llevar bien con este amigo tuyo, Gloria...

El señor Furmica abrió el paquete que le había traído Gloria desde Barcelona. Se llevó a la nariz con delectación un antiguo libro impecablemente encuadernado. Un gran volumen de 1923, escrito en caracteres cirílicos.

—Toda su obra dramática, un capricho.

—Valdrá una fortuna.

—El dinero, por supuesto. Es importante el dinero. También en la obra de Chéjov: los personajes constantemente sufriendo estrecheces, pidiendo dinero prestado a usureros, siempre a punto de perder sus casas hipotecadas... Tampoco faltan los sobornos, crápulas que contraen matrimonio a cambio de supuestas dotes suculentas... Muy actual, si lo miramos por ese lado.

—En cualquier caso, no es su teatro lo que más me atrae. Siento especial predilección por sus cuentos.

—Ahí tenemos algo sobre lo que discutir... ¿Prefieres las narraciones? ¿Las *short stories*, *racconti brevi*?

—Diría que sí.

—Ten en cuenta de dónde vienen los relatos de Antón Chéjov... ¿Tienes idea?

—Era médico, muchas historias las vería y las oiría visitando enfermos...

—Sí y no... El teatro era una de las aficiones del Chéjov adolescente: él y su hermano montaban breves piezas cómicas en su casa, para la familia. Los personajes de aquellas pequeñas obras de teatro improvisadas se convirtieron luego en los héroes de sus relatos más conocidos. ¿Qué te parece? En el origen de muchos cuentos hay obras de teatro...

Diego se atragantó con el vino dulce que les había sido servido como aperitivo.

—Disculpe...

—¿No está bueno? Serviremos otro... Gisele, por favor...

—No, no es eso... El vino está delicioso.

—Es cierto que cuando se estrenó *La gaviota*, la gente no la entendió... Pero tuvo una segunda oportunidad, algo de lo que todos deberíamos gozar en la vida; y entonces sí, el éxito fue extraordinario... Se casó incluso con Olga Knipper, actriz del Teatro del Arte de Moscú... Nada es casual...

—Aprecio mucho su humor escéptico.

—Los actores y los directores nunca sabían si estaban representando dramas humorísticos o comedias dramáticas. No sabían si reír o llorar.

—Las dos cosas a la vez, seguramente.

—Las dos cosas a la vez, así suele ser en la vida. Siempre he creído que Gloria debería dirigir una obra de Chéjov, como solía hacer en otro tiempo.

—Papá, no empieces otra vez con eso...

—No, no, déjame terminar: hablo completamente en serio. Eras buena, tenías una buena visión de la puesta en escena... Yo mismo te financiaría.

—El teatro es artificio...

—No si los actores no hacen *demasiado teatro*, cariño. Chéjov solía permanecer

bastante callado en la mayoría de los ensayos, pero ofrecía su opinión cuando se la pedían: «Estaría mejor si hiciesen un poco menos de teatro... Que sea más sencillo... como la vida misma».

—No es esa la tendencia de las obras de teatro de por aquí, según tengo entendido. Pero no soy yo el más indicado para juzgarlo, llevo más de veinte años sin acudir a los teatros.

—¿También tú, Diego? ¿Y a qué se debe?

—Un trauma de juventud, quién sabe.

—De todos modos... Si Gloria dirigiera un Chéjov... No tendrías más remedio que interrumpir tu ayuno dramático, *n'est-ce pas*?

—En tal caso...

—¿Cuándo lo harás, Gloria?

—Algún día, papá.

—Todo está dispuesto —les advirtió Gisele.

Para empezar, un *schnapps*. Luego, merluza con almendras, regada con un armonioso vino blanco del valle del Rhin. Se cenaba bien en aquella casa. La cocinera, la sirvienta... a Lazkano le parecía todo de otra época, incluso después de haber conseguido desterrar de su mente el tapiz de Franco y las lámparas de araña. Se sentía en el Londres victoriano. Diego había previsto la posibilidad de divertirse con el viejo, pero estaba resultando un tormento. Tampoco Gloria parecía estar más cómoda. Era evidente que durante los últimos años había perdido el hábito de comer con su padre y, sobre todo, el de soportar la presencia del servicio.

—Cambia la música, por favor, Gisele. Este aria no va nada bien con la merluza.

—Ya la cambio yo, papá; vete tranquila, Gisele.

Si las maneras del padre de Gloria no hubieran sido tan rancias, tal vez la situación le habría resultado cómica. Gloria se lo había advertido una y otra vez: «Ya sabes que mi padre es un facha, te va a provocar, tú síguele la corriente. Es más fácil así».

¿Un facha? Realmente lo era. Se tenía por inteligente, pero carecía del menor atisbo de encanto. Y lo que era peor: no se tomaba la molestia de disimular sus inclinaciones.

—Siempre son Alemania y Francia los que tiran del carro de Europa. ¿No es una vergüenza? Lástima no haber nacido un poco más al norte...

«Pues tú bien que te las arreglas», pensó Diego para sí: vino del Rhin, ópera alemana, *schnapps*. Independientemente de donde hayamos nacido, podemos elegir de dónde somos, incluso sin salir de casa. Diego se acordaba de su época en Lille, donde malvendía libros de la literatura universal para comprar alcohol. *El libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa, a cambio de una botella de oporto...

—El PNV perdió una gran oportunidad cuando arruinaron la ocasión de un acuerdo con los nazis.

—Pero la guerra la perdieron...

—¿Los peneuvistas? Sí, tienes razón.

—Los nazis también...

—Humm, podría decirse. Pero cuánto dinero se gasta todavía la industria del cine estadounidense haciendo películas sobre nazis, ¿no es cierto? Cualquiera diría que no les bastó con ganar la guerra, que la victoria les dejó un regusto amargo, o que no se acabaron de creer que hubieran ganado. Aún continúan en guerra contra un enemigo que, desaparecido hace tiempo, sigue más presente que nunca.

—Quizá el objetivo sea que no resucite el Leviatán —apuntó Lazkano, y Gloria, vaciando su copa de un trago, le indicó con un gesto que no siguiera por ahí. Pero Lazkano ya estaba embalado—. El primer batallón que entró en París fue el Batallón Gernika, los vascos...

—Te equivocas, joven, diría que ese desfile tuvo lugar en Burdeos: «dejad pasar a los vascos, bastante tienen con el adefesio que les ha pintado Picasso, que les sirva de consuelo». A saber...

—¿Más vino, papá?

—Gisele, más vino.

Gloria eximió a Gisele: «Tranquila, yo me ocupo». Lazkano se había dado cuenta de que la sirvienta estaba tensa, de que Gloria y él entorpecían involuntariamente su rutina habitual, habría preferido hacer las cosas a su manera, sin que Lazkano y Gloria tocasen siquiera las botellas de vino. Lo hacían con la mejor intención, pero no conseguían más que molestar al servicio.

—Este vino del Rhin... Realmente afrutado, me gusta, papá.

Ver a Gloria cambiando de tema, tan a merced de su padre, le resultaba irritante a Lazkano. Ahora comprendía por qué desde muy joven había optado por dejar la casa de sus padres, y por qué la muerte de su madre había sido el último empujón que necesitaba para quedarse indefinidamente en Barcelona. Pero todos los comentarios de Gloria sobre los vinos del Rhin fueron incapaces de desviar de su cauce la corriente de la conversación.

—Los nazis eran gente disciplinada, no está bien visto decir nada en su favor, enseguida te echan a los perros, pero el hecho de que hoy en día muera tan poca gente en las carreteras de Alemania, ¿acaso no es mérito de los nazis? Las mejores carreteras y los mejores coches, sin límite de velocidad en las autopistas... ¿Cuánta gente muere aquí, por el contrario? Algunas de sus ideas las llevaron al extremo, de acuerdo; pero ¿no deberíamos descontar de los muertos en los campos de los nazis todos los que *no* han muerto en las carreteras de Hitler en los últimos setenta años? Y de que las carreteras de aquí sean trampas mortales, esa otra forma de terror, ¿quién es responsable? A los mediocres los ascendemos y a quien dice la verdad lo acusamos de ser cruel; es triste, pero así funciona el mundo. ¿Has reflexionado alguna vez sobre eso, Lazkano? ¿Respecto al hecho de que se demonice a determinada gente, y no a otra?

Tardaron en llegar un poco más de lo que hubieran querido la *panna cotta* helada

y el café al que obligaba la cortesía.

—Falta disciplina, señor Lazkano. Autoridad. El trabajo que se hacía en los *Gymnasium* de Alemania con los jóvenes, las juventudes hitlerianas... El caso de Günter Grass te resultará familiar.

A Diego le empezaban a flaquear las fuerzas. Ahora era él quien se aferraba como un náufrago a la botella de vino blanco y se apresuraba a rellenar las copas. Por no hablar, bebía. ¿Cuántos tímidos y cuántos cobardes no se habrían vuelto alcohólicos de esta manera?

—¿No queréis un licor? ¿Aguardiente, grapa? No es mi preferido, pero también tenemos pacharán casero, *etxekoa*...

—No, gracias.

Etxekoa era la primera palabra que había dicho en euskera en toda la velada.

—Ha sido un placer, Diego. Vuelve cuando quieras. En estos tiempos tan volubles no es fácil encontrar gente que sepa mantener una conversación.

Diego bajó la cabeza mansamente, sin fuerza para añadir nada, como si la autoritaria mano del padre de Gloria le obligara a la reverencia.

Gloria lo acompañó hasta la puerta.

—Tiene su encanto, tu padre.

—Cuando sus barbaridades no te ponen los pelos de punta, querrás decir... Ahora está mayor, pero imagínatelo hace cuarenta años, cuando yo era una niña.

—Con los padres siempre se produce un choque: ¿acaso crees que te habrías llevado bien con él si no hubiera sido un fascistoide?

—No tienes por qué disimular, a veces lo fusilaría.

—Los padres no se escogen, tú no eres responsable de ellos.

—¿Y los padres sí lo son de sus hijos? ¿Crees que es fácil vivir con eso? Lo siento, Diego. Tenía que habértelo dicho. Mi padre era amigo de Melitón Manzanos.

Gloria profirió un suspiro.

—Ya está dicho, iba a reventar si no lo soltaba.

Hay nombres que te hielan la sangre. Para mucha gente, el de Melitón Manzanos es uno de ellos. El primer policía que ETA mató intencionadamente. Una especie de leyenda negra se extendía en torno a aquel hombre. Al parecer no le bastaba el provecho que sacaba de la tortura, y se cobraba a su modo los favores que hacía a las esposas y hermanas de los detenidos. Ni siquiera sus compañeros de trabajo en la policía podían verlo. Pertenece a la escuela de los más sádicos.

Lazkano había oído que se le acusaba incluso de haber colaborado con los nazis, sin haber cumplido aún los treinta años: se decía que entregaba judíos a la Francia ocupada, canjeándolos por gente que interesaba al Gobierno español.

Lazkano se preguntó si Gloria habría oído hablar de ello. Esperaba que, por su bien, no lo supiera. Bastante tenía su amiga con digerir la relación de su padre con franquistas y torturadores. Pero ahora le resultaba más fácil comprender la retórica filonazi del señor Fumica. Serían dignas de oírse las anécdotas de posguerra que,

schnapps en mano, se contarían su amigo Melitón y él. Lazkano prefirió guardarse para sí lo que tenía en mente. No, definitivamente era mejor que Gloria no supiera nada. Decidió no revelarle cómo se urdía y entreveraba aquella amistad de su padre con la mayor masacre del siglo xx. Lo cerca de casa que tenemos —mucho más cerca de lo que pensamos— el extremo de la trama que, sin quererlo, nos une a la crueldad del mundo. Empieza a tirar del hilo suelto de un sencillo tapiz, y llegarás a lugares insospechados. «Los objetos nos sobrevivirán».

El ambiente se volvió glacial, y no parecía que se pudiese hacer nada por remediarlo.

Gloria abrazó a Lazkano como hacía tiempo que no abrazaba a nadie. Quizá no fue más que un espejismo, pero le pareció que, si en ese momento no les hubiese interrumpido Gisele con la cazadora de Diego, le habría incluso besado en los labios.

Aquel día Gloria no acudió a buscarlo a la estación de Sants. Lazkano se sorprendió, pero no le concedió mayor importancia: pensó que se habría retrasado. Compró un par de periódicos y se quedó a esperarla en la cafetería. Viendo que no llegaba, la llamó por teléfono. Al otro lado saltó el contestador. Estaría inmersa en uno de esos trabajos conceptuales imposibles, no solo olvidada de la cita y del visitante que debía recoger, sino también, seguramente, ajena a la estación del año y al mundo.

Creyendo que Gloria se había confundido de hora o de día, Lazkano decidió coger un taxi y acercarse a casa de su amiga. Llamó al timbre. No hubo respuesta. Tomó una cena ligera en una pizzería del barrio, y al anochecer volvió a llamar a su puerta. No parecía que hubiera nadie allí.

Le dejó un tercer mensaje en el contestador, comunicándole que estaba en una pensión del barrio. A la mañana siguiente, después de desayunar, al ver que no había recibido ninguna llamada de ella y que tampoco respondía al interfono, se le ocurrió telefonar al padre de Gloria. No tenía su número en la agenda, pero lo encontró fácilmente en un *cibercafé* paquistaní, en las páginas blancas. En San Sebastián no había mucha gente que se apellidara Furmica.

Aunque contestó Gisele, enseguida pudo oír la voz del padre de Gloria.

—¿No sabes nada?

Lazkano debía haber sospechado algo al ver todas aquellas plantas en el balcón de Gloria. Eran demasiadas para su propio consumo. Pero quién sabe, la hierba también podía ser para sus amigos... Aunque resultaba evidente que Gloria no ganaba gran cosa con sus obras de arte, Diego no sospechó que su situación económica fuese tan desesperada.

No pudo evitar acordarse de lo que les decía Gloria cuando llegaban tarde a los ensayos, todas aquellas reconvenciones que tanto enfurecían a Soto:

«Vais a acabar mal», «No esperéis que vaya yo a sacaros de la cárcel», «Como para pagar abogados estamos».

Su padre ya había pagado la fianza, pero faltaba enviar un burofax del resguardo de la transferencia bancaria y hacer algún papeleo. La tenían en la comisaría del Eixample.

—No sabía que estabas en Barcelona, Lazkano... Gloria se alegrará de tener a alguien conocido esperándola. Te agradecería que me llamas cuando la dejen libre.

—Por supuesto.

Diego Lazkano se pasó la mañana en la sala de espera de la comisaría. Sellos de caucho, olores tóxicos de tinta y tubos fluorescentes que zumbaban sin acabar de fundirse, carteles de los delincuentes más buscados. Vestigios de la década de los ochenta: aún se ponía nervioso en ese tipo de lugares.

Al mediodía, en cuanto el policía de la recepción abandonó su puesto, tuvo que volver a explicar el caso de Gloria al del turno de tarde. La liberaron poco antes de las cinco. No tenía mal aspecto.

—Lo siento, Diego. Solo me han dejado hacer una llamada, y no era cuestión de pedirte a ti el dinero. ¿Dónde has pasado la noche?

—¿Estás bien?

—He compartido celda con dos prostitutas búlgaras... Parecían dos de esas abuelas de Oteiza... ¿Me creerías si te dijese que no me acordaba ni de cuál es la capital de Bulgaria? ¿Sabes que ya no te toman las huellas dactilares con tinta? También eso se ha acabado.

Gloria no quiso explayarse mucho sobre su trabajo de *dealer*. Le confesó que había empezado hacía poco, pasando a «conocidos de conocidos», y en una de esas se topó con un policía de paisano. Mala suerte. Según el abogado de oficio, no tendría problemas, por ser la primera vez y porque la cantidad incautada era pequeña. Lo que no se perdonaba era haber tenido que pedir a su padre el dinero de la fianza.

—Toda la vida me las he arreglado sola... Ahora le debo una. Y vaya si me la cobrará, menudo es el viejo.

—Si estás en apuros... no tienes más que pedirlo, Gloria... ¿Necesitas dinero?

—No, pero si quieres te dejo pagar la ronda de martinis en el Boadas.

El profesor Heiner Stachelhaus se sentó en la sala principal del Macba. Ante la escasa afluencia de público, los organizadores estaban recogiendo sin ningún reparo las sillas plegables de madera que habían puesto de más. Gloria tenía las pupilas dilatadas.

—Ni que fuera David Bowie...

—Uno de los que más saben sobre él...

La presentación corría a cargo de Josep Ramoneda, que la resolvió con solvencia, con su profunda voz de termita. A Lazkano le gustaban sus comentarios radiofónicos, aunque nunca lo había visto en persona. El profesor Heiner Stachelhaus bebió agua de Vichy, saludó al público en catalán agradeciendo su asistencia, y siguió en alemán. El intérprete era muy bueno, aunque se notaba demasiado que leía y que no era

simultáneo.

«Beuys era mitad gángster, mitad payaso. Sombrero, gabardina, apariencia frágil, insaciable ansia de acción. Hay gente así, que nunca descansa y que se sosiega trabajando hasta el agotamiento, que convierte el cansancio en combustible. "El propio derroche de fuerza es mi energía", afirmaba Joseph Beuys».

Lazkano se acordó de Soto. Así era su amigo. Parecía ser él a quien estuviese describiendo.

«Beuys nació el 21 de mayo de 1921, en un pueblo llamado Krefeld, cerca de Düsseldorf. Antes de terminar el bachillerato pasó un año de acá para allá, como ayudante en un circo: trabajó de albañil, hombre-anuncio y cuidador de animales. Aceptó como algo normal el servicio que había que cumplir en las juventudes hitlerianas, así como la obligación de ser soldado en la guerra. Creía en el destino...».

—Teníamos que haber invitado a tu padre, Gloria.

—¿Por qué no te callas de una vez?

«Después de recibir formación como radiotelegrafista en Posen, lo prepararon para ser piloto de combate, primero en Erfurt y luego en Königgrätz. Un accidente que sufrió en Crimea en el invierno de 1943 marcaría su futuro. Tras bombardear una batería rusa de cañones antiaéreos, antes de que pudiera tomar altura en su maniobra de ascenso, es tiroteado el avión Ju 87 que pilota. Contra todo pronóstico, Beuys y su compañero logran llevar el avión hasta el otro lado de las filas enemigas. Sin embargo, les falla el altímetro y el aparato se precipita en medio de una tormenta de nieve. Tras chocar, Beuys es catapultado fuera del avión. Su compañero está muerto. Un grupo de nómadas tártaros lo encuentran entre los restos del avión y se lo llevan, gravemente herido: lo cuidarán durante ocho largos días en su campamento. Le frotan las heridas con grasa de animales, y lo envuelven en fieltro para mantener su cuerpo en calor. Lo alimentan con leche, queso y requesón. Cuando los alemanes lo rescatan, es enviado de nuevo al frente, a modo de venganza, porque en opinión de algunos nunca se ha adaptado bien a la disciplina militar. Lo volverán a herir en combate cuatro veces, y lo cubrirán de medallas. También lo degradarán, en dos ocasiones, por indisciplina. Cuando los británicos lo apresan en 1945 tiene el cuerpo lleno de cicatrices».

—David Bowie, todo un héroe... —susurró Lazkano a Gloria.

—Ni una palabra más, Diego.

«En las acciones que lleva a cabo junto al grupo Fluxus provoca emociones que exasperan a mucha gente: pianos que llena de detergente y luego destroza con motosierra, animales muertos a los que arranca el corazón en directo, grasa, televisores parpadeantes, gritos primitivos, estruendos... locuras de todo tipo. La mayoría de las veces la gente no entiende lo que hace Joseph Beuys, pero eso a él le trae sin cuidado. Ejecuta sus acciones en pleno trance».

En 1945, su novia, mucho más joven que él y empleada postal en Düsseldorf, le devuelve su anillo de compromiso. Joseph Beuys se sume en la depresión; sus amigos

tienen que entrar en su casa por la ventana para rescatarlo, y cuando lo encuentran está a oscuras: «Quiero disolverme», les dice con un débil hilillo de voz. Por el suelo, dibujos rotos. Encarga al carpintero de Krefeld una caja, con la intención de cubrirla de brea y «enterrarse» en ella. Finalmente entiende la depresión como una purificación, y sale adelante.

«Incluso antes de su famosa intervención con el coyote, siempre tuvo una relación especial con los animales. Testigo de ello es la obra *Bomba de miel en el lugar de trabajo*. Como Rudolf Steiner, admiraba a las abejas, porque eran antiguos animales sagrados: "Sagradas, porque el destino de las abejas revela cuál será el destino del ser humano... Cuando cogemos un poco de cera de abeja, ¿qué es, en realidad, lo que tenemos entre manos? Una mezcla de sangre, músculos y huesos."»

—Gloria...

—¿Qué te pasa ahora?

—Sabes que últimamente las abejas están desapareciendo, ¿no? No saben por qué, pero desaparecen...

—¿Te vas a callar de una vez?

«Pero si Beuys tiene una relación estrecha con algún animal, es con la liebre. "Yo no soy ningún ser humano, soy una liebre", dijo en cierta ocasión. En consecuencia, ejecutará la acción *Cómo explicar los cuadros a una liebre muerta* en la galería Schmela de Düsseldorf: se pasea por la sala de exposiciones de un lado a otro con una liebre muerta, mientras le va explicando los cuadros allí colgados, con gran ternura y concentración».

«Cuando Beuys proclama que todos los seres humanos son artistas no quiere decir que en cada persona haya un pintor o un escultor, sino que todo ser humano tiene aptitudes creativas, y que debemos tener esas aptitudes en cuenta, y tratar de mejorarlas. Para él, la creatividad es la ciencia de la libertad».

«Aunque se ha subrayado especialmente el carácter chamánico de sus acciones, Beuys no quiso utilizar su pensamiento y su acción para volver a situaciones del pasado, sino para buscar pistas de cara al futuro. Es innegable, por otra parte, que muestra rasgos de chamán, incluso en su aspecto exterior: Beuys siempre vestía chaleco de pesca, sombrero de fieltro y camisa blanca, amén de sus vaqueros».

«¿Qué es un chamán, al fin y al cabo? El chamán no es solo un enfermo: es un enfermo que tiene la capacidad de curarse a sí mismo».

«El 2 de junio de 1967, en la manifestación organizada contra la visita del *Sha* de Persia, matan en Berlín al estudiante Benno Ohnesorg. Veinte días más tarde, Joseph Beuys funda el Partido de los Estudiantes Alemanes. Su alma provocadora no tiene límites: "Mi partido es el mayor del mundo, la mayor parte de sus afiliados son animales", manifiesta. En 1971 convoca una exitosa protesta contra los campos de tenis que se pretenden construir en unos bosques próximos a Düsseldorf: *limpian* el bosque con escobas gigantes».

«El trabajo de Joseph Beuys está estrechamente ligado al festival Documenta que

se celebra en Kassel: en el Documenta de 1982, propone plantar siete mil robles en cinco años, probablemente la intervención artística más transformadora que nunca se haya hecho en una ciudad».

Lazkano se puso en guardia: inadvertidamente, la mente se le iba a la década de los ochenta. Mientras Beuys planta robles, a él le suceden cosas: conoce a Soto y Zeberio, Idoia lo deja, pronto se pondrá a vivir con Ana, lo detienen y lo torturan, huye, conoce a Lena en Lille...

«El cambio social que proclama Beuys es un cambio sin violencia: "Sin violencia, no porque ahora la violencia, por determinadas razones, no tenga opción de ser eficaz y exitosa, sino por moral espiritual humana y por razones político-sociales. Por una parte, porque la dignidad del ser humano está unida a la inviolabilidad de la persona, y porque quien lo olvida abandona el ámbito del ser humano. Por otra parte, porque los sistemas que deseamos transformar están estructurados sobre una violencia expresada de todas las formas imaginables. Por eso, dado que cualquier expresión violenta coincide con el comportamiento del sistema, en lugar de debilitarlo, refuerza aquello que desea destruir."»

—¿Falta mucho, Gloria?

—Lárgate si quieres, yo me quedo.

«Años antes, en 1964, Beuys, como provocación, aconsejó que elevaran cinco centímetros el muro de Berlín, considerando que así tendría unas mejores proporciones».

«En 1969 compartió escenario con un caballo blanco que comía hierba...».

—Vaya, ¿está hablando sobre *Napoleón*?

—Para ya, Lazkano.

«"El artista y el delincuente —decía Beuys—, son compañeros de viaje, ambos disponen de una loca creatividad, ambos carecen de moral, impulsados solo por la fuerza de la libertad." Por supuesto que las palabras de Beuys no han de tomarse al pie de la letra... Ahí también entra en juego la provocación».

«Pero, tal como quedó claro con la acción que realizó en 1974 en la galería René Block de Nueva York, Beuys no se conformaba con la mera provocación. La acción lleva por título *I like America and America likes me* y, aparte de Beuys, tiene otro protagonista: el coyote *Little John*. Es la acción más conocida y comentada del artista alemán. Beuys llega al aeropuerto JFK envuelto en una alfombra de fieltro. Se hace colocar sobre una camilla y lo llevan en ambulancia a la galería de arte, sin que toque el suelo de Estados Unidos. En la galería lo espera el coyote *Little John*, rodeado de paja. Hay también un montón de ejemplares del *Wall Street Journal* y pedazos de fieltro. Lleva un bastón, aparte de su sempiterno sombrero de fieltro. Se sienta en el suelo y le habla al coyote. Beuys se oculta bajo la tela de fieltro, dejando fuera solamente la punta del bastón. El coyote, entonces, tira del fieltro y desgarrar la tela. Según avanzan los días, es Beuys quien está rodeado de paja; y el coyote, entre el fieltro y los diarios. De vez en cuando, Beuys hace *música* con un triángulo que lleva

colgado del cuello. Al cabo de tres días se acostumbran a vivir juntos. Beuys da un fuerte abrazo al coyote *Little John* antes de despedirse de él. Esparce puñados de paja en el lugar que han compartido. Vuelve al aeropuerto JFK del mismo modo que vino: lo meten en la ambulancia tendido en la camilla, envuelto en fieltro, sin poner un pie en el suelo, y abandona Nueva York y Estados Unidos sin haber visto en la ciudad nada aparte del lugar compartido con el coyote».

«Acepta una invitación del museo Solomon R. Guggenheim y, para sorpresa de íntimos y conocidos, se aficiona al caviar, a los Cadillac y a otros lujos. Thomas Messer, a la sazón director del museo Guggenheim, interpreta así el cambio de actitud de Beuys: "Me temía que a Joseph Beuys se le hubiera ocurrido que, desde su punto de vista, destrozar y derruir el museo era una obra de arte formidable... Felizmente, cambió de actitud de un día para otro, como si de repente se hubiera dado cuenta de que ya había hecho bastante teatro..."»

«Eva, su mujer, acostumbraba a decir que Beuys siempre había estado muerto. Llamaba a su marido *Beuys*, y sus hijos Wenzel y Jessyka tampoco lo llamaban papá o padre, sino *Beuys*, siempre. "Estuvo muerto toda la vida —solía decir Eva Beuys—, pero al mismo tiempo estuvo siempre muy vivo. Beuys nunca se quejaba del tiempo, siempre decía: haga el tiempo que haga, siempre hace bueno."»

«Ejecutará su última instalación en el Museo di Capodimonte de Nápoles, el 23 de diciembre de 1985. Morirá un mes más tarde».

«Es algo muy extraño que el fantasma de Beuys no se manifieste más a menudo. Puede que tenga razón esa pintada que he visto esta tarde en una pared del Raval y que el mismo Beuys firmaría: "Pienso, luego sobro." Quizá somos nosotros la liebre muerta en brazos de Beuys, y aún no nos hemos dado cuenta».

«Muchas gracias a todos».

—¿No vas a pedirle un autógrafo? ¡Es el gran Heiner Stachelhaus!

—Vete al carajo, Diego... Es la última vez que vienes conmigo a una conferencia.

Hacía buena noche en Barcelona, y merecía la pena cenar en una terraza, pero Gloria escogió un interior silencioso, con manteles de lino.

—¿Seguro que quieres cenar? Yo te veo saciada.

—En otro tiempo admiré mucho a Beuys, siempre ha sido mi ídolo, pero estos últimos años lo he tenido un poco abandonado, la verdad. Ha sido maravilloso, aunque se le haya olvidado contar lo de la bombilla...

—¿Han decidido los señores qué van a tomar?

Escalivada para empezar, y luego un besugo a medias. Para beber, vino blanco: pidieron al camarero que lo escogiera él, con tal que fuera del Penedés. Para cuando les sacaron el pescado tuvieron que pedir una segunda botella.

—Parece ser que tenía atascado el conducto de la estufa, y estaba subido en una silla intentando limpiarlo: perdió el equilibrio y se dio un tremendo costalazo. Fue tal el golpe que tuvieron que llevarlo al hospital de Düsseldorf. Al volver a casa, puso una bombilla roja en el comedor, con esta frase: «Hay que estar siempre despierto».

—Podías haber aprovechado el turno de preguntas para contar esa anécdota.

—No soy tan exhibicionista como tú.

—Habría sido una forma de ganarte la complicidad de Heiner Stachelhaus... ¡Quizá esa anécdota te habría llevado a cenar en compañía de Ramoneda y Stachelhaus! ¡Habrías estado con dos peces gordos, haciendo contactos para exponer tu obra en Berlín, y no con dos besugos, como estás ahora!

—Vete al carajo.

—*Vete al carajo, vete al carajo...* ¿No sabes decir otra cosa? ¡Te estás repitiendo, y esa no es una forma creativa de vivir, a Beuys no le habría gustado!

—Te equivocas: los chamanes, de hecho, suelen ser bastante repetitivos. La repetición es la clave del trance: ¡*Vete al carajo, vete al carajo...*!

—Me gustaba más «*Hay que estar siempre despierto*». O bien: *Heiner Stachelhaus, Heinerstachelhaus, Heinerstachelhaus...* ¿No te parece un gran nombre? ¿No es una gran ventaja tener un nombre así? ¿No crees que ser dueño de un nombre como ese y obligar a las mandíbulas de la gente a pronunciar esas palabras implica inevitablemente complejas conexiones neuronales? ¡Es la lengua la que nos esculpe, y no al revés!

—No teníamos que haber pedido esa segunda botella, Lazkano. Estás delirando.

«*Hay que estar siempre despierto*».

Lazkano se moría de sueño. El besugo, sin embargo, remontando la corriente de vino blanco, restaba gravedad y plomo al cansancio de la noche. Al día siguiente iba a tener una resaca descomunal pero, considerando que Beuys merecía eso y más, siguieron derrochando su energía conversando, bebiendo una grapa de Trentino tras otra, hasta que se les agotaron las fuerzas y el dinero.

Los dos llegan a casa tambaleándose. Lazkano se tumba en el sofá, sin descalzarse.

—¿Quieres dormir en mi cama?

Diego Lazkano se levanta y se acuesta en la cama de Gloria.

—¿Quién te ha dado permiso para acostarte con los zapatos puestos?

Le quita los zapatos y los calcetines. Luego Gloria se queda en ropa interior: está morena, al tomar el sol en la terraza el traje de baño le ha dejado sugerentes marcas blancas aquí y allá. Han dormido juntos otras veces, compañeros de cama sin sexo, pero han pasado ya muchos años desde aquello. Aunque esta mujer de curvas prominentes está muy lejos de su canon de muchachas flacas y delicadas, Lazkano se percata de que sus preferencias están cambiando ligeramente. Es curioso cómo evolucionan los gustos carnales con los años.

Gloria estrecha su trasero contra la entrepierna de Diego, y siente la reacción de su pene bajo dos capas de tela.

—Todavía respira —le advierte Gloria, en un tono alejado de la concupiscencia.

—Cuando le dan motivos —responde Lazkano, y se queda inmediatamente

dormido abrazando la cintura de Gloria. Cuando se levantan por la mañana, ambos tienen la sosegadora impresión de que se durmieron a la vez.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué nunca nos hemos acostado?

—¿Porque somos buenos amigos?

—Razón de más...

—¿Me vengo a Barcelona porque en mi tierra no acierto con las mujeres, y quieres que me acueste contigo? ¿A quién acudiré luego huyendo a contarle que te has encaprichado conmigo y no puedo librarme de ti? —bromea Lazkano.

—Eres tan vanidoso... pareces escritor. Un polvo sin alcohol... ¿no te tienta?

—¿Para pasar la resaca?

Gloria pone sus dedos en la entrepierna de Lazkano.

—Todavía respira...

Cómo decir que no a aquella amistosa sonrisa, a aquellas caricias. Parece mentira que se encuentren en la terraza de una gran ciudad, no se oye el más mínimo murmullo en esa casa de la ladera del Montjuïc, exceptuando el ocasional trino de los pájaros. Lazkano pone su mano en la parte interior del muslo de Gloria, buscando con la punta de sus dedos. Gloria le suelta los botones de la camisa y le acaricia las costillas, con las yemas y con el roce de sus labios. El primer mordisco en el cuello hace perder la cabeza a Diego de forma totalmente inesperada. Los dos están sentados en sendas sillas de tijera, y Gloria abandona la suya para desprenderse de su *slip* y, sin tomarse el trabajo de bajarle a Diego los pantalones hasta los tobillos, liberar su pene del otro lado de la goma. Cuando se le sienta encima, Diego le saca los pechos de la blusa y hunde su cabeza en ellos, asombrado de que la silla de madera no ceda y se vayan al suelo. Gloria se toma su tiempo para acariciarle el glande y frotárselo contra su pubis. Se unen las dos bocas sin más demora. Gloria se aprieta más contra Diego cuando él la agarra por las nalgas y tira de ellas hacia los costados. Un dedo corazón que se desliza buscando un centro, un pulgar que palpa la hendidura, un olor penetrante, nada cosmético, que es el de Gloria, que se mezcla con la espiral de su propia excitación. Mientras cabalga sobre él, Diego siente un enorme bienestar, muy alejado del orgasmo, mientras los rayos del sol le hacen cosquillas en la pelusilla de sus muslos descubiertos. Se está así tres o cuatro minutos, dentro de ella, y solo cuando se da cuenta de que Gloria se le está adelantando empieza también él a dar golpes de cintura.

Los jadeos y suspiros de Gloria no son tan distintos de su risa, y, aunque el éxtasis y la risa siempre le han parecido dos placeres imprescindibles, pero contradictorios e independientes, que nunca deben mezclarse, le complace comprobar que pueden darse simultáneamente. Aquellos gemidos entrecortados lo enardecen más que todas las palabras obscenas del mundo. ¿Quizá sea la inesperada novedad lo que hace que todo resulte tan placentero?

—Nada nos impide repetirlo...

—¿Y si me enamoro de ti?

—Mira por dónde, creía que el riesgo era que me enamorara yo.

—Yo también soy humano.

—Te equivocas: eres escritor, el Diabolo. Vas a perder el tren. Que tengas buen viaje de vuelta a casa, y *no* me llames cuando llegues.

Se sonríen. Llevan adherido en la piel el olor del otro, y les gusta.

Cuando Gloria no le abre la puerta, siente una corazonada.

Esta vez llama directamente a la comisaría del Eixample.

Acierta. Bingo.

—Ha declarado ante el juez y ha pasado la noche en prisión.

—¿En comisaría?

—No: *en la cárcel*.

—¿La han mandado a la cárcel? ¿Por pasar marihuana?

El policía suspira, y desea saber con quién está hablando.

—¿Es usted su representante legal? ¿Familiar?

—No... Un amigo.

—En ese caso no puedo decirle más. Lo siento.

Lazkano debe pensar de prisa:

—Mire, soy su novio... por así decirlo... No tiene a nadie más.

—Pásese por los juzgados, con un abogado. Le hará falta.

Tiene que dar sus apellidos y número de carné de identidad al secretario del juzgado antes de que este le dé su conformidad.

—¿Yago Machado?

—No, Lazkano: Diego Lazkano.

Siente sudor frío en la espalda. Aquellos lugares, aquella gente.

—¿Cuándo quedará... cuándo la dejarán libre?

—Es una *defcondos*...

—¿Perdón?

Lazkano no está muy al día de la jerga policial.

—*Defcondos*... Que no es la primera vez.

—Pero es hierba, poca cosa.

—Le han incautado cincuenta dosis de éxtasis. Y tiene antecedentes.

«Vais a acabar mal».

«No esperéis que vaya yo a sacaros de la cárcel».

«Como para pagar abogados estamos».

Consigue un vis a vis con Gloria antes de la hora de la cena.

—¿Qué has hecho, Gloria?

—Nuevos modelos de negocio... Hay que pagar la factura de la luz.

—¿No escarmentaste la otra vez?

—Dicen que tengo *antecedentes*. Por la marihuana... Pero ahora no ha sido maría, ¿no? Es otra cosa. Además... ¿los antecedentes no prescriben?

—No en tres meses, Gloria.

—Ah...

—¿De dónde has sacado el éxtasis?

—La gente te presenta a otra gente, y esa gente a otra. Tampoco es tan difícil. ¿Por qué?, ¿te interesa?

—No es para tomárselo a broma. ¿Has llamado a tu padre?

—¿A ese facha? No, no sabe nada.

—Esta vez piden diez mil euros de fianza.

—¡Diez mil! Joder...

—Podría prestarte la mitad ahora... pero para conseguir los diez mil necesitaré un par de días.

Gloria queda abatida. No esperaba una fianza tan abultada.

Va a tener que volver a hablar con quien no quiere hacerlo. El favor que le debe se está agrandando. Y sabe perfectamente que se lo cobrará con intereses incluidos.

—La exposición de Roma no ha salido.

—Lo siento.

—Quizá sea mejor así, no estoy segura de que las instalaciones acaben de funcionar.

—¿No sería posible hacerla en otro sitio?

—No, no lo creo. A cambio, tengo otra noticia... Me da vergüenza decírtelo... Me han pedido que dirija una obra de Chéjov.

—Estás de broma...

—Como en los viejos tiempos. Y al precio de entonces.

—Creía que *odiábamos* el teatro.

—Chéjov es Chéjov, ¿no? Además, la obra que quieren montar es *Platónov*, un caramelo.

—¿*Platónov*? No la conozco.

—Su primera obra de teatro. En algunas antologías ni siquiera aparece, se dice que Chéjov la repudió. En realidad, se discute incluso si está terminada del todo.

—¿Tienes completa libertad para dirigirla a tu antojo?

—Sí y no. Tengo que reducir los cuatro actos del original a uno. La compañía quiere hacer algo nuevo... Tendré un local para los ensayos, un piso en la calle Aldamar... Me lo darán todo. El único estorbo es mi padre.

—¿Tu padre? ¿Es él quien pone el dinero?

—El dinero y el nombre de la directora... ¿Qué te parece? Atrapada otra vez en la telaraña. Además quiere colocarme en el elenco a un viejo amigo de su grupo de filatelia... Desde que está enfermo le consiento todos los chantajes.

—No me parece que el precio a pagar sea tan alto. Nos veríamos más a menudo. ¿Por qué renunciar a una oportunidad así?

—Creía que iba a decepcionarte más mi fracaso. Gloria, la artista alternativa y

anarco, comiendo de la mano de su padre franquista, dirigiendo trabajillos para el Victoria Eugenia, por encargo.

—No te tortures tanto: siempre haces igual. Tú eres tu propio verdugo.

—¿No lo somos todos de todos?

—Pudiera ser.

—Si acabo aceptando... La traducción es muy mala. Me haría ilusión que la hicieras tú.

—No me pidas eso, Gloria.

—Por favor... ¿Dónde voy a encontrar a alguien que sepa ruso?

—He perdido la costumbre, hace años que no...

—Dime que te tomarás un par de días para pensarlo. Léete el libreto, al menos. He traído una copia para ti.

—De acuerdo, pero no te hagas ilusiones.

—Tendrás que asistir al estreno, para que no me cuelgue de las cuerdas de la tramoya.

—Odio las salas de teatro.

—Pero a mí me quieres. Te sacrificarás por mí, ¿no?

—¿Diego Lazkano?

—¿Quién es?

—Tengo algo que podría interesarle.

—¿Con quién estoy hablando?

—Pongamos que vengo de parte de Javier Fontecha.

—¿Fontecha?

—Quiere reunirse con usted.

—Lo siento, pero estoy en Barcelona.

—Casualmente él también.

Diego Lazkano se asusta: le han puesto una sombra.

—Apunte la dirección.

Se trata del vestíbulo de un hotel. Ruidoso y lleno de turistas. Tienen que hablarse al oído. Quizá solo sea que quieren evitar los micrófonos.

—Es muy sencillo: desiste de tu declaración y la carpeta será tuya.

En su mente se mezclan muchas cosas: el Sapo, su hija Cristina, Idoia, Ana... Es extraño, pero esta vez a Soto y Zeberio les cuesta más aparecer.

—Hicisteis terrorismo de Estado.

Fontecha se queda callado. Diego Lazkano nunca ha oído un «sí» tan rotundo. No obstante, no siente ningún placer. Nada más que pena y asco. No llega a sentir compasión, pero casi.

—Acabemos de una vez con esto.

—Lo has reconocido. Eres culpable.

—¿Y qué, si lo hubiera reconocido? El presente nos absuelve. A veces se hacen

cosas, cosas que el futuro censura convirtiéndote en culpable. Bien mirado, no siempre es justo.

—Conmigo no tienes que excusarte. Los tribunales dirán lo que tengan que decir, si es que no los habéis comprado previamente, claro.

—¿Quieres decir que no harás ningún trato? Tú tampoco eres un ángel, Lazkano... Has hecho pasar por tuyos trabajos que no lo eran... ¿Crees que haciéndonos culpables a nosotros vas a purgar tu culpa?

—¿La has traído?

—¿La carpeta? Cuando acabe el juicio.

—Eres un cero a la izquierda, Fontecha. Eres patético. ¿No te das cuenta? Ya no pintas nada... Tu propio partido te ha abandonado... No sé qué hago aquí contigo. No hay forma de resucitar a los muertos. No puedes devolverme a los amigos que me mataste.

—Los amigos, no.

—Entonces, ¿qué?

—Qué, o quién...

—No tengo nada que hablar contigo.

—¿Te dice algo el nombre de Santos Herguera?

Diego Lazkano se pone a la defensiva. Emergen ante sus ojos un escenario y unos actores que no esperaba.

—El amigo de tu padre. Su médico de confianza.

—¿Qué tiene que ver Herguera en esto?

Poco a poco Fontecha deja de ser un monigote de cartón piedra. Habla muy lentamente, como si estuviera dando la rueda de prensa de su vida.

—Gente así la hay en todos los oficios, Lazkano. Gente oscura y perversa, hábil revolviendo en la basura, siempre dispuesta a hacer toda clase de favores. Ese amigo de tu padre, el tal Herguera, será uno de los que testificarán a favor de Rodrigo Mesa.

Lazkano se queda estupefacto.

—Qué mundo tan extraño, ¿no te parece? Afirmará que por el estado en que se encontraron los huesos es imposible asegurar si fueron o no torturados, dile a tu abogado que lo tenga en cuenta. A Herguera lo han hecho venir expresamente desde Dallas, luce mucho un investigador llegado del extranjero... Tiene deudas con el partido, al parecer, no me preguntes por qué. El asunto de los niños desaparecidos durante el franquismo, quién sabe, quizá sean solo rumores. Certificados de defunción falsos, no lo sé exactamente...

—¿Qué me quieres decir, que soy uno de esos niños robados?

—No, no va por ahí la cosa, Lazkano. Piensa un poco. No fuiste tú el robado. Sino que te robaron a alguien. ¿Cuánto tiempo hace que no ves a tu padre?

—Mi padre murió afectado de demencia.

—¿Estás seguro?

Fontecha le alarga un sobre.

—Esto no lo voy a negociar, Lazkano. Que el juicio siga su curso, y que sea lo que Dios quiera... También yo me he cansado de ocultar cosas. Quiero saber lo que es quitarse las máscaras, aunque sé perfectamente que debajo no hay más que otras máscaras.

Diego abre el sobre. Un informe acerca de Gabriel Lazkano. Unas fotos en blanco y negro, bastante quemadas, de un hombre que riega el jardín: en todas lleva puesto un sombrero, suda como si no se hubiera aclimatado del todo al lugar. Si realmente se tratara de su padre, el propio Diego acabaría teniendo aquel aspecto al cabo de veinticinco años.

—Hemos investigado en profundidad, como puedes ver. A ti y a tu entorno.

—No puede ser...

—No ha cambiado tanto, ¿verdad?

—¿Quién ha...? ¿De dónde has sacado estas fotos?

—Está en México.

—No es verdad...

—Hazle una visita, si quieres: está todo en el informe. Sé que no saldo ninguna deuda con esto, pero valdrá al menos para que sepas que las cosas no siempre son lo que parecen. Si quieres conseguir la carpeta, ya sabes lo que *no* debes testificar.

LOS MUNDOS SUMERGIDOS

EL transporte público no llega hasta allí, no en esta época del año. Durante la temporada estival quizá, pero aún falta mucho para eso. «¿Seguro que no desea rentar un carro?». Por enésima vez, no. En vez de eso, toma un autobús en el aeropuerto de Puerto Vallarta y después otro más para proseguir su ruta. Perdida totalmente la noción del tiempo, pernocta en Mismaloya, incapaz de disociar las horas de sueño de las que pasa despierto; los ratos en los que dormita y los de vigilia se confunden en una misma pasta viscosa y febril. Lo achaca al clima. Le dicen que hay seis kilómetros de camino, aunque juraría que hace más de cuarenta que han dejado atrás la bahía de Banderas, a tenor de lo que indica el taxímetro. John Huston había grabado allí una película, «¿Viene usted por *La noche de la iguana?*», le preguntan. Le pide al taxista que lo deje en la rotonda, «la rotonda más cercana a la playa», especifica, aunque finalmente lo deja en la de arriba. Tiene que bajar a pie hasta la playa, sin poder evitar pensar en lo que la empinada cuesta le hará sudar a la vuelta. Según parece, en su día vaciaron parte de la roca para que la carretera pudiese llegar hasta abajo, la pared partida es lisa y casi rojiza, como carne rebanada. Luego hay escaleras para bajar a la playa. Es la primera vez que va a divisar el Pacífico en condiciones, y por un instante le parece que se ha confundido de camino, porque las escaleras no lo son exactamente: se trata más bien de unas pequeñas gradas poco transitadas, cubiertas de maleza y de rastros. La gente bajará seguramente en coche o en moto. O quizá no bajará allí en absoluto, debe de haber mil y un rincones semejantes por todo el litoral. En un costado de las gradas cree ver la réplica en miniatura de una tumba azteca cubierta de zarzas. ¿Aztecas aquí? ¿Un anfiteatro? No tiene más remedio que reconocer su ignorancia. Pero luego ve el pequeño hoyo y se cae del guindo: nada de aztecas, se trata de un minigolf abandonado, con sus pequeñas rampillas y sus peraltes diminutos, un minigolf formado por minilaberintos que la bola salvaría sin dificultad. Un *resort* turístico fallido, intuye, a saber cuándo y por qué motivo. «La casa más cercana a la playa», le han dicho, y ha elegido dos o tres intuitivamente.

—¿El güero Juan? El señor Bicho vive no bien alcance usted la playa.

El Sr. Bicho. El Bicho Raro. Don Insecto. Mr. Infecto. Sorprenden por lo acertado algunos apodos, se admira Lazkano. Escruta atentamente los coquetos jardincitos formados por guijarros y cactus, como si piedras y vegetación fuesen la clave para desvelar la guarida del villano Sr. Bicho.

Un césped verde cuidado con esmero, con más atención que los que tiene alrededor. Plantas de caña que cubren las ventanas de forma que no pueda verse la casa desde el exterior. Un refugio perfecto sin apariencia de fortaleza. El hombre tocado con un sombrero de paja y vestido con pantalones cortos y chancletas riega un rosal. Al reparar en la pared encalada, Diego distingue un moscardón gigante clavado

en la pared: los ojos rojos y la espalda cubierta en paralelo de rayas azules y negras, como la camiseta de la Juventus de Turín. «Hasta las moscas son aquí más elegantes», se dice.

Pasatiempos de habilidad visual: «¿Serías capaz de distinguir a tu padre de espaldas y por su manejo a la hora de cuidar las flores?». Aunque han transcurrido muchos años sin verlo, Diego no tarda en reconocerlo, por el modo mecánico en que agita la manguera, como un aspersor humano. Así esparcía el veneno en las huertas, cuando él no era aún más que un crío.

Se demora lo suyo observando a su padre. Tiene varias sillas colocadas patas arriba en el patio: se dispone a pasarles papel de lija. El sonido que se produce al rasparlas le resulta hipnótico. Diego se conmueve al ver que su padre mantiene intacta su destreza de antaño para el bricolaje. Como si hubiese olvidado regar algo, deja de lado el papel de lija y retoma la manguera.

Diego Lazkano se ve invadido por el irracional impulso de dar media vuelta e irse.

Pero desaparecer, eso es algo imperdonable. Tampoco se lo perdonaría a sí mismo. «No, yo no soy como mi padre».

Lazkano tiene en mente a aquellos a quienes hicieron desaparecer. Tuvo en mente durante largos años a aquellos desaparecidos: cada día, cada anochecer, cuando se acostaba con una mujer, cuando escribía, cuando soñaba, siempre ellos; eran los desaparecidos quienes interrumpían sus jornadas de trabajo, sus días de asueto, sus descansos dominicales; se le aparecían sin previo aviso en el cénit del orgasmo, en sus placeres masturbatorios, en cualquier parte y en cualquier lugar, cuando se debatía indeciso a la hora de elegir una botella frente a las estanterías de un supermercado. Él no podía permitirse desaparecer por propia voluntad, así sin más. ¿Cómo podría hacer semejante cosa? Soto y Zeberio, aquellos dos desaparecidos ya lo atormentaban bastante, y a ellos tuvo que añadir luego a su padre, que se había ido sin dejar rastro, no desapareciendo de forma inevitable según sabía ahora, no por culpa de la demencia senil como les hizo creer a todos, sino a expensas de su familia y sin que el abandono y el sufrimiento que les iba a infligir le pareciese importar lo más mínimo, rompiendo todas las amarras para evaporarse, esfumarse de sus vidas y volver a empezar. Aquello había sido una monstruosidad.

¿Cómo debía llamar a su padre? ¿Debía quizá dirigirse a él con un llano «buenas tardes, papá», como si no hubiese pasado nada? ¿Qué nombre o qué apelativo, qué fórmula de cortesía o qué mote debía utilizar?

¿Señor Bicho? ¿Güero Juan?

No, nada de eso.

La corriente de la manguera verde se interrumpe, aunque Diego no ha notado que su padre haya cerrado el grifo en ningún momento.

Hasta el último instante, ni él mismo sabe qué palabras pronunciará.

—Así que era cierto.

Su padre se toma un instante antes de volverse. ¿El tiempo justo para componer una cara de fingida sorpresa? Quizá llevaba esperando aquella visita desde el primer día. Más que esperándola, deseándola secretamente. No hay mayor temor para el prófugo que el de no ser buscado por nadie, el de no ser rastreado y encontrado nunca jamás.

—¡Diego...!

Diego quiere mostrarse inexpresivo, indolente, dirigirle un severo y frío reproche, y aunque le cuesta un esfuerzo sobrehumano sobreponerse a su propia ira, lo consigue. Su padre no hace gesto alguno de acercarse. Sostiene aún en la mano la manguera, cinco o seis metros de césped los separan. Diego se extraña de que no haya perro.

—Debería acabar contigo aquí mismo, en tu paradisíaca parcela.

—Me lo merecería, no te lo discuto.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Siéntate, te lo ruego, deja que te mire... Te mantienes joven todavía... ¿Algo para beber? ¿Qué tal está Josune?

Diego no había reparado hasta ese momento en el nombre de la casa: Casa Morel.

—¿Sabes por qué elegí esta casa? Por *La invención de Morel*, el libro de Bioy Casares.

—¿Crees que he venido hasta aquí para hablar contigo de literatura?

—«¿Qué más hay en la vida aparte de eso?». Lo leí en una entrevista que te hacían hace tiempo en la red... Venías a decir algo así, más o menos.

—¿Se trata de una broma?

—La vida es una broma infinita.

—Yo no estoy para bromas.

—Como quieras...

—¿No había otra forma de hacerlo?

—Yo diría que fue bastante... original.

—¿Original? ¿Esa es la palabra más apropiada al caso que se te ocurre?

—Dímelo tú, tú eres el escritor.

—Mamá, Josune, yo... ¿Crees que somos personajes de una novela barata?

—Lo de la novela lo dejaré pasar, porque sé que la ficción es importante para ti. Lo de barata no te lo perdono. ¿De dónde crees que te viene tu vocación por la escritura?

—No de ti. En tu caso se ve superada por la de actor. Eres un impostor, un farsante. Y un hijo de perra.

—Quieto ahí, Diego: todavía soy tu padre, no aprendiste de mí a hablar así. Lo fundamental es que lo de inventar historias lo llevamos ambos en la sangre.

—¿Cómo pudiste...? Tú...

—Me sentía miserable, llevaba una vida insípida, insustancial, quería empezar de cero, que tu madre tuviese también una nueva vida.

—Entonces fue un acto de generosidad... ¿es eso?

—Según se mire, pudo serlo. Ser egoísta es una forma de ser generoso con uno mismo. Y quiero pensar que en este caso no solo lo fui conmigo, sino también con los demás.

—¡Existe el divorcio!

—Papeleo, juzgados, drama y vodevil... El divorcio es algo pegajoso, Diego: parece que vuelvas a empezar, pero lo pringoso del asunto lo sigues acarreado contigo. Yo quería algo más contundente.

—¿Drama y vodevil? ¿Papeleo? ¿Juzgados? ¡No nos has ahorrado nada de eso! ¿Quieres historias sobre papeleo? ¿Cuántas instancias crees que hemos rellenado?, ¿cuántas visitas crees que hemos tenido que hacer al depósito, a los hospitales? Sabes que estás muerto legalmente...

—Esa era la intención.

—¿Te has puesto a pensar cuánto has hecho sufrir a nuestra madre?

—Ha sufrido, pero también se ha sentido aliviada, reconócelo. Me consta que es más feliz ahora. Me ocupé de seguir sus pasos, de lo contrario no tendría la conciencia tranquila. Su alivio es también mi alivio.

—¿Alivio? Tiene cáncer... Por no hablar de todos los años que lleva atiborrada de Valium...

—Siento escuchar eso.

—Has perdido totalmente el juicio si crees de veras que la demencia es un drama menor que el divorcio.

—No me negarás que es más definitiva: créeme, es posible empezar de cero. Yo lo he logrado.

—La tal Ángeles, la de Ibiza, ¿existía? ¿Era cierto todo aquello?

—Piensa como un verdadero escritor, Diego: se llamaba Ángeles pero no era de Ibiza, sino de Formentera. Duró lo que duró, luego me vine a México, solo. Nos alejamos de la verdad, pero no tanto. Si nos alejásemos demasiado nos descubrirían, y si no nos alejásemos lo suficiente también. Hay que acertar en su justa medida. *La carta robada* de Poe estaba bien a la vista.

—No me vengas con eso otra vez, ¿ahora impartes talleres de escritura?

—Imagino que te habrán puesto al corriente en el pueblo: sigo trabajando como exterminador. Eso sí, te sorprenderías de ver el lector voraz en que me he convertido... Por cierto que hace tiempo que no publicas...

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Debo creer que tienes una biblioteca ahí atrás, con mis libros incluidos? Eres patético: solo te falta pedirme una dedicatoria.

—Tenía intención de hacerlo.

—¿Y a nombre de quién he de firmarla, si puede saberse?

—¿Qué te parece «para mi viejo amigo»?

—«Para mi viejo-hijo-de-puta» sería más ajustado a la realidad.

—Lo que tú digas, no tengo intención de discutir ahora. Te daré la razón en todo

y después me dejarás en paz.

—¿Te crees en disposición de imponer tu trato y tus condiciones?

—Era una propuesta. Estoy dispuesto a escuchar la tuya.

—Y tu mujer, ¿dónde está?

—¿Qué te hace pensar que la tengo?

Gabriel Lazkano lo advirtió enseguida. Había ropas de mujer tendidas junto al rosal. Un exiguo bikini de vivos colores. Una prenda ridícula en cualquier mujer que hubiese rebasado la cuarentena.

—¿De veras deseas conocerla?

—¿Era la de la foto?

—La de la foto era una azafata de vuelo que conocí en Ámsterdam. Ángeles, ya te lo he dicho... Falda ceñida, bonitas piernas. Un capricho de una noche. Ella se quedó en Formentera... Estás perdiendo el hilo, hijo, es comprensible: no todo el mundo se acostumbra a este bochorno.

—Debería estrangularte con mis propias manos. Hasta la asfixia. Sería fácil.

—¿Para qué hacerlo? Piénsalo bien: puedes matarme o desvelar la verdad. ¿Sufrirá con ello menos tu madre? ¿Sufrirá menos Josune? Tú, ¿sufrirás menos? ¿Quién desea saber la verdad, Diego? La verdad es fea... Vive tu vida y alégrate por tener menos posibilidades de las que creías de heredar una demencia al cabo de treinta años...

—El doctor Herguera...

—Me debía un favor, siempre está bien tener amigos que te deben cosas. Sé sincero conmigo: ¿no te alegras por tu viejo? Margaritas y tequila, sol a raudales... Aunque siga haciendo faenas que no corresponden a alguien de mi edad, el tiempo transcurre aquí de forma muy pausada. La gente llama retirarse a cualquier cosa: yo quería un retiro de verdad.

—«Me he confundido de sitio, Diego; estaba *convencido* de que los libros eran paquetes postales»... Aquel paripé de perro apaleado en la oficina de Correos... me engañaste...

—Me metí en el papel.

—Todo aquello que le decías a nuestra madre, ¿cómo se puede ser tan ruin?

—Reconócelo: en el fondo te gustaba el modo en que me sinceraba, tan desinhibido, tan salido, todo un sátiro... Incluso he llegado a leer algunas de aquellas frases en tus libros: «¿Cuándo volverás a dejar que me corra en tus pechos, Angelines?».

Diego Lazkano aprieta el puño y, retrocediendo muchos años para coger impulso, le asesta un puñetazo en la nariz. Su padre cae redondo, y aterriza sobre la mesa del jardín, que cede y se rompe bajo su peso. Su nariz empieza a sangrar.

—¡Maldita sea! Me has roto la nariz...

—¿De qué te quejas? Todo sea para que nadie pueda identificarte.

—De acuerdo, criatura, seguramente lo merecía... Ahora, vete. Ese es el trato.

—Voy a denunciarte.

—No vas a hacerlo...

—Iré a la policía.

—No te atreverás.

—¿De veras? Iré a la policía, a los juzgados si hace falta, no descansaré hasta destrozarte.

—No lo harás: nunca has sido muy amigo de la policía. ¿Piensas entablar esa relación ahora? ¿No es un poco... tarde? Eso sí que sería un cambio radical, hijo, mucho más que empezar de cero. Además... ¿a qué policía te refieres, Diego? Si es la policía mexicana la que tienes en mente, estás más loco de lo que creía...

Diego se siente mareado. Se apoya y toma asiento en la única silla barnizada, antes de que su padre haya podido prevenirle. Se queda literalmente pegado a ella.

—Aquí en México he descubierto el buceo. Deberías probarlo algún día. Es un alivio saber que nadie me pedirá exterminar ni uno solo de los bichos que hay ahí abajo... Vivo las cosas con otro ánimo bajo el agua, hijo, he encontrado otra vida. Ayuda tener un lugar en el que nadie te debe nada. Un lugar en el que no debes nada a nadie.

Diego Lazkano recuerda el embalse. Cómo lo registraron palmo a palmo, en vano. Cómo no pudieron hallar allí los cuerpos de Soto y Zeberio, ni el de su padre. Y después recuerda al Sapo, al abogado, a su hija Cristina: sumerjámonos en la subjetividad, buceemos en ella.

—Las cosas se ven de otro modo bajo la superficie, también tu propio reflejo. No sabes cómo me calma poder bucear entre corales, maravillarme ante el discurrir ondulado de los peces manta; bajo el agua todo es más armónico, no hay velocidad apenas, ese vivir a cámara lenta, un modo de alargar la vida... Yo era de los que cerraban los ojos cuando nadaba, prefería no saber lo que había allí abajo. Hasta que abrí los ojos y descubrí un mundo nuevo. Deberías probarlo.

—Eso ya me lo has dicho antes. Te estás repitiendo... ¿Estás seguro de que no sufres demencia?

Gabriel Lazkano encaja muy mal ese último comentario. Diego intenta apoyarse en ese momento de debilidad de su padre para impulsar la conversación en la dirección que él desea, pero el viejo se le adelanta.

—Resultaría irónico, ¿no crees? Primero lo interpretas y al cabo de los años se convierte en realidad. En la vida sucede, a veces.

No le falta razón, pero Diego no está dispuesto a dar la razón a su padre en nada.

—Llegado ese día me meteré en el mar para no salir. Es más agradable mirar al vacío en los bancales del fondo del mar iluminados por el sol que mirar a la nada fuera del agua. La vegetación marina... esos pubis gigantes que irrumpen en la arena... con los años acabamos buscando el sexo donde no lo hay, en la comida, en la bebida; la vista y el olfato sustituyen a la acción... Hay mucho de eso bajo el agua,

créeme.

El Sapo y su teoría sobre las duchas frías acuden a la mente de Lazkano. Podrían hacer buenas migas, su padre y el Sapo, siempre y cuando el Sr. Bicho no lo exterminase, claro está: Sapo equivale a bicho, y no a bicho marino, precisamente.

El Sr. Bicho. El Bicho Raro. Don Insecto. Mr. Infecto.

—Tu nueva vida. ¿Debería admirarte por lo que has conseguido?

—He trabajado duro, hijo. Empezar de cero también tiene sus desventajas: no he podido cobrar la jubilación. He tenido que seguir con el negocio: todo tipo de plagas, a los dueños de estas casas no les gusta desayunar hormigas. No saben que luchan en vano contra ellas, esos pobres infelices ignoran que no son las hormigas las intrusas en nuestras casas, sino nosotros en las de ellas. Estos acantilados pertenecían a las gaviotas y a los albatros, hasta que los especuladores vinieron a sacar tajada. Y, con todo, esa inquietud respecto a todo bicho viviente me ha venido a mí de perlas. Daneses, alemanes, holandeses... son los más generosos con las propinas. Los americanos, que son mayoría por estos lares, no tanto.

—Has seguido matando bichos, tu verdadera vocación.

—Tampoco lo llamaría vocación, no es como tu caso. Pero sí, cuando dominas un campo, sea o no por vocación, acabas por cogerle cariño a tu rutina: roedores, insectos, microorganismos, *Psychoda alternata*, hongos, *Mus musculus*, *Blatta orientalis*, *Hofmannophila pseudospretella*... Los ratones pardos *Rattus rattus* o los *Rattus norvegicus*... La cucaracha *Blattella germanica*, *Ctenocephalides canis*... El latín viste mucho, luce bien en los folletos... *Periplaneta americana*, *Musca domestica*, *Lasius niger*... Diciéndolas todas de un tirón parezco un profesor de Oxford, ¿no crees?

Ne bis in idem. Diego odia los latinajos. En efecto, podrían ser buenos amigos, su padre y el Sapo.

—Qué importa un nombre u otro, me dirás, no son más que bichos... Pero lo cierto es que leerlos todos de seguido en una lista tranquiliza mucho a los clientes, sobre todo si al lado del nombre latino de la especie marcas en un casillero que la plaga es negativa o leve, que de toda esa lista de potenciales amenazas solo han de combatir en su finca una o dos a lo sumo... que la incidencia es de un dos en una escala de uno a cinco, que están relativamente a salvo...

—Así te has ganado la vida, así pudiste comprar esta casa.

—Tuve que empezar de la nada, matar muchos bichos para construirla. Cuántos insectos suprimidos por cada uno de estos ladrillos...

—Entre ellos nosotros.

—No hace falta ponerse tan melodramático.

—Es la verdad.

—Siempre te he seguido la pista, he leído tus libros, los he comprado por Internet, me han llegado por correo. Apuesto a que el rastro que he dejado en el correo ha tenido que ver con mi localización. Tiene su gracia, dado que todo esto comenzó en

una oficina de Correos, con unos libros...

«Me he confundido de sitio, Diego; estaba *convencido* de que los libros eran paquetes postales». El rostro de Diego sigue inexpresivo. Sumerjámonos en la subjetividad, buceemos en ella.

—No he dejado de sorprenderme con la trayectoria de mi hijo, con el rumbo que has tomado; tu madre y yo ni tan siquiera podíamos imaginar que... No lo sé... También a mí me gustaría mostrarte lo mío: explicarte cosas que no he podido decirte durante todos estos años, nuestra relación con el Instituto de Toxicología, por ejemplo, cómo han cambiado los métodos de exterminación, el modo en que acometemos las inspecciones preventivas, cómo combatimos las plagas con medios químicos, biológicos, mecánicos o pasivos, cómo el primer paso consiste en diferenciar el interior de la casa del exterior... Las hormigas, pongamos por caso, son muy tozudas...

¿A qué venía aquella insistencia en las hormigas? ¿Acaso recordaba su padre aquella extraña llamada que le hiciese tantos años atrás?

Un agujero de esos malos. Lo mejor, fumigarla. En casa de tu amigo. Un nido bastante grande.

No, no podía ser. Pero Diego se puso en guardia, como si su padre supiese de veras cuánto y de qué manera odiaba él las hormigas. Pero no, no era más que su paranoia, su padre no podía saber nada. Las hormigas, el ingeniero. Cómo estaba a su cuidado en el zulo, cómo todo su trabajo de custodia acabó resultando totalmente inútil. O quizá no. No del todo.

Hay algo desconcertante, una especie de desgarro que le provoca aquel hueco abierto entre las rocas, la resina del barniz que tiene pegado a la ropa, algo que le impide dejar aquel sitio. Había encontrado a su padre y su padre estaba sano y salvo, pero era incapaz de perdonarle. ¿Debía hacerlo? ¿Estaba siendo demasiado mezquino con él? No, lo que les había hecho su padre no tenía nombre. Huir para empezar de cero ya era de por sí imperdonable, pero fingir una enfermedad degenerativa resultaba de una crueldad sin límite. Su madre, su hermana y él no eran personajes de ficción y habían sido tratados como tales.

—¿Quieres que te acompañe hasta el pueblo?

Su padre hace un último intento, en vano. Diego Lazkano camina sin decir nada, y solo saca el móvil del bolsillo para pedir un taxi cuando tiene la certeza de encontrarse fuera de su campo de visión.

Fue la última vez que vio a su padre. Lo exterminó de su vida, de la misma forma en que antes los exterminó él a ellos.

Hay que dejar en paz a los fantasmas, incluso cuando se trata de fantasmas vivientes; aunque sabía de sobra que, año tras año, a medida que se fuese pareciendo físicamente a su padre cada vez más, seguiría tratando de adivinar su aspecto y su paradero, con curiosidad por saber la apariencia que tendría aquel retrato submarino de Dorian Gray oculto en un armario, privado de ese espejo adelantado de su propia

decadencia que era su padre.

Lazkano se sintió entre la espada y la pared. No le dejaron alternativa. O aceptaba el trato de Fontecha o dejaba que saliese a la luz el asunto de las carpetas, sacrificando toda su carrera en aras de la última oportunidad de hacer justicia en un juicio en el que las posibilidades de implicar a Fontecha y a sus superiores eran, había que reconocerlo, más bien escasas. Él había estado retenido en El Cerro, cierto. Había sido torturado, cierto. Los asesinos de Soto y Zeberio habían estado allí, cierto. Sin embargo, no tenía pruebas directas que incriminasen a Fontecha. Aunque había amenazado a su padre con llevarlo a los tribunales, el viejo Gabriel Lazkano tenía razón, nunca lo haría; por no hacerlo, ni tan siquiera testificó en el juicio de Soto y Zeberio. Dejó en la estacada a Aguirre Sesma y a su hija, en la sonrojante tesitura de tener que retirar en el último minuto a un testigo de la acusación. Fontecha salió indemne del proceso, por los pelos: sus subordinados, no tanto. El Sapo hizo un gran trabajo. Consiguió mucho, incluso sin su ayuda. ¿Hubiese sido otro el resultado del juicio de haber testificado Diego? Eso nunca lo sabría. La cobardía nos puede: elegimos mantener intacta nuestra mísera parcela, incluso cuando el precio sea traicionar a un insobornable abogado como Aguirre Sesma. Guardianes de la repetición como somos, luchamos por que todo siga igual, hasta cuando cambiamos de casa por una temporada, incluso cuando nos desplazamos por unos pocos días a un hotel, transplantamos allí nuestros hábitos, nuestras maneras y nuestro modo de distribuir el territorio, reconstruyendo nuestra mesilla de noche *original* con cualquier fetiche —ropas, frascos, relojes—. Y así como obramos con los objetos, lo hacemos también con todo lo demás: actitudes, hechuras, horarios, movimientos. No estamos en nuestros cabales, y el narrador omnisciente de más allá de nuestra locura, ese narrador que habita en nuestras cabezas, lo sabe de sobra. Optamos casi siempre por la decisión miope que preserva una miseria de escala razonable para taparnos las vergüenzas y sostener la sinrazón de nuestro quehacer diario. Diego recordó la cita de Faulkner: «Pero tampoco entiendo que nadie tenga derecho a decir quién está loco y quién no. Es como si en cada hombre hubiera una personalidad que está más allá de la cordura y la locura, que contempla las acciones cuerdas o locas de ese hombre con el mismo horror y el mismo asombro».

A Lazkano se le vino el mundo encima, se acordó de su padre, de aquel hombre a quien tanto odiaba, de aquel impostor, de la enorme dimensión de su crueldad, del puñetazo que le había asestado en la nariz en Casa Morel, «¿De dónde crees que te viene tu vocación por la escritura?», cómo no se había dado cuenta hasta entonces, cómo había podido estar tan ciego, ¿por qué repetía el comportamiento de su padre a su manera, de forma casi mimética, apropiándose de lo ajeno, convirtiéndose en un usurpador, perpetuando la misma actitud que le reprochaba a su progenitor, si no una actitud aún más nociva acaso? Se le encogió el corazón solo de pensar en la carcajada satisfecha con la que se regodearía su padre de llegar a conocer su verdadera historia.

¿Qué mejor reproche con el que recrearse, que aquella carpeta color salmón que emergía y remontaba la corriente? «Eres como yo, puedo estar orgulloso de ti», le diría, alzando su margarita hacia el cielo, como un globo aerostático transparente, entre ruidosas gaviotas, piqueros y albatros, en su inescrutable refugio entre las rocas, en su escondite bajo el sol.

Lazkano se sintió lleno de impotencia y rabia ante la evidencia de que su ADN sabía más sobre él que él mismo. En eso consistía todo, entonces. No había más: vivir, consciente o inconscientemente, una vida basada en los esbozos de otro, una vida falsa o verdadera, llámese como se quiera; no éramos sino pieles que tomábamos de prestado, todo era en vano, creíamos engatusar a todo el mundo, cuando en realidad solo conseguíamos engañarnos a nosotros mismos.

Cuando todo aquello acabase —pero todo aquello parecía no tener fin—, a Diego solamente le quedaría un camino: empezar a escribir por una vez desde su propia piel, contar cómo conoció a Soto y a Zeberio, narrar todo lo que sucedió durante los momentos que compartieron y todo lo que sucedió en los momentos que *no* pudieron compartir. Exhumar sus cuerpos a golpe de pluma. Esculpir sus perfiles. Tratar de internarse en la oscura selva. Rehacer el hilo de su jungla mental. Reconstruir todo aquello sobre el papel. Dejarse el pellejo en su misión. Cada jirón de su piel. Decirlo todo. Desnudarse en su fetidez. Fagocitarse a sí mismo y no dejar tras de sí sino la piel mudada de la serpiente. No ocultar ninguna infamia. Escribir aquel libro y curarse. Hay quien llama redención a eso, como si utilizar una palabra u otra importase.

Tienen ustedes razón: sí que importa.

Lazkano quería decir la verdad, ansiaba empezar a buscar su verdadera piel. Escribir cuanto antes las primeras líneas de una historia que solo él podía contar; cuanto antes, aquella misma noche a ser posible. Pero, llegado a este punto, también podía esperar una noche más: la verdad iba a tener que esperar un poco, dado que aquella noche se estrenaba la obra de teatro que dirigía Gloria, y tampoco podía faltar allí, aunque tuviera que presentarse con una piel precaria y de prestado.

Lazkano no conocía *Platónov*, pero el libreto le enganchó desde el inicio. Aunque no tan célebre como *La gaviota*, *El tío Vania*, *Las tres hermanas* o *El jardín de los cerezos*, le gustó a Diego más que todas ellas, más aún en cuanto supo que Antón Chéjov apenas contaba veinte años cuando la concibió. Nada más que veinte años, y ya estaban allí todas las preocupaciones y obsesiones del gran escritor ruso: su humor amargo, familias endeudadas que se ven obligadas a dejar sus tierras y casonas, personajes apasionados y apasionantes que el destino y el alcohol abocan a la perdición, lúcidos diálogos que conducirían a cualquier congénere desdichado a la autodestrucción, una despiadada disección del ser humano... Patéticos caballeros que se desafiaban a duelo para inmediatamente después echarse a llorar como niños, promesas de huida entre parejas de amantes que jamás terminaban bien, malhechores

despreciados por caciques que acababan convirtiéndose en clientes de su criminal mano de obra... Gran maestro, Chéjov. Enorme canalla, Chéjov. Maldito bastardo, Antón. Un monstruo genial como aquel conseguía que cualquier escritor se sintiese minúsculo a su lado. No contaba más que veinte años cuando escribió aquello, parecida edad a la que tenían Soto y Zeberio cuando los hicieron desaparecer. Hay similitudes que matan: Chéjov murió de tuberculosis con cuarenta y cuatro años, edad que Diego Lazkano ya había rebasado. *Platónov* era una obra muy extensa, de ser interpretada íntegramente llegaría a durar cinco o seis horas, le constaba que Gloria tenía la intención de abreviarla mucho, ni el más ferviente aficionado estaba ya dispuesto a sufrir en silencio un *tour de force* teatral tan prolongado.

El protagonista de la obra era el maestro de escuela Mijaíl Vassilievich Platónov. Se trataba claramente de una versión del *Don Juan*. Encandiladas con sus obsequiosas palabras, todas y cada una de las mujeres que aparecen sobre el tablado, ya sean casadas, adolescentes o viudas, comen de su mano. Platónov no oculta su carácter seductor, y advierte a las mujeres que tiene a sus pies de que serán desgraciadas a su lado, que él es un hombre casado, que las utilizará para después dejarlas, pero poco les importa todo esto a ellas, que aman igualmente al maestro de escuela. Así describe a Platónov otro de los personajes de la obra: «El héroe de la novela más contemporánea. Desgraciadamente, esa novela todavía no ha sido escrita».

También había otro detalle que hacía que Diego se sintiese cercano a aquella obra. Cuando la escribió —Antón Chéjov ni tan siquiera se molestó en ponerle un título—, el hermano del gran dramaturgo ruso hizo llegar el libreto a la famosa actriz María Ermolova. Esta, como cabía esperar, ni siquiera lo tomó en consideración. Y Chéjov, con gran pesar, destruyó el manuscrito. Tras su muerte encontraron un primer borrador, escrito a mano. Se trataba, precisamente, del original utilizado para elaborar la copia que fue destruida... Una vez más, carpetas color salmón, salmones que remontaban la corriente, manuscritos que salían a la superficie. Las benditas malditas copias. Parecía su propia historia, acontecida cien años atrás.

Sonó el teléfono. Era Gloria.

—¿Qué te ha parecido?

—No me dijiste que se trataba de una versión del *Don Juan*.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso te has sentido identificado con Platónov?

—Para nada, pero he de reconocer que a ratos le ponía tu cara a la protagonista femenina Anna Petrovna: «En este mundo no hay que fiarse de los enemigos, y por lo visto tampoco de los amigos...».

—De Anna me gusta más esta otra: «En tanto haya personas inteligentes y que puedan serlo aún más, el resto llegará por sí solo».

—Deberías hacer tú misma el papel de Anna.

—Ni pensarlo: Sara Fernández ha aceptado. Solo falta que tú me digas que sí a la traducción... ¿Lo harás?

—Puedo intentarlo.

La traducción no resultaba demasiado complicada. Registro oral, pero con la marcada discursividad de principios del siglo xx. La escritura de Chéjov no era en absoluto retórica. Poca hojarasca en sus parlamentos. Lazkano tenía que admitir que disfrutaba con aquella ocupación, sentía cierta liviandad al abandonar por primera vez en mucho tiempo la creación para convertirse otra vez en traductor, a la búsqueda de una voz. No era del todo cierto lo que le había dicho a Gloria: de vez en cuando sí que se sentía identificado con Platónov, y no precisamente por su vertiente donjuanesca, sino por su fatalismo a la hora de afrontar la vida. No era Platónov el único atormentado de la obra, ni mucho menos, la obra estaba plagada de ellos. De hecho, el drama rebosaba fatalismo por todos los costados, a qué negarlo. Subrayó muchos fragmentos, mientras los iba traduciendo:

GLAGÓLIEV: Amábamos a las mujeres como los más fieles caballeros, tuvimos fe en ellas, las adoramos, porque en ellas vimos lo mejor del ser humano... ¡Porque la mujer es un ser humano mejor, Serguéi Pávlovich! También teníamos amigos... En mis tiempos, la amistad no parecía ser tan ingenua ni tan inútil. En mis tiempos, había círculos, reuniones... Justamente entonces se acostumbraba que cuando se trataba de amigos uno se arrojaba al fuego por ellos.

VOINITZEV: (bostezando). ¡Eran buenos tiempos!

GLAGÓLIEV: En nuestra época, no se tenía vergüenza de tales lágrimas y nadie se reía de ellas... Éramos más felices que ustedes. En nuestra época, las personas que comprendían la música no abandonaban el teatro, se quedaban hasta el final...

Le resultó llamativa a Lazkano la forma en la que se flagelaba Platónov, su absoluta falta de autocompasión, la profunda conciencia de su proceso de autodestrucción, así como su falta de voluntad para hacerle frente. Se tiene por una persona dañina, pero jamás muestra el más leve atisbo para enderezar su tóxica personalidad: «Señores, me temo que también a ustedes mi amistad solo les traiga lágrimas. ¡Bebamos por el desenlace feliz de todas las amistades, y la nuestra entre ellas! Que su final sea tan grato y tan lento como fueron sus comienzos».

Casi nada se oculta. Los maridos de las mujeres que Platónov ha tomado como amantes están todos al corriente. También el criminal Ossip nos es presentado sin tapujos: «Conocido por todos y cada uno como Ossip, ladrón de caballos, parásito y asesino y asaltante». La visión que Platónov tiene respecto a Rusia y a los rusos no tiene desperdicio: «Ser un cerdo y no querer tomar conciencia de ello es una terrible particularidad del bribón ruso», manifiesta.

Lazkano se incorpora para preparar café. Luego plancha un par de camisas y deja la traducción para mañana. Todo un clásico, el moroso aplazar las labores para otro día. Así declaraba Platónov a la joven Sofía Egórovna, la amante que al final de la obra le disparará con un revólver y acabará matándolo:

PLATÓNOV: ¿No me reconoce, Sofía Egórovna? No me sorprende. Cuatro años

y medio, casi cinco han pasado, y ni las ratas hubieran sido capaces de roer una figura humana más concienzudamente de lo que lo han hecho los últimos cinco años de mi vida...

SOFÍA EGÓROVNA: Es una historia demasiado vieja y demasiado banal para que valga la pena que hablemos tanto de ella, y para que le concedamos importancia hoy... Además, no se trata de eso... Pero al hablarme del pasado, usted... hablaba como si pidiera algo, como si antes, en el pasado, usted no hubiese recibido lo que merecía y quisiera recuperarlo ahora...

Lazkano recuerda a las mujeres de su vida: Idoia, Ana, Lena, la mismísima Gloria... Cómo la pasión les hizo abrazarse. Cómo el cansancio hizo que abrazaran mutuamente sus cansancios, para poder seguir manteniéndose en pie.

Existen ese tipo de libros. Libros que nos llegan en el momento justo, nos agarran del cuello de la camisa y nos zarandean con fuerza. Hundimos la pierna hasta la cintura entre sus líneas, nos engullen. Fue exactamente lo que le sucedió a Diego con *Platónov*. Sentía que todos aquellos personajes hablaban sobre su vida, algo que no le sucedía en años.

TRILETZKI: ¡Si vieran el artículo que pergeñé para *El mensajero ruso*, señores! ¿Lo han leído? ¿Usted lo leyó, Abram Abramich?

VENGUÉROVICH: Sí, lo leí. Salvo que ese artículo no lo escribió usted, doctor, sino Porfiri Seminovich.

GLAGÓLIEV: ¿Cómo lo sabe?

VENGUÉROVICH: Lo sé.

GLAGÓLIEV: Es curioso. Yo lo escribí, es cierto. ¿Pero cómo lo supo?

VENGUÉROVICH: Se puede saber cualquier cosa, basta con averiguar.

«A veces sucede, amigo mío, que uno siente la necesidad de odiar a alguien, de hincar sus dientes en alguien, que uno busque en quien poder vengarse de alguna canallada que se ha cometido...».

Allí estaba todo, el turbio asunto de su plagio, su crisis de madurez, la evidencia de que esa crisis no ofrece otro consuelo que el de convertirnos en seres contemplativos.

PLATÓNOV: ¿Es posible que para mí ya sea tiempo de contentarme solo con recuerdos? Los recuerdos son algo bueno, pero... ¿es posible... que para mí sea ya el final? ¡Dios mío, Dios mío! Mejor sería morir... Hay que vivir... Seguir viviendo... Todavía soy joven...

A medida que Diego Lazkano iba traduciendo los trágicos monólogos de Platónov, no podía evitar ponerle el rostro de Chéjov al maestro de escuela, para, dado que se trataba de introducirse en la piel de otro congénere, reemplazar la cara de Chéjov con la suya propia conforme iban avanzando las páginas, a fuerza de muchos días de trabajo de traducción. ¿Cuándo se manifestaba el narrador con su propia voz y cuándo lo hacía con la voz del autor? Cuando mejor funcionaba un escritor era en cuanto conseguía meterse bajo la piel del Diablo, ser abducido por él —o mejor aún:

abducirlo a él—, Lazkano lo sabía de sobra, pero las interferencias eran inevitables, y a medida que pasaban los días y repasaba los diálogos traducidos, se afianzó en él la impresión de que había sido imantado por Platónov y había caído totalmente bajo su ámbito de influencia, de la misma forma en que escuchaba en su cabeza los parlamentos de Anna Petrovna en la voz de la mismísima Gloria.

PLATÓNNOV: Porque siento aprecio por usted. Y aprecio en mí ese aprecio que siento por usted, a tal punto que preferiría estar bajo tierra antes que privarme de él. Amiga, soy un hombre libre, no tengo nada en contra de un pasatiempo agradable, no soy enemigo de las relaciones, ni siquiera enemigo de los lechos nobles, pero... tener con usted una pequeña aventura, transformarla en objeto de mis ociosas divagaciones, a usted, una mujer inteligente, maravillosa, libre. ¡No! Eso es demasiado. Prefiero que usted me destierre a las antípodas. ¿Estar juntos un mes o dos y después... separarnos avergonzados? Olvidemos esta conversación... Seamos amigos, pero no juguemos el uno con el otro: ¡nosotros valemos más que eso!

Aquellas palabras dichas por Platónov a Anna Petrovna, verdades a medias, excusas baratas disfrazadas de veracidad, pero también de cobardía y de falta de coraje, ¿cuántas veces no se habrán repetido sobre la faz de la tierra, antes y después de la muerte de Chéjov, durante los últimos cien años?

Lazkano se pasó semanas absorbido por *Platónov*, sin fuerzas ni disposición para cualquier otra cosa que no fuese aquella obra de teatro, desaliñado y sin afeitar, privado del sueño, sin ánimo siquiera para cambiar las sábanas. Cuando el olor acre del sudor que se había apropiado de su lecho empezó a resultarle insoportable, le dio por descansar en el sofá. No solamente Platónov, todos los personajes de aquella obra se le habían metido en casa junto con el malhechor Ossip y sus turbias fechorías; menuda ironía, el salón del hombre que jamás pisaba un teatro se había llenado ahora de invitados indeseados; Diego se había convertido en un Pirandello cualquiera; no era quizá el hedor del sudor lo que se le hacía insoportable en su cama, sino el hecho de que fuese Platónov quien allí dormía.

PLATÓNNOV: Cuando las personas nos recuerdan tan solo un poco nuestro pasado impuro, ¡qué asco nos dan esas personas!

ANNA PETROVNA: Quiero tener mi vida ya, y no por delante...

PLATÓNNOV: ¡Qué hermosa eres! Pero no te daría la felicidad. Haría contigo lo que hice con todas las mujeres que se arrojaron frente a mí... ¡Una desdichada!

ANNA PETROVNA: Tienes una idea exagerada de ti mismo. ¿Tan terrible eres, Don Juan?

PLATÓNNOV: Me conozco. Las novelas en las que aparezco no terminan bien...

ANNA PETROVNA: ¿Qué más quieres? Fúmame como un cigarrillo, exprímeme como un limón, rómpeme en pedacitos... ¡Sé hombre! ¡Eres raro!

El Bicho Raro. El Sr. Bicho. Don Insecto. Mr. Infecto.

Y más tarde, en boca de Ossip: «Yo lo estrangularé... No tenga miedo».

Durante una época de su vida Diego Lazkano se dio a la bebida, en Lille. Quería olvidar a Soto y a Zeberio, olvidar su confesión, la tortura que padeció, la carpeta a la que miraba de reojo como a un «*souvenir* sin nostalgia», palpando las gomas y acariciándolas sin atreverse a abrirla, hombre temeroso de desnudar a su amante. Quería desterrar de su cabeza sus ambiciones y sus sueños, vivía como un zombi. Vendía en librerías de viejo los libros acumulados con gran cariño durante años, a cambio de una miseria, y luego se bebía sus propios libros, cada día se bebía un libro, en ocasiones hasta dos, «Estoy bebiendo la *Odisea*, la calderilla que me han dado por ella está desapareciendo por mi garganta —se decía—; hay que ver lo poco que ha durado lo que me han dado a cambio de la edición de bolsillo de *Dinero* de Martin Amis», intercambiaba literatura por alcohol, *Robinson Crusoe* se le convirtió en una botella de Baileys, *Los hermanos Karamazov* en una botella de vodka Smirnoff, estos tres gin-tonics que acababa de meterse entre pecho y espalda eran *El lazarillo de Tormes*. Se hizo con una botella de whisky caro Lagavulin a cambio de la edición encuadernada en cuero del *Ulises* de James Joyce que le regaló Ana; si aquel día había malvendido los ensayos de Montaigne —nunca se desprendía de más de un ejemplar por día, el ritual era el ritual—, se regalaba con un tinto de Burdeos, intentando que lo que bebía tuviese cierto sentido: si se deshacía de *Madame Bovary* debía intentar buscar algún caldo cercano a los que pudiese haber catado Flaubert, para poder emularle; a cambio de *Nuestros antepasados* de Italo Calvino, un quianti o una botella de *pelaverga* de Saluzzo, quizá. «¿Quién dijo que la literatura no alimenta, que no reconforta el espíritu y el alma?». Diego Lazkano apenas si comía por aquella época. Su compañera Lena, la muchacha de Kursk, llegó a asustarse al verle rozar el *delirium tremens*, y Diego no tuvo más remedio que confesarle que veía noticiarios dentro de su cabeza incesantemente, boletines de noticias que tenían un inicio pero no un final; se le aparecían la guerra de guerrillas, Kennedy y Nixon, Margaret Thatcher y Mitterrand, no necesariamente cada uno en el rol que le correspondía. Podía llegar a ver a Mitterrand con una cinta de kamikaze anudada en la frente, blandiendo un fusil AK-47 en medio de la selva, y luego más noticias; no podía interrumpir aquel caudal, apagar aquel boletín televisivo, era como sentirse solo y desamparado en el interior de una sala de cine gigante, un escenario atroz, una noticia encadenándose sin tregua a la siguiente, y repentinamente aquel caudal cesaba y Diego Lazkano amanecía en una zona de pabellones a las afueras de Lille que le era totalmente desconocida, sin cartera y con la camisa desgarrada, incapaz de recordar dónde había perdido la chaqueta y con unas náuseas terribles.

A diferencia de ahora, por aquel entonces el alcohol estimulaba sus ganas de acostarse con mujeres, tenía cierto éxito, y también tenía a quién llamar y a quién contagiar sus neurosis. El tímido alumno Lazkano, estudiante aplicado y traductor ocasional del ruso, encontró a muchas chicas de su gusto, y él era el primer sorprendido de resultar del gusto de ellas. Lo hacía una y otra vez: se acostaba con

ellas, las llamaba por teléfono, dejaba de llamarlas inventándose o no alguna excusa de conveniencia, les infligía un daño inmerecido que en ocasiones era mutuo y sentía que era merecedor del daño que a su vez le infligían, engañándose hasta el punto de creer que incluso podía llegar a disfrutar de ese daño.

Sin la más vaga idea de su desconcertante ubicación, aquel día vomitó todo lo que llevaba dentro en una gasolinera desierta, junto al poste de la bomba para inflar neumáticos, se vació totalmente, sintió cómo había tocado fondo, el fondo más insondable, cuando se sorprendió a sí mismo escrutando con atención su propio vómito, *leyéndolo*, tratando de encontrar infructuosamente alguna pista sobre el lugar en el que pudo haber cenado la noche anterior a partir de los restos de comida que acababa de expulsar. Pero no se acordaba de nada, lo había olvidado todo, allí donde debía estar registrado el recorrido de sus últimas veinticuatro horas, solamente tenía un agujero negro.

Entonces dejó de vender sus libros y empezó a ir al cine compulsivamente, casi todos los días, en un intento de sustituir con historias de ficción el caudaloso flujo de noticias espeluznantes de su conciencia.

Vació todas las botellas en el fregadero (*Los viajes de Gulliver, El vientre de París, Ancho mar de los Sargazos*) y prometió a Lena convertirse en un hombre nuevo. Pero era demasiado tarde: la muchacha de Kursk consideró que ya había aguantado bastante.

Diego Lazkano guardó solamente una botella de whisky irlandés, a modo de trofeo. Una botella que no abrió jamás y que sobrevivió a todas las mudanzas desde Lille, que no habían sido pocas. La guardaba aún enterita, con precinto y todo, aquella botella comprada con las cuatro perras que le dieron tras malvender *Dublineses* de James Joyce. Hacía tiempo que había decidido convertirse en un bebedor social, no beber si no era en compañía. Pero esta vez va a hacer una pequeña excepción. La ocasión lo merece.

Si hay un cuchillo en la casa, ese cuchillo ha de usarse tarde o temprano. Lo mismo pasa con una botella de whisky. «Yo lo estrangularé... No tenga miedo».

Para cuando se dio cuenta tenía la botella ya mediada. Se moría de ganas de hablar con Gloria. Marcó su teléfono, invirtiendo la costumbre de antaño, que hacía que siempre fuese ella quien le llamase a deshoras.

—En el capítulo que te mandé el otro día... No estoy del todo seguro de si estaban o no incorporadas las últimas revisiones. ¿Te importa repasar el fragmento en el que Platónov y Anna se emborrachan juntos?

—Faltaría más, Diego. Aguarda un poco, encenderé el ordenador.

—«PLATÓNNOV: Ya no beberé más...».

—Sí, está bien, empecemos por ahí.

—«Tal vez nos volvamos a encontrar dentro de algunas décadas, cuando ambos seamos capaces de reír y de llorar senilmente sobre estos días que vivimos, pero ahora... ¡Shh! ¡Silencio!».

—Hasta ahí está igual, sigue un poco más abajo, desde donde dice: «Soy una mujer inmoral».

—«Soy una mujer inmoral, Platónov... ¿No? Y te amo quizás precisamente porque soy inmoral... Me dirijo a mi perdición... Las que son como yo siempre terminan así». ¿Coincide?

—Sí, Gloria. *Coincide*. Palabra por palabra.

—Ya hemos empezado las lecturas dramatizadas con el material que nos enviaste. ¿Y si te pido que vengas al ensayo de mañana...?

—Ni lo sueñes, Gloria.

—Bueno, tenía que intentarlo...

No bien ha colgado el teléfono, a Lazkano se le aparece Ossip, ejecutando acrobáticos tumbos como un bufón: «Y la generala, ¿por qué vino después de la otra? ¿Y dónde está su mujer? ¿Cuál es la verdadera de las tres? ¿Y no es usted un malvado después de eso?».

Diego trata de tumbar a Ossip de un puñetazo, como si de veras estuviese allí. No acierta con el golpe. Acaba por caerse él, y enrolla la alfombra para tratar luego de asfixiarlo. Después, al cerciorarse de que allí no hay nadie más que él, se tapa con ella y se queda dormido.

Un termo con un litro de café a su derecha, una botella de litro y medio de agua a su izquierda, y el ordenador enfrente. Junto al ratón, una taza.

Lazkano estaba decidido a acabar el trabajo aquella misma noche. Empezaría por traducir todos los pasajes que por pereza o por falta de talento había dejado sin resolver. Después enmendaría sus torpezas y corregiría los fragmentos subrayados en rojo, que no le convencían aún del todo. Deseaba poner el punto final a su larga noche. Aquel trabajo de traducción, aquella suplantación que de tan buena gana comenzó, se le había convertido en un tormento. Quería dejar de mirar el mundo con la óptica de Platónov y desde los ojos de Chéjov.

Hacia el final de la obra, la esposa de Platónov, Sasha, tratará de suicidarse mediante una ingesta de cerillas. Pero el doctor la encontrará a tiempo, no morirá. ¿Utilizará acaso Platónov esta oportunidad para redimirse?

Se coloca el cañón del revólver en la sien.

«*Finita la commedia!* ¡Habrás un animal inteligente menos!».

Pero Platónov no es capaz de suicidarse.

La muchacha Grékova sigue aún en sus redes. Ella le ayuda a no hacerlo.

PLATÓNNOV: Gracias, muchachita sagaz... ¡Un cigarrillo, agua y una cama! ¿Está lloviendo afuera?

GRÉKOVA: Sí, llueve.

PLATÓNNOV: Sophie, Zizí, Mimí, Masha... Ustedes son legión... Las amo a todas...

A Lazkano le vienen a la mente las ochenta abuelas de Oteiza.

GRÉKOVA: ¿Qué le duele?

PLATÓNOV: ¡Me duele Platónov! Usted me ama, ¿no es así? Francamente... No pretendo nada... Dígame tan solo que me ama...

GRÉKOVA: Sí...

PLATÓNOV: Todas me aman. Cuando me haya curado, la pervertiré... Antes, yo redimía y ahora, perverso...

GRÉKOVA: Me da igual... No pretendo nada... Solo tú eres... un ser humano.

Finalmente es Sofía Egórovna quien dispara el revólver. Platónov yace en el suelo, gravemente herido.

Lazkano lee por enésima vez la reacción de Triletzki ante la muerte de su amigo, y se vuelve a emocionar una vez más: «Si eres tú el muerto... ¿con quién beberé en el funeral?».

Despunta el alba. La botella de agua, vacía. Apenas algún poso en el termo de café. Cierra la tapa del portátil. Se acabó. Todo ha terminado. Se dispone a abrir todas las ventanas de la casa, desvestir su cama y echar las sábanas a lavar.

Ossip le observa, sentado sobre la lavadora, meciendo sus piernas juguetonamente: «Un perro merece una muerte de perro».

—Vete —le ordena Diego—. Fuera de aquí, no vuelvas más. Déjame.

Ossip se va. Cabizbajo, con el rabo entre las piernas.

La casa permanece en silencio, solo se oye el sonido que emite la lavadora al centrifugar.

Lazkano debería afeitarse y se afeita.

«Si eres tú el muerto... ¿con quién beberé en el funeral?».

Diego había construido un relato coherente para cuando le preguntasen por qué odiaba tanto el teatro, uno de esos relatos que sortean la verdad, un relato cómodo, que acabas por creerte a fuerza de contarlo: no le gustan el susurro modulado y el grito con resonancia que se ven obligados a proferir los actores para hacerse oír, y mucho menos el ritual social que supone asistir al teatro, internarse en pasillos y corredores a través de balcones y plateas, estrechando la mano o dispensando —*dispensar* era, en efecto, la palabra justa— un par de besos cada vez que se encuentra a algún conocido que requiere su parada de cortesía, siempre fingida. No había manera de llegar a tu butaca sin encontrar antes a algún conocido, porque la ciudad era pequeña, y porque siempre existía la posibilidad de darse de bruces con algún vecino, un amigo del colegio, un ex compañero de trabajo, algún indeseable de la asociación o sindicato del que te habías dado de baja muchos años atrás, o cualquier otro miembro disgregado del pópulo de la gentuza a la que tú mismo pertenecías. Cuanto mejor fuese la localidad, cuanto mejor ubicadas y más centradas estuviesen la fila y la butaca, mayores eran las probabilidades de toparse con los pseudoseñoritos del pueblo y la burguesía enguantada. Y no olvidemos que en la ciudad prácticamente *todos* pertenecían *por extensión* a esta condición de burgueses

con guantes, y aunque ya no se los enfundasen, mantenían las mismas ínfulas. Odiaba con todo el alma ese mal trago que lo conducía hasta su localidad. Pero si había algo que odiaba en el teatro por encima de todo lo demás, eran los días de estreno. Tales días, por si no bastasen la molestia del gentío y los encuentros indeseados, los actores se mostraban más necesitados de cariño que nunca tras la ovación final, y no conformes con salir a saludar al escenario dos, tres, cuatro o hasta cinco veces tras caer el telón, forzaban desde bambalinas la manifestación del calor del público, obligando entre bastidores a alargar los aplausos de los espectadores, saliendo una y otra vez en rondó y pasacalle no bien detectaban —con gran agudeza de oído, todo sea dicho— el más mínimo atisbo del cese de los aplausos, dando la impresión de que no era el agradecimiento o la opinión del público lo que deseaban cosechar, sino el agasajo nunca suficiente de sus henchidos y voraces egos.

Claro que el trance podía ser más agotador aún, cuando actores y directores eran viejos conocidos: el obligado peregrinar al camerino para saciarlos con besos y abrazos y regalarles los oídos con elogios y cumplidos, halagos y felicitaciones, lisonjas y atenciones. «Cepillar a los caballos», así llamaba la sarcástica Gloria a la necesidad de halagar de cuando en cuando a los creadores inseguros que se tenían a sí mismos por estrellas.

Pero en ocasiones resultaba imposible ahorrarse aquellos odiosos estrenos: quienes te hacían llegar la invitación podían ofenderse si osabas declinarla; no comprendían tu negativa, tomaban tu rechazo por insulto o manifiesta falta de interés. Aquel día, por ejemplo. Cuando Gloria se disponía a presentar en público a su criatura, Diego no tuvo más remedio que asistir al estreno, a pesar de saber que ella se refugiaría en la coctelería del Boulevard mientras duraba la representación, poniéndose hasta arriba de gin-tonics y reviviendo un antiquísimo ritual.

No había podido capear el compromiso, teniendo en cuenta que él mismo se había encargado de la traducción del libreto y que había rehusado sistemáticamente las peticiones de Gloria para todos y cada uno de los ensayos.

Intentó aparecer lo más tarde posible, apurando el tiempo al máximo. Se arrepintió de no haber dejado su abrigo en el ropero. Aunque fuera hacía frío, en el interior del teatro se sentía un tanto sofocado, y no iba a tener otra alternativa que mantener la gruesa prenda doblada sobre sus rodillas.

Desvía su mirada hacia el proscenio por no saludar al presidente de la asociación de escritores, y es entonces cuando ve a Gloria, fumando un cigarrillo en la penumbra, allí donde fumar está estrictamente prohibido, presta a dirigirse a la coctelería: le saluda ahuyentando el humo con la mano y Lazkano levanta la suya, acercándose bastante al gesto de puño alzado que otrora hiciesen cuando desfilaban en las manifestaciones. «*Forza* Gloria, creo en ti»; o: «Ten valor, Gloria, amiga del alma, hermana, loca».

Solamente quedan dos butacas por ocupar en su fila, las dos de su izquierda.

Sentado allí y cubierto el regazo con su abrigo, sin tiempo siquiera de ojear el programa de mano, suena el último timbre de aviso y las luces se apagan paulatinamente. En ese preciso instante, y demostrando a Diego que hay gente que apura más el horario, una pareja se interna en la quinta fila. La pareja viene a ocupar las dos únicas butacas que quedan libres a su lado. Lazkano percibe el perfume dulzón de la mujer, su susurro mientras pide perdón a los compañeros de fila. Sin levantar los ojos del programa de mano, mira de soslayo al regazo de la mujer, pero en un primer momento no puede confirmar su intuición, no ha podido ver más que sus blancas manos.

Cuando la mujer dirige unas palabras a quien debe de ser su marido, sentado una butaca más allá, a Diego la voz le resulta familiar. Casi se le interrumpe la respiración cuando cree identificarla. Presiente lo que va a suceder: la mujer a quien lleva sin ver veintitantos años romperá su estupor con un «Diego, cuánto tiempo», su dentadura perfecta, sus ojos verdes acharolados, su pelo negro cuervo enmarcando el túnel de su pálido rostro, el rostro de Ana; se besarán, incómodos, *dándose* besos más que dispensándose los, y, mostrando una sorpresa cierta de la que resulta difícil decir hasta qué punto es agradable o desagradable, le presentará a su marido, «este es Fernando», o «Fidel», vaya usted a saber qué absurdo nombre puede tener el odioso marido, que sin duda no da la talla y resulta demasiado terrenal para una mujer de su impronta. Le preguntará si ha venido solo, y Diego, de forma un tanto patética, responderá que sí, no tendrá otro remedio que hacerlo, «sí, he venido solo», poniendo de relieve no su solitaria autonomía, su atrincherada e interesante vida bohemia, sino todos y cada uno de los pliegues de su penosa y descarnada soledad; «han pasado veintitantos años y no tengo a nadie a quien traer al teatro, he ahí el desgarrador resumen de las dos largas décadas que llevamos sin vernos», una sinopsis que se podía contar sin que hiciera falta leer el programa de mano. «Tú fuiste el punto de fuga al que di la espalda, mi oportunidad perdida, mi única oportunidad, me he pasado diez años pensando que fuiste la mujer de mi vida, y otros diez pensando que me pasé diez años pensando en que fuiste la mujer de mi vida, y ya no sé qué pensar, qué conclusión sacar al respecto». No le dirá nada de eso, claro está, pero alberga la esperanza de que pueda leérselo en los ojos. En el breve lapso de un relámpago que nada ha podido iluminar, Lazkano ha tenido ocasión de rebobinar sus recuerdos hasta ese punto, para anticiparse a lo que podía pasar y finalmente no ha pasado, porque no hay relámpago que valga y todas las luces del teatro están ya apagadas, y como tampoco hay orquesta alguna allá en el foso, el telón granate se ha levantado, no a golpe de timbal, sino con el acelerado repiquetear de los latidos de su propio corazón.

Aún no se ha apaciguado su ritmo cardíaco, por mucho que se esfuerce es incapaz de prestar atención a lo que acontece en el escenario, sus pensamientos escapan una y otra vez hacia la mujer que permanece sentada a su lado; mantener el cuello erguido y mirar al frente evitando los ojos verdes y acharolados de Ana le exige un esfuerzo sobrehumano. «¿Me habrá visto? —se pregunta una y otra vez—, ¿me habrá visto en

ese instante en el que las luces se han apagado y el telón ha comenzado a abrirse? ¿Se habrá percatado, se habrá dado cuenta de que soy yo? Y, en tal caso, ¿me habrá reconocido después de tantos años? Y, si lo ha hecho, ¿me habrá reconocido de veras, sin un atisbo de duda, o solamente medio reconocido, como cuando creemos notar en alguien el parecido a algún otro sin ser capaces de especificar a quién nos recuerda, en un titubeante será-no-será? Tiene motivos de sobra para odiarme, pero ¿me odiará aún con toda su alma, porque la dejé sin decir nada, porque desaparecí de su vida de un día para otro?». Barrunta para sus adentros que ha debido de reconocerle, que sin duda está al corriente de su aspecto por haberle visto en los periódicos, pero que ha decidido ignorarle para evitar lo incómodo de la situación, porque las mujeres son hábiles detectando estas cosas, las mujeres saben abandonar la fiesta a tiempo, dominan al dedillo el arte de la desaparición. Pero, por otra parte, le parece feo comportarse así, están tan cerca, se podrían dar la mano si quisieran, pueden olerse; quizá se trata de eso, se trata de incomodidad y de que también ella le ama y le odia todavía; de lo contrario lo saludaría con naturalidad, presentándole a su marido, «este es Fernando» o «Fidel», cualquiera que fuese el absurdo nombre del inmerecido y odioso marido de una mujer de su impronta. ¿Puede poner la mano en el fuego? ¿Tiene la certeza absoluta respecto a la identidad de la mujer de al lado? ¿No le estará jugando el destino una mala pasada? ¿No se tratará de un perverso espejismo? Bien podría ser que la mujer de al lado no fuese quien él creía que era, quizá la combinación de sus deseos enajenados y sus ansias le habían traicionado, quizá sus prejuicios y sus temores a encontrar a alguien inesperado en el teatro habían engañado a su subconsciente y se burlaban de él taimadamente. Pero no, está totalmente seguro: se trata de Ana.

Bajo la iluminación azulada y casi acuática del escenario, un hombre y una mujer —la mismísima *La bella Inés*—, abren y cierran ventanas en silencio, y cambian las sábanas a una cama deshecha, y aunque Diego mantiene la mirada clavada en el escenario, su mente está muy lejos de allí, los movimientos que a duras penas distingue sobre el tablado son claramente desplazados por otra obra, una lejana interpretación, la de su juventud, que se solapa y se confunde con lo que está viendo. ¿Quién le iba a decir que iba a encontrarse al gran amor de su vida sentado justo en la butaca de al lado, en el preciso día en el que se estrenaba la dichosa obra de teatro de Gloria que él había traducido?

Aquellos días y aquellas fragancias felices, gracias a Ana: tocándose y esforzándose para que sea diferente cada vez, acariciándose el rostro, por ejemplo, después de pelar una naranja con las manos, sin importar que sus dedos estuviesen fríos entre los muslos del otro, y luego en su nariz, fríos y con olor a naranja. Forman una pareja de esas que dan envidia cuando las ves por la calle, van tan afinados entre sí, incluso sonrían de la misma forma: son casi una pareja de hermanos bien avenidos, deberían disimular su felicidad para no dar asco a los viandantes. Se han contagiado no solo de los gestos sino también de las razones del otro para ser feliz.

Imposible no recordar cómo, cuando empezaron a vivir juntos, competían por ver quién fregaba primero los platos, quién hacía primero la cama, para sorprender a la pareja y ver su sonrisa cuando se daba cuenta de que el trabajo que se disponía a hacer ya lo había hecho el otro; y luego hacer el amor, arrancando las sábanas, deshaciendo la cama que acababan de hacer.

Esos instantes que parecían condenados a convertirse en un continuo *revival*, sin embargo, se interrumpen bruscamente. O quizá no del todo, nada se ha interrumpido en ese sentido: sigue siendo un *revival* sin remedio, pero su atención se desvía completamente del desconcertante malestar que respira en aquella butaca, hacia, esta vez sí, aquello que acontece en el escenario. La culpa la tiene uno de los actores que acaba de entrar a escena, su cara, las primeras palabras que pronuncia cuando se sienta al piano y teclea unas pocas notas, el quebrado timbre de aquellas palabras: «¡Hace calor!».

Se trata de Venguérovich. Del actor que representa a Venguérovich, miembro del grupo filatélico del padre de Gloria. «Este calor me recuerda, como judío que soy, a Palestina. Dicen que allá hace mucho calor». Venguérovich intenta describirle el infierno, a Diego Lazkano se le hiela el corazón.

El viejo Venguérovich, Venguérovich el vengativo, el detector de plagios Abram Abramich Venguérovich. «Salvo que ese artículo no lo escribió usted, doctor, sino Porfiri Seminovich... Se puede saber cualquier cosa, basta con averiguar».

Lazkano traga saliva y el estómago le da un vuelco, un doble salto mortal.

Allí estaba. Era él.

—Él es muy teatrero, ¿sabes? Lo suyo era el escenario, pero lo tuvo que dejar porque no le daba para vivir. Ahora es él quien se encarga del reparto.

—¿Te haces cargo de lo que quiere decir que soy yo quien reparte?

Aquella voz no había envejecido un ápice. Aunque no le llegó a ver la cara en ningún momento, sabía que era él: su andar encorvado que se había acentuado con los años, su voz ronca que el cincel de dos décadas había enronquecido aún más. Pero ¿qué hacía aquel hombre trabajando en aquella compañía de teatro? ¿Cómo podía ser? Empezó a tirar del hilo tratando de desenredar el ovillo en su cabeza. Gloria, su conflictiva relación con su padre, «Ya sabes que mi padre es un facha, te va a provocar, tú síguele la corriente. Es más fácil así»; la concesión que tuvo que hacerle a cambio de que pagase la fianza, porque nada es gratis y hay cosas a las que uno no puede negarse: «Además quiere colocarme en el elenco a un viejo amigo de su grupo de filatelia... Desde que está enfermo le consiento todos los chantajes».

Fabián y Fabián.

Fabián es Venguérovich.

A medida que avanzan los minutos, Lazkano siente que levita. Aunque de vez en cuando una frase suelta de algún otro personaje, como Petrin, consigue atravesar su oído y abrirse camino en su cerebro («Al nacer, el hombre elige uno de los tres caminos de la vida, y no hay más: si vas a la derecha, te comen los lobos, si vas a la

izquierda, tú te comes a los lobos, si sigues derecho, te comes a ti mismo»), prevalecen entre todos ellos Platónov y Venguérovich, que absorben su atención:

VENGUÉROVICH: Te necesito... En cierta medida... Alejémonos un poco... Mantente a distancia, como si no estuviéramos hablando... Más bajo... ¿Conoces a Platónov?

OSSIP: ¿El maestro? Por supuesto.

Diego Lazkano sabe de sobra lo que viene ahora. ¿Cómo no lo va a saber, si lo ha traducido él? ¿Cómo no saberlo, si ha sido la viva reencarnación de Platónov durante las últimas semanas? El villano Ossip y el maestro de escuela Platónov han sido sus compañeros de cama, le han ensuciado las sábanas exudando sus enormes ingestas alcohólicas, le han empujado al borde del precipicio. Sabe de sobra lo que viene ahora, porque es él quien lo ha *escrito*. Y porque eso que ha escrito, lo ha sufrido en sus propias carnes.

VENGUÉROVICH: Sí, el maestro. El maestro que solo enseña a insultar al mundo. ¿Cuánto me costaría lesionar a ese maestro?

OSSIP: ¿Qué quiere decir con lesionarlo?

«¿Qué quieres decir con lesionarlo, Fabián? ¿Qué quieres decir con lesionarlo, Venguérovich? Dímelo, dime por favor lo que quieres decir».

VENGUÉROVICH: No matarlo, sino lesionarlo... No se debe matar... ¿Para qué matar? El asesinato es algo tan... Lesionarlo, es decir, golpearlo y golpearlo para que se acuerde toda su vida.

«¿Nada más que eso, Fabián? ¿Eso es todo? ¿Qué pasó entonces con Soto y Zeberio? ¿Les hicisteis eso mismo? ¿O tú no estabas entre ellos?».

OSSIP: Ah, eso está a mi alcance...

VENGUÉROVICH: Rómpele algo, desfigúralo... ¿Cuánto me costará eso? Shh... Alguien viene... Alejémonos un poco...

Clavado en la butaca, Diego se agarra con fuerza al brazo del asiento, aunque lo que de veras le gustaría agarrar es la mano de la mujer que tiene al lado —asirse a un objeto en vez de a una persona, triste variante—; cómo olvidar que aquella mano que reposa en el brazo de la butaca adyacente, aquella misma que tan bien tiene cuidadas las uñas y que recorrió su cuerpo acariciándolo, tomó su miembro erecto que inesperadamente se deslizó hacia fuera y lo volvió a introducir en su interior para seguir cabalgándolo, que su esperma volvió pringosa aquella mano, pringosos también los intersticios de sus dedos, las pestañas una vez, una gota de esperma donde arrancaba su cabellera en la frente, el arco de su espalda desnuda en un espejo, cómo olvidarlo, cómo olvidar tantas promesas que se habían hecho, aquel quimérico futuro que construyeron con palabras, cuántos castillos en el aire, nombres para hijos no nacidos, precarias construcciones que se desmoronarían como maquetas de cartón, el aroma de la naranja y el café, ingenuos sueños en la edad en que la ingenuidad parece un búnker y no inspira compasión sino ternura, pero sí, ha tenido que olvidar todo aquello, no ha tenido más remedio que hacerlo: la mujer que tiene al lado se le

ha borrado de la mente al escuchar la voz de «Fabián». Venguérovich en el escenario.

Nota sudores fríos en el cogote, el abrigo que mantiene plegado en el regazo le resulta más sofocante si cabe, quisiera irse de allí, pero cómo, no puede hacerlo, podría abandonar el patio de butacas discretamente por una esquina, pero ¿qué le diría después a Gloria? «Has contratado como actor a uno de los hombres que me torturó, ¡me la has hecho buena!». He ahí una oportunidad de incorporarse sigilosamente en la oscuridad del teatro, ponerse de pie y montar un escándalo proclamándolo a voz en cuello el mismísimo día del estreno: «Ese hombre me torturó, ese hombre es una alimaña, cómo puede estar en la calle, cómo es que no se ha ocultado en una cloaca para siempre, ¿acaso no le avergüenza salir al mundo? ¿Acaso no contempla la posibilidad de que alguno de los espectadores pudo haber pasado por sus manos? Cómo puede sucederme esto a mí, justo en el momento en el que tengo al lado a la mujer de mi vida, una mujer a la que perdí hace más de veinte años, de la que me he pasado diez años pensando que fue la mujer de mi vida, y otros diez pensando que me pasé diez años pensando en que era la mujer de mi vida; quizá podría agarrarla de la mano sin que su marido se enterase, y preguntarle: "¿Acaso te has olvidado de mí? No puedo creer que te hayas olvidado tan fácilmente."»

Diego sabe muy bien lo que ha de hacer, por supuesto que lo sabe, esto es lo que hará: se subirá al escenario y apretará la garganta de Venguérovich hasta asfixiarlo; tras gritar que es un torturador, lo asirá del cuello hasta estrangularlo, eso hará, y no le temblará el pulso.

«Pero ¿qué estás pensando, Diego? No eres capaz de hacer eso, de ninguna manera, si hasta cuando los actores demandaban desde el escenario a un voluntario entre el público fuiste siempre de los que se hundían en la butaca; cuando encendían las luces del patio de butacas y se apagaban las del escenario temías siempre que los actores te eligiesen a ti, la idea de levantarte y subir al escenario se te antojaba terrorífica, tan lejos están los días en los que entrabas a escena para decir tus cuatro frases, serías incapaz de tal cosa ahora, y aunque lo fueses, ¿crees de veras que te dejarían asfixiar con tus propias manos a uno de los actores? Si al menos tuvieses a mano un arma, entonces sí, todo resultaría más fácil, cuántos atentados no se habrán cometido en los teatros, el mismísimo Lincoln, ¿no fue acaso asesinado en un teatro?».

Pero Diego permanece paralizado, no se mueve, no es capaz de moverse.

No le queda otra: mantiene los cinco sentidos en aquel escenario, lo que está sucediendo allí le sojuzga cuerpo y alma. Ha desplegado el programa de mano sobre el regazo tratando de dar con el nombre del actor, «tantos años sin poder siquiera nombrar al Diablo, *Fabián*, y ahora podré hacerlo», se dice, pero en aquella penumbra no ve nada; aunque su mirada se ha acostumbrado ya a la oscuridad, no consigue distinguir ningún nombre, no con la tenue luz azulada que desprende el escenario; así es la vida, el escenario está ahí mismo, la verdad de los hechos, todo acontece delante mismo de tus narices, pero qué poca luz se arroja sobre los

acontecimientos, no somos nosotros los actores que los propician y hacen que la historia siga adelante, no somos quienes se mueven sobre el escenario ni los iluminados por los focos, y así y todo, y además, solo un resquicio de esa luz nos alcanza, un rayo insignificante, una brizna, apenas nada.

Platónov yace muerto:

«¿Con quién beberé en el funeral? Dime: ¿con quién?».

«Kepa, Xabier, decidme: ¿con quién? ¿Con quién beberé en vuestro funeral?».

Y una frase que no creía haber leído en la versión original: «Todos lo habéis visto, ha sido un suicidio».

Cuando la obra toca a su fin, el teatro se viene abajo con los aplausos. Hace mucho que Diego Lazkano no acude a una obra de teatro, e ignora si se trata de aplausos sinceros o comprados, espontáneos o fingidos, o si simplemente se trata del modo que tiene el público de convencerse de que las últimas dos horas y media de sus vidas no han sido empleadas en vano y dar así por amortizado el precio de las entradas. La obra parece un éxito, en cualquier caso. Un ramo para Gloria, otra salva de efusivos aplausos, la mayoría del público en pie, Lazkano incluido. Y aunque Lazkano desea mirar a un costado, aunque lo que de verdad ansía es asegurarse de que la mujer de al lado es quien creía que era, no se vuelve hacia ella, y en vez de eso, busca a Venguérovich en el escenario, ahí está, saludando al público agradecido, asido de la mano de Gloria nada menos. Y Lazkano está ahora aterrado, porque la gente ha empezado ya a abandonar el teatro, porque la pareja que tenía sentada al lado ha sido engullida por la multitud, y porque, cuando todo el mundo ha acabado su representación, a él no le queda ya nada para tener que empezar la suya cuando se encuentre con Gloria en los camerinos y le haga su odiosa pregunta:

—Sé bueno conmigo y dime la verdad, Lazkano: ¿qué te ha parecido la obra?

Como de costumbre, la llamada de Gloria pilla a Lazkano profundamente dormido. Pero esta vez no lo llama desde Barcelona, sino desde San Sebastián.

—Necesito que me ayudes.

—¿Estás en la calle Aldamar?

—No, ven a casa de mi padre.

Gloria anda bastante alterada desde la muerte de su padre. El subterfugio que urdió el viejo la había sacado de quicio por lo elemental de su estrategia: lejos de atraer a su hija desde Barcelona para que dirigiera una obra de teatro, lo hizo para que cuidase a su mermado progenitor, consciente de que la leucemia que lo aquejaba no le regalaría muchos meses más. El enfado de Gloria fue rápidamente sustituido —tal y como había calculado su padre— por la compasión y la pena, y acabaron compartiendo los cinco meses que tardó en morir. No llegó con vida al estreno, pero los actores se vistieron de gala en uno de los ensayos para actuar solamente para él.

Cuando llega Lazkano, encuentra a Gloria muy pálida.

Al ver que está vaciando la casa (un enorme caos, rebosante de cajas y de objetos

envueltos en papel de embalar), cree adivinar el motivo de su llamada: el tapiz de Franco. Gloria no habría sabido qué hacer con aquel retrato gigante, cómo deshacerse de él, a quién entregárselo sin avergonzarse. El retrato de un dictador de tres metros de largo por otros tantos de ancho no era algo que uno pudiese dejar un anochecer cualquiera junto al contenedor de la basura.

Pero Lazkano está equivocado.

No hay rastro del tapiz de Franco —tan notorio resulta el hueco que deja en la pared—. Esquivando las cajas, Gloria conduce a Diego hasta el despacho de su padre. Una vez allí, le enseña un pequeño cofre que yace sobre la caja de caudales abierta. El terciopelo que acolcha el cofre atestigua que su contenido era algo preciado por su dueño.

—Estaba dentro de la caja fuerte.

Lazkano levanta la tapa acolchada del cofre.

El contenido está ordenado siguiendo una rigurosa lógica de alineamiento. Fetiches. Pequeños objetos que facturaban a su nombre y enviaban a Gloria a Barcelona, pequeños caprichos de coleccionista que sin duda su hija se había encargado durante años de llevar diligentemente a su padre sin atreverse a imaginar siquiera lo que transportaba. Esvásticas nazis, condecoraciones de las SS, fotos de época originales de Franco y Mussolini. Memorabilia fascista. Un mercado negro del terror, ¿por qué no? ¿No había acaso redes de intercambio de material pedófilo excelentemente organizadas? De hecho, nadie podía decir que el uso íntimo y privado de aquellos siniestros objetos pudiese herir a nadie, solamente se utilizaba un daño que había cesado hace tiempo para fomentar o calmar infames inclinaciones de mentes enfermas. «Los objetos nos sobrevivirán», le había manifestado el viejo Furmica en una ocasión.

—¿Qué se supone que he de hacer con todo esto?

Gloria está paralizada, algo bastante incomprensible. Su padre era franquista, nunca lo había ocultado, a Lazkano le parecía hasta lógico que su enfermizo fetichismo lo llevase a derivar sus ahorros a la nostálgica quincallería nazi, cuando, hasta donde él sabía, tampoco se había ocupado nunca de disimular su simpatía por ellos en las conversaciones de sobremesa. ¿No cabía esperar algo semejante? ¿A qué venía el shock? ¿Por qué se extrañaba tanto Gloria? ¡Pero si hasta era amigo de Melitón Manzanas!

—Dime: ¿qué se supone que he de hacer?

—Qué sé yo... Donárselo a un museo... tirarlo a la basura...

El somnoliento Lazkano percibe claramente cómo a Gloria se le ha erizado hasta la última pestaña. Está aterrada.

—¿El jabón también?

Diego no había reparado en aquella pastilla. Se trata de una pastilla de jabón muy sobria, discretamente oculta bajo medallas y fotografías. Ahora es Lazkano quien se muestra sorprendido, quien tarda en entender lo que está pasando. La toma en sus

manos.

—¿Jabón?

—¿Es que no lo ves?

Súbitamente cae en la cuenta: se trata de una de aquellas pastillas en cuyo envoltorio aparecía el acrónimo RIF, una de las pastillas de jabón que presuntamente elaboró Rudolf Spanner utilizando restos de cadáveres de judíos, una pastilla numerada, *de tirada limitada*, igual que se hacía con los libros. Según había leído Lazkano, nunca se acabó de probar del todo que se hubiesen utilizado los cadáveres de los campos sistemáticamente con aquel fin, pero la pista de Spanner parecía ser la más verosímil.

—Mi padre... ¡era un monstruo!

Es inútil intentar consolarla. Lazkano permanece en silencio, se queda sin palabras, sin acabar de entender pero empezando a entenderlo todo. Que había ahí fuera —en la red, en Internet, ahí había de todo— gente dispuesta a lucrarse con los más ominosos objetos de la historia de la humanidad, gente que acertó a explotar el reverso tenebroso del caprichoso *souvenir*. Por encima del terror y el asco, se le impone una pregunta frívola: ¿cuánto habría pagado el padre de Gloria por aquella despreciable pastilla de jabón?

Lazkano se hace con un pequeño saco de cemento rápido, le añade agua, vierte la mezcla sobre la memorabilia nazi, las fotos y la pastilla de jabón. Luego espera un día, hasta que el bloque de cemento se ha secado y compactado. Por primera vez en su vida, Diego Lazkano maldice el no tener coche. Introduce el bloque de cemento en una bolsa de deporte, y un taxi lo conduce hasta el embalse. Pregunta dónde puede alquilar una canoa. Teme que el peso que acarrea en la bolsa de deportes resulte excesivo. Se cambia de ropa y comienza a remar, alejándose poco a poco de la orilla. Hay cierta bruma y no ve a nadie alrededor. El embalse es lo suficientemente grande, pero no desea sorpresas: quiere remar hasta el mismo centro, como si estar centrado en algún lugar ayudase en algo.

Casi no sopla viento y la canoa apenas se mece. Permanece así por un rato, quieto, con el remo en el regazo y los ojos cerrados. Después, sin aspavientos ni ceremonias, abre la cremallera de la bolsa deportiva y saca el bloque de cemento. De veras lo parece, un bloque de cemento, nada más que eso. Lo lanza al agua sin pensárselo dos veces. El bloque se hunde con rapidez y desaparece de su vista inmediatamente.

¿Cuánta gente como él habrá hecho algo semejante? Lanzar al agua lo que le incomoda, con la esperanza de que nunca más salga a la superficie.

Se le ocurre que el agua que sale de los grifos de nuestras casas está llena de espectros: recuerda el mechón blanco de su madre, cómo atascó una vez a posta el fregadero de su casa, solo para demandar auxilio a Diego. Nuestros fantasmas y los fantasmas que hemos de heredar. Los que nos hacen culpables y los que nos hacen nacer culpables.

El agua que cae de los grifos de nuestras casas está llena de espectros y nosotros nos bebemos esos espectros y los introducimos en nuestro interior. Cuántos como este. Imposible saberlo. Espectros que nos tragamos y que nos convierten a su vez en espectros. Almas transparentes. Seres intermitentes.

«¿Puede sublimarse con el arte la tortura? ¿Puede superarse el terror a través del arte? Y, en caso afirmativo, ¿quién está legitimado para ello? ¿El torturado? ¿Puede acaso el torturador redimirse? La artista Gloria Furmica ha querido poner sobre la mesa estas y otras preguntas mediante su instalación *Ratas*, que está llamada a ser polémica».

—Menuda polvareda has levantado...

—Tratándose de una alfombra, no podía ser de otra forma, ¿no crees?

Saldadas las deudas pendientes con Chéjov, Gloria decidió aparcar por una temporada su carrera como directora teatral para volver a las artes plásticas. Lazkano nunca se atrevió a preguntarle qué había sido del enorme tapiz de Franco, y no supo de su paradero hasta el día en que inauguró la exposición del centro cultural Koldo Mitxelena. Justo en el KM, al lado de la oficina de Correos, tan cerca del sitio en el que había comenzado la impostura de su padre, tantos años atrás —«Me he confundido de sitio, Diego; estaba *convencido* de que los libros eran paquetes postales»—. El tapiz se encontraba dentro de una enorme vitrina horizontal, no a modo de tapiz, sino en el suelo, como una alfombra. Un *readymade*, un *object trouvé*, Lazkano no sabía muy bien cómo denominaban los artistas a aquellos objetos encontrados a los que bastaba dotar de un nuevo contexto para que cambiase su sentido y se convirtiesen en «obras de arte» de pleno derecho. El retrato de Franco yacía extendido en el suelo cuan largo era, y sobre él, retozando juguetonamente, se divertían alrededor de una docena de pequeños ratoncitos. La vitrina había sido agujereada mediante unos pequeños tubos a través de los cuales los visitantes podían dar bebida y comida a los roedores que correteaban sobre el rostro de Franco, rellenando al gusto los pequeños recipientes también transparentes. Las trampillas para alimentar a los ratones habían sido estratégicamente colocadas sobre diferentes partes del rostro y de las extremidades del dictador, de forma que el visitante pudiese dirigir caprichosamente la camada hacia una u otra parte de la anatomía de Franco, precisamente hacia los emplazamientos en donde las trampillas se abrían y los ingenios mecánicos dejaban caer el alimento. La interacción era impresionante.

—¿Qué te ha parecido?

—¿No es un poco sádico?

—Esa era la intención.

—¿Has hablado con la protectora de animales?

—No seas aguafiestas. Las trato a cuerpo de rey.

—«A cuerpo de dictador», más bien...

—A mis ratas solo les doy lo mejor.

—En realidad, Gloria, son ratones, no ratas.

—¿Qué diferencia hay?

—Mi padre era fumigador, no lo olvides. La hay y mucha: una cosa son las *Rattus rattus* y otra...

—Tú siempre tan tiquismiquis... ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Empezar a buscar ratas en los contenedores?

—¿No los habrás... *comprado*?

—Por supuesto que sí.

Diego Lazkano se sonríe. «No tienen remedio, estos artistas». Después levanta la copa de cava.

—Estamos aquí para celebrarlo. Lo cierto es que la instalación es magnífica. Te felicito.

—Tú mismo me diste la idea: «donárselo a un museo, tirarlo a la basura», ¿recuerdas? Y me dije: ¿Por qué no ambas cosas? Lo primero que pensé fue dejar el tapiz en la vía pública junto al contenedor y grabar con una cámara oculta las reacciones de la gente, mostrar cómo era trasladado al vertedero, filmar todo el proceso de descomposición del tapiz... Pero luego me pareció mucho más estimulante hacerlo en vivo y en directo.

—El título, sin embargo, me ha parecido mejorable: ¿por qué no *La ratonera* en vez de *Ratas*? Un sutil homenaje a Agatha Christie.

—No quería que *La bella Inés* se sintiese ofendida.

—Todos pagamos algún peaje.

Rieron al unísono y entrechocaron las copas para beber de nuevo, hasta que un admirador tomó a Gloria del brazo y se la llevó hacia otra zona de la exposición, con intención de presentársela a alguien. Estaba muy solicitada. Era su día.

Ratas no fue la única obra de la exposición que generó polémica. La obra elaborada a partir de una portada de la revista *Penthouse* también dio que hablar. Aparecía en ella una actriz porno *vintage*, desnuda de cintura para abajo y abierta de piernas, una especie de versión del cuadro *La creación del mundo* de Gustave Courbet, solo que en este caso la modelo observaba con curiosidad su muy poblado pubis. Gloria se había limitado a colocar con Photoshop sobre la portada original de *Penthouse* una mancha menstrual que goteaba entre sus muslos, dándole a esta mancha la forma de las siete provincias vascongadas. La composición se titulaba *Desangrarse*.

Sin decir nada a Gloria, y durante todo el tiempo que duró la exposición, Diego la visitaría todas y cada una de las semanas, reparando especialmente en la instalación *Ratas*. Vería así que los ratoncitos estaban cada vez más fondones y que una de las ratas había tenido una camada durante la tercera semana. A medida que transcurrían los días, el rostro de Franco se iría difuminando y deshilachándose cada vez más. Aunque la vitrina estuviese aislada, era inevitable que desprendiese cierta fetidez, fruto de las abundantes excreciones de los roedores y de la comida derramada en

proceso de descomposición.

Cuando consiguió rescatarla de las garras de sus aduladores, interrogó a Gloria respecto al porvenir que aguardaba a aquella instalación una vez clausurada la exposición.

—La ha comprado el museo Artium... ¿Quieres saber cuánto ha pagado?

—Dime al menos que es más de lo que cotizaban los cuadros del caballo *Napoleón*.

—Bastante más. ¿Qué te parecería si te dijese que podría financiar mi próxima producción teatral gracias a lo que van a desembolsar?

—¿Que te has convertido en una estrella?

Pero a Diego le surgían más preguntas. A Diego siempre le surgían más preguntas. ¿Vendía la instalación con ratones incluidos? ¿Se encargaría el museo de sustituirlos cuando se muriesen? ¿O lo que vendía era solo la idea, el mero concepto? ¿Especificaba todo eso el contrato de venta? ¿Qué pasaba con la alfombra original?

—Mira, quiero presentarte a un amigo de mi padre: Roberto, Diego... Diego, Roberto...

Diego Lazkano empalidece de repente.

—Quizá te suene su cara, participó en la obra de Chéjov.

Venguérovich.

«No matarlo, sino lesionarlo... No se debe matar... ¿Para qué matar? El asesinato es algo tan... Lesionarlo, es decir, golpearlo y golpearlo para que se acuerde toda su vida...».

La vida le brindaba una segunda oportunidad. «Ahí lo tienes, ahora o nunca».

Se estrechan la mano. «No me ha reconocido», se dice Lazkano. ¿Cómo puede confiar tan ciegamente en el destino? ¿Tan a salvo se sentía, tan intocable, inmune por el hecho de haber tenido la cara cubierta con una capucha? ¿No se le había pasado por la cabeza que alguien pudiese reconocer su voz?

«Rómpele algo, desfigúralo... ¿Cuánto me costará eso? Shh... Alguien viene... Alejémonos un poco...».

—Por muchos años. —Son las primeras palabras que le dirige su torturador al ser presentado.

Por muchos años. «No lo sabes tú bien».

Las encías amarillentas por culpa de la nicotina, implantes de porcelana en la boca. Acicalado y erguido, a pesar de todo. Lazkano siente el impulso de quitarse la camisa, como si la palabra *chibato* siguiese aún en su hombro. «¿Por qué dejaste que tu compañero cometiese aquella falta de ortografía, Fabián?».

No obstante, Lazkano ni siquiera se mueve, y empieza a beber a pequeños sorbos de una de las dos copas de vino que su torturador ha pescado hábilmente de la bandeja que una de las camareras llevaba al trote y le ha ofrecido afectuosamente.

Se decide a preguntarle acerca de la exposición.

—¿Qué le ha parecido *Ratas*?

Roberto no se incomoda en absoluto.

—Oh, a mí lo que es el arte moderno... Soy demasiado mayor para entender estas cosas.

—Pero, ¿le ha gustado? A algunos les ha parecido excesivo.

—No soy objetivo en esto. Entre usted y yo —continúa aplacando la voz—, sé demasiadas cosas sobre ese tapiz.

Lazkano decide seguirle el juego. No tiene necesidad de fingir sorpresa. Más que lo que le confiesa, lo que le sorprende es la confesión misma.

—¿De veras?

—Su padre, que en paz descansa, era un ferviente admirador del Generalísimo... ¿lo sabía?

—No tenía ni idea.

—Eran otros tiempos, es inútil tratar de levantar ampollas ahora.

—¿Quiere usted decir que Gloria ha querido realizar una especie de... exorcismo, tal vez?

—Es posible. Pero sin la ayuda económica de su padre franquista jamás habría progresado en el mundo del arte. Es la paradoja de la mayoría de los grandes artistas: que casi siempre provienen de familias acomodadas.

«En eso no le falta razón», se dice Lazkano.

—Estas obras de arte provocativas quizá tengan su gracia, aunque yo no se la vea. Puestos a elegir, me quedo con Tiziano.

Parecía un tipo sensato el tal Roberto. «Mi torturador», se obligó a rectificar. No podía dejar escapar aquella ocasión. No esta vez. No de nuevo. La cosa no podía acabar así. Debía decirle algo.

—Usted... ¿nunca ha tenido esa tentación?

—¿Cuál? ¿La de hacer un exorcismo?

—Sí... Quiero decir, no lo sé, algún hecho de su pasado del que se avergüence, algo provocado por usted o recibido en herencia, algo a lo que lo obligasen los acontecimientos y de lo cual ahora se arrepienta...

—No, gracias a Dios.

—Es usted afortunado.

A Diego le tiembla la voz por un instante, y duda si será o no capaz de reunir fuerzas para seguir. Consigue reunir las.

—Y dígame, ¿cree que *Fabián* llegó a arrepentirse alguna vez?

A Roberto se le muda el rostro. Se muestra ahora a la defensiva, expectante, aunque no temeroso. De repente aflora en su cara el policía que lleva dentro.

—No me reconoce, ¿verdad? —Lazkano le pone su mano izquierda en el hombro derecho, sin dejar de sostener la copa en la otra.

El temblor se desplaza de sitio: ahora se aloja en la garganta de Roberto.

—No... Lo siento, no caigo...

Quizá lo que decía era cierto. Peor aún. Señal de que habían sido muchos los que

pasaron por sus manos.

—¿Y si le hablase del columpio Boger? ¿Ayudaría en algo?

Roberto-Fabián-Venguérovich traga saliva.

—Creo..., creo que debe de confundirme usted con algún otro...

Diego alza su copa, brindando sin brindar. Le mira fijamente a los ojos, hasta que Roberto no puede sostenerle la mirada por más tiempo. Después se despide de Gloria y deja la exposición, en pugna con sus pulmones, en paz consigo mismo. Su pecho es ahora una máquina de coser, todo latido, pero Diego sabe de sobra que difícilmente podrá esa máquina suturar ninguna herida.

LOS TRES AMIGOS

EL recuerdo más doloroso para Diego Lazkano es, con mucho, aquel que guardaba en un recóndito rincón de la memoria clasificado bajo el epígrafe de «Juguemos a imaginar dónde estaremos y a lo que nos dedicaremos al cabo de veinticinco años».

Xabier Soto, a la luz de una vela, se peina y se marca la raya una y otra vez hacia la izquierda con un peine nacarado de púas muy juntas, atusándose el pelo con cuidado.

—¿Para cuándo esa luz, Zeberio?

—Se habrán fundido los plomos, ¿qué quieres que haga? ¿Es que peligra tu tupé, Elvis? No creo que te deje solo porque vayas un día sin peinarte...

Se toman el pelo constantemente, como siempre. Kepa Zeberio, por lo demás, se muestra ese día más parlanchín que de costumbre.

Lazkano también se asoma al descansillo, aunque solo sea por probar. Pulsa por dos veces el contacto: el percutor del rellano chasquea secamente, en vano. No hay luz en todo el edificio. Es una época en la que las averías y las huelgas tienden a ser generales.

—Comprueba el cuadro eléctrico, tú eres el especialista.

Soto se impacienta. La chica está al caer —«vosotros no la conocéis», les ha dicho— y sigue sin poder domesticar el tirabuzón que planea sobre su frente, tan indómita es su melena.

—Los cuadros eléctricos, todos para mí, ¿no es eso, compañero? ¡Cómo no! Tú solo entiendes de los otros, el expresionismo alemán y aquel otro... ¿Cómo se llamaba? El tal Dunlop...

—Duchamp, Zeberio, Marcel Duchamp...

Pensamiento concreto y pensamiento abstracto. La eterna brecha entre la acción y la reflexión.

En la portada del *Egin*, una foto del ministro del Interior Barrionuevo, que visitó la víspera el cuartel de Intxaurre. Soto ha esbozado con rotulador una caricatura por encima, convirtiendo su cara en la de una lechuga y cambiándole el nombre por el de «ministro Buhonuevo».

Lazkano sostiene un ejemplar de *1984* de George Orwell, y aunque el apagón sigue sin solventarse, a medida que se va acostumbrando a la penumbra, consigue reanudar su lectura con la luz indirecta que le llega desde la calle. Soto se acomoda a su lado, sin dejar de peinarse en ningún momento. Es un torrente de energía desbordante, un activista nato; un volcán incansable y un espíritu libre. Su exceso de fuerza interior puede llegar a resultar fastidioso en ocasiones, insultante incluso, cuando las fuerzas no acompañan al interlocutor.

—Ochenta y cuatro... Solo falta un año. A saber dónde estaremos el año que viene... ¿Y dentro de veinticinco, os hacéis a la idea? ¿Dónde te ves tú dentro de

veinticinco años, primo?

Las respuestas de Lazkano suelen ser breves. Esta no va a ser una excepción. La presencia de Soto y Zeberio lo intimida.

—Prefiero no pensar en eso.

—Pues yo sí que pienso, y mucho: nada que ver con eso que dice Orwell. Tendremos un país libre y dos o tres esposas por cabeza si te descuidas... Tanta charlatanería con la ley del divorcio... «Esposas» tampoco es la palabra, claro, me refiero a un escuadrón de mujeres dispuestas a acostarse... También ellas pedirán lo suyo, faltaría más. Y nosotros se lo daremos: nada como lamérselo mientras están abiertas de piernas, sobre todo cuando la mantienes tiesa y prieta entre sus pechos... El semen le llega hasta el ombligo mientras tus labios se van mojando con su flujo... ¿Te da vergüenza lo que digo, primo?

Lazkano está, en efecto, ruborizado.

—¿Qué tipo de izquierdista eres tú si se te encienden las mejillas cada vez que hablamos de sexo? Sí, ya lo sé... no hace falta que me mires así: las camaradas rebatirán nuestras tesis, habrá intelectuales con las que compartir inquietudes... Lo acojonante sería que el polvo intelectual y el otro convergiesen siempre en uno solo... Pero hay que entrenarse mucho para detectar las ubres de las que mana la intelectualidad, primo... Lo único que pretendo decirte es que lees demasiado...

«Le dijo la sartén al cazo...». Tiene que ser precisamente Soto quien se lo eche en cara; el hombre con gafas de culo de botella, la gran esperanza blanca de la dramaturgia vasca, el hombre que se pasa las horas leyendo compulsivamente, día y noche, siempre y cuando no esté, claro, aporreando la máquina de escribir o domesticando el tirabuzón de su cabellera ante el espejo.

—¿Y es eso malo?

—Ni malo ni bueno, primo. Pero me parece que mucha gente hace ostentación de los libros que lee, igual que otros la hacen de los yates que tienen en Marbella... Los dos me parecen hábitos burgueses, qué quieres que te diga. No el hecho de leer en sí, sino hacer ostentación de las lecturas... ¿No leeremos por dar la nota, por sacar pecho? Dime la verdad...

Lazkano no se atreve a responder nada, ni falta que hace, porque Soto no tarda en cambiar de tema.

—¡Esa luz! ¿La has arreglado, Zeberio, sí o no?

—Estoy en ello...

Lazkano intenta retomar el hilo.

—Dentro de veinticinco años... Para entonces nuestros hijos habrán crecido.

—En mi caso, por favor, que sean hijas a ser posible, primo. Hijas solamente. Los hijos desmejoran y se afean mucho a partir de cierta edad.

Con Soto no siempre es fácil distinguir cuándo habla en serio y cuándo está de guasa. Sin embargo, su confesión extraña a Lazkano. ¿También él piensa en el futuro de vez en cuando? Su expresión arrogante y provocativa, su modo de hablar, tan

irreverente y envanecido, es en el fondo pura fachada. Diego prefiere dirigirse a la cocina antes de que la conversación vire otra vez hacia terrenos escabrosos. Encuentra allí a Zeberio: acaba de activar los fusibles del patio interior desde la ventana y ha devuelto la luz a todo el portal. Le mira con esa cara de niño que acaba de hacer una fechoría.

—Ya le hemos vacilado bastante por hoy, Lazkano —le musita Zeberio—. Solo faltaría que se me echasen a perder en el frigo las malvices que cacé ayer.

Son estudiantes todavía. El único sueldo que entra en aquel piso es el de las pequeñas chapuzas que Zeberio hace con su padre en la tienda. Corretean en las manifestaciones y lanzan pasquines al aire. Gritan consignas. Sienten que están en el umbral de muchas cosas.

Lo sienten así porque lo están.

Para cuando vuelven a casa, Zeberio ha desplumado ya las malvices. Bajo el grifo de la fregadera, dos baldes, uno lleno de agua fría y el otro camino de llenarse de agua caliente.

—Venid un momento.

Zeberio pide a Soto que cierre los ojos. Toma su mano y se la introduce en el balde de agua casi hirviendo.

—¡Joder!

—¡Tranquilo, que esto es beneficioso para tu tupé! ¡Aguanta!

—¿Te has vuelto loco? Me estoy quemando, ¡está que arde!

Le toma la otra mano para introducírsela en agua fría.

—¡Ostia, Kepa! ¿Qué mosca te ha picado?

—Solo es un experimento... Una mano en agua caliente y la otra en agua fría, ¿no es eso, Soto? ¿Eres capaz de distinguir una y otra? ¿Estás seguro de cuál corresponde al agua caliente y cuál al agua fría, verdad?

—¡Como para no saberlo!

—Pero si repitiésemos el mismo ejercicio una y otra vez, tu sistema nervioso enloquecería, serías incapaz de hacerlo. Notarías que la piel se te está quemando, pero no sabrías si se debe al calor o al frío. Que sepas que en Chile torturan así a la gente.

—Joder, Zebe, ¡esto no es Chile!

—Eso es lo que tú te crees.

Difícilmente podía imaginar Diego aquella época sin el incesante guiñol doméstico de Soto, sin sus chanzas ininterrumpidas y su juguetona disposición de ánimo. Tenía especial habilidad para las imitaciones, enseguida se apropiaba de los tics, muletillas y gestos de la gente —imitaría con igual acierto a sus compañeros de mesa, a sus antiguos profesores o a los políticos de turno que veía en televisión, desde Solchaga y Carrillo hasta Manuel Fraga o Felipe González, pasando por Arzalluz e

Idígoras—. No había sobremesa que no amenizase con una reinterpretación surrealista de alguna noticia del Telediario. «Payaso —le decía siempre Zeberio—, eres un pirado», pero no por ello dejaba de reírse con ganas y de divertirse con las astracanas de Soto, tanto como lo hacía Lazkano, a qué negarlo.

La pésima vista de Soto se veía compensada por un oído bien aguzado. Aunque no tenía ni idea de italiano, siendo como era su madre una apasionada de la ópera, le gustaba arrancarse de vez en cuando con el fragmento de un aria, frases sueltas que a veces cantaba y otras veces recitaba con fingida solemnidad, dejando perplejos a sus compañeros. Se sabía de memoria docenas de frases —Lazkano descubriría mucho después que la mayoría de ellas no eran sino títulos de arias famosas—, y siempre encontraba el momento oportuno para dejar caer alguna de ellas: *Nessum dorma*, *Che gelida manina*, *A lui devo obbedir*, *Lasciate ogni speranza*, *E lucevan le stelle...* Si se expresaba en francés con cierta fluidez, se debía también a su buen oído, más que a su dominio de la lengua. De hecho, hablaba francés no solo con la boca y con su rostro, sino con todo su cuerpo, a tal punto que incluso su porte corporal parecía cambiar, hasta transformarse en otra persona.

Lazkano recordaba, por ejemplo, el día en que, al cobijo de los veraneantes y valiéndose de ellos como camuflaje, cumplieron el largamente postergado capricho de almorzar un buen pato asado en Biarritz. Menú en mano, Soto se burló del tono y las maneras cosmopolitas pidiendo los platos con deje parisino, sin separar demasiado los labios; le gustaba el teatro, sí, no solamente escribirlo. Lazkano no olvidaría jamás el modo en que se pavoneó al preguntarle el joven camarero si era de la capital. Esa alegría, ese momento en el que nos confunden con alguien que no somos pero que aspiramos a ser, ese momento que nos enorgullece tanto como nos anularía el ser tomados por alguien con quien bajo ningún concepto nos gustaría ser identificados.

Lazkano recordaba también la ocasión en la que un amigo que se iba de vacaciones dejó a cargo de Soto a su perro por una semana, justo en los días críticos en que se debatía por poner el punto final a una de sus obras de teatro. El perro no le daba tregua mientras Soto aporreaba rabiosamente su máquina de escribir. El chucho agitaba orejas y cabeza al ritmo del tecleo de la vieja Hispano Olivetti, sumido en una especie de trance derivado de algún tipo de baile ancestral.

—Nos ha salido aficionado a la literatura el chucho —le soltó Soto a Lazkano.

—Yo diría que le gusta la música. La percusión de tu máquina de escribir.

—Antes me ha dado por poner un disco de Bob Marley y se ha puesto como loco. Tendrás que preguntarle a Gloria si necesita algún perro para su nueva obra.

Más tarde se lo preguntó directamente a Lazkano: «Oye, primo, ¿se puede saber qué comen estos chuchos?».

Se lo preguntaba en serio. Hombre de asfalto como era, compartía con el perro un filete que había comprado para él, y era muy capaz de prepararle unos huevos fritos con tiras de pan para que mojase la yema, cualquier despropósito, una servilleta

alrededor del cuello, un par de cubiertos, con Soto de por medio todo era posible.

Sin haber pasado a Iparralde aún, ignorante todavía de su destino, leía con fruición los apuntes de sociología de Lazkano —por puro placer, solía decir; engullía los apuntes de sus amigos que estudiaban otras carreras; la suya le sabía a poco, las asignaturas de filosofía, que aprobaba con calificaciones altas sin apenas asistir a clase, eran un alimento demasiado escaso para la curiosidad y el ímpetu intelectual de Soto.

Uno de aquellos días, Lazkano acompañó a Soto a renovar su carné de identidad. A Diego aún le siguen pareciendo temibles las oficinas que expiden documentos de identidad y pasaportes, pero mucho más temibles se lo parecían en 1983. Había razones por las que podían resultar sospechosos y corrían peligro de ser detenidos, habían tomado parte ya en las marchas contra la central nuclear de Lemóniz, en las manifestaciones a favor de la amnistía, y no solamente a base de gritos. Por eso era terrible tener que renovar el carné, tener que acudir allí, voluntariamente además, entregando sumisamente una foto que completaría su propia ficha. Un desagradable trance por el que había que pasar, entre sellos de caucho, olores tóxicos de tinta y tubos fluorescentes que zumbaban sin acabar de fundirse; el mero hecho de tener que respirar aquel aire cargado de electricidad estática resultaba odioso, aunque Soto era muy capaz de abstraerse de todo aquello, gracias a la sincopada pulsación de las máquinas de escribir que lo hacían sentirse casi como en casa. A Lazkano, por el contrario, le ponían carne de gallina los carteles de los delincuentes más buscados, el olor a café rancio, las colillas de Ducados aplastadas en los pesados ceniceros, el chirrido de los archivadores de aluminio, sudores de otros días que se solapaban administrativamente a sudores nuevos.

—¿Es que vamos a ir con el perro?

—¿No vamos a la perrera, acaso? Perro arriba perro abajo, dudo que se den cuenta.

La burla sin fin, la broma infinita, Lazkano apreciaba en Soto sus ansias por sacar chispas a cada día de su vida, a cada paso, a cada trámite, por muy ordinario y engorroso que este fuese. No abundaba la gente como él. No se trataba de que estuviese siempre alegre, no era eso exactamente, sino que incluso los días en que despertaba cabizbajo era lo suficientemente lúcido como para sacar partido a su nublado estado de ánimo: la inacción era algo que no se permitía, y para Soto, la acción más directa consistía en hablar y en escribir, en no callar y en aporrear sin cesar su máquina de escribir. Soto era una novela andante, un hombre que actuaba como *performer* durante las veinticuatro horas del día, muchos años antes de que la palabra *performance* empezase a cobrar suerte entre nosotros; tal vez no hacía todo aquello de modo consciente, sino porque él era así, porque desbordaba vitalidad por cada poro de su piel.

—No nos van a dejar entrar con un perro, Soto.

—¿Y tú eres quien presume de leer a Orwell, primo? No olvides que somos

nosotros los que accedemos con el rabo entre las piernas a sacar el carné para que nos tengan luego bien controlados; somos nosotros quienes les hacemos un favor, y no al revés.

Lazkano se ofreció para quedarse con el chucho y esperarle fuera, pero Soto, «ni hablar del peluquín», quería divertirse, echar unas risas «a costa del aparato represor que ha puesto en marcha el Estado».

Además del policía uniformado de la entrada —poco tiempo atrás, un atentado de los comandos anticapitalistas se había cobrado la vida de dos agentes en aquella misma delegación—, había también una nota en la puerta. Soto no precisaba de mucho más para empezar la fiesta. Bastaba eso, una pequeña nota.

—Están prohibidos los perros, joven —le advirtió el policía de la entrada.

Soto le señaló entonces la pequeña nota de la puerta, con fingida ingenuidad, sumiso en apariencia:

«Están prohibidos los perros, excepto en el caso de los perros lazarillo».

—Él es un perro lazarillo —le soltó al policía, como si le quisiese conceder cortésmente la oportunidad de leer de nuevo un cartel que debía de haber leído un millón de veces.

Lazkano, por su parte, se sentía cada vez más alterado, no le quitaba ojo al arma que tenía en el cinto el nacional.

La respuesta del policía era de prever:

—Pero usted no está ciego.

Si no hubiera estado tan asustado, «pero usted no está ciego», Lazkano se habría reído con ganas, era imposible no reparar en las gafas de culo de botella de Soto, siete dioptrías en cada ojo, nada menos. Soto también estaba acojonado, pero, resistiéndose a la tentación de una broma respecto a su galopante miopía, respondió abriendo otra brecha, con una frase que parecía traer ensayada de casa:

—No veo que el cartel diga nada sobre estar ciego.

Así era Soto, y aunque el agente lo desairó con un «no me vacile» y el perro tuvo que quedarse finalmente fuera con Lazkano, se introdujo en la Delegación del Gobierno satisfecho de su *hazaña*, sonriente y victorioso, una persona fuera de lo común que sabe sacar rendimiento a las obligaciones a las que es forzado, «pero usted no está ciego», «pero usted sí», tantas salidas de tono, urdidas y no pronunciadas, tantas palabras y frases, pensadas y dichas, por una vez.

«Están prohibidos los perros, excepto en el caso de los perros lazarillo».

«No veo que el cartel diga nada sobre estar ciego».

Aunque los nombres de Soto y Zeberio han permanecido unidos para siempre, (nunca Zeberio y Soto, siempre Soto y Zeberio), y aunque tan acostumbrados como estamos a verlos el uno al lado del otro resulta impensable disociarlos, en honor a la verdad, hay que reconocer que eran dos personas bien diferentes. Llevarían a buen seguro vidas separadas y se desenvolverían en oficios y ambientes muy dispares de

haber nacido en cualquier otro sitio del mundo o de haber vivido una época distinta a la de los convulsos años ochenta; y, de haber coincidido casualmente el uno al lado del otro en un vuelo, pongamos por caso —jamás tomaron un avión, su asesinato les hurtó también esa posibilidad—, seguramente les costaría encontrar un tema de conversación en común, más allá de los dos primeros minutos de cortesía. También entre grupos diferentes surgen, contra todo pronóstico, secciones que se cruzan y áreas que se comparten; existen parejas lo suficientemente tozudas y voluntariosas como para perpetuar un primer amor estival —para acabar arrepintiéndose o no—; en ocasiones podemos empezar utilizándonos para terminar amándonos, o tolerándonos el uno al otro y acabar creyendo que tolerar es amar; quizá no sea más que cuestión de aptitudes, de intentar atraer a nuestro campo magnético a alguien totalmente ajeno a él e intentar que ese campo le resulte atractivo, o al revés, abandonarse en brazos del otro —qué hermoso es abandonarse, que nadie lo niegue, abandonarse en brazos de alguien o de algo—, abandonarse en brazos de un prójimo que nos resulta al principio anodino por demasiado alejado a nosotros, entrar poco a poco en su ámbito, conocer sus aficiones y pasatiempos, asimilar sus gustos para empezar a pensar que «tampoco están mal del todo, no es para tanto, ¿por qué no?», darse por vencido, dejar que él o ella —amigo, amante, cónyuge— moldee nuestros temas de conversación, nuestros planes, nuestro calendario, ¿quién no lo ha hecho alguna vez? Soto y Zeberio, de haber sido otras las circunstancias, quizá hubiesen sido también capaces de labrarse un vínculo estrecho y duradero.

Tal vez sí, pero no tan estrecho y duradero como la muerte.

Cuando les obsequiaba con sus teorías como la que tenía respecto al «calor y la revolución» (la mayoría de las revoluciones se producían en verano, según él), Soto hacía gala de lo buen disertador que era, a la par que Zeberio demostraba sus dotes de aplicado oyente. Lazkano había tomado prestado algo de ambos. El alma conspiradora de Soto era insaciable, sus ansias por tratar de comprender el modo en que obraba el género humano y la tendencia a hacer el mal del mismo, también. «Mussolini; me encantaría tomar un café con él», solía decir, con el mismo apasionamiento con que decía «Silvana Mangano; me encantaría tomar un café con ella». Le gustaba la dialéctica, la discusión fogosa, epatar a sus amigos: «Somos oscuros por dentro, pero que no nos pille la vejez sin haber hecho alguna locura», solía decir, tantas frases redondas que parecían brotar espontáneamente de su cabeza y que años después Diego lamentaba no haber apuntado palabra por palabra en una libreta, frases que a veces tomaba prestadas a otros, durante aquella época en la que aún era lo suficientemente iluso como para creer que Soto iba a ser su amigo del alma para siempre, tantas frases contundentes lanzadas de forma tan natural; Diego recordaba algunas como aquella, aquella no la había olvidado: «Somos oscuros por dentro, pero que no nos pille la vejez sin haber hecho alguna locura», sucesos que no tendrán lugar, cosas ya imposibles, palabras que se han vuelto dolorosas porque atestiguan aquello que no puede suceder, esas palabras no se olvidan.

Lazkano no tenía ninguna duda al respecto: Soto estaba llamado a convertirse en un gran escritor. Y, si lo que apasionaba a Soto eran las relaciones humanas y su oscuro núcleo, la pasión de Zeberio, por el contrario, se volcaba en las estructuras eléctricas: cableados, instalaciones básicas y complejas, dinamos, la corriente alterna y la corriente continua, enchufes, interruptores, transformadores, tomas de luz, tomas generales, cables de cobre pelados y vueltos a unir. De querer saber algo respecto a la pusilanimidad del ser humano y sus escasos momentos de lucidez, Soto era el hombre a quien preguntar. Si lo que se precisaba era conocer las causas de los apagones o el modo en el que la luz fluía y se bifurcaba en edificios y habitaciones de todo tipo, bastaba con preguntar a Zeberio.

Las labores de Soto y Zeberio estaban repartidas según sus aptitudes, cierto, no hacía falta pensar demasiado a qué tipo de ocupación hubiesen sido destinados de haberse prolongado unos años su período de clandestinidad. La distinción de tareas era bien obvia. No obstante, no tuvieron tiempo para poner en práctica sus previsibles funciones dentro de la organización: no tuvieron tiempo de arrepentirse, ni tan siquiera tuvieron tiempo de hacer nada como para arrepentirse de ello. Mientras Soto desarrollaba su teoría respecto al «calor y la revolución», a Zeberio le vendrían ganas de hablar sobre «termodinámica», los aleccionaría con un breve discurso sobre las energías renovables del futuro (por aquel entonces ni siquiera tenían ese nombre), sobre las posibilidades de las que podría gozar la energía eólica frente a la nuclear.

—¿Pretendes convertir los cuatro vientos en electricidad, Kepa? Dime, ¿cómo se hace eso?

—Muy fácil, Xabier: mediante molinos de viento.

—¿Molinos de viento? ¿No pretenderás convertirte ahora en el caballero de la triste figura, verdad? Los campos de Castilla a rebosar de molinos de viento... No viviremos para ver eso.

«No viviremos para ver eso». «Somos oscuros por dentro, pero que no nos pille la vejez sin haber hecho alguna locura». «No veo que el cartel diga nada sobre estar ciego». Frases que habían quedado grabadas en el papel-carbón de la cabeza de Lazkano, como si las hubiese mecanografiado en su cerebro con hierro candente.

Soto y Zeberio siempre. Las frases de uno, los silencios del otro. El recuerdo de Zeberio era también continuo en Lazkano, hasta el punto en que los ojos se le llenaban de lágrimas cada vez que veía alguno de aquellos molinos de viento que tanto habían proliferado durante los últimos años en las lomas que se alzaban en los flancos de las carreteras. *No viviremos para ver eso*. «Cuánta razón tenías, Soto».

Lazkano se obligaba en ocasiones a pensar en las presuntas ventajas de morir joven. Fríamente. Si veía en televisión, pongamos por caso, un documental sobre la muerte de James Dean, sobre el modo en el que su pronta desaparición alimentó la mitificación de su persona, especulaba sobre la medida en que todo aquello podría aplicarse también a la muerte de Soto y Zeberio. Nada que ver, por supuesto, aunque

también el actor falleció joven, truncándose el prometedor futuro que tenía ante sus ojos: el Porsche plateado que conducía James Dean no fue visto por el conductor del coche que le venía de frente, el auto gris del actor desapareció en el gris del asfalto, se disolvió, el sol difuminaba y fundía el Porsche a ojos del conductor que colisionó contra él, impidiéndole verlo, cegándolo. De haber conducido James Dean un coche rojo, de un color más vivo y más fácil de distinguir para quien conducía el coche que le venía de frente, probablemente no se hubiese producido el mortal desenlace. Si Diego Lazkano hubiera tenido la capacidad de conducir un coche rojo o de cualquier otro color, los acontecimientos también habrían sido muy distintos. No hacía falta un gran esfuerzo para imaginar a James Dean viviendo en un rancho de Texas con ochenta años; conservador, operado, cascarrabias, alcohólico, convertido en un cocainómano de órdago. «Si fuese más guapo estaría muerto», ¿quién dijo aquella frase? Quizá no era exactamente así la cita: «Gracias a Dios que no soy demasiado alto: siendo tan guapo como soy, si además midiese uno ochenta estaría muerto». ¿Quién dijo aquella otra? Eso era lo de menos. Pero lo cierto es que, en las fantasías de Diego, a la muerte de James Dean se le solapaba a menudo la espléndida madurez de Paul Newman; había quienes sabían envejecer, se decía, o quienes no sabiéndolo aprendían a hacerlo; hacía falta mucho talento para ello, o, en su defecto, una ración justa de suerte y el dinero suficiente para comprarse un velero, además de que la salud lo acompañara a uno. Podía hacer una larga lista con las molestias y las incomodidades que acarrea el paso del tiempo, con las desagradables humillaciones que había que sufrir, con las meteduras de pata que hacían desear que se lo tragase a uno la tierra, con los mezquinos sentimientos del simio que todos llevamos oculto en alguna covacha del cerebro y que asoma en el momento menos propicio, «somos oscuros por dentro, pero que no nos pille la vejez sin haber hecho alguna locura». ¿Quién quería para sí la deslealtad, el envejecimiento de sus padres, la vocación de nuestro rostro por parecerse a la cáscara de la naranja, la escasez del pelo o su encanecimiento, la ruidosa presencia de las vísceras, que el cuerpo deje de obedecerte, poco a poco o repentinamente? ¿Existía de veras la vocación natural de instruir cansinamente a nuestros hijos —esos pequeños paralíticos con un futuro prometedor—, para que a pesar de todo acaben cometiendo en lo fundamental nuestros mismos errores, si no alguno peor? ¿Quién necesitaba todo aquello? La traición de sus órganos vitales, la crujiente reivindicación de unos huesos que en su día fueron silenciosos y discretos, el cáncer de sus allegados o el suyo propio, «haremos unos análisis por si acaso»; en resumidas cuentas, ¿quién quería para sí la decadencia, quién quería todo eso, a quién no le sobraba la mitad de la vida, o tres cuartos? Por no hablar de las apariencias, de la extensa, interminable lista de cosas indeseadas que día a día, semana a semana, mes a mes y año a año hacíamos contra nuestra voluntad. Incluso lo que la vida tenía de agradable, bien lo sabía Lazkano, se repetía a partir de cierto momento, lo que la vida tenía de cabal también te acababa sacando de tus cabales: acostarse una o mil veces, emborracharse una o mil veces, a

partir de cierta edad a uno le consta que la mejor borrachera y el mejor polvo, la más espeluznante descarga de adrenalina, ya ha pasado. ¿Para qué seguir adelante, entonces? ¿Para alcanzar la sabiduría que podría ser la receta del sosiego, o el sosiego que podría ser la receta de la sabiduría? ¿Para tratar de convertirse heroicamente en Paul Newman sin estar en posesión de sus genes?

Todos los congresos de escritores eran iguales, se decía Lazkano, cada persona nueva que conocía despertaba en él la evocación exacta de alguien que había conocido muchos años atrás a quien se le parecía sospechosamente. El repertorio de hombres y mujeres, bien lo sabían los psicólogos, no abarcaba más allá de una veintena de personalidades tipo, y Lazkano conocía ya unas cuantas veintenas de cada una de esas veinte tipologías; patrones repetidos, tanta gente y más como para saciar al propio Soto y a su sed de conocimiento. ¿O acaso Lazkano se engañaba también en eso? ¿Tal vez a Soto no lo saciaría jamás la vida? ¿Era quizá cuestión de tener talento para vivir —Soto lo tenía a raudales, Lazkano carecía de él—? ¿Por eso le resultaba tan aburrido últimamente conocer nuevos editores, escritores y lectores? ¿Hubiese sido capaz Soto de mantener intacto aquel espíritu vital, «no veo que el cartel diga nada sobre estar ciego», de haber seguido con vida otros veinte años? Era difícil asegurarlo, pero probablemente no.

Y, a pesar de todo, Lazkano se obligaba en ocasiones a pensar en las presuntas ventajas de morir joven, y aunque no podía compararse una cosa con otra, aunque nada tenía que ver un accidente de tráfico o un suicidio con la tortura, no se cansaba de buscar símiles, paralelismos, la condolencia de la semejanza. En el caso de los suicidas, siempre cabía el consuelo de que quien dispone de su vida por su propia mano ejecuta un derecho que le pertenece, si bien hay estudios que aseguran que la mayoría de quienes han fracasado en su intento y han vivido para contarlo se han mostrado luego arrepentidos: «Ojalá se lo haya pensado bien, ojalá haya ponderado en la balanza los pros y los contras, ¿por qué dudar de que su decisión ha sido razonable, generosa, bien medida, la decisión sensata de quien ha optado por decir basta a la repetición de la repetición y plantarse?». El suicida ha tenido oportunidad de despedirse, de escribir sus últimas palabras o de no escribirlas, ha elegido el momento y el lugar, ha dejado (o no) todo atado, pero es consciente de que lo ha dejado o no atado. Saber eso es saber mucho, quien no eligió nacer a la vida elige el momento de su muerte, tiene derecho a hacerlo, aunque eso causará dolor o transferirá el complejo de culpa a más de uno: tacharán su decisión de egoísta, pero..., repitémoslo aunque no sea cierto, ¿ser generoso con uno mismo no será tal vez otro modo de ser generoso?

El caso de Soto y Zeberio era muy otro: una muerte repentina —no una sino dos, y no tan repentina al fin y al cabo: mientras los torturaron llegaron a divisar con toda probabilidad los siglos enterrados en los segundos, peñascos y abismos a los que los vivos difícilmente pueden asomarse—; un folio todavía en el rodillo de la máquina de escribir, con una frase interrumpida, tantas expectativas reducidas a la nada. Aun y

todo, Lazkano se obligaba en ocasiones a pensar en las presuntas ventajas de morir joven, cuando se veía en un aprieto o se sentía demasiado hastiado de todo como para seguir adelante, cuando pensaba que era absurdo celebrar la vida como si fuese lo más grande, que tampoco la vida era para tanto.

Pero sí que lo era: la vida sí era para tanto, incluso la vida más rastrera y miserable era para tanto, «no veo que el cartel diga nada sobre estar ciego», existía siempre la posibilidad de una broma ácida, el alboroto vigorizante de los niños y sus momentos de eterna ingenuidad —los siglos enterrados en los segundos, quizá nosotros los hayamos olvidado, pero el niño que fuimos aún recuerda esos abismos enterrados—; la promesa del amor y el sexo, es tantas veces suficiente con la promesa, basta incluso con ser testigo de esa promesa, incluso basta con que esa promesa se la hagan otros y uno la vea desde el resquicio de una puerta entreabierta; como un viejo zorro o un dios cansado que necesitase que limpiasen su mirada, a veces basta con ser testigo de esas promesas.

La vida no era nada y lo era todo, la vida era un punto de fuga, el único posible, «somos oscuros por dentro, pero que no nos pille la vejez sin haber hecho alguna locura», olvidemos por un instante que representamos un rol que alguien escribió para otro que no somos nosotros, olvidemos nuestra insoslayable personalidad de mediocres actores de segunda fila, vamos a sorber esos rayos de luz, bebámonos la huida, aunque sea intermitente y pasajera. Todo, intermitente. Todo, pasajero.

El pinar llega hasta la playa. Sobre la arena más cercana a los pinos, hojas secas en forma de aguja se amontonan en lechos rojizos, como si llevaran allí años. El claveteo de la batería que brota de aquellos escuálidos altavoces parece cualquier cosa menos el sonido de una batería: una lata de gasolina golpeada con un palo. «*Come on, let's twist again, like we did last summer; yeah, let's twist again, like we did last year...*». Las voces y los coros —«*uh, uh; wah, wah*»— salvan la canción. Desde donde están tumbados Soto y Lazkano pueden ver a Zeberio, que está agachado, sacando de su eje el neumático pinchado del furgón Volkswagen, ligeramente escorado por el gato. Soto se sonríe, entrecerrando sus ojos con malicia.

—*Consumatum est*, primo...

—¿Cómo?

—Que la tiene en el bote...

—¿No deberíamos ayudarles?

—*Ménage à quatre*? ¡Ni hablar! Déjale... Parece que se desenvuelve bien con la holandesa. Además, por una vez no le ha pedido a la chica que cambie la música.

«... *and round and round and up and down we go again! Oh, baby, make me know you love me so...*». Las melodías del *imperio*. Lazkano recuerda las discusiones que solían tener en el apartamento: Víctor Jara, The Doors. Después se acuerda de Ana: Echo & the Bunnymen y Errobi. Mikel Laboa y Patti Labelle. La espigada chica que permanece al lado de Zeberio lleva un vestido anaranjado semitransparente y

fuma un cigarro ataviada con un sombrero de paja; es casi como si el viento fumase el cigarro por ella: se consume con rapidez, como si el veloz lapso en el que el tabaco se convierte en ceniza les quisiese advertir de algo. La chica mira con descaro a Zeberio, de arriba abajo, con sus manos en la cintura, mientras el viento agita el lazo de su sombrero, un remiendo de tela confeccionado a partir de un trozo sobrante del vestido. A diferencia del vestido y el lazo, el viento no consigue levantar las hojas de los pinos amontonadas en el regazo de los árboles. Es curioso cómo encuentran su lugar en el mundo algunas cosas, haciéndose a un lado y en silencio. Esas agujas de pino, por ejemplo.

La radio del furgón VW está encendida y sigue oyéndose la juguetona tonada de Chubby Checker, parodiando la voz en *off* de los viejos seriales de Superman: «*Who's that flyin' up there? Is it a boy? No! Is it a plane? No! Is it the twister? Yeah!*».

Es en cuanto empieza el solo de saxo cuando la chica ofrece su cigarro a Zeberio.

Soto y Lazkano dejan de mirar en aquella dirección y se tienden boca arriba. Observando el cielo.

«*Do you remember when things were really hummin'?*».

Cuando se vuelven para mirar otra vez hacia allí, el neumático sigue sin haber sido cambiado y, plantados al otro lado del biombo que conforma el pequeño furgón, se distinguen cuatro tobillos: dos tobillos desnudos, dos tobillos vestidos. Durante un instante que les parece eterno, ven como los pies descalzos se ponen de puntillas. En las sucias plantas de los pies de la chica hay adherida, rojiza, alguna que otra aguja de pino.

Era fácil imaginarlo: Soto había despertado a Zeberio de la siesta, o no, no lo había despertado exactamente, porque el sueño de Zeberio era una continua duermevela, dormía como las liebres, con un ojo abierto, se despertaba de un salto, temiendo una urgencia y dispuesto a defenderse, saltar de la cama era su modo de desenfundar eventualmente el revólver; él mismo era el revólver y las sábanas, la funda; a falta de revólver se desenfundaba a sí mismo, «aquí me tenéis, yo soy el arma, ¿qué es lo que pasa?». A Zeberio le gustaba dormir la siesta, pero siempre permanecía alerta a su manera, era el más madrugador de los tres —tenía hábitos de cazador—, aunque siendo habitual como era que Soto se pasase la noche en blanco escribiendo, era también posible que este ni siquiera se hubiese acostado la noche anterior —tan desordenados eran sus horarios—; «deja la siesta y vamos a fiestas de Ustaritz por una vez, también hay que vivir»; algo así, quizá Soto hubiera estado leyendo y se había aburrido —«lees demasiado, primo»— o, simplemente, se le había antojado una juerga. Había abandonado el libro que tenía en las manos en la página doscientos quince, *Mientras agonizo*; Zeberio reparó en el título, «vaya tochos que lees, chico, parece alegre la cosa, ¿qué es? ¿Un recopilatorio de esquelas? ¿No es demasiado largo el libro para tratarse de una agonía? Y ese Faulkner con su bigote, ¿quién diantre es el tal Faulkner con ese aspecto de burgués complaciente? ¿Es ese el tipo de escritor con el que sueñas en convertirte, Soto? ¿Por qué no escribes una

versión del libro rojo de Mao, lo traduces al euskera y lo repartes por las fábricas?».

Aquellas eran demasiadas palabras para Zeberio pero, quién sabe, también los tímidos tienen sus días pródigos.

Era fácil imaginarlo, y era difícil imaginarlo. Lazkano lo intentó una y mil veces. Porque aquel día él debía estar allí con ellos. Porque pudo haber estado él en su lugar. Y porque no estuvo con ellos, ni en su lugar. Porque estaba encerrado en El Cerro, y acababa de confesar el paradero de sus amigos.

Soto llevaba días tarareando aquella frívola tontería de la movida madrileña: «No controles mis vestidos, no controles mis sentidos...», contoneando la cadera; le gustaba bailar más que a nadie, no era el prototipo de vasco rígido de cadera, en eso era mucho más torpe y pacato Zeberio; aunque ambos fuesen vitalistas, exteriorizaban aquella vitalidad de formas muy distintas: el baile, la caza. «No controles mi forma de bailar», cantaba Soto, no se sabía mucho más, solamente era capaz de repetir una y otra vez el estribillo de la canción que se había puesto de moda los últimos meses: «No controles, ¡no!», agitando las dos manos a un lado y la cabeza al otro, un balanceo casi hidráulico, agachándose un poco, asemejándose ligeramente a los bailarines de los años del *swing*, «Canta conmigo, Zebe», le decía; «Eres un payaso», le respondía el otro, «eres un pirado, no seas descerebrado».

«Loco», le diría Zeberio a Soto, loco, como quien dice *hermano*, pero pronunciando *loco*, las palabras son lo de menos cuando se dicen con una sonrisa de oreja a oreja. Y Soto tomaría entonces un trozo de papel, un billete de tren quizá, y lo introduciría en el libro, lo dejaría en la página doscientos quince, para seguir desde allí su lectura *al día siguiente...* Aquel libro, *Mientras agonizo*, «qué diantre, por una vez, un día es un día, aún somos jóvenes y no lo seremos siempre», se ha decidido a salir a la calle con su amigo: «Pero tampoco entiendo que nadie tenga derecho a decir quién está loco y quién no. Es como si en cada hombre hubiera una personalidad que está más allá de la cordura y la locura, que contempla las acciones cuerdas o locas de ese hombre con el mismo horror y el mismo asombro». Somos muchos por dentro, somos muchos en el interior de nuestras cabezas, es imprescindible entender eso. Pero también afuera son muchos, y no todos miran por nuestro bien. Y hay alguien que les observa, hay alguien que les vigila, ¿tan importantes son, acaso?, les aguardan en la calle, al acecho, donde menos se lo esperan, no les han dejado coger su coche, les han pillado desprevenidos, quizá les han puesto una capucha negra, les han susurrado algo amenazante al oído, cierto, las palabras son lo de menos cuando se dicen con el más glacial de los odios, algo suave y terrible, «entrad al coche», un acento extranjero que perciben bajo las capuchas —¿qué acento no resulta extranjero cuando te lo dicen estando tú encapuchado?—. *Payaso, pirado, descerebrado, loco...* ha sido tan tierna la forma en la que Zeberio ha pronunciado esas palabras, y ahora Soto respira a duras penas dentro de una capucha polvorienta, qué acaba de pasar, a qué oscuro agujero han caído, quién los ha hecho caer, y el miedo que brota, «silencio, no digas nada», los dos están igual, no han tenido la más mínima

oportunidad de defenderse, han sido cazados como ratas, los estaban esperando, «¿tan importantes somos, acaso?», «deja la siesta y vamos a fiestas de Ustaritz por una vez, también hay que vivir», por una vez, se han encaminado hacia una fiesta a la que no llegarán, una lectura interrumpida «para el día siguiente», para mañana, *Mientras agonizo*, «No controles», la página doscientos quince, *payaso, loco, hermano*, «esto no es Chile».

—¿Adónde nos lleváis?

—Cierra la puta boca.

—Nosotros no sabemos nada, nosotros...

—Que cierres la puta boca, he dicho. —Y esta vez le han puesto el hierro en los dientes, para que no quepa duda.

Mejor pensar antes de hablar a partir de ahora, mejor no decir nada, decírselo solo a uno mismo, oír lo que nos dice esa otra personalidad que está más allá, que sin ser nosotros lo es, esa personalidad fuerte y valiente, más fuerte y más valiente que nosotros, más fuerte que nuestra locura y nuestra cordura, capaz aún de hablarnos: ¿*Adónde nos llevan?*

Si lo hubiesen sabido —pero no lo sabían—, habrían mirado de otra forma su habitación, habrían abrazado a los amigos que les han prestado la casa, habrían dejado una bonita nota, *loco, hermano, loco*: «Debí quedarme escribiendo, Dios, con lo bien que se está en casa, a quién se le ocurre irse a esa fiesta de Ustaritz, pero también hay que vivir, ¿no?; también hay que morir, ¿no? Pero no todavía, para mí es demasiado pronto, aún tengo mucho que escribir, por favor».

Soto oye la jadeante respiración de Zeberio, «estate tranquilo», quisiera decirle, pero no le dice nada, y aunque saben que esto no ha hecho sino empezar, no saben exactamente, *loco, hermano*, qué es aquello que no ha hecho más que empezar.

No lo saben y no desean saberlo. Seguir con vida. Es lo único que desean.

Y tal vez van desgranando las posibilidades que creen tener para seguir con vida. Para empezar, no han visto las caras de sus secuestradores, los secuestradores no quieren que sepan hacia dónde se dirigen... ¿Puede eso significar que los dejarán libres una vez sepan lo que quieren saber? ¿A qué viene, si no, tomarse tantas molestias en ocultar sus identidades, así como el lugar al que se dirigen? En lo que respecta a lo que desean saber, por otra parte... ¿qué saben ellos? Más bien poco. Si tuviesen intención de matarlos, poco les habría importado que pudiesen identificarlos, que vieran el sitio al que se dirigían. ¿O no era exactamente así? ¿Es entonces cubrirles la cara un modo de suprimir todo vestigio de humanidad, la manera de hacer lo que tengan que hacer sin mayores problemas de conciencia? Tal vez han empezado a elaborar una lista de posibilidades y motivos que den a entender que seguirán con vida, pero quizá no se les ocurre ninguno. El interior del coche apesta a tabaco negro, un tabaco negro que han fumado antes y fumarán después, pero que nadie fuma en aquel momento. Los dos sudan dentro de sus capuchas. «*Vire à esquerda*» dice uno

en portugués. «*Lado direito*», dice el otro. Respiran con dificultad bajo las capuchas, intentan adivinar la carretera que han podido tomar, calculan que llevan más de veinte minutos de trayecto, aunque es difícil asegurarlo, todo se hace más largo en aquellas circunstancias y las palabras de los secuestradores suenan extrañas, «despacio, hacia arriba, para aquí, tuerce ahí, cuidado». Les han hecho agachar la cabeza hasta en dos ocasiones, como si temiesen que alguien los pudiese ver desde el exterior, señal quizá de que atraviesan algún núcleo urbano. «*Vire à esquerda*», «*Lado direito*». ¿Portugueses? No parecen policías, o tal vez sí, ¿con cuántos policías se han cruzado Soto y Zeberio en sus vidas como para poder asegurar lo contrario? Es tiempo de aprender la lección, de observar y aprender; matones o policías, olor a Ducados, por asociación los imaginan a todos de tez morena y con bigote, «Adónde nos lleváis, adónde nos llevan», dolor en las articulaciones, dolor en las muñecas, no llevan esposas, les han atado las manos con cuerdas, por lo tanto no lo son, no deben serlo, no son policías de verdad, o quizá sí, Soto y Zeberio quieren seguir con vida, no han sido ellos los primeros en desaparecer y lo saben, se han efectuado con anterioridad ataques con subfusiles Benelli contra refugiados vascos, no serán los últimos, «aparca ahí, al lado de la pista de tenis, luego metemos el coche», ha dicho una voz irreal, una nueva voz, una voz que parece provenir del exterior del coche, esta sí, tiene acento vasco, ha pronunciado *aparca* con la misma inflexión de voz con que Zeberio pronuncia *Faulkner*, acentuando la *r* y la *k*, y, lo que son las cosas, esa inflexión de voz ha bastado para que Soto sienta una brizna de optimismo, tienen tan poco a lo que agarrarse, que eso ha sido suficiente. «Entre vascos, seguro que nos entendemos —se dice—, aún hay esperanza».

Incluso las palabras *pista de tenis* se le antojan tranquilizadoras, muy lejanas a la muerte, palabras que vaticinan algún rastro de civilización no lejos de allí, a pesar de que, según piensa Soto, «*vire à esquerda*», «pista de tenis», «*lado direito*», están dando demasiados datos sobre su ubicación. Porque, no lo olvidemos, estamos en 1983, y no abundan las pistas de tenis por estos pagos, aun en el caso de colocar la aguja del compás en Anglet y ampliar el radio de búsqueda al espacio abarcable en cincuenta minutos de coche.

—¿Estás bien, Kepa?

—Sí, Xabier. ¿Y tú?

La situación es grave. Ambos se han llamado por su nombre.

—Sí, decíos ahora que os queréis mucho, porque os hemos preparado habitaciones separadas.

Diego añadió una más a la lista de las ventajas que tenía morir joven, y al hacerlo perdió de una vez por todas el miedo a volar que sufría cada vez que se veía obligado a presentar un libro suyo en el extranjero: «Morir joven es un modo seguro de ahorrarse la demencia».

«En este vuelo, ¿cuánta gente como yo habrá? —se preguntaba—, gente que no

lamentaría demasiado fallecer en un accidente aéreo, ¿cuánta? ¿Tan extraordinario es mi caso? ¿Tan raro soy? ¿No subo acaso al avión como quien juega a una especie de ruleta rusa pasiva, muy burguesa, cómoda e improbable?».

A Lazkano le provocaba escalofríos que cuando Soto y Zeberio desaparecieron su amigo estuviese leyendo *Mientras agonizo* de William Faulkner. Cuando lo soltaron y volvió a la casa de la calle Moulinaou, encontró aquel libro inacabado entre sus cosas: el cepillo de dientes, un jersey grueso de invierno tejido a mano, tan común en toda familia vasca —el hilo de Ariadna, la continuación de Penélope—, y una carpeta de color salmón. Soto había dejado la lectura del libro de Faulkner en la página doscientos quince, sin sospechar que aquella interrupción pudiese ser la última; no le dejaron seguir más allá. Si las páginas leídas hasta entonces estaban plagadas de efusivos subrayados, a partir de ese punto no había ni una sola marca. La forma que tenía Lazkano de ver la existencia cambió totalmente a raíz de aquel hallazgo, y se dijo que la vida de todo ser humano no es sino eso, un libro que se queda a medio leer; sin previo aviso, somos privados del privilegio de conocer el final, sabiendo además que ese privilegio no tiene por qué ser siempre beneficioso: también puede darse el caso de que el final del libro que nos corresponde no sea de nuestro gusto. Mantiene Lazkano desde entonces la tendencia casi patológica de no dejar nunca un libro a medias, por mucho que este le desagrade. Sean como fueren las cosas, le pareció una broma del destino, macabra y de muy mal gusto, el hecho de que hubiese sido aquella y no otra —*Mientras agonizo*, *As I Lay Dying*— la última lectura de Soto, todavía se le revolvía el estómago de solo recordarlo. Lazkano nunca pudo leer aquel libro ni ningún otro de William Faulkner, y por no poder, ni tan siquiera podía ver la foto del gran escritor americano ante sus ojos. Pobre William, qué culpa tendría el viejo.

Cuando recogió sus enseres y hojeó el libro, se le quedó clavado en la cabeza para siempre, eso sí, el último subrayado hecho a lápiz: «Pero tampoco entiendo que nadie tenga derecho a decir quién está loco y quién no. Es como si en cada hombre hubiera una personalidad que está más allá de la cordura y la locura, que contempla las acciones cuerdas o locas de ese hombre con el mismo horror y el mismo asombro».

Cuando hubo recogido la carpeta color salmón y sus escasas pertenencias y abandonado la casa de la calle Moulinaou, vio al Pelirrojo en la cafetería de enfrente, vigilando sus pasos, su cara casi blanca y llena de pecas, su mirada impertérrita. El Pelirrojo siguió sus pasos a lo largo de dos calles. Lazkano temió por un momento que se acercara a su altura y lo fuese a agarrar del brazo.

Sin embargo no hizo nada de eso.

Pero si Diego Lazkano ha de elegir un momento entre todos aquellos que compartió con Soto y Zeberio, si tuviese que apartar uno solo, elegiría sin dudar el día en que jugaron a fútbol con unos veraneantes franceses en la playa de Bidart. Por una vez, y sin que sirviese de precedente, desterradas las discusiones de casa —tan

estimulantes a veces, tan agridulces otras—, formaron los tres un equipo sin fisuras para enfrentarse a cuatro jóvenes bordeleses.

Cuatro contra tres en playa abierta. Zeberio se encargó de delimitar con montículos de arena las porterías imaginarias y se lanzaron como niños a la carrera tras aquel balón de cuero, descalzos, con las costillas al aire —demasiado blanca su piel para tratarse de turistas, a quién querían engañar—, los vaqueros remangados hasta las rodillas, como si se hubiesen pasado la tarde pescando cangrejos y acabaran de dejar el salabardo a un lado. Jugaron hasta acabar exhaustos, sin ocuparse de contar los goles que metían o encajaban, por el puro placer de jugar, con el recuerdo de aquella época infantil en la que hacer un túnel y pasar el balón entre las piernas del contrincante provocaba un placer igual o superior a meter un gol, entre pases largos y pases cortos, entre carreras y despejes de puño, sintiendo en el empuje la áspera rozadura de aquel balón no suficientemente inflado que empezaba a perder sus petachos de cuero —aquellos balones de la infancia siempre estaban medio desinflados—, con la natural tendencia de los niños a juntarse y a formar equipos espontáneamente. En honor a la verdad, Soto, Zeberio y Lazkano tampoco estaban tan alejados de la adolescencia, ese punto de inflexión en el que se abandonan los balones de cuero para empezar a interesarse por otro tipo de cueros y rozaduras, por mucho que a Diego sus dos amigos se le antojasen mucho más maduros, a mil leguas de su persona, dos hombres hechos y derechos, cualquier cosa menos adolescentes. Tercero de filosofía para Soto, primero de sociología para Diego. Dos años eran todavía una eternidad. Lazkano se acuerda especialmente de aquella vaselina con la que Zeberio sobrepasa por alto a su rival, con aquella jugada en la que Soto clava en la arena aquel balón que cae a plomo sin dejar que dé el primer bote. Soto da media vuelta y se encara hacia la portería, una de esas jugadas ensayadas que de ciento en viento les salen bien a los no profesionales; y Soto, que galopa tenaz hacia la meta contraria, deja atrás a uno de los bordeleses que es incapaz de intuir su quiebro de cadera, engaña con facilidad al segundo, que resbala y se cae, para en seco y endereza la espalda por un momento para mirar de frente al tercero antes de hacerle un cañete, y deja atrás al cuarto con un autopase en forma de parábola favorecido por el azar y la irregularidad del terreno.

Está frente a la portería, ya ha llegado, lo ha hecho todo él solo, Soto tiene la puerta vacía a placer y ha decidido disfrutarla, no chutar. Nada tiene que envidiar el rumor de las olas al fragor de La Bombonera del Boca Juniors; Soto ha venido narrando la jugada como un locutor radiofónico que parece a punto de sufrir una parada cardíaca en medio de la retransmisión, con acento argentino, como si correr no fuese suficiente, nada es suficiente para Soto, nada le basta, ha querido dar una emoción especial a la playa de Bidart y a su público inexistente y atónito —*vibrante*, ha dicho—, y lo ha hecho en un castellano que incluso los bordeleses pueden llegar a entender, encadenando una frase detrás de otra «chévere pibe, Soto se interna, increíble, lo deja atrás, mag-nífico, Soto se deshace de uno, se permite sonreír, qué

dominio, bárbaro cómo lo dribla», y sí, parece que a medida que lo va diciendo va tomando más confianza en sí mismo, que es cada vez más fuerte, que el hecho de hablar, en vez de restarle resuello, se lo da, hablar sin cesar le motiva, se diría que las palabras no lo fatigan —las palabras nunca lo fatigaban— sino que lo alimentan, son su combustible; y cuando llega a la raya torcida trazada a base de hundir el talón en la arena, sostiene el balón con la punta del pie y, mirando hacia atrás, se demora observando a los cuatro bordeleses paralizados que esperan a que marque el tanto de una vez, y a Zeberio, y más lejos aún, mira también a Lazkano, que cuida la portería contraria —Lazkano es el más conservador de los tres, siempre lo ha sido, el más escrupuloso y mojigato, el que prefiere ser guardameta y no alejarse de su área, ¿se hubieran mantenido al cabo de los años los roles de los tres de haber sido otro el destino de Soto y Zeberio? No había modo de saberlo.

Sí. Por aquel entonces, el mundo todavía podía detenerse. Ellos podían parar el mundo. Era posible hacer parar un balón con la punta del pie sobre la línea de la portería. Y junto con el balón, se pararían también las agujas de los relojes y el eje sobre el que giraba el mundo. El fútbol no era allí el opio de los estadios rebosantes, sino un juego pleno que saciaba el espíritu. Era posible colocar el balón sobre aquella frontera, aquella línea de división, la linde, aquella raya vedada, «no traspasar», «prohibido el paso» y renunciar así al gol facilón, arrodillarse en el suelo reclinándose como hacía el papa en los aeropuertos, postrarse para besar la húmeda arena y empujar con la cabeza suavemente el esférico a la portería sin redes, igual que hizo Soto aquella vez, «mag-nífico, vi-brante, viste que, bárbaro cómo lo dribló», haciendo que el balón y el mundo cruzasen la línea muy lentamente, levemente ayudados por el marco de sus gafas de grueso cristal.

Lazkano quisiera recordar por siempre así a Soto. Con la fuerza que tenía cuando marcó aquel gol, lleno de ímpetu, en el cénit de la exhibición energética que tan molesta puede resultar a quienes tienden a cansarse demasiado fácilmente, aunando la palabra y la acción, lo dicho y lo hecho, contando sin tregua lo que hace y anticipando lo que se dispone a hacer, así era él.

Si Diego Lazkano ha de elegir un momento entre todos aquellos que compartió con Xabier Soto y Kepa Zeberio, si tuviese que apartar uno solo, elegiría sin dudarlo aquel, porque es un momento blindado de felicidad, pura dicha sin nada que lo ensombrezca, la cumbre de la alegría infantil, una alegría infantil multiplicada y acentuada por haber sido filtrada por el raciocinio de la edad adulta, subrayada por la certeza de que paladeas, desde un tiempo y un territorio que se han convertido en tuyos, otro tiempo y otro territorio antiguo que una vez te pertenecieron y no fuiste capaz de gozar lo suficiente en su día. Todavía es posible saltar al otro lado. Y si saltar al otro lado es posible, todo es posible todavía.

Celebraron el gol como alguien que vuelve del más allá. Como intrusos que regresan a la infancia desde la edad adulta. Y así lo revive Lazkano cada vez, trayendo a Soto al mundo de los vivos, aunque durante una larga temporada y hasta

que su padre Gabriel Lazkano reapareció con vida, uno de sus mayores temores fuese que el defectuoso ADN legado por su envenenado árbol genealógico fuese a borrarlo y a traicionarlo todo, incluido aquel recuerdo, el último de todos sus recuerdos que querría perder; lo atormentaba el mero hecho de pensar que aquel preciado día en Bidart pudiese ser suprimido de su cabeza por el mismo mal que presuntamente aquejaba a su padre.

¿Cómo se daría la supresión de aquel recuerdo, caso de que Lazkano sucumbiese a aquella enfermedad, tan contemporánea y en boga, que todo lo devastaba a su paso? ¿Olvidaría todo de golpe? ¿U olvidaría primero a los protagonistas, recordando aquel partido de fútbol de modo abstracto, sin ninguna emoción concreta? ¿Lo desdibujaría todo convirtiéndose a sí mismo en goleador —«chévere, pibe, Lazkano se interna, increíble, lo deja atrás, mag-nífico, Lazkano se deshace de uno, viste, se permite sonreír, qué dominio, bárbaro»—? ¿Se olvidaría de Soto, de Zeberio? ¿Sería el emplazamiento donde tuvo lugar, la playa de Bidart, lo primero que olvidaría, el decorado primero y los hechos después? ¿O, más bien al contrario, acabaría siendo aquel decorado lo que le preservase su traidora memoria, una playa desierta y solitaria sin protagonistas, sin fútbol, sin balón y sin bordeleses? ¿Qué impulso vital resultaría el último en el páramo de su cabeza, cuando las células de su cerebro fuesen arrancadas de cuajo por la demencial cosechadora que todo lo arrasa? ¿Quedaría algún olor? ¿El de las algas en proceso de descomposición? ¿El tacto húmedo de la arena lisa? ¿Le quedaría finalmente la costumbre de Juan Pablo II de postrarse y besar el suelo cuando se escapase de noche por el pasillo del asilo y las enfermeras lo condujesen cogido del brazo de vuelta a su habitación? «Hemos dado con un verdadero cristiano», se dirían tal vez divertidos sus cuidadores al ver que el viejo Diego besaba el suelo, sin darse cuenta de que lo que besaba era algo muy diferente y de que lo hacía en la piel de otro, en una playa de Bidart, en honor a su amigo Soto. Tal vez Lazkano debería dejar escrito —tal vez todos deberíamos hacerlo—: «Llévenme a la playa de Bidart cuando empiece a perder la memoria, denme un balón de cuero medio desinflado, un balón que haya empezado a perder sus petachos, háganme una portería con dos montículos de arena, recreen mi recuerdo fetiche, blinden esa escena, aunque todo sea puro teatro, oblíguenme a representar esa obra, aunque yo no sepa por qué la represento, que quede algo mecánico o físico allí donde no queda nada mental o neuronal».

Los últimos recuerdos que tenía de Soto giraban todos en torno a su máquina de escribir: el papel-carbón que le trajo Lazkano y que utilizaba como calco. Las copias que sacaba en papel cebolla. ¿Cómo pudo Diego no adivinar que guardaba celosamente aquellas copias en una segunda carpeta de color salmón; una para los originales, una segunda para las copias? Soto deseaba ser escritor —su actitud era ya la de un escritor, precozmente, desde que tenía diecinueve años—, pero por mucho que escribiese innumerables bocetos, apenas si llegó a ver publicado ninguno

mientras vivía; la obra que montó y dirigió Gloria fue quizá su trabajo más reconocido.

Acuden a la mente de Lazkano los libros que Soto jamás llegó a escribir. Cuando Lazkano escribe sus historias, intenta hacerlo como Soto lo hubiese hecho, pero le resulta imposible. Intenta recordar el tono de su voz, pero casi lo ha olvidado. Por muy presente que tenga su imagen, casi ha olvidado su voz. Con los años, le ha inventado una nueva, pero sabe que no es la verdadera. Cuando Lazkano se pregunta a sí mismo por qué decidió convertirse él en escritor, no tiene dudas al respecto: fue por influencia de Soto. Porque decidió, consciente o inconscientemente, retomar él el trabajo que Soto había dejado a medias. Odia el teatro, eso sí. Eligió algunas de las inclinaciones de Soto descartando otras. A veces vivimos en lugar de los muertos, haciendo en su honor cosas que ellos hubiesen hecho. ¿No se estará riendo a nuestras espaldas aquella personalidad que está más allá de la cordura y la locura, sabedor de que la mayoría de las cosas que hacemos las hacemos por alguien que no somos nosotros mismos? ¿Somos la página original o la copia en papel cebolla de debajo del papel-carbón? ¿Una y otra, a intervalos? ¿O quizá la más pura confusión, el calco negro utilizado una y otra vez, un caos ya ilegible? ¿Una acumulación de imitaciones, calco sobre calco? ¿Sabremos, al menos, cuándo somos de veras la página original y cuándo la copia de aquel a quien admirábamos? ¿Somos de veras conscientes de que a medida que la cinta de la máquina de escribir se va gastando y apagando, el original se vuelve cada vez más gris y difuminado mientras que la copia de abajo —cuando el calco es nuevo— aparece más nítida que el original?

De ser algo, Soto era un tipo divertido, un volcán de ideas sugerentes, si bien es cierto que a menudo las frases que uno dice para divertirse cobran luego un significado y un peso diferente cuando su vida acaba de modo trágico.

«¿Qué hace un dictador consecuente antes de que lo fusilen?».

«¿No te sabes ese chiste, Lazkano? Es un chiste de revolucionarios...».

«Un dictador consecuente, primo, antes de que lo fusilen, da una orden: ¡Fuego!».

Haciendo un esfuerzo especial, haciendo un esfuerzo especialmente doloroso, Lazkano podía llegar a imaginar el futuro de Soto, desde el día en que los hicieron desaparecer hasta hoy. Podía imaginar a Soto, cada vez más metido en la organización, cada vez más lejos de casa, oculto en una casona de la campiña francesa, oculto en una granja, en un entorno demasiado tranquilo pero presto a pasar a la acción en cualquier momento, o escapándose para mirar el mar, pensando que los primeros secuestrados de un grupo armado son sus propios militantes, que se trata de un autosequestro y que este nunca acaba, hasta que mueren o son atrapados o desertan. Lazkano podía imaginar a Soto leyendo novelas de espías o cualquier cosa que cayese en sus manos, los periódicos de cabo a rabo, lamentándose siempre de que no podía surtirle de lectura suficiente, quejosos también sus compañeros de comando, porque su afán lector ponía en peligro a todo el grupo cada vez que les hacía

desviarse de la ruta y parar el coche para proveerse de libros, o papeles de calco, los dichosos papeles de calco, «ahí hay una librería, vamos, desvíate un poco», «*vire à esquerda*», «*lado direito*». Podía imaginar a Soto pasando a la acción, y regresando tras fracasar el dispositivo, o siendo detenido o escapando por los pelos de forma milagrosa de manos de la gendarmería, o repartiéndose mentalmente con sus compañeros la responsabilidad alícuota que le correspondería respecto a los muertos provocados por una explosión, o dejando la organización, o planificando su futuro en la cárcel o llegando a la dirección cuando estaba a punto de dejarlo todo, «debes ser tú, se trata de una emergencia, no te lo pediríamos en otras circunstancias, pero no tenemos a nadie más», y escuchando la radio en la clandestinidad, casi siempre las noticias, pero también alguna emisora musical de vez en cuando, ópera italiana y France Culture, o, muy al contrario, podía imaginar a Soto reivindicando que la única vía posible y legítima era la política, o apartado de la arena pública, impartiendo clases de literatura en la universidad, o haciendo su tesis doctoral sobre Gabriel Aresti, proclamando, pongamos por caso, que Gabriel Aresti era un virus venido del espacio, o escribiendo un análisis comparativo entre los poemas de Gabriel Aresti y las canciones de David Bowie, apasionadamente y con grandes dosis de fantasía.

Haciendo un gran esfuerzo, haciendo un esfuerzo ímprobo y a riesgo de poner en peligro su salud mental, podía imaginar a Zeberio trabajando en la tienda de lámparas de sus padres, inventariando el almacén con celo, ya fuese este un almacén de lámparas o de material explosivo acumulado; llevando pequeños recados a Iparralde o trayendo pequeños recados de Iparralde, siempre trabajando por su cuenta, hasta que lo detuviesen, hasta que lo sacasen de su casa de madrugada con las manos esposadas y un jersey negro cubriéndole la cabeza; o creando su propio negocio, algo relacionado con paneles solares tal vez, y subiéndose a los tejados de montañas y valles de Euskal Herria para montarlos, trabajando siempre al aire libre y sintiendo que su trabajo servía de algo, que aquellos paneles solares contribuían a un pueblo más libre; podía imaginarlo como concejal de su pueblo, apoderado de un partido ilegalizado, o enfadado con sus convecinos porque no deseaba que le hiciesen el homenaje de rigor tras cumplir trece años de condena. Podía imaginar a Zeberio visitando a su amigo Soto en la cárcel de La Santé, riéndose o llorando o discutiendo acaloradamente, «la lucha armada ya no tiene sentido», o «sí que lo tiene», o «hay que aguantar», o «cuánta gente está cayendo últimamente», o «no será que a estas alturas el ministerio del Interior español manda en nuestras entrañas», «para nada, como poco la CIA», «que te den por saco, no me vengas tú también con el cuento de que nos ponen chips en las muelas», y «¿tú cómo puedes estar tan seguro?», «la época de Buhonuevo ya pasó», «Barrionuevo es una zona especial», «estamos tirando piedras contra nuestro propio tejado», «tú no tienes perspectiva, no puedes tenerla, la historia nos absolverá», «eso lo decía Fidel y mira ese también», «ese también, ¿qué?», «ya ves cómo le va», «dime cómo», «en las últimas, agonizando», «la agonía es ley de vida», «tal vez sí», «¿te sientes con fuerzas, al menos, Soto?», «me siento

con fuerzas, Zeberio», «ya es mucho», «coraje, hermano».

Como queriendo decir: «Loco, hermano, vamos, son fiestas de Ustaritz».

—A partir de aquí seguiremos a pie.

Aseguran que es importante que todos conozcan los montes de los alrededores. Soto se muestra disgustado, no es muy aficionado a la montaña que se diga, pero una vez que ha accedido, Lazkano también ha hecho lo propio, como no podía ser de otra forma. ¿Quién es él para cuestionar a sus dos amigos?

El tiempo, espléndido: los primeros rayos que tanto se agradecen en la época estival, brisa moderada, cielo azul. Han partido con pequeñas mochilas y los alimentos justos para pasar el día. Cada uno lleva consigo una cantimplora de aluminio llena de agua, alguna galleta, reinetas, bocadillos. Además de eso, Soto ha cogido a escondidas una botella de vino en el último momento, sin decir nada a los demás. Es un día cualquiera entre semana y apenas anda nadie por aquellas veredas. Conversan animadamente bajo la generosa sombra de las hayas, inhalando una leve punzada de musgo en el aire, antes de acometer la cuesta más escarpada. El papa Juan Pablo II estuvo en Loyola el pasado invierno, no hubo otro tema en radios y periódicos, «menuda paliza dieron», apunta Soto. Pero Zeberio no se muestra totalmente contrario a aquella visita, pensando que el papa pudo haber traído consigo un mensaje para conseguir la paz.

—El Vaticano conspirará a nuestro favor, ¿no es eso? Gracias a ellos conseguiremos nuestro pequeño Estado independiente, como el suyo, no te jode. Ese no vino más que para criticar la ley del divorcio y retrasar la del aborto...

Soto se muestra siempre muy beligerante con la Iglesia, no les deja pasar ni una.

—Hay curas y curas, Soto. La Iglesia vasca ha cumplido un papel importante como intermediaria; la supervivencia del euskera, ¿a quién crees que se la debemos?

—¡Que le den a nuestra lengua si necesita de la pila bautismal para sobrevivir! Prefiero ser franchute en ese caso... *Cherchez la femme*, ¡me cago en Dios!

—Incluso en el nacimiento de ETA, la Iglesia tuvo...

—Sí, claro, y durante el primer polvo de Adán y Eva, ya me sé ese cuento.

A medida que la conversación se va acalorando, Zeberio les indica con el dedo pequeñas cabañas y cuevas que salpican el trayecto: «Ahí, ahí y ahí». Ahí. «Y ahí también».

Es todo cuanto dice: ahí. O, tal vez, especifica algo más: «Ahí, demasiada humedad», o tal vez: «Ahí, ni se os ocurra». Luego, queda meridianamente claro lo que podría ocultarse, y cómo, en cada uno de aquellos rincones.

A medida que la vegetación clarea y el abrigo de los árboles disminuye, también va mermando la conversación. Empiezan a escasear las fuerzas, y todas son pocas para enfrentarse a la pendiente. Aunque es el más corpulento y quien más poblada tiene la barba, Zeberio es también el que menos suda de los tres. De vez en cuando, al ver que Soto va justo y jadea, Zeberio acelera un poco más el paso, forzando la

marcha de sus perseguidores y sintiéndose superior a ellos por un instante, burlándose para sí del sufrimiento de sus compañeros. Cosa curiosa el bastón de mando, el modo en el que lo utilizamos inadvertidamente cuando nos hallamos en su posesión de improviso, por mucho que se trate de un poder escuálido y ridículo, y aunque nos valemos de su látigo de la forma más inocente a veces, otras hostigamos y sojuzgamos con él a nuestros amigos sin piedad. Y si gozamos con ello, no es necesariamente por sádicos o por no querer a nuestros semejantes, sino porque nos queremos un poco más a nosotros mismos y no desdeñamos nuestra capacidad de control respecto a ellos. Tal vez no sea siempre así exactamente. Pero hay momentos y momentos. En algunos momentos sí lo era. En aquel momento, por ejemplo.

—¿Un trago de agua?

—Guarda tu agua bendita para cuando la necesites, Zeberio. Yo ya tengo la mía.

Zeberio decide hacerles una pequeña maldad: «Mirad, esa es la cumbre», les dice.

Sus compañeros agotan para llegar allí todas sus reservas, así como la escasa agua de que disponían.

Pero al alcanzar la cumbre, tan pronto como Soto y Lazkano se desprenden del correa de sus mochilas, Zeberio continua la marcha, silbando.

—Es ahí atrás: nos falta una colina más.

—¿Hay otra colina?

Otra colina, y una más. Zeberio les toma el pelo una y otra vez. Y no deja de decirles: «Ahí y ahí»; o tal vez: «Ahí, ni se os ocurra»; «Ahí, demasiada humedad».

Quizá sea esa la lección: *siempre hay otra colina*.

Para cuando han querido darse cuenta, se les ha echado encima la bruma. Una leve punzada de musgo se apodera del aire y se estanca. Un leve aroma que, contra toda lógica, parece venir del cielo esta vez.

«*Maite ditut maite, gure bazterrak, lanbroak ezkututzen dizkidanean*», canta Zeberio.

Lazkano lo acompaña silbando tímidamente la canción de Mikel Laboa, él es un mero comparsa, una segunda voz lejana que lo secunda, siempre lo ha sido al lado de sus dos amigos —«*uh, uh; wah, wah*».

—Esperemos que no llueva.

—No, aguantará.

Pero no aguanta.

Estalla un trueno que parece dispuesto a arrasar con el cielo y la tierra. Cuando el estruendo les retumba aún en los pabellones auditivos, el chaparrón los pilla desprotegidos en una zona totalmente expuesta, sin un triste árbol bajo el que cobijarse. Con el calzado empapado y la ropa de verano chorreante, por mucho que intente apartarse de la frente su melena que gotea, a Soto se le empañan una y otra vez las gafas; su tupé, ni que decir tiene, ha pasado a mejor vida. Han traído pantalones cortos, Zeberio es el único que lleva calcetines de lana largos. Soto y Lazkano tienen los tobillos llenos de pequeños cortes y arañazos provocados por la

maleza y las zarzas. Tras resbalarse en el barro, Soto ha dado dos veces con sus huesos en el suelo: imprudente hombre de asfalto como es, ni tan siquiera se ha calzado botas de monte, sino sus deportivas de siempre. Zeberio y Lazkano han tenido que ayudarlo a incorporarse. Cada vez que cae al suelo profiere un par de maldiciones y palpa su mochila para asegurarse de que la botella de vino que ha cogido sin decir nada a sus amigos no se ha roto. Lazkano nunca ha visto a Soto tan enojado.

—¿Quién ha dicho que aguantaría? La puta madre del cordero ha aguantado.

Zeberio no puede confesarlo ahora, pero les ha hecho tomar un atajo que no frecuente, creyendo que así llegarían antes. Ahora está perdido.

Parece que elija a propósito las sendas más sinuosas, y aunque camino a la cumbre puede haberlo hecho alguna que otra vez, hace tiempo que ya no. La torpeza de Zeberio se debe exclusivamente a su desconocimiento de la ruta. La niebla, sin embargo —no todo podía ser malo—, oculta a ojos de Soto y Lazkano los resbalones de Zeberio, su cara de apuro. Ya no son solamente Soto y Lazkano quienes avanzan a trompicones.

—No perdáis de vista los pies de quien va delante, ¿de acuerdo?

Se ha notado inquieto al pronunciar la advertencia. ¿Habrán percibido los otros dos la angustia del guía?

Zeberio vuelve a resbalar y se da de morros con el suelo.

—¿Besando la tierra? Estás cogiendo unos hábitos muy vaticanos últimamente —le suelta Soto, sin fuerzas para sonreír. Su socarronería no ha servido esta vez para suavizar las aristas.

Al levantarse del suelo, Zeberio no palpa en la embarrada vereda la gravilla que esperaba, sino duros trozos de roca. Y al otro lado, la pendiente. Y algo peor que la pendiente: un precipicio. «Eso es lo mejor. El riesgo de despeñarte, y la certeza de que tendrás ocasión de volver a hacerlo».

Deberían parar y refugiarse en alguna parte. ¿Pero dónde?

Soto sigue refunfuñando. Le sacudiría una buena tunda a Zeberio de llegar a saber que están perdidos:

—Nos vas a matar de neumonía, Wojtyła.

—Tranquilo: nos refugiaremos ahí.

—¿Ahí? ¿Dónde es *ahí*, Zeberio? Siempre hay otra colina.

Siempre hay otra colina. No viviremos para verlo.

Salvado por la campana. Zeberio respira tranquilo. Al fin un sitio donde cobijarse. Se acabó la angustia. Este *ahí* le resulta conocido; una cabaña de piedra oscura, trabada con una barrera. Nada más reconfortante que la sensación de saber que has estado perdido, una vez que ya no lo estás. Entran a la cabaña. Una lechuza tiene allí su nido, en un hueco que hace las veces de ventana. Ni se inmuta cuando entran los jóvenes. Escruta a los tres amigos con los ojos abiertos de par en par, sin miedo, con curiosidad, casi con paternalismo, incluso.

—¡Ostras!

A punto está el corazón de salirse del pecho a Soto.

—Este... ¿no nos traerá mala suerte este bicho?

Recobradas las fuerzas, Zeberio se muestra burlón.

—Es una lechuza, Soto, una ave hermosa y sabia donde las haya.

El cuello de la lechuza gira casi trescientos sesenta grados. Algo extraordinario.

—Pues yo diría que se parece a Buhonuevo... ¿No será un enviado del Gran Hermano de Orwell?

Todavía faltan algunos meses para llegar a 1984.

—Descalzaos y dejad la ropa al lado de la puerta, tratad de no mojar demasiado la paja.

Afuera sigue lloviendo sin interrupción.

—No parece que vaya a escampar —se atreve Lazkano, limitándose como casi siempre a corroborar un pequeño fragmento informativo.

Está oscureciendo. La lluvia no cesa. Deberán pasar aquí la noche.

—Ahí hay un par de mantas.

—No pienso dormir entre mantas de ganado, Zebe. Para pulgones me basta contigo.

—Las traje yo mismo el otro día —contraataca Zeberio, rescatando de una caja oculta unos cobertores de lana, no sin cierto orgullo, como quien ofrece sábanas limpias en un hotel—. ¿Sorprendido?

También hay en el escondite, según ha podido vislumbrar Lazkano, algunos hierros, y cerillas secas. Por si antes no lo admirase suficiente, comprobar la capacidad planificadora de Zeberio redobla su estima por él.

Soto se muestra repentinamente animado. La culpa la tienen las mantas escocesas.

—Esta sí que es buena, Zeberio. ¿Esto qué es, tu nidito de amor? ¿Es aquí adonde traes a tus monjitas? ¿O sea, que te gusta retozar en pleno monte?

—¿Os queda algo de comer?

A Soto se le ilumina la cara.

—Diego, ¡saca la botella de vino de mi mochila!

—¿Te has traído una botella de vino? —se extraña Zeberio.

—Todo será poco para sobrevivir esta noche.

—¿Tienes algo con lo que abrir la botella?

Soto empalidece de repente. Zeberio se parte de risa.

—No... ¿no tienes un sacacorchos en tu guarida? ¿No te has traído tu navaja de la guardia suiza, Wojtyla?

—La hubiese traído de haber sabido que tú traerías una botella de vino, comandante...

—Joder, Zebe, quería daros una sorpresa...

—Y nos la has dado, Soto, vaya si nos la has dado... ¡La próxima vez tráete una bota de vino!

Tras descartar la posibilidad de abrir la botella golpeando el cuello contra una piedra, por no arriesgarse y evitar cortes en los dedos, deciden guardar el vino para mejor ocasión. Se llevan a la boca migas de galletas mojadas. Una reineta cada uno. Zeberio improvisa un fuego y saca de su escondite de Alí Babá un paquete de espaguetis. Dado que no tienen un cazo donde hervir el agua, empiezan a comerse los espaguetis crudos, con tal de mitigar los bramidos que profieren sus estómagos. A Lazkano se le ocurre calentar los espaguetis en el fuego, como si fuesen palos de brocheta. Esforzándose un poco, pueden imaginar que están comiendo diminutas flautas de pan.

Lazkano está orgulloso de que se le haya ocurrido precisamente a él la idea de calentar al fuego los espaguetis crudos. Por una vez, se ha sentido útil para los dos líderes.

El alba despunta mojada pero sin lluvia.

—¡Mirad!

Zeberio dice *mirad* de la misma forma en que dice *ahí*.

Mirad.

La lechuza duerme.

—Me juego el cuello a que nunca habéis visto una lechuza dormida.

Nadie le responde. Bastante les está costando desperezarse y sacarse las briznas de paja de la boca y del cogote.

Agitan las mantas escocesas y las doblan para volver a dejarlas en el escondite, mientras siguen bostezando. Los ojos de Soto se ven muy diminutos antes de ponerse sus muy graduadas gafas. Recién despertados, Lazkano y él tienen cara de ancianos. Zeberio, sin embargo, muestra una expresión tan alerta como siempre, señal de que lleva un rato levantado.

—Tráete un par de sacos de dormir a tu nido de amor para la próxima. De lo contrario no habrá monja que repita —le suelta Soto.

—Sacos de dormir y un par de copas, para servir el champán que te traerás sin decir nada.

Sin quitarse aún las legañas, Soto saca fuerzas para despedirse de la lechuza.

—Cuídate, Buhonuevo. Hasta la vista.

Han parado en la casa del guarda para desayunar. Huevos fritos con descomunales yemas, un trozo de carne guisada, panceta frita y caldo, todo ello acompañado con un pan casero de oscura corteza, recién salido del horno. Desayunan los tres sin intercambiar palabra, cual náufragos recién rescatados, para regocijo de la señora de la casa, que se alegra de ver en forma a *sus muchachos*. Al acabar la primera, con mirada traviesa, Soto pide una segunda ronda de desayunos, trazando ante la señora con el dedo índice un aro sobre los platos vacíos de los tres. Después abre la mochila para sacar la botella de vino, casi se le había olvidado.

—¿Nos abre la *wojtyla* de vino, señora?

La mujer, por descontado, no entiende la broma privada relativa al papa, pero

cuando los tres jóvenes se parten de risa, también ella se ríe con ganas, todos acaban riéndose al unísono, y después se hacen eco de su propia risa, satisfechos de su júbilo, homenajando a la risa con más risas; agitando la cabeza a ambos lados, *payaso, descerebrado, loco, hermano*, los tres jóvenes siguen comiendo, *pirado, loco*, como si el teatro del mundo se limitase a la circunferencia de aquellos platos de porcelana, acompañando la panceta con caldo y el caldo con huevo, intentando controlar con el pan el desbocado *rally* de la yema volcánica que se desborda libremente mientras mastican la clara del huevo, intentando alinear la lava naranja en veredas invisibles antes de llevarse ese trozo de pan a la boca.

—Ahí tenéis la botella abierta.

—¿Ahí?

—*Ahí, ahí y ahí...*

Los tres amigos vuelven a reír, sin motivo aparente.

Siempre hay otra colina.

Ni siquiera sumando la edad de los tres llegan a los sesenta y cinco años de la señora de la casa. El vino barato desprende un aroma paradisíaco.

Solo dos de las tres ventanas de la casa del guarda están abiertas. Las ventanas no tienen cortinas. Los rayos de luz empapan de optimismo el suelo sin barnizar, creando allí vívidos charcos de luz rectangular, llegando poco a poco a los rostros y a los ojos de los tres jóvenes.

La luz los ciega, y no les deja ver nada que pueda apartarlos de la felicidad.

Para distintos capítulos del libro me han sido de gran utilidad, entre otros, los libros *Juan María Bandrés: memorias para la paz*, de Raimundo Castro (HMR, 1998) y *Joseph Beuys*, de Heiner Stachelhaus (Parsifal, 1990), al que me he tomado la libertad de hacer aparecer en el libro pronunciando una conferencia.

Algunos capítulos del libro fueron escritos durante una estancia en la residencia de artistas de Múnich Villa Waldberta, en 2009. Agradezco especialmente a Karin Sommer la oportunidad que me fue brindada, así como a Ibon Zubiaur y a Manfred Boes, del Instituto Cervantes.



HARKAITZ CANO JAUREGUI (Lasarte, Guipúzcoa, 4 de agosto de 1975) es un escritor español que escribe fundamentalmente en euskera. Licenciado en Derecho, ha desarrollado una labor como escritor en géneros como el relato, la novela, la poesía, las crónicas y la literatura infantil y juvenil. En 1992 ganó el premio Imajina Ezazu Euskadi («Imagínate Euskadi»), en 1993 el premio Donostia Hiria («Ciudad de San Sebastián») y en 1998 el Premio Ignacio Aldecoa. Ha obtenido el Premio Euskadi de Literatura en dos ocasiones: en 2005 por *Belarraren ahoa* y en 2012 por *Twist*.